ANTONIO MERCERO

Está lloviendo y te quiero



Planeta

Está lloviendo y te quiero

1. Portada
2. Portadilla
3. Dedicatoria
4. Paula
    1. 1
    2. 2
5. El relojero de Lasarte
    1. 1
    2. 2
    3. 3
    4. 4
    5. 5
    6. 6
    7. 7
    8. 8
    9. 9
    10. 10
    11. 11
    12. 12
    13. 13
    14. 14
    15. 15
    16. 16
    17. 17
6. Paula
    1. 1
    2. 2
7. La hija del zapatero
    1. 1
    2. 2
    3. 3
    4. 4

5. 5
6. 6
7. 7
8. 8
9. 9
10. 10
11. 11
12. 12
13. 13
14. 14
15. 15
16. 16

8. Paula
    1. 1
    2. 2
9. El caricato
    1. 1
    2. 2
    3. 3
    4. 4
    5. 5
    6. 6
    7. 7
    8. 8
    9. 9
    10. 10
    11. 11
    12. 12
    13. 13
    14. 14
    15. 15
10. Paula
    1. 1
    2. 2
    3. 3
    4. 4

11. NOTA DE AUTOR
12. AGRADECIMIENTOS
13. Créditos

Guide

1. Cover

Está lloviendo y te quiero

Antonio Mercero



A Javier Soto. La voz es nueva; el amor, el de siempre

Paula

1

Encontré el reloj de mi bisabuelo en Wallapop cuando estaba buscando un regalo de Reyes para mi hermano. No podía creérmelo. El anuncio decía:

«Reloj de pared del siglo XIX, fabricado en Lasarte. Célebre en su época, lo llamaban el Incomprendido».

Aunque era medio barroco, también me pareció precioso. Y supongo que no dejaba de tener cierto valor histórico e incluso sentimental. Sin embargo, costaba tres mil euros. No se hacen regalos tan caros en mi familia. Un libro, un jersey como mucho. Le escribí al vendedor y, en el regateo, conseguí una rebaja de quinientos euros. Aun así, era mucho dinero. Por eso desistí.

Pero no me olvidé de aquel reloj. Se instaló en mi cabeza, se colaba en mis sueños. Comprendí que esa obsesión no podía responder al simple regocijo de tener un detalle con una persona querida.

Era algo más profundo. Una especie de reclamo misterioso.

Los mensajeros siempre llaman al telefonillo en el momento más inoportuno. Esa mañana yo tenía prisa porque llegaba tarde al hospital y el jefe de servicio ya me había regañado por mis retrasos. Acababa de coger el bolso y las llaves del coche, y me disponía a salir pitando cuando oí el timbrazo. Abrí la puerta y esperé con impaciencia la llegada de un hombre que apareció con una caja de cartón rectangular, grande y pesada. La dejó en el suelo, junto al mueble de la entrada. Los segundos que tardó en anotar el número

de mi DNI me pusieron los nervios de punta. También me pidió que firmara y le hice un garabato en la pantalla.

Mi primera intención fue la de marcharme, compartir el ascensor con el mensajero y olvidarme del paquete hasta que volviera por la noche. Pero no pude hacerlo. Por alguna razón, no lograba escapar del campo magnético que se había creado en el recibidor. Era como si algo estuviera latiendo dentro de esa caja. Cogí unas tijeras para rasgar el precinto, separé las hojas de cartón y saqué un bulto embalado en papel de burbujas. Lo coloqué con mimo en el sofá, incapaz de creer lo que sostenían mis manos. Retiré el envoltorio y quedó al descubierto el reloj que había fabricado mi bisabuelo, un objeto delicado, una antigüedad, la decrepitud bien disimulada, como luciendo con cansado orgullo sus más de cien años de vida.

Había un sobre pegado al borde de la esfera, como regurgitado. Creo que lo miré con disgusto, porque eso destruía la idea de una aparición mágica, atraída por mi propio deseo. Dentro, una nota:

«Ojalá el tiempo nos dé otra oportunidad».

Y entonces se desvaneció todo el encanto. Era un regalo de Alberto, mi ex. Aún estábamos juntos cuando le conté mi hallazgo en Wallapop. Él sabía que me había quedado enganchada a la idea de regalarle ese reloj a mi hermano Emilio, que me parecía muy caro, pero me conectaba cada noche a la aplicación para verificar que seguía en venta.

A los pocos días discutimos porque descubrí que andaba tonteando con una enfermera, el tópico de siempre. Lo mandé a la mierda, como se merecía. Y ahora intentaba comprar una reconciliación con un regalo de tres mil euros. O de dos mil quinientos.

Llegué diez minutos tarde al trabajo, fiché para que el jefe de servicio no se pusiera nervioso y bajé a Cardiología para hablar con Alberto. Estaba pasando consulta, no era el mejor momento para soltarle lo que pensaba de sus mañas de seductor, de su chulería por hacerme un regalo excesivo. Le escribí un wasap:

«Quiero hablar contigo».

No tardó en llegar la respuesta:

«¿Comemos juntos?».

Me irritó su propuesta, o quizá me enfadé conmigo misma por aceptarla. Vale, comeríamos en la cafetería del hospital, con otros médicos pululando por allí, con interrupciones, saludos de unos y de otros, sin la menor intimidad. No habría velas ni vino caro sobre el mantel. De hecho, ni siquiera habría mantel. En la cafetería se come cualquier cosa, el menú del día o un montado de lomo. Pero yo no quería una cita y allí estaba, contemplando el rostro perfectamente afeitado de Alberto, su pelo entrecano que apetecía acariciar, sus ojos verdes. Su buen humor, casi siempre.

—No puedo aceptar tu regalo. ¿Qué coño te has creído? —le espeté casi a modo de saludo.

—¿Por qué no puedes? Tú querías ese reloj. —Ya asomaba su media sonrisa, esa que tanto me gustaba.

—Ya no somos pareja. Y es muy caro. Es como comprarme con dinero.

—A mí me parece barato. Ese reloj vale mucho más, Paula. Es una inversión.

Levantó la mano para llamar al camarero. No le importaba distraerse un instante, no temía que se le escapara la presa. Su confianza en sí mismo me ponía mala.

—No quiero deberte nada. Es demasiado generoso.

—Y tú serías muy poco generosa si lo rechazaras. La generosidad también consiste en saber recibir.

En ese momento lo odié; siempre tenía un argumento que le daba la vuelta a la tortilla, siempre tenía razón. El seductor educado, perfecto pero infiel. Había pillado en su teléfono conversaciones descaradas con una enfermera. Él no negó el coqueteo, no podía porque las pruebas eran evidentes. Pero sí negó la infidelidad. Esgrimió razones tontas y torpes, la necesidad del hombre maduro de sentirse deseado, la adrenalina de la seducción telefónica, el juego de la vanidad, divertido y a la vez inocente.

«Se la folla seguro». Esa fue mi conclusión.

Como sabía que a veces me pasaba de celosa, consideré la posibilidad de estar equivocada. Pero ese coqueteo también me parecía una traición, incluso si no habían terminado en la cama. Así que lo dejé. Una pena, me gustaba mucho.

Él estuvo varios días enviándome mensajes.

«Tienes el corazón dañado y yo soy el mejor cardiólogo. La pareja perfecta», me escribió un día.

Yo contesté:

«Métete tus bromitas por el culo».

Pero ni por esas dejaba de mandar mensajes bonitos, memes que venían a cuento, chistes de dudoso gusto. Alguno me hacía sonreír, pero enseguida aparecía mi mal humor aplastando el efecto. Lo insultaba, le repetía que dejara de escribirme, lo amenazaba con bloquearlo. Incluso le dije que lo iba a denunciar por acoso.

«¿Querer pasar la vida contigo es acosarte?», preguntó.

La conversación se quedó ahí porque, en el fondo, yo no quería estropearlo del todo.

Un cierto desamparo rebajaba a veces mi ira, y entonces pensaba que estaba siendo un poco exagerada o incluso injusta. Sé que tiendo a ser implacable con los hombres, no perdono el menor desencuentro, zanjo la relación a la menor contrariedad. Mi psicóloga me pincha, no le intimida que yo sea psiquiatra. Me dice que así no voy a ninguna parte. Le contesto que no tengo ninguna necesidad de una pareja, que hasta ahí podíamos llegar.

—Mañana mismo te mando el reloj a tu casa —le dije a Alberto.

Él tomó aire, esbozó una sonrisa trágica: estaba a punto de decir algo sustancial, y yo aguardaba entre enfadada y expectante.

Agradecí que sonara mi busca: había entrado una urgencia de psiquiatría y me tenía que ir.

La policía la había encontrado en un parque, desorientada, con una botella de vodka en la mano. No llevaba documentación encima. Le pregunté cómo se llamaba y ella me miró aterrada.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque te tenemos que hacer la ficha.

—Me estáis vigilando.

—Yo solo te estoy explorando. ¿Sabes dónde estás?

—Me vigilan hasta en mi casa. Y en la calle. Los coches rojos vienen a por mí.

—¿Solo los rojos?

—Sí. Pero hay un montón de coches rojos.

Su mirada no se posaba en ninguna parte. Barría el espacio, o más bien saltaba de un lugar a otro. Al hablar de los coches rojos, se giró dos o tres veces, como si uno de ellos estuviera irrumpiendo en la consulta.

—Tranquila, aquí estás a salvo. No hay ningún coche rojo. ¿Cómo te llamas?

La mujer rompió a llorar. Tenía unos cincuenta años, vestía con elegancia. Le pedí a una enfermera que preparara el ingreso.

—Estás en un hospital, te vamos a cuidar. No te preocupes por nada, que te vas a poner bien, ¿de acuerdo?

Asintió sin parar de mover los ojos.

—Siéntate en la camilla. ¿Puedes?

Como le costaba registrar la pregunta y reaccionaba con desconfianza, me acerqué a su silla y le examiné las pupilas con una linternita. No estaban mióticas, no parecía haber consumido drogas.

—Abre la boca.

Para mi sorpresa, la mujer obedeció y pude examinar también la lengua y la garganta. Cuando la auscultè, el corazón latía con fuerza, la tensión estaba alta y la respiración era agitada. Se trataba de un brote psicótico de manual. Como resultaba imposible que me diera ninguna información, la ingresé sin datos personales, sin saber quién era.

Esa tarde alguien llamó preguntando por una mujer extraviada. Aportó una descripción que se correspondía con la de la paciente.

Media hora después se presentó en el hospital. Llevaba todo el día buscando a su esposa: Genoveva Rodríguez Lato, una ejecutiva de una agencia de publicidad. César nos ofreció alguna pista: su mujer acumulaba muchos proyectos sobre la mesa, contestaba correos hasta la madrugada, saltaba de reunión en reunión. Podía haber colapsado por el estrés.

Nada nuevo bajo el sol. Yo misma iba a reventar en cualquier momento.

La tarde fue intensa. Ese día tampoco llegaba a mi clase de yoga.

Volví a casa pasadas las once. Tenía mucha hambre, pero cené algo ligero. Leí un rato en la cama y apagué la luz. Estaba tan agotada que no conseguía dormir. Temía una nueva noche de insomnio. Me levanté a beber agua y, al encender la luz, me sobresalté al ver el reloj en el sofá. Lo contemplé un buen rato.

Era bonito.

Cogí el móvil y escribí a Alberto:

«Voy a ser generosa, acepto el regalo. Pero solo porque es para mi hermano».

Aunque era muy tarde, Alberto contestó enseguida. No me extrañó, también padecía insomnio.

«Para eso te lo regalo, para que se lo des a él».

Lamenté que el donjuanismo de Alberto estropeara sus muchas virtudes. Luego me quedé pensando si se podía perdonar una infidelidad. Hay gente que lo hace.

Pero yo no soy capaz.

2

La comida de Reyes la preparó mi madre, que siempre se ha dado maña con la cocina. Metió un asado en el horno, lo mojó con una salsa de champiñones y pasas, y de entrante sacó un pudin de espárragos decorado con gambas. Cada año la intentamos convencer de que no se empantane con esas tareas, que nos podemos ocupar nosotros. Yo sugerí llevar platos preparados, mi hermano Emilio se ofreció a cocinar. La discusión es una sección fija de todas las fiestas navideñas y está condenada al fracaso. A mi madre le gusta sentirse independiente a sus ochenta y cuatro años.

También le gusta que vayan a verla sus nietos para preguntarles por sus vidas, cotillear sobre sus amoríos, saber qué quieren estudiar. Son dos chavales altos y sanos, nada que lamentar en la edad del pavo que ya han atravesado.

Como en la consulta lidio con una buena carga de problemas mentales en gente muy joven, no dejo de admirar lo bien que han salido mis sobrinos. Todavía no sé qué porcentaje de mala suerte interviene en los adolescentes descarriados y qué parte le corresponde a la negligencia parental. Creo que mi hermano, calmado y conservador, hace buena pareja con Ana, mucho más activa, más parlanchina, más divertida. Ambos me parecen sensatos, pero los veo muy poco, nunca encuentro el momento de visitar a mis sobrinos, así que solo en estas reuniones asisto a una pequeña muestra del funcionamiento de esa familia. Ignoro si son unos padres ejemplares.

Ese día, mi madre no se quejaba de las cervicales ni de las articulaciones. A veces se ponía la mano en la frente como para atajar un mareo, pero enseguida volvía a la conversación, a las bromas que le gastaban sus nietos, que conocían bien su sentido del humor. Soportaba pullas, contratacaba, no se ofendía, daba juego.

Ojalá estuviera siempre así. Tras preparar la comida, como una perfecta anfitriona, con la familia de mi hermano parecía una mujer diferente. Era como si reservara para mí su faceta negativa. ¿Por qué discutíamos tanto por teléfono? ¿Por qué no tenía más paciencia con ella?

Cuando acabamos los postres, llegó el turno de los regalos. En el árbol, junto a los paquetitos, llamaba la atención el enorme paquete que había llevado yo. Mi madre fue la primera en atacar su lote: una manta para el sofá, unas cremas, un disco de baladas. A mí, que no tengo tiempo para leer, me regalaron un libro y también un jersey. Yo le había comprado unos pendientes a mi cuñada. Y a mi hermano le alcancé el paquetón.

—A ver, ya sé que es una exageración de regalo —me excusé—. Pero no me he podido resistir.

Emilio lo desenvolvió y se quedó estupefacto al ver el reloj del bisabuelo con su nombre en la parte superior de la esfera: «Domingo Yarza». La punta de lanza de un linaje de relojeros.

Una pieza casi de museo, la fabricó el primero de la estirpe y terminaba en poder del último, pues no resultaba probable que alguno de sus hijos continuara con la tradición.

Conté cómo di con él en Wallapop. No funcionaba, pero a mi hermano, acostumbrado a poner en hora los relojes del Palacio Real, no se le podía resistir ese mecanismo.

—¿De verdad lo fabricó el bisabuelo? —Emilio miraba el reloj con los ojillos brillantes.

—Sí, y ese reloj se conocía como el Incomprendido.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Ana lo cogió y extendió los brazos para verlo bien. O quizá estaba calibrando su tamaño, buscando en su cabeza la pared adecuada para colgarlo.

—¿Os gusta? —les preguntó a sus hijos—. Lo fabricó vuestro tatarabuelo.

—¿Tú conocías este reloj, mamá? —preguntó Emilio.

Mi madre espantó la mirada, como si tuviera delante al demonio. De la garganta se le escapó un gorjeo que rompió la tarde en dos pedazos. Se llevó una mano al pecho y compuso una mueca de dolor.

—Mamá, ¿qué te pasa? —Me alarmé—. ¿Te has atragantado?

Había un trocito de turrón en su servilleta y algunas miguitas en las comisuras de los labios. Pistas falsas, porque lo que le dolía era el pecho.

—¡Mamá! —Me levanté y la sujeté justo cuando se estaba venciendo hacia un lado de la silla. Con la ayuda de mi hermano, la tumbé en el sofá—. ¡Llama a una ambulancia, deprisa!

Le desabroché los botones superiores de la camisa, la abaniqué con una revista que encontré sobre una mesa, le tomé el pulso. Ana, más rápida que su marido, ya estaba hablando con el 112, ya pronunciaba la dirección de la casa. Los jóvenes, inquietos, hacían corro y animaban a su abuela. Emilio los alejó un poco para que pudiera respirar. Yo vi muy claro que se trataba de un infarto, por eso inicié un masaje cardíaco. Pero no conseguía reanimarla.

La ayuda sanitaria llegó al cabo de casi veinte minutos. Traían un maletín de primeros auxilios. Con un desfibrilador reanimaron el corazón de mi madre. Luego la tumbaron en una camilla.

—Vamos a La Paz, por favor, trabajo allí —dije mientras marcaba en el móvil el número de Alberto. Respondió al segundo timbrazo—. A mi madre le ha dado un infarto, vamos al hospital. ¿Estás de guardia?

Sí, estaba de guardia, y se ocuparía él. Lo agradecí en silencio.

Sobre la mesa del comedor quedaron algunos paquetes sin abrir, bolas de papel aquí y allá, el trocito de turrón sobre la servilleta, los platos de postre con restos de tarta. La fiesta interrumpida. El paisaje de la desolación.

Tras llegar al hospital, la llevaron directamente al quirófano. Crucé las puertas batientes siguiendo el rastro de la camilla. Alberto nos esperaba en el umbral. Me pidió que no pasara, que me sentara a descansar fuera, y trató de tranquilizarme con un gesto. En medio de la angustia pensé que, si no había comprado la reconciliación con el regalo, lo haría salvándole la vida a mi madre.

Me postré en un banco del pasillo, junto a la puerta del quirófano. A través del ojo de buey se veía el revuelo del personal médico, como un enjambre de fieras enloquecidas alrededor de un cadáver. Alberto tardó casi cinco horas en salir.

—La hemos sacado adelante, Paula —me dijo.

Resoplé con alivio y le di un abrazo.

—Venía muy infartada, le hemos tenido que hacer una angioplastia de rescate.

—¿Cómo está ahora?

—Dormida. Le estamos suministrando oxígeno y, de momento, una perfusión de nitroglicerina.

—¿Qué dice el electro? ¿Cómo ha quedado el corazón?

—Hay que esperar, le vamos a hacer pruebas. Ahora está conectada a un monitor. A ver cómo pasa la noche.

Pese a que las noticias eran buenas, me sentí desinflada. Salí a la calle a tomar el aire, hablé con mi hermano por teléfono. Le dije que me iba a quedar en el hospital hasta el día siguiente. Esa noche, la UCI estaba casi desierta. Yo miraba a mi madre a través de la ventanita. Tenía puesta una mascarilla de oxígeno y su pecho, lleno de pegatinas y de cables, subía y bajaba en movimientos suaves.

Alberto se acercó al cristal.

—¿Has cenado algo?

—No.

—Venga, te acompaño. Tienes que comer algo.

—Ha sido por el reloj —dije.

—¿Cómo? —Alberto me miró sin entender.

—El infarto, ha sido al ver el reloj.

—Vaya, parece que nunca acierto con los regalos —bromeó.

—El regalo es precioso. Pero ella se ha asustado al verlo. No sabes la cara de pánico que ha puesto.

—Paula, tu madre tiene ochenta y cuatro años. En Navidades se cometen excesos...

—Ha sido al ver el reloj, Alberto —insistí—. Estoy segura.

El relojero de Lasarte

1

Lo vio llegar por el sendero pisando los charcos con sus zuecos desgastados, y Sabina se preparó para recibir un bofetón a modo de saludo, como pasaba siempre que él venía borracho. Caminaba un poco vencido hacia un lado por el peso de la cartera en la que llevaba sus herramientas de relojero. Y por el brillo de su mirada, que ella distinguió cuando ya lo tenía casi encima, y por los gestos nerviosos con que se hurgó en el bolsillo para sacar un papel arrugado, se dio cuenta de que estaba sobrio, lo que era una novedad, y que pisaba los charcos no por la borrachera, sino por el apremio de llegar a casa. Se plantó ante ella con una sonrisa de loco y le mostró un recorte de prensa que anunciaba un concurso de relojes en San Sebastián.

—Me voy a presentar —dijo—. Y lo voy a ganar.

Después se metió en la cocina, se sirvió una sidra y brindó consigo mismo por su resolución. Ella se puso a preparar la cena preguntándose cómo había brotado en su marido una ambición que nunca había sospechado. Se enamoró de Domingo por su sencillez, porque era un hombre apegado a la tierra, callado y sin estridencias de carácter. Poco después de la boda, descubrió en él una tendencia a la amargura que regaba con alcohol, y le pareció increíble no haber detectado nada de eso durante los años de noviazgo. Se culpaba a veces de haber provocado esa negrura por su insuficiencia como mujer, por ser tan poco ocurrente, tan simplona, tan poquita cosa. «Guapa chica», le dijo su suegra cuando la conoció.

Guapa y nada más.

Pero ella sabía que era mucho más que una cara bonita, que era fuerte, muy trabajadora, que soportaba sin una queja las lluvias, el viento y el frío de ese valle recóndito, que era una buena cristiana y,

sobre todo, una buena madre. ¿Qué sería del niño sin ella? ¿Quién lo ayudaría a esquivar los caprichos del padre, que pretendía enseñarle el oficio porque un relojero, según alguna clase de mandato divino que solo él conocía, se reproduce en el primogénito de cada generación? Pobre Pío, condenado a los siete años a pasar las horas en el taller de su padre, entre engranajes de reloj, sosteniendo tenacillas y lentes de aumento en lugar de estar jugando, explorando el mundo o en la escuela.

Esa noche, Domingo estaba de buen humor y le contó a Pío sus ideas para ganar el concurso. Iba a fabricar un prototipo que dejaría a todo el mundo con la boca abierta. En la convocatoria se exponían los requisitos que el jurado iba a tener en cuenta: la originalidad, la estética, los avances técnicos en el mecanismo y la representación de algún aspecto de la cultura vasca.

—¿Cuál es nuestra bebida, hijo? —le preguntó levantando su vaso.

—¡La sidra!

—Exacto. ¿Y de dónde sale la sidra?

Y como el niño no respondía, Sabina le echó un cable:

—De la manzana.

—Déjale contestar a él —gruñó Domingo—. Las agujas de mi reloj van a tener forma de manzana.

Pío asintió sin entender muy bien cómo podían tener forma de manzana las agujas de un reloj.

—¿Y cuál es nuestro instrumento musical?

Tampoco se le ocurría al niño una respuesta inmediata.

—Vamos, hijo, que no es tan difícil. Una flauta, ¿cómo se llama?

—El *txistu* —dijo Sabina, y Domingo la miró iracundo por haber interrumpido de nuevo la conversación.

—Eso es. Las varillas del péndulo van a ser como tres *txistus.* ¿Quieren cultura vasca en el reloj? Pues ahí la tienen. La sidra y la música popular.

Dio un golpe en la mesa de madera con el vaso de sidra y se sirvió otro culín. Se jactaba de sus buenas ideas, se sentía ufano, feliz, como si ya le hubieran dado el premio.

—Ya verás el reloj tan bonito que vamos a fabricar tú y yo.

Con esa frase, Pío supo que no iba a salir del taller en varias semanas. Por suerte, estaba en un anexo de la casa, bajo una tejavana, y de vez en cuando podía dar una vuelta por el valle, acercarse al puente y mirar el arroyo e incluso adentrarse en el hayedo para imaginar aventuras en solitario, pues era un niño tímido y no se relacionaba con nadie. No tardaba mucho en oír la voz de su padre, que el eco del valle llevaba a cualquier rincón, a la cima del monte Buruntza, a los muros del convento de las Madres Brígidas, a la iglesia de San Pedro, en cuyas paredes jugaban a veces los aldeanos al frontón, para escándalo del padre Rosendo; a la ferrería y al molino, testigos de un tiempo que estaba a punto de ser arrasado por las fábricas, por los tranvías y, sobre todo, por la construcción del Hipódromo. La voz de su padre recorría los prados llamándolo y Pío regresaba corriendo por no impacientarlo. Fingía interés cuando Domingo le explicaba cómo introducir el mercurio en su recipiente, una operación delicada de la que dependía la precisión del reloj, o cuando le contaba la diferencia entre el tren de movimiento y el tren de sonería, que permitía dar las medias y las horas con un gong.

Las innovaciones técnicas consistían en un péndulo de parrilla con compensación térmica, rematado por una lenteja de latón, y un mecanismo de suspensión perfeccionado por un sistema novedoso

de poleas. Como Domingo sabía que un reloj de pared, además de práctico, es un objeto decorativo, no descuidó ni un solo aspecto estético. Bordes de madera teñida imitando el ébano, esfera de esmalte blanco, agujas de metal calado y, en el cuerpo superior, una semicircunferencia con un grabado de hojas de haya y frutos silvestres.

Cuando lo terminó, se quedó un buen rato mirando su obra, extasiado. Medía un metro de alto por cincuenta centímetros de ancho. Las agujas se curvaban en el medio con suavidad formando dos manzanas. Las tres varillas representaban *txistus* lánguidos, aunque un ojo poco entrenado podía confundirlos con espárragos. Llamó con un gesto a Pío, que estaba en el patio lavándose las manos en un cubo de agua.

—¿Te gusta, hijo?

El niño asintió.

—Es tu primer reloj —dijo su padre señalándolo con el índice—. Me has ayudado mucho. Vas a venir conmigo al concurso y lo vamos a ganar.

Levantó la palma de la mano, ennegrecida por los ungüentos, y Pío se la chocó.

—¡Vamos a ganar, papá!

—¡Claro que sí!

La víspera del evento, Sabina zurció el blusón un tanto raído que se iba a poner el niño. Esa noche Pío no pegó ojo. Estaba nervioso, expectante por la gran aventura que iba a vivir con su padre. El nudo en el estómago se hizo más grande por la mañana, cuando se tomó un tazón de leche por todo desayuno y lo acompañó en el tranvía hasta San Sebastián.

El concurso se celebraba en el teatro Victoria Eugenia, inaugurado en 1912, tres años atrás. La fachada de arenisca y los bustos de mármol impresionaron al niño. Dentro, al pie de la escalinata, vio a varios hombres con levita que fumaban cigarros y entretenían la espera. La boina de su padre desentonaba con los sombreros de copa de los asistentes. Pío se sentía como una hormiga en ese universo de adultos con mostachos poblados y voces graves que retumbaban contra los altos techos. Mientras su padre, inquieto, se liaba un cigarrillo, observó con curiosidad las lámparas de araña, las paredes rosadas y las molduras de oro.

Un campanilleo condujo al público a la sala principal. En el escenario iluminado había una mesa forrada de terciopelo en la que iban a colocar los doce relojes que competían por el premio.

El presidente de la sociedad relojera, un hombre de largas barbas y quevedos pequeños, saludó a los asistentes y dio el pistoletazo de salida al concurso. El secretario iba leyendo las características de cada reloj; los miembros del jurado, sentados en la primera fila, tomaban notas; varios periodistas se esparcían por la platea. Domingo propinó un codazo a Pío cuando sacaron su reloj. El niño le agarró la mano, que estaba llena de pinchazos y heridas por las superficies cortantes y los utensilios con los que trabajaba en el taller. Con el pulgar repasaba las cicatrices, los callos de la mano de su padre, que le sonrió con nerviosismo y de pronto torció el gesto al ver como se reían dos periodistas sentados unas butacas más allá. Saludaron con una sonrisa irónica las manecillas en forma de manzana y soltaron una carcajada cuando el secretario anunció las varillas en forma de *txistus.* Domingo apretó con fuerza la mano de su hijo. Pío no podía creer lo que estaba sucediendo. Había risas en la platea, se burlaban del reloj que su padre había fabricado con tanto esmero. ¿Por qué habían escuchado en silencio la descripción de los otros prototipos y se ensañaban con este? En la bóveda, una pintura costumbrista mostraba a unos muchachos jugando al corro de la patata. Pío deseó estar en otro lugar, en el patio de la escuela o en una merienda campestre con su madre.

Llegó la hora del veredicto. El concurso lo ganó un fabricante de Tolosa con un reloj de cuco del que no emergía un pájaro, sino una pareja bailando el aurresku.

—Un reloj de cuco —masculló Domingo—. No pueden estar más pasados de moda.

En los corrillos que se formaron a la salida, un par de periodistas le dieron la razón. Y uno de ellos, enamorado de su invento, le regaló los oídos diciendo que debería haber sido el ganador; en la crónica del día siguiente destacó sus innovaciones técnicas y lo bautizó como el Incomprendido.

Domingo, aún humillado, cogió la mano de su hijo y se dirigió a la parada del tranvía. El niño se preguntaba cómo era posible que su padre, una figura autoritaria y muchas veces aterradora, hubiera soportado las burlas en silencio. Le recordaba a un compañero de clase del que se reía todo el mundo porque tenía orejas de soplillo. Se llamaba Benito y nunca se defendía de los insultos, simplemente se escondía detrás de un árbol hueco que adornaba un rincón del patio. Un día se acercó a él y le dijo: «A mí me gustan tus orejas». Benito no respondió nada, no le dio un abrazo ni le preguntó si quería ser su amigo, pero a Pío se le quedó grabada la sonrisa temblorosa y tierna, llena de gratitud.

En el vagón, mientras miraba el paisaje por la ventanilla, le pareció que la hosquedad de Domingo, el silencio orgulloso en el que se había refugiado, eran como el árbol hueco de Benito. Ese día descubrió que, además de miedo y respeto, podía sentir pena por su padre. Le quiso dar la mano, pero se encontró con un gesto de rechazo. Domingo no quería su compasión y adoptó una mirada oscura. Le resultaba insoportable que hubiera un testigo de su ridículo en el concurso, de su incompetencia social, de su falta de carácter. Cuando se bajaron en la estación de Lasarte, acompañó a Pío hasta el inicio del camino.

—Vete a casa con tu madre.

Siguió con la mirada la carrera de su hijo. Después se dirigió a la taberna y se sentó a una mesa de la esquina. Necesitaba emborracharse. Volvió a casa muy tarde, arrastrando su decepción y su reumatismo gotoso.

A los pocos días le mandaron el reloj en una carreta y lo colgó en la pared del taller. Encontró algo de consuelo con el paso del tiempo, cuando empezaron a llegar visitantes de otros pueblos para conocer su creación.

—Queremos ver el Incomprendido —decían después de saludar brevemente.

Ensalzaban el acabado, las novedades en el mecanismo, la idea fabulosa de introducir en la varilla central un recipiente de mercurio. Algunos lo llamaban el Gran Domingo Yarza y él hacía aspavientos con la mano como para apartar el elogio, aunque se sentía halagado.

Un coleccionista de Mondragón se lo quiso comprar. Le presentó una buena oferta, pero Domingo la rechazó. Se sentía amarrado a su reloj, lo quería para él. No les sobraba el dinero, vivían un poco justos y Sabina lo animaba a aceptar. Pero él nunca cedió.

En algún descanso de su trabajo se quedaba hipnotizado por las manecillas con forma de manzana. Se habían reído de ellas y eso le producía resentimiento, pero en el fondo le gustaban, le parecían una genialidad. Y a la vez se preguntaba cómo pudo ser tan ingenuo de aspirar a ganar con ese mamotreto. Aunque le daban ganas de destrozarlo, nunca lo hacía, se quedaba mirándolo con aire avieso y lo culpaba de la amargura que notaba revuelta en su estómago.

Domingo Yarza se convirtió en un ogro después de ese concurso.

Un ogro para su mujer, para su hijo y para sí mismo, pues ya nunca más consiguió disfrutar de la vida agradable que le ofrecía su tierra.

2

Lasarte era entonces una pedanía de casas aisladas que salpicaban el valle del Oria. Manzanos y margaritas punteaban los prados, rodeados de montes y bosques umbríos. El olor a queso y a sidra de los caseríos se mezclaba con el del heno mojado. Las vacas se cruzaban en sus extravíos con los paseantes o con las mujeres madrugadoras que cada mañana, antes de que el tren y el tranvía surcaran el valle, caminaban hasta el mercado de San Sebastián para vender leche y hortalizas. A diario, el traqueteo de las carretas sonaba un poco antes que los martillazos de las ferrerías. Y sobre ellos, el aire se llenaba de mugidos, cencerros y campanas. Parecía mentira que a solo unos kilómetros, en la vecina Francia, se estuviera librando una guerra terrible.

Los cañonazos no llegaban al Oria, pero sí las noticias de la Primera Guerra Mundial. Y una de ellas afectaba de lleno a Lasarte: los criadores de caballos franceses, ingleses y belgas, tenían inactivos a sus purasangres, ya que con la contienda se habían interrumpido las carreras. A alguien se le ocurrió la idea de construir un hipódromo en territorio neutral, y el lugar elegido fue un terreno muy próximo a la casa de los Yarza. Lo que se coció en tres o cuatro reuniones de altas personalidades generó una revolución en esa aldea olvidada del mundo.

Fueron años casi irreales. A Pío le parecía a veces que el valle retemblaba, como si le costara integrar tanta actividad en su naturaleza tranquila. Los trabajos de construcción fueron rápidos y febriles. Cuadrillas de hombres armados con picos y palas abrieron caminos nuevos en las praderas. Se construyó un apeadero con campana y cobertizo para el Tren de la Costa, que ahora debía parar en Lasarte para traer a los aficionados a la hípica. Se levantaron casas en el camino de Usurbil para alojar a los visitantes, las sidrerías que albergaban los caseríos se vieron eclipsadas por bares

ingleses donde servían *whisky*, bíter, ajenjo y champán. El paraje que Domingo contemplaba cada mañana desde su taller se llenó de máquinas y aparatos para excavar y aplanar, y de un enjambre de operarios que faenaba sin descanso bajo una nube de polvo. El 2 de julio de 1916 se inauguró el Hipódromo con la presencia del rey Alfonso XIII y con un boato sensacional.

Como por ensalmo, Lasarte cambió su fisonomía. La sencilla vida rural quedó arrasada por los gustos sofisticados de la aristocracia. Una clase ociosa, compuesta de millonarios, arribistas y diletantes, recorría las sidrerías, las praderas y los caminos en los que el lugareño, antes de esta invasión, conocía el nombre, la vida y los milagros de cada persona con la que se cruzaba. Los burros peludos, grisáceos, de orejas disparatadas, dejaron paso a las yeguas elegantes y guarnecidas con cuero. Las boinas de los parroquianos parecían poca cosa al lado de los sombreros de copa, y el caminar brioso de los viejos de la comarca contrastaba con los andares arqueados de los jinetes y con el paso desmayado de las ricachonas.

Domingo se tiraba el día entero fabricando relojes para esa clientela caída del cielo. Estaba mal decirlo en voz alta, pero a él le interesaba que la guerra no acabara nunca, que al Hipódromo de Lasarte no le hicieran sombra los de Deauville, Longchamp y Auteuil, paralizados por la contienda. Bebía cada vez más. Sabina no lograba entender cómo era capaz de mantener la precisión de relojero con las cogorzas que se pillaba a diario. Cuando salía del taller se tambaleaba y corría a tortazos a todo el que se encontrara en su camino. Sabina y Pío se escondían de él, hasta que bramaba desde la cocina pidiendo su cena, y entonces no les quedaba más remedio que exponerse a su mal humor.

El negocio no despegó como él esperaba. Sus relojes eran pulcros, coquetos, los fabricaba con buenos materiales, madera de haya, esmalte, pero no terminaban de sacudirse una pátina de modestia que a los millonarios que pasaban por el taller les provocaba rechazo. Ellos picaban más alto. Y ni siquiera cedían al capricho, por

mucho que Domingo les mostrara distintos modelos para cubrir todas las necesidades. Se fustigaba pensando que era un mal relojero, pues ignoraba la racanería que un ricachón, que invierte una fortuna en un caballo o en una casa, puede mostrar ante el gasto pequeño.

Además, en el pueblo comenzó a evitarlo todo el mundo. En la iglesia murmuraban al ver los moratones de Sabina y las orejas enrojecidas de Pío. Pocos acudían ya al taller de Domingo para arreglar sus relojes. Fue cayendo en desgracia. Y él le echaba la culpa al Incomprendido, al concurso infausto de unos años atrás, a su endemoniada ilusión por ganar. Intentaba aumentar sus ingresos apostando en las carreras y, a veces, en el Casino de San Sebastián. Pero casi siempre volvía al hogar cabizbajo, borracho y con los bolsillos vacíos.

Cuando Pío cumplió diez años, Sabina le preparó una tarta de manzana y le regaló un tablero para que hiciera las cuentas metido en la cama, pues en la cocina se podía topar con la ebriedad de su padre. Era un día frío de invierno. Domingo, vestido con un pantalón de tela gruesa, una bata gris y unas zapatillas de abrigo, reclamó al niño en el taller.

—Es su cumpleaños —suplicó Sabina.

—He dicho que venga. Aquí se trabaja todos los días.

Pío engulló un trozo de tarta, se limpió las migas y acompañó a su padre al taller, que en invierno era como una cámara frigorífica. Un reloj estaba destripado sobre la mesa. Domingo le pidió que lo armara. A él le fallaba el pulso y no atinaba. Tampoco era fácil para el niño, con el frío que hacía bajo la tejavana. De pronto, al levantar la mirada del engranaje, se encontró con unos ojos azules que lo miraban de cerca. Ante él había una niña con una bufanda enrollada al cuello y un canotier en la cabeza del que se derramaba una melena rubia y rizada.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó la niña en un español con acento francés.

—Diez —contestó Pío—. Hoy es mi cumpleaños.

—Yo tengo once —dijo ella—. ¿Sabes arreglar relojes?

Pío se encogió de hombros.

—Déjale trabajar, que lo desconcentras —gruñó Domingo, pero cambió de actitud cuando se acercó al taller el padre de la niña, al que reconoció de inmediato.

Era Marcel, el criador francés, el dueño de Teddy, caballo cuya fama traspasaba las fronteras. Había sido el ganador de la carrera inaugural del Hipódromo, dos veranos antes.

—¿Dónde estabas, Youna? Se me escapa siempre. Le encantan los relojes.

—Pues aquí tiene donde elegir —contestó Domingo—. Un placer saludarlo, señor Benot.

—Marcel, llámame Marcel. Quería comprar un reloj de pared para mi casa.

Domingo humilló la cabeza dos veces, con un servilismo que se resistía a la campechanía del francés. Pero no dejó de notar que ese hombre rico lo trataba con una cordialidad desusada en la gente de su clase social. Era un hombre con el que, seguramente, se podía charlar de cualquier cosa y del que se podía esperar que se despidiera con unas palmadas en la espalda.

—Pase, por favor. Tengo varios modelos expuestos. Con sonería y sin sonería, por si prefiere el silencio.

Marcel se quedó mirando a su hija. Estaba observando a Pío mientras trabajaba y ese interés de la niña por algo, por cualquier cosa, el dibujo, el entrenamiento de los purasangres o un pájaro haciendo un nido, era una novedad. La salida forzosa de su país la había entristecido. Odiaba haberse alejado de sus amigas, y todo el viaje hasta España lo había hecho pronunciando los nombres de las personas queridas que dejaba atrás, una retahíla que solo sufría alguna interrupción cuando un sollozo le impedía seguir hablando. «Marguerite, Lucille, Natalie», repetía una y otra vez, y de vez en cuando la tía Gaelle, que a sus ochenta y siete años había preferido quedarse en su casa de Deauville y desafiar la guerra. Su ánimo no mejoró cuando se instalaron en la casa que habían alquilado en Lasarte. No hablaba con nadie, no reaccionaba a las palabras de cariño, no quería participar en ningún plan. Era difícil convencerla para que saliera a dar un simple paseo. Y, de pronto, la contemplación de ese niño arreglando un reloj había conseguido deshacer el nudo de la tristeza.

Cuando Marcel entró en el taller, Youna empezó a coger utensilios que estaban esparcidos por la mesa. Le tendió una tenacilla a Pío porque le parecía que era la adecuada para ajustar la pieza del mecanismo que estaba limando. Él la cogió, calibró su tamaño: era perfecta.

—Gracias —dijo sin levantar la cabeza.

La niña había acertado.

—Mi tía Gaelle tiene un montón de relojes. Me deja jugar con ellos.

Pío no encontró nada que decir, así que siguió trabajando.

—Me gustan tus manos —añadió la niña.

Pío se fijó en sus dedos ennegrecidos, pues todavía no había tenido tiempo de asearse, y se sonrojó. Buscó con la mirada las manos de

ella, pero llevaba guantes. Ella se los quitó de pronto y puso las manos sobre la mesa.

—Son feas, me muerdo las uñas.

—Youna, ven aquí —la llamó su padre—. ¿Cuál te gusta más?

La niña se acercó a la exposición de relojes y se tomó su tiempo antes de dar una respuesta. Señaló el Incomprendido.

—Compra ese, papá. Es el más bonito.

—Ese no está en venta —dijo Domingo.

—¿Por qué? —preguntó Marcel.

—Es una historia muy larga. Elija cualquier otro.

—Yo quiero ese —insistió Youna.

El francés sonrió a su hija.

—Ponga un precio.

—No lo vendo, lo siento.

—Piénselo, vendremos otro día. Es el que mejor nos encaja.

Educado, con maneras suaves, Marcel retrocedió hasta la nieve de fuera sin quitarle la vista al reloj. Sonrió complacido, como si supiera que iba a ser suyo.

—Nos vamos, hija.

Youna extendió una mano hacia Pío, que se quedó desconcertado.

—Felicidades.

Él le estrechó la mano, ella se puso los guantes y se marchó con su padre.

Pío ya no pudo concentrarse en la tarea. Domingo lo regañó varias veces, pero no había manera. Se ganó varios pescozones mientras intentaba entender qué le estaba pasando, por qué se le había formado una bola de angustia en el estómago y por qué temblaba de arriba abajo si ya no sentía el frío. Pensaba en esa niña, en sus ojos azules y en la mano extendida, en cómo se mordía las uñas mientras se fijaba en el Incomprendido. Pobre, justo se le había antojado el que su padre no vendía.

Y no lo vendió, aunque debería haberlo hecho, porque ese reloj llevaba incrustada una maldición que iba a perseguir a su familia durante generaciones.

3

Empezó a sonar la *txalaparta.* La música del instrumento ancestral recorrió el valle para informar a los vecinos de que ya se podía probar la *zizarra,* la primera sidra de la temporada. Pío se puso contento, corrió a avisar a su madre, que andaba trasteando en la carbonera, y le metió prisa para que se preparara.

—¿Qué tripa se te ha roto a ti? —le dijo—. Si no bebes sidra.

Pío no le quería contar que aspiraba a encontrarse con Youna en el caserío. Todo el mundo acudía a degustar la primera sidra de febrero, era una tradición, y seguro que los franceses también se apuntaban. A diferencia de otros millonarios que habían llegado a la pedanía, los Benot se relacionaban con los lugareños y participaban de sus costumbres. Se los veía a la salida de misa charlando con el padre Rosendo y con otros vecinos; Marcel se sumaba a las partidas de dominó en la Central, y dos tardes por semana jugaba al ajedrez en la Indianesa con Usubiaga, el alcalde pedáneo. Era imposible que no sintieran curiosidad por la fiesta más popular de todas, pensaba Pío.

Domingo entró en la cocina y descolgó el abrigo del clavo.

—Es en el caserío de Lasa —afirmó—. Yo voy para allá. Trae la comida.

Sabina asintió. No le tenía mucha simpatía a Trini, la dueña del caserío, porque la miraba por encima del hombro y era un poco estirada. Pero en la fiesta de la sidra se diluían las antipatías. La tradición animaba a beber directamente de la barrica y a comer lo que cada uno hubiera llevado de casa. En una cesta, metió un trozo de membrillo, pan y unas sardinas viejas. Adecentó su aspecto, se lavó las manos y se colocó el pelo, cogió una toquilla negra y la

cesta con la comida y salió al frío del invierno. Pío caminaba delante dando saltitos, y ella se preguntaba el porqué de esa alegría repentina en un niño tan solitario. Se encontraron con el padre Rosendo, que vestía manteo y sombrero de teja.

—¿Dónde has dejado a Domingo?

—Ya estará allí, ha salido pitando al escuchar la *txalaparta.*

—Ese nos deja sin sidra. Cuando lleguemos se habrá bebido la *kupela* entera.

Sabina no sabía si reírle la gracia o defender la dignidad de su marido. Optó por lo primero: no había más remedio que aguantar las indiscreciones del cura. Juan Ignacio, el del almacén de piensos, se les unió también a mitad de camino. Cuando llegaron al caserío de Lasa, Trini los recibió con un vaso de sidra.

—Ha salido buena este año.

En un banco corrido comían varios vecinos. Unos, nueces; otros, queso. Los menos, bacalao. Un aire alegre y festivo flotaba por el patio del caserío. Unos chiquillos perseguían a las gallinas, otro intentaba atrapar a un gato. Pío recorrió el patio, la porqueriza, el prado donde el burro miraba la fiesta con desgana. Atravesó la multitud que se arremolinaba a la entrada de la casa. No veía a Youna por ninguna parte. Su madre le ofreció un trozo de pan con membrillo, pero él lo rechazó. No tenía hambre. Ella advirtió que su alegría se había convertido en desilusión.

Estaba triste, mucho más de lo que él mismo se hubiera imaginado al no ver a Youna. Y la algarabía general, las carcajadas, los *zortzikos* que bailaban los mozos junto a la cuadra, acompañados por un *txistulari,* acentuaban su desánimo. Saturnino Usubiaga, el alcalde pedáneo, lo saludó con un pellizco en la mejilla, como siempre hacía.

—¿Ya sabes bailar el aurresku, Pío? Venga, no te quedes ahí, arráncate.

Pío no se movía. Odiaba ese pellizco con toda su alma, le hacía daño, pero aún podía ser peor. A veces el alcalde se agachaba para hablar un rato con él, para decirle cualquier tontería, y entonces lo atufaba con el humo del puro que siempre estaba fumando. No podía irle a su madre con quejas, porque Sabina limpiaba en su casa y lo trataba con enorme respeto.

Entre un grupo y otro andaba O'Connor, un jinete inglés retirado que prodigaba requiebros a todas las mujeres del valle, casadas o solteras. Se había enamorado de la comarca y vivía de alquiler en una habitación junto a la carretera de Anoeta. Se lo veía siempre con un cerdo que había ganado en una carrera hípica para veteranos. Ese día lo había metido en la porqueriza para que hiciera migas con el de Teodoro, el hijo mayor del caserío Lasa. La imagen de O'Connor paseando por la carretera con el cerdo era popular en Lasarte.

—Cada día estás más guapa —le dijo a Sabina al pasar a su lado.

Ella buscó de inmediato a Domingo con la mirada. Recibir palabras amables podía motivar una paliza esa noche. Por fortuna, Domingo estaba atento a la rivalidad de dos *bertsolaris,* el alcalde Usubiaga y Pepe Galán, un joven sastre de Oria, que competían con sus versos improvisados para deleite del público. Cada ocurrencia de uno de los poetas era celebrada con carcajadas que excitaban el orgullo del otro. Casi tres horas después, sus voces sonaban roncas, pero el interés de los aldeanos que presenciaban el combate no había disminuido.

Cayó la tarde y se encendieron las dos bombillas que pendían del techo. Le daban al patio del caserío un aspecto de bodegón. Había sidra derramada por el suelo, vasos terciados, restos de comida y algún indicio de cansancio. Teodoro y Ezequiel, los hijos de Trini,

habían montado la *txalaparta* y amenizaban la velada con ese instrumento de percusión: dos banquetas y tres tablones sobre ellas que golpeaban con palos. El sonido llegaba a cinco kilómetros por el valle.

El relente que bajaba de las montañas enfriaba la noche y las vacas buscaban el refugio de la cuadra. Entonces apareció Youna. Venía con Marcel y con Aurelia, su madre, una mujer menuda, de pelo cobrizo, que miraba la vida con una media sonrisa, como si aprobara cada estampa que se encontraba por el camino. Aunque la niña no se encontraba bien, ellos querían probar la sidra y tomar un rato el aire. Sentaron a Youna en un banco en la parte trasera, resguardada del viento. Pío, que estaba jugando con un palo en la orilla del arroyo, no se enteró hasta que volvió al caserío y vio allí a Marcel hablando con O'Connor. Le contaba que había comprado la Casa Bernarda, una fonda de carreteros, para ampliar sus establos.

—¿De dónde sacaste la yegua gris que ganó el verano pasado? —preguntó O'Connor.

—Se la compré a un gitano en un camino por un puñado de francos. No tiene pedigrí y es una campeona. Un verdadero milagro.

—No me lo creo. —O'Connor le dio un codazo y derramó la sidra de su vaso—. ¿De dónde la sacaste, bribón?

Marcel se estaba limpiando el pantalón cuando Pío lo abordó:

—¿Dónde está Youna?

—Fuera, en la parte de atrás. Habla con ella, le gustará verte —le dijo, y sonrió a ese rapaz que se había ganado un lugar en el corazón de su hija, esa caja cerrada con siete llaves. Otro milagro.

Pío cruzó la casa para salir por la puerta trasera. En el banco corrido, Trini, que rozaba los cincuenta años, cantaba canciones vascas con otras señoras mayores y con el padre Rosendo, que exageraba su

vozarrón de bajo. Incluso su madre se había animado a acompañarlos. También vio a su padre dormido, la cabeza sobre la mesa de haya. Pero pasó de largo como un rayo porque sentada en el poyo de piedra estaba Youna, que sonrió al verlo. El gorro de lana, la bufanda roja, los guantes, las mejillas coloradas. Y los rizos brillando en la noche como una antorcha. Estaba bebiendo una limonada.

—Tú eres Pío —afirmó Aurelia.

—Sí.

—Yo soy la madre de Youna. Desde que te conoció, no para de hablar de ti.

Pío miró a la niña, que sonrió y pidió perdón con un gesto.

—¿Cuál es tu secreto? —preguntó Aurelia.

—No tengo ninguno, se lo juro.

—Seguro que sí —le dijo ella con un punto de luz en los ojos—. Mi hija no habla con nadie. Y en cambio contigo se siente a gusto.

—Mamá, ¡no seas pesada! —protestó Youna.

—Hoy no se encuentra muy bien —explicó Aurelia, como para justificar el ataque que le había lanzado su hija.

—¿Puedo ver el reloj otra vez? —No quedaba claro si la pregunta de Youna iba dirigida a Pío, a su madre o a alguien invisible en medio de los dos, pues en esa dirección miraba.

—Está obsesionada con los relojes —dijo Aurelia—. ¿Qué aficiones tienes tú, Pío?

—También los relojes.

Youna sonrió. Él le tendió la mano y ella se levantó de un salto. Echaron a correr por el camino.

—Eh, eh, eh, ven aquí, Youna.

—Solo me va a enseñar el reloj, mami.

—Vivo aquí cerca —explicó Pío.

—En quince minutos os quiero de vuelta —ordenó Aurelia a las dos figuras que se iban haciendo invisibles en la oscuridad.

Después entró en el caserío y buscó con la mirada a Sabina, que seguía cantando. Se la notaba contenta. A la francesa le gustaba esa hermandad del pueblo vasco. Pensó que era el momento de organizar una merienda con las mujeres en su casa, o tal vez en las dependencias parroquiales, para no incomodar a nadie con los lujos de su vivienda. Ya había notado que alrededor de la iglesia se celebraban encuentros sociales. Lo primero era hablar con el padre Rosendo, que trasegaba sidra y se sumaba a las canciones con un espíritu increíblemente festivo. Lo que más le interesaba era conocer a la madre de Pío, charlar con ella para compartir la magia de que sus hijos hubieran conectado.

Pío se subió a una banqueta y descolgó el Incomprendido de la pared. En el taller, cuando era de noche, Domingo trabajaba con dos candiles y se protegía de la intemperie con una lona que caía desde el tejadillo. Él no llegaba hasta el techo para efectuar esa maniobra, así que trasladó el reloj al interior de la casa y lo colocó sobre la mesa de la cocina.

—Quiero verlo por dentro —rogaba Youna con ansiedad.

Él cogió sus herramientas y abrió la portezuela del reloj. Le mostró el recipiente de mercurio.

—Cuidado, es muy venenoso. Si te chupas el dedo después de tocar el mercurio, te puedes morir.

—¿De verdad? —preguntó impresionada.

Pío asintió. Youna pasó el dedo por el pequeño recipiente y después se lo metió en la boca.

—¡No hagas eso, que te envenenas!

—No pasa nada. ¿Quieres un poco? —Extendió el dedo hacia él.

—¡No!

Ella se rio.

—Cobarde. Enséñame más cosas.

—Este es el tren de sonería. Mira, son casi las ocho y media. Va a sonar dentro de un minuto.

—A ver si aguantamos sin respirar hasta que suene —propuso ella.

Aspiró aire de una gran bocanada y, con un gesto, animó a Pío a hacer lo mismo. También él cogió una buena cantidad de aire. El tictac del reloj marcaba la espera con angustia. Los dos niños se ahogaban y el gong no sonaba. Pío estaba a punto de tirar la toalla, le daba la sensación de que le iba a estallar el pecho. Pero le había dado miedo chupar el dedo impregnado de mercurio y no podía fracasar también en esto. Youna lo miraba con los mofletes hinchados y los ojos brillantes de emoción, como al borde de una carcajada. Pero aguantaba. La manecilla seguía clavada en el umbral de la media hora, no terminaba de conquistar el espacio. Pío desistió, abrió la boca para coger aire y justo en ese instante el reloj

impuso el final del juego con el aviso estruendoso de las ocho y media. Youna expulsó el aire entre toses y soltó un aullido de satisfacción. Levantó la mano derecha para chocarla con la de él, y Pío comprendió que no se había dado cuenta de su desmayo final.

—Somos geniales —dijo.

—Yo casi me ahogo —reconoció Pío.

—Y yo. Pero hemos aguantado.

—Tu madre dijo que quince minutos. Nos tenemos que ir.

Youna torció el gesto. Buscó entre el revoltijo de herramientas de la mesa hasta encontrar un destornillador. Se lo tendió a Pío.

—Abre la esfera.

Él lo hizo. Ella metió el dedo con delicadeza y retrasó la manecilla pequeña.

—¿Ves qué fácil? Ahora tenemos diez minutos más.

Pío retrasó la manecilla grande.

—Ahora tenemos una hora y diez.

Ella se puso a girar las dos manecillas, que daban vueltas y vueltas.

—Ahora tenemos un día entero.

—¡Toda la vida! —gritó Pío entusiasmado.

Ella lo miró con ojos risueños.

—Me tengo que ir —dijo de pronto. Y salió de la casa corriendo.

—¡Espera!

Pío corrió tras ella y la guio por el camino oscuro hasta el caserío de Lasa. Cuando llegaron, jadeantes, la fiesta ya declinaba. Aurelia se acercó a la niña, la cogió de la mano y la llevó junto a su padre. A Pío le extrañó que no le dirigiera la palabra, con lo simpática que había sido con él. El francés aguardaba serio. Se marcharon los tres después de despedirse con un gesto breve y seco.

Sabina llevaba a su marido del brazo. Estaba tan borracho que era incapaz de andar.

—Ayúdame, hijo, no puedo con él.

Entre los dos consiguieron arrastrar a Domingo hasta la casa. Al calor del hogar, el hombre se reanimó y empezó a lanzar mandobles a diestro y siniestro. A Pío le alcanzó un golpe en la nuca. Sabina se llevó la peor parte. Un manotazo en la nariz, que empezó a sangrar. Un empujón que la estampó contra la cocina de chapa, un tirón de pelo que la derribó. Y a partir de ahí, patadas que ella amortiguaba con posturas defensivas, como si intentara convertirse en un saco de cereal.

—¡Vete a tu cama! —le gritó Sabina a su hijo para que no presenciara el vapuleo y también para que se pusiera a salvo.

Pero poca protección podía encontrar en esa casa. Su cama estaba en la cocina, era apenas un jergón tras una cortinilla. Allí se tumbó el niño y metió la cabeza debajo de la almohada.

La pesadilla terminó poco después, pero Pío no se atrevía a moverse. Su miedo empezó a remitir cuando distinguió los ronquidos de Domingo, que se había tumbado en el suelo a dormir la mona, y el llanto de Sabina, que intentaba acallar a toda costa para no despertar al monstruo. Pío se acurrucó en un lado del jergón, junto a la pared, para dejarle hueco a su madre. Sabía que se acomodaría junto a él, siempre buscaba ese refugio cuando la cosa se ponía fea con su padre. Así lo hizo. Él la abrazó y ella emitió un quejido lastimero, pues estaba muy dolorida.

—Cuéntame algo —pidió Sabina.

—Es que no sé qué contarte.

—Estabas muy solo en la fiesta. ¿Te lo has pasado bien?

—Sí.

—¿Por qué no tienes amigos?

—Sí que tengo. Youna.

—¿La francesa? No puedes ser su amigo. Dicen que han traído la viruela.

—¿Qué es eso?

—Una enfermedad muy contagiosa y muy grave. Te puedes morir si la coges, Pío. No es ninguna broma.

El niño se acordó de que le había hecho una advertencia similar a Youna con el mercurio. Sonrió en la penumbra.

—A última hora ha llegado a la fiesta el herrero. Venía de poner las herraduras a los caballos, en los establos de Marcel, y se ha enterado de que hay dos empleados con viruela. Teodoro les ha pedido que se fueran. Con educación, ¿eh?, pero los franceses se han enfadado.

—¿Por eso estaban tan serios?

—Sí. Nadie va a querer cuentas con ellos. Ya hubo un brote de tifus en Hernani hace unos meses y murió gente. Hay que tener cuidado.

—Pero Youna me ha dicho que me iba a enseñar los caballos.

—No puedes verla, hijo. ¿Por qué no haces amigos en el pueblo?

—No hay nadie que me caiga bien.

—¿Nadie? Es imposible que nadie te caiga bien.

—Me cae bien Youna.

Sabina le acarició el pelo y le dio un beso en la frente.

—Youna no, hijo.

Se levantó y se fue a su dormitorio saltando por encima de su marido. Dejó la cortinilla medio abierta, y por ese hueco Pío alcanzaba a distinguir el reloj sobre el mantel de hule de la cocina. Evocaba a Youna retrasando las manecillas, riendo como una diablesa. Quería verla otra vez y no se lo permitían. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se levantó para dejar el reloj en su sitio y pensó que ya tenía algo en común con ese trasto. Eran dos incomprendidos.

4

Apenas había rayado el día y Pío caminaba con su madre hacia el centro del pueblo, o del barrio, o de la aldea, o de la pedanía, porque Lasarte era todas esas cosas y ninguna. Un sector pertenecía a Hernani, otro a San Sebastián, otro a Urnieta y uno más a Usurbil, como si cuatro invasores se hubieran repartido un reino y con ello hubieran condenado a sus habitantes a la falta de pertenencia a un lugar. Para algunos aldeanos, la ausencia de contornos propios convertía a Lasarte en un espacio mágico, irreal, como de cuento. Pero otros clamaban por obtener autonomía política.

El frío de la mañana era cortante y Pío no entendía por qué lo habían sacado de la cama tan temprano, por qué salir a la intemperie de esa forma, lleno de legañas y con un saco sobre la cabeza que apenas lo protegía de la tormenta.

—Tu padre vio el reloj destripado. Dice que las manecillas están rotas. Te va a moler a palos, hijo.

—Solo jugamos un poco con ellas, no estaba roto —dijo el niño temblando.

Domingo había abierto la trampilla del sótano y había bajado por las escaleras empinadas con el Incomprendido en brazos. Allí se arrumbaban los relojes que no tenían arreglo, o los que ya no le gustaban. Sabina temía que se matara en alguna de esas incursiones, por un resbalón o por un mal paso de borracho. O, más que temerlo, ¿lo deseaba?

—Yo me tengo que ir a trabajar, pero no te quiero dejar en casa con él, así que te vas a quedar con la tía Juana.

Por eso caminaban hacia el centro, allí estaba el convento de las Madres Brígidas. Al pasar por el puente de piedra de Zubieta, Pío se

detuvo. De ahí partía el camino hacia Casa Bernarda, donde Marcel Benot tenía sus establos. Notó el deseo intenso de adentrarse por ese camino, de pisar la tierra que pisaba Youna y contemplar los mismos árboles que ella veía cada mañana.

—¿Qué haces ahí como un pasmarote? —dijo Sabina girándose hacia él—. Que te vas a congelar.

Se cruzaron con Telesforo, un lunático que caminaba dando saltitos y se detenía cada dos por tres a recoger boñigas que usaba como estiércol. Las guardaba en una cestita de esparto como el que lleva una merienda al bosque.

—Chica bonita —le dijo a Sabina al verla. Siempre se lo decía, su saludo era un piropo que ella recibía con una sonrisa.

—Gracias, Teles. —Y luego, azuzando al niño—: Venga, hijo, que tengo frío.

Enseguida llegaron a la tapia del convento, que tenía un tejadito bajo el que había tiendas y talleres. Entraron por la puerta principal y los recibió sor Eufemia, a la que Pío conocía de otras visitas. Era una monja muy simpática, jorobada y con los dientes delanteros muy salientes, como un caballo relinchando. Pero a Pío su voz le parecía dulce.

—Tu hermana está rezando. Ahora la aviso —le dijo a Sabina.

Se sentaron en un banco a esperar y veinte minutos después llegó sor Juana, que al ver a Pío se acercó a él dando zancadas a un lado y otro, como si fuera un robot, y extendiendo las manos para anunciar el gran abrazo. Le plantó una cadena de besos sonoros en ambas mejillas y después saludó a su hermana.

—Hoy no podemos ir al huerto, con la que está cayendo. Vamos a la sala de visitas.

Los condujo a una pequeña estancia en la que podían hablar con tranquilidad. A esas horas no había mucho trajín en el convento, el recadista llegaba más tarde, el padre Rosendo solía visitarlas a la hora de comer y el médico solo acudía los martes y los viernes.

—Bueno, bueno, qué sorpresa. ¿Qué tal estáis? ¿Cómo va la escuela?

El niño se encogió de hombros.

—No va mucho —contestó Sabina—. Su padre lo tiene todo el día en el taller.

Lasarte no disponía de un colegio, pero la Casa Concejil habilitaba un aula para que un maestro lidiara con niños de todas las edades.

—Tienes que ir. —Juana señaló a Pío con el dedo—. Tienes que aprender a leer y a escribir bien, y las cuentas. —Exhaló un gran suspiro y miró a su hermana. Le cogió la barbilla y le movió la cara a un lado y al otro, buscando heridas viejas y moratones.

—No puedo con él, Juana.

La monja se mordió el nudillo de un dedo, como hacía siempre que algo la contrariaba. Los tenía llenos de callos.

—Pío, ¿no te quieres dar una vuelta por el patio? Tiene un tejado, allí no te mojas —propuso.

—No te preocupes, Juana, si él también se lleva lo suyo. Ayer tocó jaleo en casa.

—¿Jaleo? —Juana la miró con un punto de irritación. Le molestaba que su hermana no llamara a las cosas por su nombre. Ya no llevaba la cuenta de las oraciones que había rezado por ella y por ese niño al que tanto quería. A veces se preguntaba si podía hacer algo más por ellos. ¿Era suficiente rezar? Temía poner su fe en tela de juicio,

pero muchas veces dudaba de que vivir intramuros fuera la mejor opción. Podía prestarle ayuda espiritual, sí, pero su hermana necesitaba más que eso.

—Mucho jaleo, sí —insistió Sabina—. Por eso te lo traigo, para que se quede un rato aquí. Yo me voy a trabajar.

—¿Te quedas conmigo? —Sonrió al niño.

Pío asintió, más resignado que contento.

—No sé qué hacer, Juana —dijo Sabina.

—¿Has hablado con el padre Rosendo?

—Tres veces ya. Dice que los trapos sucios del matrimonio se lavan en casa. Y que el matrimonio es para toda la vida.

—Y tiene razón, cariño.

—Ya lo sé, ya.

—¿Por qué no llamas a Enriqueta? Invítala a Lasarte.

—No, no, Enriqueta no.

A Pío se le iluminó la mirada.

—¡Sí! Que venga Enriqueta, por favor, *ama.*

Enriqueta era la tercera de las hermanas Galardi, la tía favorita de Pío. Se había casado con un empresario acaudalado de San Sebastián y vivía entre lujos. Fumaba, bebía, bailaba y hablaba a gritos. Nada que ver con la austeridad de la monja ni con la vida rústica y ahogada de Sabina.

—Domingo y Enriqueta se odian, no puede venir, en serio.

—Pero con ella delante no se atreverá a levantarte la mano.

—No quiero que venga, siempre me reprocha que me haya casado con Domingo.

Pío balanceaba las piernas, distraído. Tenía sueño y la conversación le llegaba a retazos.

—Lo caló desde el principio —asintió Juana—. Siempre dijo que era un bruto.

—Su marido tampoco es un angelito. —Y añadió, inclinándose hacia la oreja de su hermana—: Dicen que tiene una amante y que derrocha su dinero en juergas nocturnas.

—Eso son habladurías, Sabina.

—Cuando el río suena, agua lleva.

—Pero de las tres Galardi, es la que eligió mejor —dijo Juana.

Sabina se la quedó mirando: en esa frase había un matiz triste, inesperado en su hermana, por lo general tan serena.

—¿Mejor que tú, que te has casado con Dios? —preguntó esforzándose en no poner la menor ironía en sus palabras.

—Intramuros también se sufre, esto no es ninguna bicoca.

Sabina se marchó poco después; a las nueve y media empezaba a trabajar en casa del alcalde. Dio un beso a Pío y un abrazo a su hermana y se alejó cojeando ligeramente. Juana no tenía mucho tiempo libre, pero le consiguió un papel y unos lápices a su sobrino para que dibujara algo. Ella cogió un lapicero y dos cuartillas y se puso a escribir una carta.

—¿Qué haces, tía?

—Estoy escribiendo a una amiga.

—He visto que ponías «Querida Enriqueta».

—Eres un poquito cotilla —lo amonestó con una sonrisa.

—La *ama* te ha dicho que no le escribas.

—A veces hay que hacer lo que te pide el corazón, aunque los demás no lo entiendan.

Poco después vio que el recadista asomaba la nariz por la puerta y lo llamó con un gesto. Metió la carta en un sobre, escribió la dirección y se la tendió al muchacho. Sonaron las campanas del convento y sor Juana se levantó.

—Ahora me tengo que ir. Quédate aquí el tiempo que quieras. Si necesitas algo, se lo pides a la hermana Eufemia o a Baldomero, que estará fregando el patio.

Le hizo una caricia en el pelo y se marchó. Pío se quedó mirando el papel en blanco. No le gustaba pintar, le parecía de niños pequeños, pero su tía seguía pensando que tenía cinco años. Sin embargo, quería escribir una carta, como había hecho ella. Con una caligrafía pobre, torcida, insegura, escribió el encabezamiento: «Querida Youna». Frunció el ceño. ¿Qué le podía escribir? ¿Una explicación de por qué no podían verse más? No, no podía, escribir eso equivalía a aceptar su destino trágico.

¿Una declaración de amor? Eso sería más apropiado. O, por lo menos, sintonizaba mejor con su corazón. Pero no sabía cómo arrancar. Y en ese convento de monjas no había nadie a quién preguntar cómo se expresaba el amor con palabras. Lo mejor, quizá, sería escribir un poema. Irulegui, el maestro de la escuela, se pasó una semana leyéndoles poesías en clase. Sí, lo mejor sería un poema, sin encabezamientos, unos versos escritos de corazón en un

papel que le entregaría en mano. Arrugó la primera cuartilla, cogió otra y se inclinó sobre ella. Pero no le salía nada.

¿Cuál podía ser la primera frase? ¿Eres muy guapa? No. ¿Me encantan tus ojos azules? Tampoco. Todo le parecía demasiado directo, muy tosco. Youna no le volvería a hablar nunca más.

Pensó que necesitaba pasear un rato para encontrar la inspiración, pero la lluvia no daba tregua. Observó el cielo encapotado, la cortina de agua como una cascada, inclemente. Regresó a su asiento dispuesto a escribir algo. Cogió el lápiz, dudó unos minutos. Un trueno sacudió cada rincón del convento y funcionó en él como una espoleta. Escribió: «Está lloviendo».

Pero no se le ocurría nada más. Desesperado, soltó el lápiz, dobló la cuartilla con su primer verso y se la guardó en el bolsillo del pantalón. Su tía Juana regresó junto a él.

—¿Qué tal vas, Pío? ¿Has dibujado algo bonito?

—No sé dibujar.

—Todo el mundo sabe. ¿Quieres que te enseñe?

—Quiero irme a casa.

La monja lo miró con preocupación.

—¿No prefieres esperar a que vuelva tu madre?

Pío meneó la cabeza.

—Yo no puedo salir del convento. Pero no quiero que vayas solo, sobre todo si tu padre está enfadado.

—Se enfada más si tardo en llegar.

Sor Juana asintió con un gesto triste.

—Espera aquí, le voy a pedir a sor Eufemia que te acompañe. Ella no es monja de clausura, puede salir.

Le plantó un beso en la mejilla que siempre duraba mucho, porque lo convertía en una sucesión de besos pequeñitos. Después se perdió en las sombras del pasillo, arrastrando el hábito con un frufrú que se acompasaba con el murmullo de la lluvia. Pío aguardó cinco minutos. Como no venía nadie, decidió salir a la calle.

Volvió a casa frustrado como poeta y con el corazón en un puño, aterrorizado por la paliza que le iba a dar su padre. Lo encontró en el taller, reparando el Incomprendido. El exilio del reloj en el sótano había durado poco. Avanzó de puntillas, sin hacer ruido, rogando a Dios que no pasara nada.

—Ven aquí, Pío.

Lo había visto sin levantar la mirada. El tono de voz severo, la calma en sus movimientos que resultaba engañosa, un simple preludio de la explosión de ira. Temblando, Pío acudió a la llamada y entró en el taller.

—Mira el eje de las manecillas, totalmente deformado. ¿Qué has hecho para que esté así?

—Nada.

—¿Has sido tú o ha sido esa niña francesa?

Pío se quedó callado.

—Contesta.

—He sido yo.

—Lo reconoces. Muy bien, me gusta que seas valiente y que reconozcas tus errores. No vuelvas a abrir este reloj nunca más. ¿De

acuerdo?

—Sí.

—¿Sabes lo que es este reloj para mí?

—Es el reloj del concurso.

—¿Y por qué me gusta tanto?

—Porque es muy bonito —aventuró el niño.

—No es por eso. Me gusta porque es lo único bueno que he hecho en mi vida. Lo único. No lo olvides nunca, hijo.

Pío estaba tan asustado que ni siquiera asimiló las implicaciones de esa frase. Él no contaba como algo bonito en la vida de su padre, su madre tampoco.

—Algún día tú fabricarás un reloj como este. Pero para eso tienes que trabajar duro y aprender el oficio. Ahora sécate un poco y ven aquí conmigo.

Pío entró en la casa sin identificar lo que sentía en esos momentos: alivio, sorpresa, fastidio o tristeza por tener un padre tan poco cariñoso. El miedo no se le había pasado. Era una emoción que mantenía siempre en el pecho y le provocaba angustia, un nerviosismo constante, a flor de piel, un hormigueo fastidioso.

Estuvo toda la tarde en el taller con su padre, aburrido, fingiendo interés en los relojes para no contrariarlo. De noche, cuando ya estaba en la cama, le llegó la discusión entre sus padres.

—¡No quiero! —gritaba Sabina—. Estoy agotada, ¿es que no lo entiendes, animal?

—Cómo se nota que tu padre tenía una fábrica de hielo —bramaba Domingo—. No se puede ser más fría en la cama.

La fábrica de hielo de su abuelo. Su madre le había contado alguna historia de esa fábrica. Ahora era un edificio abandonado, al otro lado del Oria. Pero Pío no quería saber nada de esa discusión. Se tapaba los oídos y pensaba en su tía Juana, en una frase que le había dicho esa mañana y que se le había alojado dentro: hay que hacer lo que te pide el corazón, aunque los demás no lo entiendan.

Decidió que al día siguiente iría a visitar a Youna.

Marcel estaba cepillando a Boutique, su yegua favorita, cuando vio aparecer a Pío. Llevaba una boina ladeada y unas sandalias viejas, insuficientes para el terreno embarrado y lleno de charcos por el que venía.

—No deberías estar aquí, Pío. Hemos tenido un brote de viruela.

—Es que quiero ver a Youna.

—No te me acerques mucho, ¿de acuerdo? Yo te cuento: tu amiga está malita, hoy no vas a poder verla.

—Me dijo que me iba a enseñar los caballos.

La pena del niño caló en el alma de Marcel. Le parecía un personaje de una de esas novelas de Dickens que tanto le gustaban. Un niño pobre y desarrapado en un mundo de adultos sin escrúpulos. No había mucho trajín a esa hora en los establos. Más allá, en el prado, tres jornaleros segaban el heno. Un penacho de humo salía de la chimenea y señalaba la lejanía de la casa, donde convalecía Youna cuidada por Aurelia y por el servicio doméstico.

—Si quieres, te los enseño yo.

—No lo quiero molestar —repuso Pío con la boca pequeña.

Una sonrisa se abría paso en su rostro y al francés le pareció que un rayo de sol penetraba por el cielo encapotado.

—Mira, esa es Boutique. Ha corrido siete carreras y las ha ganado todas. ¿A que es preciosa? Y aquel es Teddy. Ahora no está en su mejor momento, tiene una herida en el casco derecho que no se le termina de curar.

A lo largo del establo había quince boxes, y por allí pululaban varios empleados que bañaban a los caballos, los alimentaban, los sacaban a pasear. Uno de ellos acarreaba una canasta llena de zanahorias.

—¿Comen zanahorias? —preguntó Pío con sorpresa.

—Les encantan. Pero sobre todo comen heno y alfalfa. Y un poco de avena.

—¿No se aburren aquí todo el día?

—Un poco. ¿Sabes lo que hacemos para entretenerlos?

—¿Qué?

—Les ponemos una cabra en el prado para que les haga compañía. O un perrito. Se divierten mucho con los perros.

—¿Lo puedo acariciar?

—Sí, por aquí. Mira, Boutique —le dijo a la yegua—, este niño se llama Pío y es amigo de Youna.

Pío sonrió al notar el tacto del animal.

—Me gustaría verlo correr.

—Tienen tres horas de entrenamiento por las mañanas. Y tres días a la semana galopan en el Hipódromo, para que se acostumbren a las carreras. ¿Sabes lo que hizo un caballo que tuve la primera vez que compitió? Se puso a morder al caballo de al lado, porque no estaba habituado a correr con nadie más. Eso me pasó cuando empezaba, desde entonces los pongo a correr juntos para que se habitúen.

—Yo nunca he visto una carrera.

—¿Viviendo en Lasarte no has visto ninguna? Eso es imperdonable. Dile a tu padre que te lleve.

—Dice que todavía soy pequeño.

—Este verano te llevo yo.

—¿De verdad? —exclamó Pío con una emoción inmensa recorriendo sus entrañas.

—Claro que sí. Te lo prometo.

A Marcel le pareció que la sonrisa del niño le marcaba unos hoyuelos un tanto huesudos y le afeaban la expresión. Pero le estaba cogiendo cariño.

—¿Puedo ver a Youna, aunque sea solo un ratito?

Marcel colgó el cepillo en un clavo y se limpió las manos en el pantalón.

—Vamos a preguntarle a Aurelia cómo se encuentra.

Caminaron hasta la vieja fonda de carreteros que los Benot habían convertido en su hogar. Por fuera, la casa no tenía nada de particular. Una construcción de dos alturas con la fachada ennegrecida bajo los aleros. Pero por dentro estaba decorada con el mobiliario que habían traído desde Deauville. Alfombras persas,

muebles de maderas nobles, lámparas con los bordes dorados, cuadros y esculturas en paredes y rincones. A Pío le llamó la atención el busto de un caballo, esculpido en alabastro, que presidía el recibidor. Por los suelos mullidos pasaba el batallón de criados que trabajaban para esa familia. Acostumbrado a la precariedad de su hogar, se sintió en un palacio. Aurelia bajó del piso superior con noticias de Youna. Estaba tan preocupada que ni siquiera reparó en la presencia del niño.

—Tiene mucha fiebre. Y el médico sigue sin aparecer.

—Está avisado, amor. Pero viene de Hernani, ya sabes que a veces tardan.

Aurelia apretó los labios en un gesto de angustia y acarició el pelo del niño.

—Ahora no se la puede visitar. Lo siento, Pío.

Él se giró hacia la puerta y vio colgado en un perchero el canotier de Youna. Sintió una punzada de emoción y de pena.

Al llegar a casa, agradeció que su padre no estuviera en el taller. Le apetecía estar solo. Se palpó el papel en el bolsillo y lo sacó. Leyó el verso que había escrito: «Está lloviendo». En el paseo de vuelta se le había ocurrido cómo completar el poema. Añadió: «y te quiero».

5

Pío amaneció con fiebre y manchas rojas en la cara, en los brazos y en las piernas. Sabina le aplicó friegas de vinagre por todo el cuerpo y mandó llamar al médico. Domingo paseaba por la casa con los ojos extraviados.

—No te acerques a él, te va a contagiar —le dijo a su esposa—. ¿Es que no te das cuenta?

—¿Y qué hago? ¿Quieres que lo deje morir como un perro? Es mi hijo.

—Malditos franceses —masculló Domingo—. Ya lo dijo el herrero. Hay un brote de viruela en el Hipódromo.

El doctor Izadi llegó por la tarde, se cubrió la boca y la nariz con un pañuelo antes de examinar a Pío y confirmó el diagnóstico. Viruela. Domingo descargó un puñetazo sobre la mesa. Sabina se llevó la mano a la boca. La sola palabra provocaba reacciones de espanto. Se conocían brotes en España con una mortalidad muy alta.

—Pero ¿la viruela tiene cura? ¿Se va a morir mi hijo? —preguntó Sabina.

—Hay que llevarlo al hospital de Hernani. Allí tienen una vacuna.

—Pero si él ya está contagiado, ¿de qué le sirve la vacuna?

—Si se le administra antes de que se le formen las erupciones, se reduce la mortalidad.

—¿Has oído, Domingo? Hay que llevarlo al hospital.

—Hay un problema —informó el doctor—. Yo vengo de Hernani, he tardado en llegar porque no me dejaban salir. Tienen pánico al contagio.

—Pero el hospital está en Hernani. No tenemos otro —dijo Sabina.

—Lo sé, pero el rumor de que hay un brote de viruela en Lasarte los ha sublevado. No quieren allí a los enfermos.

—Esto es un barrio de Hernani, ni siquiera nos dan la categoría de municipio. —Domingo se iba acalorando según hablaba—. ¿Qué cojones les pasa? ¿Van a dejar morir a sus vecinos?

—Hace meses hubo un brote de tifus en Hernani, murió gente, la población tiene terror a las enfermedades contagiosas.

El doctor Izadi se secó el sudor de la frente. No le convencían sus propias explicaciones, lo avergonzaba la cerrazón de sus paisanos.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Sabina en tono de súplica.

—De momento, habitación ventilada y reposición de líquidos. Friegas para combatir la fiebre. Y mucho descanso.

—Y esperamos sentados a que le salgan las erupciones y se muera —concluyó ella.

—Yo no puedo hacer más.

A Izadi se lo notaba fatigado. Llevaba todo el día visitando enfermos en Lasarte. Se habían registrado ya siete casos; uno de ellos, la hija de los Benot.

—El padre de esa niña es millonario —recordó Domingo—. No creo que se quede cruzado de brazos.

—A él le he dicho lo mismo que a vosotros. Que es imperioso llevar a la niña al hospital de Hernani. Si le salen las erupciones, se puede

morir.

—Vete a hablar con Marcel —ordenó Sabina mientras se dirigía a la puerta.

—¿Y tú adónde vas? —preguntó su marido.

—A ver al alcalde. No pienso dejar que mi hijo se muera.

Caminó a paso vivo hasta la Casa Concejil, donde trabajaba Saturnino Usubiaga. Cuando entró en el edificio, un ujier le dijo que el alcalde estaba reunido. Sabina lo apartó con un gesto firme e irrumpió en el despacho. El alcalde estaba departiendo con el padre Rosendo.

—¿Qué está pasando, Satur? ¿Vais a dejar morir a mi hijo?

—¿También tu hijo? —El alcalde se levantó como empujado por un resorte.

—¿Por qué no podemos ir al hospital de Hernani? Es el que nos corresponde. ¿Es que somos ciudadanos de segunda?

—No lo somos, Sabina. Y no voy a permitir que los enfermos se queden aquí tirados. Estoy moviendo mis hilos, he hablado con el gobernador civil y está de nuestra parte.

—El tiempo corre en contra. Ha dicho el médico que si al niño le salen las erupciones en la piel...

No consiguió acabar la frase, pero el mensaje quedó muy claro. Todos compartían la gravedad de la situación.

—Las fuerzas vivas de Hernani están en San Sebastián hablando con las autoridades. Insisten en que no somos bienvenidos en su hospital. Y amenazan con un baño de sangre.

—¿Qué? —Sabina lo miró atónita. Después se giró hacia el padre Rosendo.

—He hablado con el párroco de Hernani —explicó este—. No van a dejar pasar a los enfermos. Le he preguntado si eso le parece misericordioso y me ha mandado a freír espárragos.

Sabina notó que le fallaban las piernas. Buscó una silla. Estaba desinflada.

—Y ¿qué hacemos?

—Lo primero, Sabina, mantener la calma. No os vamos a dejar solos. Estoy en conversaciones con la Policía de San Sebastián y con la Guardia Civil. Y el padre Rosendo tiene una sugerencia.

—Es aconsejable que los enfermos estén todos juntos, para no exponer al contagio a sus familiares. Además, cuando llegue el permiso para llevarlos al hospital, será más ágil el traslado.

—¿Dónde los van a meter? Aquí no tenemos ni un triste ambulatorio.

—Hay una monja del convento que se ofrece a alojarlos en su casa. Sor Eufemia, le dicen la Jorobadita.

—¿Y ella no tiene miedo de contagiarse?

—Ha sido monja misionera. Ha pasado quince años en Birmania trabajando con enfermos. Le salió la joroba a la pobre de tanto cargar leprosos.

A Sabina se le humedecieron los ojos.

—Pero yo no quiero separarme de mi hijo.

—Es lo mejor, Sabina —la animó Usubiaga—. Por precaución. Y va a ser por poco tiempo. Estoy esperando la llamada del gobernador.

Sabina salió del edificio sintiendo un peso en el alma. Más que su único hijo, Pío era la razón de su existencia. Sin él, le sería imposible levantarse por las mañanas y compartir el espacio y el aire con su marido. El miedo se extendía por el interior de su cuerpo como una mancha de aceite.

Esa tarde trasladaron a los contagiados a la casa de la Jorobadita. Vivía en una antigua cuadra a la salida del pueblo, una construcción pequeña, destartalada, que había acomodado con jergones de paja forrados con hoja de maíz para los enfermos.

Pío se había resignado al traslado con la esperanza de ver a Youna. Reconoció entre los enfermos a Miguel, un niño de trece años que arrancaba las colas a las lagartijas. Le caía muy mal. También estaban Pilar, la de la mercería; Emeterio, el carpintero, que fabricaba carros de bueyes; Esteban, un viejo que iba mucho al caserío de Azurza a jugar al mus, y un empleado inglés del Hipódromo. Ni rastro de los dos mozos que trabajaban para Marcel y que, según las malas lenguas, habían contagiado a la población. Y ni rastro de Youna.

Fue una noche de lamentos, de vómitos, de duermevela. En el delirio de la fiebre, Pío se imaginaba cabalgando junto a Youna, tal vez a lomos de Boutique. De vez en cuando notaba un chorro de agua fría sobre la frente, unas gotas refrescando sus labios. Detectaba un sabor a limón, a menta, a hierbas aromáticas. Entreveía en la penumbra el rostro de sor Eufemia, sus dientes caballunos, su joroba proyectada en la pared, en las sombras que provocaban los candiles. Su voz era amorosa, un cascabeleo que arrullaba a los seis desventurados.

A la mañana siguiente, muy temprano, se presentó en la casa Vicente Gurpegui, el jefe de la Policía de San Sebastián; tenía el encargo de escoltar a los enfermos hasta el hospital de Hernani. Una diligencia aguardaba fuera. Allí se apiñaron los seis enfermos mientras Usubiaga, el alcalde, saludaba a Gurpegui y a sus dos

agentes y se felicitaba de que el gobernador civil de Guipúzcoa hubiera cogido el toro por los cuernos. El hospital que les correspondía a los enfermos de Lasarte era el de Hernani, y allí serían atendidos. Una segunda diligencia se puso en camino. En ella viajaba Youna y a su lado, a caballo, marchaba su padre, Marcel, su figura imponente recortada contra el monte Buruntza.

Las diligencias traqueteaban y mecían a los enfermos. Pasaron por Antziola y enfilaron la Cuesta de la Muerte, el camino que conducía al hospital. A la altura de la aldea de Zinkoenea se encontraron la vía cortada por un amasijo de muebles, toneles, maderos y alambres. Una muchedumbre de vecinos custodiaba la barricada. Empuñaban palos, azadones, rastrillos y otras herramientas.

—¡Abran paso a la autoridad! —clamó Gurpegui.

Le contestó un coro horrísono de protestas: no estaban dispuestos a dejarlos pasar. Marcel adelantó su caballo hasta el hombre robusto que parecía el líder.

—Tenemos que llevarlos al hospital, es muy urgente.

—Por aquí no. —Se plantó blandiendo un pico.

—Por caridad, mi hija está grave. Déjennos...

—¡No pasa ni Dios! —lo interrumpió y escupió en la tierra. Su postura fue jaleada por el resto de los vecinos.

Marcel se giró hacia el jefe de policía. Gurpegui descabalgó.

—Traigo una orden del gobernador civil. Estos enfermos son vecinos de Hernani como tú, como todos vosotros. Tienen derecho a recibir atención médica.

—Y nosotros tenemos derecho a proteger a nuestras familias —vociferó una mujer.

—No los queremos aquí. ¡Fuera!

El griterío era ensordecedor. La multitud se iba enardeciendo más y más.

Marcel espoleó a su caballo, decidido a abrir una brecha en la barricada. Pío había asomado la cabeza por la portezuela de la diligencia y observó el enfrentamiento entre el francés, el policía y los vecinos. Una aldeana le arrebató la fusta a Marcel y empezó a atizarle en las piernas. Gurpegui lanzó un disparo al aire, el caballo de Marcel se encabritó, una piedra voló hasta estamparse en la diligencia en la que viajaba Youna.

Pío bajó de la suya. Sufrió un mareo al poner un pie en el suelo embarrado. El francés había desmontado, no se sabía si para persuadir a los sublevados o para recuperar la fusta, y sufrió el ataque de otra mujer, que lo arañó en la mano, y los gritos e insultos de varios vecinos. Un aldeano atravesó la barricada y empezó a zarandear la diligencia en la que viajaba Youna. Los agentes lo redujeron de inmediato y arreciaron los gritos, las recriminaciones, las consignas en contra de la policía, del francés millonario, de los enfermos.

Pío intentó encaramarse al estribo de la diligencia del francés. Quería ver a Youna, aunque solo fuera un segundo. Pero Gurpegui lo conminó a que volviera a su diligencia de inmediato. Dos mujeres forcejeaban con los agentes para que liberaran al detenido. Gurpegui disparó al aire de nuevo. Sobre los alambres de la barricada, Pío divisaba un panorama de puños en alto, de rostros desencajados por la rabia, por la determinación de no dejar pasar a los enfermos. Se sintió cegado por el brillo de las herramientas de labranza, convertidas en ese momento en armas de combate.

En el campanario de Hernani, que se distinguía con claridad, se habían apostado vigilantes. Las campanas tocaron a rebato. Una riada de vecinos se dirigía a la barricada. Pío estaba al borde del

desmayo, lo mismo que sus compañeros de infortunio. Y la niña a la que amaba dejaba escapar su vida en otra diligencia sin poder recibir ayuda médica. Volaban piedras y ladrillos. Pío se refugió en la diligencia y lloró. Lloró de rabia, incapaz de entender la injusticia y sin saber que algo estaba prendiendo en su alma: la alergia contra la insolidaridad, la compasión por los más necesitados.

Un portavoz se abrió paso entre el gentío para informar a la policía de que el pueblo se mantenía unido en una causa común: los enfermos de viruela no eran bienvenidos. Estaban dispuestos a incendiar el hospital de Hernani. Habían desalojado el edificio de enfermos, sacado los muebles y rociado las puertas y las vigas con petróleo. Si insistían en atravesar la barricada, el hospital ardería en segundos.

Gurpegui cambió impresiones con sus agentes, también con Marcel. Al francés le parecía que eso era un farol, ¿cómo iban a incendiar su propio hospital? El jefe de policía estaba de acuerdo, pero la cerrazón, la agresividad, la cohesión de todo el pueblo en la protesta eran palpables a solo dos metros de distancia. No podían sortear la barricada sin un derramamiento de sangre.

Una nube de polvo anticipó la llegada de una partida de la Guardia Civil. El teniente coronel Portas llevaba la voz cantante. Se dirigió al jefe de la Policía.

—Traigo órdenes del gobernador civil. Hay que regresar a Lasarte. Se ha llegado a un acuerdo con el alcalde de Hernani, construirán en treinta y seis horas un lazareto para los enfermos.

—¿Qué broma es esta? —dijo Marcel—. ¿Un hospital en treinta y seis horas?

—Un hospital tipo Docker, de madera. Se ha hecho otras veces. Será equipado con instrumental médico y atendido por monjas enfermeras.

—Mi hija no aguanta treinta y seis horas. Necesita ir al hospital de inmediato.

—No hay otra solución. Es imperativo evitar el baño de sangre.

Regresaron a Lasarte. El trote cansino de los caballos acompasaba la derrota de los enfermos, que boqueaban exhaustos por los rigores de la fiebre. A la entrada del pueblo se habían reunido sus familiares, que estaban al tanto de las últimas noticias. Sabina se abalanzó contra la diligencia en la que viajaba Pío, y Gurpegui la alejó con delicadeza.

—Por favor, no se acerque, es peligroso. No empeoremos las cosas.

Sabina cruzó una mirada de angustia con Marcel, que ya no era capaz de disimular la preocupación. El francés se acercó y le dijo guardando las distancias:

—Solo nos queda rezar.

Marcel esperaba un sollozo de Sabina, unas palabras compasivas o un gesto de resignación. Pero lo que vio fue que ella entraba en el pueblo a paso vivo, como movida por el demonio. No aflojó el paso hasta llegar al convento. Nada más entrar, exigió ver a su hermana.

Sor Juana acudió con premura. ¿Le había pasado algo a Pío? Sabina le resumió la urgencia antes de plantear su petición:

—Quiero que te ofrezcas voluntaria.

—Pero yo no soy enfermera.

—Por favor, Juana. Quiero que estés con Pío, que lo cuides.

Sor Juana se santiguó varias veces.

—¿Te dejarán salir? —insistió Sabina.

—Tú no te preocupes, que si no me dejan, me escapo. Yo me encargo de cuidar a mi sobrino en persona.

A Sabina se le escapó un hipido de emoción. Tomó la mano de Juana y la cubrió de besos mientras decía gracias varias veces, de forma tan ahogada que su hermana no la entendía.

A los enfermos los acomodaron de nuevo en casa de la Jorobadita. Tumbado en su jergón de paja, Pío se palpó el bolsillo del pantalón. Allí llevaba la carta para Youna, su poesía de dos versos. Le habría gustado tendérsela a través de la portezuela de la diligencia, pero no le dio tiempo. Ni siquiera pudo verla acurrucada entre las sombras.

Por la noche lo despertó el llanto de un bebé. A la luz del candil, vio a sor Eufemia acunando en brazos a un recién nacido. ¿Era una alucinación? Si lo era, también se metió en el sueño el susurro de una monja:

—Lo han dejado en el convento.

—Ahora no se puede quedar aquí, con todos estos enfermos. Tráemelo dentro de dos días.

A la mañana siguiente persistía esa imagen de la Jorobadita con un bebé. A la caída de la tarde llegó el aviso de que el lazareto ya estaba construido. Era un pabellón de madera, casi una cámara frigorífica en esa noche fría de abril. Los trasladaron enseguida y allí fueron atendidos por dos monjas. Una de ellas era sor Juana, que se acercó a Pío y lo cogió de la mano para transmitirle su calor.

—Te vas a poner bueno muy pronto.

El niño sonrió débilmente. Su tía le puso la mano en la frente y notó que estaba ardiendo. Varias manchas salpicaban su cuerpo, algunas se habían convertido en granos. Estaban a punto de salir las temibles pústulas. Juana se acercó al cubo de agua fresca para mojar una esponja.

Esa noche Pío pensó que se iba a morir sin ver a Youna. Barrió la estancia con la mirada y en una esquina, junto a un calefactor de carbón, vio su melena rubia derramada por la almohada. Todo estaba en silencio. Se levantó del jergón y se acercó al de ella. Estaba dormida. La luz temblorosa de las velas creaba claroscuros en su rostro, moteado de manchitas rojas y de granos. Le pareció que estaba muy guapa, pese a los estragos de la viruela. Youna se despertó de pronto.

—Hola —dijo.

—Hola.

Una monja chistó al oír el saludo apenas murmurado y se acercó. Pío sacó su carta del bolsillo y la puso bajo la almohada.

—Es para ti —le dijo justo antes de que la monja lo arrastrara de la mano hasta su jergón. Mala suerte que fuera esa monja, y no su tía, la que estuviera despierta.

Al día siguiente el doctor Izadi administró la vacuna a los siete enfermos, sin estar seguro de su eficacia. Solo el inglés que trabajaba en el Hipódromo tenía pústulas por todo el cuerpo.

Mientras todos convalecían a la luz del mediodía que penetraba por la puerta y hacía visibles las motas de polvo en suspensión, Youna le devolvió la hoja de papel a Pío.

—Ya la he leído.

—¿Te ha gustado?

—Sí, pero es muy corta.

—Es verdad... —contestó él encogiéndose de hombros—. ¿Tú crees que nos vamos a morir?

Youna no contestó.

Pío se guardó el papel en el bolsillo y la miró: se le había formado una pústula en la mejilla.

6

El doctor Izadi estaba preocupado por la salud de algunos enfermos. A Youna le habían salido más pústulas y seguía teniendo la fiebre muy alta. El más grave era el empleado inglés del Hipódromo. Sor Eufemia le había colocado una palangana sobre el abdomen para los vómitos, pero no servía de nada porque el hombre no podía incorporarse y apenas conseguía girar la cabeza y vomitar a un lado del jergón. Estaba deshidratado y comido por la viruela, que se había cebado con su piel y le daba la apariencia de un enorme reptil.

Pío no sentía náuseas y la fiebre estaba bajo control, pero lo devoraba la angustia por el estado de Youna. La veía tumbada boca arriba, inmóvil, como una momia, y pensaba que había muerto. Hasta que se llevaba una mano a la boca para morderse las uñas y entonces él respiraba con alivio.

A la hora de la siesta, cuando el tiempo parecía detenido y solo se oía el zumbido de las moscas y del abanico de la Jorobadita, la puerta del barracón se abrió de golpe, el sol entró a raudales y la silueta de una mujer quedó enmarcada a contraluz, como una figura chinesca o una ilusión óptica. Lucía un vestido verde, primaveral, con un estampado de flores, y un sombrero con lazo que desentonaba en ese hospital de campaña y aun fuera de él, en ese valle de gente sencilla y trabajadora. La habitación se preñó de un olor a perfume caro.

—¿Dónde está mi sobrino? —preguntó con la voz ronca.

Pío sonrió al reconocer a su tía Enriqueta. Sor Eufemia se levantó y le dijo que no podía entrar, que era muy peligroso.

—Gracias por la advertencia, hermana —dijo Enriqueta antes de girarse hacia los enfermos y elevar la voz—: Pío, ¿dónde estás?

—¡Aquí! —contestó él levantando la mano.

Ella se acercó y le plantó un beso en la mejilla.

—A ver qué grande está mi niño. —Retiró la sábana de un tirón y lo contempló cuan largo era—. ¡Qué barbaridad, cómo has crecido!

La Jorobadita la tomó del brazo con suavidad, pero con firmeza, para apartarla de la cama.

—Haga el favor de salir de aquí, el niño tiene que descansar.

—Me fui de Lasarte porque estaba harta de supersticiones y de incultura. La viruela no se contagia por el aire, se contagia por intercambio de fluidos. Y yo a mi sobrino no lo voy a besar en la boca.

—Cualquier gotita de saliva es peligrosa, señora. Y el sudor.

Enriqueta puso la mano en la frente de Pío.

—Vamos a ver si estás malito. —La retiró al cabo de unos segundos —. No tienes fiebre, estás sano como una manzana.

Luego se restregó la mano en el vestido y miró a la monja con sorna.

—Ya está, ni una gota en mi mano. ¿Ve qué fácil?

Sor Juana entró para darle un relevo a la Jorobadita y se sorprendió al encontrar allí a su hermana.

—¡Queta, ya has llegado!

—Y ya me he instalado. He alquilado dos habitaciones en la casa de un belga. He venido con mi criada.

—Aquí no puedes estar.

—Aquí no debería estar nadie. ¿Qué clase de hospital es este? Los tenéis como a perros abandonados.

—Hay enfermos graves. Mira.

La llevó hasta la cama del inglés, cuyo aspecto impresionaba. Después se detuvo junto a Youna, con el rostro perlado de sudor y lleno de pústulas a punto de reventar. Pío no perdió ripio de la conversación. Se fijó en el gesto preocupado de su tía al ver a Youna.

—Tía... —la llamó—. ¿Se va a morir? —preguntó, como si confiara más en ella que en las monjas enfermeras o en el doctor Izadi.

—Aquí no se muere nadie —contestó Enriqueta.

—Tú tranquilo, Pío, que cuidaremos de ella —añadió Juana.

Luego tiró de su hermana hacia el exterior para hablar a solas. Le explicó por qué le había escrito esa carta pidiéndole que viniera: estaba preocupada por Sabina, su relación con Domingo iba de mal en peor.

—Yo me acabo de separar de mi marido —anunció Enriqueta—. No sé si soy la mejor consejera en estos momentos.

—¿De verdad te has separado? —preguntó Juana santiguándose varias veces.

A Enriqueta le hizo gracia su reacción. En la ciudad, su divorcio era un escándalo que la acompañaba a todas partes. Oprobio y exclusión social, esas eran las principales consecuencias. En cambio, su hermana despachaba todo santiguándose.

—Bueno, si te quedas más tranquila, reza por mí. Pero, por el amor de Dios, ni una oración por el sinvergüenza de mi marido. ¿Cómo está Pío? ¿Va a salir de esta?

—Con la ayuda de Dios.

—¿Y la niña?

—¿La francesa? No lo sé.

—A Pío le gusta esa niña.

—Es un niño, no sabe ni lo que siente.

—Sí lo sabe. Reza por los dos.

—Yo rezo por los siete enfermos.

—A mí los otros cinco me dan igual. Reza más por Pío y por la niña francesa.

Le dio un abrazo a su hermana, se despidió de su sobrino y se marchó hacia la casa de Sabina. Su mirada recorría los prados y ella se preguntaba si había sentido nostalgia de ese valle que la había visto crecer, si se alegraba de aspirar ese aire preñado de olor a boñiga o si le producía repugnancia. En la puerta la recibió Domingo con cara de pocos amigos.

—Vaya, vaya, Enriqueta. ¿Te aburrías en Donosti y vienes a meter la nariz aquí?

—No vengo a verte a ti, vengo a ver a mi hermana.

—Aquí no eres bienvenida.

Sabina asomó desde el interior limpiándose las manos con un trapo sucio.

—Hola, Queta. Qué sorpresa.

—No quiero que ponga los pies en mi casa —dijo él.

—Domingo, por favor —lo amonestó, antes de acercarse a su hermana—. ¿Te has enterado de lo de Pío? Tiene viruela, han fabricado un barracón para los enfermos.

—Vengo de allí. El niño está bien, Juana no va a permitir que Dios se lo lleve. Lo tiene a raya.

—¿Te han dejado pasar?

—No, pero he pasado de todas formas. Nosotras no podemos hacer nada más por ahora, cariño. Anda, ponte algo bonito, que nos vamos al Club de Golf.

—El Golf de Lasarte es para ricos, no para nosotros —gruñó Domingo.

—Para ti desde luego que no. Date prisa, Sabina.

Sabina miró a su marido como pidiendo permiso, pero él tenía la mirada puesta en la intrusa. Ella aprovechó para ir a prepararse.

—Te la puedes llevar. Ya volverá —soltó él con aire sombrío.

—¿Es una amenaza?

—Los actos tienen consecuencias.

Enriqueta lo señaló con el dedo índice.

—Si le pones la mano encima, te reviento.

Domingo dejó escapar una risita y se refugió en su taller, con sus relojes y con un dolor de reuma que lo estaba mortificando.

El Golf de Lasarte, como llamaba todo el mundo a ese club distinguido, se había inaugurado cuatro años atrás en el distrito de Usurbil. Además de los campos de golf, incluía un chalet blanco, decorado con sencillez y buen gusto, para las reuniones sociales, que vendría a inaugurar María Cristina, le reina madre. En él celebraban recaudaciones benéficas, partidas de *bridge*, veladas musicales y bailes de sociedad. No era extraño encontrar allí a gente de la aristocracia y de la alta burguesía donostiarra.

Sabina se sentía fuera de lugar entre tantos ricachones. Se había puesto un vestido blanco y unos zapatos azules que le había prestado su hermana. Enriqueta, acostumbrada a los placeres mundanos de San Sebastián, reconocía a mucha gente con la que había coincidido en varias fiestas.

—Allí están los condes de Argüeso.

A Sabina no le interesaba ese ambiente. Los nervios se le habían anudado en el estómago. Ella mariposeando en una fiesta social mientras su hijo convalecía en un lazareto. Habría preferido ir al barracón para estar con él, pero resultaba peligroso, tampoco era fácil resistirse al ciclón de su hermana y, a fin de cuentas, agradecía escapar por un rato de la compañía de Domingo.

—Mira, las señoritas Brunet, esas no se pierden ni una.

Vació su cóctel y buscó con un gesto al camarero para pedir otro, mientras Sabina sorbía por una pajita su té helado, la única bebida que se permitía cuando salía de casa. Un sexteto de San Sebastián amenizaba el baile.

—Así que Domingo se ha convertido en un animal —abrió el melón Enriqueta.

—Cada día está peor. Se emborracha y la emprende a palos con el niño y conmigo.

—¿Con Pío también?

—Sobre todo conmigo. Pero el niño también se lleva alguna.

—Siempre ha sido un bruto, no sé qué viste en él, Sabina, nunca lo he entendido.

—No empieces con eso, te lo suplico.

—Papá jamás habría aceptado ese matrimonio. Pero no estaba vivo para impedirlo.

Como siempre que hablaba de su padre, se le puso un brillo de tristeza en la mirada que Sabina distinguió. Sí, la muerte del padre, que trabajaba en la fábrica de hielo, dejó a las tres hermanas en una situación precaria. Eso precipitó la boda de Sabina con Domingo, se daba cuenta de que sobraban bocas en esa casa. Años después murió su madre y entonces fue Juana la que decidió meterse monja. Cada muerte marcó un destino, el de Sabina y el de Juana. De las tres hermanas, Enriqueta, la menor, fue la única que pudo elegir con libertad.

—¿Y Javier, qué? He oído que ha comprado una fábrica en Pasajes.

—La compró hace un año. Se le quedó pequeña la vieja fábrica de azúcar.

Así había empezado el marido de Enriqueta, comprando una fábrica destartalada en la que montó sus primeros talleres de fundición. Fueron años febriles, inciertos, la emocionaba compartir la ilusión y el miedo con su marido. Y después el éxito, porque el negocio funcionó como un tiro, sobre todo desde que se le ocurrió fabricar anclas. Se convirtió en un próspero industrial vasco. Compró acciones del ferrocarril, compró casas, se alió con el arquitecto Azcona para un montón de proyectos. Pero no tardaron en llegar las noches de desenfreno, las amantes, las borracheras, el despilfarro en juergas sin fin.

—Ya no es mi marido, lo he abandonado.

—¿Qué?

Sabina no se lo podía creer. Enriqueta era la más feliz de las tres hermanas, cuando las visitaba venía cargada de historias divertidas, de fiestas, de recepciones con personalidades para ellas inalcanzables, de viajes, de regalos caros. ¿Qué había sucedido? ¿No sentía pena por el fracaso amoroso? ¿De verdad era posible separarse? ¿No le daba vergüenza decirlo así, sin más? Cuando pretendía indagar más, un caballero invitó a Enriqueta a bailar una polca. Sabina no tuvo más remedio que contener las preguntas que comenzaban a revolotear por su mente. Observaba a su hermana deslizándose por la pista en brazos de ese hombre, con elegancia, con desparpajo, con un descaro que llamaba la atención de todo el mundo.

—Qué bien bailas —le dijo Sabina cuando regresó a su lado.

Enriqueta le contó sin demasiados detalles las infidelidades de su marido, su afición a la juerga, el poco tiempo que pasaban juntos.

—He venido a Lasarte para quedarme unos meses, huyendo de los cotilleos de San Sebastián.

—Aquí también los hay —dijo Sabina.

—Ya me lo imagino, pero no puedo irme muy lejos. Está en litigio la casa de San Sebastián, no pienso renunciar a ella. Él pretende que me conforme con un palacete que tiene en Getaria, pero yo quiero la casa de Ondarreta, es más grande.

Un hombre joven y apuesto se acercó a las hermanas y le tendió la mano a Sabina.

—¿Me concede este baile?

La orquestina estaba tocando una habanera. Sabina declinó la invitación con timidez y el caballero se retiró resignado.

—No seas sosa, un baile no le hace mal a nadie —la regañó Enriqueta.

—Esto es un pueblo, Domingo se terminaría enterando de que he bailado con un hombre y me molería a palos.

—Lo voy a moler a palos yo a él. Aunque a veces pienso que te lo mereces, por tonta. Con lo guapa que eres, te podrías haber casado con cualquiera. Te tienes que separar, Sabina.

—¡Estás loca! No puedo, no puedo. No.

—¿Por qué no?

—Yo no soy como tú.

Enriqueta se terminó su segundo cóctel. Se quedó mirando a un hombre al que no conocía.

—¿Quién es ese que está allá? —preguntó.

—Es un jinete inglés, ya retirado. Se llama O'Connor.

—¿Por qué camina con las piernas separadas? Parece que se ha cagado encima.

—No seas ordinaria, Queta. Los jinetes caminan así. Por lo menos hoy no ha traído al cerdo.

—¿Un cerdo?

—Sí, se lo lleva de fiesta, lo emborracha con champán. No te acerques a él, es un vivales.

Enriqueta soltó una carcajada. Acto seguido llamó con un gesto al inglés, que se acercó. Ella se levantó para recibirlo y lo invitó a sentarse a la mesa.

O'Connor pidió una botella de champán. Aunque le sirvieron una copa, Sabina no la probó. Tampoco intervino en la conversación. Enriqueta, deslenguada, le contaba al jinete sus desventuras, su matrimonio fracasado, su deseo de divertirse.

—Afortunadamente, no tengo hijos, soy una mujer libre.

—Brindo por eso —dijo O'Connor levantando la copa.

—¿Usted tiene hijos?

—Cuatro, pero están en Inglaterra, no los veo desde hace unos años.

—Así que es usted lo que se llama un mal padre.

—Rematadamente malo. Brindo por eso. —Volvió a levantar su copa.

—¿Tiene usted dinero?

—Mucho, he sido un *jockey* famoso, en mis días de gloria ganaba grandes premios. Pero me lo estoy gastando a manos llenas.

—Eso mismo pretendo hacer yo.

—Queta, por favor, no digas eso —protestó Sabina.

—Estoy harta de aguantar la servidumbre del matrimonio, de hacerme la tonta mientras me toman el pelo. Eso se acabó. Ahora todo el mundo se va a enterar de quién es Enriqueta Galardi.

Levantó su copa, que estaba vacía. O'Connor la rellenó generosamente. Se la bebió de un trago y el inglés hizo lo mismo con la suya. Sirvió dos más.

—Me encanta este hombre, sabe divertirse.

—También sé bailar. ¿Se anima usted?

—Será un placer.

Sabina se quedó en la mesa observando a la pareja en la pista. Estaban achispados y se les notaba en las monerías que hacían y en algún que otro traspié. Pero se reían y parecían estar disfrutando. En su interior sentía pinchacitos de ansiedad. ¿Podía existir una vida feliz después de una separación conyugal? Para ella resultaba inconcebible sobrevivir al escándalo, a la ignominia, al fracaso como mujer. Pero ahí estaba su hermana pequeña flotando entre la gente, atrayendo miradas, enseñándole tal vez el camino, la salida del laberinto en el que se encontraba con su marido.

7

Pío achinó los ojos al salir del hospital de campaña. Le molestaba la claridad después de tantos días recluido en la penumbra del barracón, aunque era un día nublado que amenazaba con sirimiri o incluso con un aguacero. Su madre lo recibió con un abrazo que a él le pareció más largo de lo normal.

—No sabes cuánto te he echado de menos, hijo.

Sabina tenía los ojos húmedos, felices, pero matizados todavía por la sombra de la preocupación. Del barracón salió también sor Juana.

—Gracias por cuidarlo —dijo Sabina con una sonrisa.

—Se ha portado como un valiente. Os acompaño. Ya he terminado por hoy.

Enfilaron el camino hacia el Hipódromo, que tenían que rodear para llegar a su casa. Sabina cojeaba ligeramente y Pío no quiso preguntar por qué, pero se puso triste al comprender lo sola que la había dejado. ¿Se habría tumbado en su cama cuando necesitara consuelo y refugio cada noche, aunque él no estuviera allí?

—Me ha dicho el doctor que no te van a quedar marcas en la piel, que ha sido una viruela leve —explicó sor Juana.

En efecto, había tenido suerte. El inglés había fallecido tres días atrás, el padre Rosendo acudió en las horas finales a darle la extremaunción y sor Eufemia se arrodilló junto a su lecho y se santiguó muchas veces. La estampa impresionó a Pío, porque temía que el cura se detuviera a continuación junto a Youna para despacharla.

—¿Y Youna? —preguntó Pío.

Sor Juana apretó los labios y siguió caminando en silencio. Pío vio que se santiguaba con disimulo.

—Tía, ¿qué ha dicho el médico de Youna? ¿Se va a morir?

—No te preocupes, hijo, ahora tienes que descansar —dijo Sabina.

Pero la monja se detuvo, tomó aire y se agachó para que su mirada quedara a la altura de la de su sobrino.

—No sabemos cuál es la voluntad del Señor. Pero tenemos que aceptarla. ¿Lo entiendes?

—¿Se va a morir?

—Está muy malita. Tiene el cuerpo lleno de pústulas. Pero te prometo que voy a rezar todos los días por ella.

Pío la miró con rabia, los rezos le parecían la prueba definitiva de que la niña se estaba muriendo. Empezó a llorar. Juana lo acogió en su pecho. Y cuando Sabina se quiso sumar al abrazo, el niño la rechazó de un empujón y echó a correr hacia el hospital de campaña.

—¡Pío!

Sabina lo persiguió, pero él corría más deprisa. Sor Eufemia lo interceptó en la puerta. Sus manos huesudas apresaron las muñecas de Pío. Después lo cogió en brazos y, aunque el niño pataleaba y no lo ponía fácil, lo llevó junto a su madre.

—¡Quiero verla! —exclamó Pío—. ¡Quiero decirle adiós!

—Ya, mi amor, ya —lo intentó consolar Sabina—. No puedes verla, lo siento. Vámonos a casa, que te he echado mucho de menos.

Entonces sí se dejó abrazar por su madre, y en ese pecho derramó todas sus lágrimas. Sor Juana observó la escena, emocionada, y no

dejó de notar el aire impasible de sor Eufemia. La monja misionera había contemplado tantas desgracias que ya no se impresionaba por el llanto de un niño.

Reanudaron su camino y se cruzaron con varios trabajadores que se dirigían a la fábrica papelera en la barriada de Urzaiz. Cada encuentro motivaba una parada y Pío tenía que contestar qué tal estaba y escuchar palabras de ánimo. Advirtió que ninguno de esos vecinos se acercaba demasiado. Se preguntó si no se habría convertido en un apestado.

Una joven rolliza, de aspecto vivaz, los abordó a la altura del molino, junto a un campo de margaritas. Se presentó como Patrocinio, la criada de Enriqueta. Había venido con ella desde San Sebastián, se encargaba de limpiar sus habitaciones, la ayudaba a vestirse y la iba a buscar a cualquier sitio cuando no se tenía en pie por la borrachera.

—Creo que usted es Sabina... —dijo a modo de saludo.

—Sí, ¿le pasa algo a mi hermana?

—Ayer se pasó con la botella, no se levanta de la cama. Ya no sé qué hacer.

—Déjala que duerma la mona.

—Se pasa el día bebiendo con ese jinete inglés. ¿No quiere usted ir a verla?

—Voy yo, también es mi hermana —se ofreció la monja—. Pero tiene que ser ahora, me esperan en el convento.

—Yo no tengo tiempo para hacer de niñera, lo siento —se disculpó Sabina—. Queta está muy descarriada.

Pío no sabía lo que significaba esa palabra, pero le molestaba que su madre hablara mal de su tía. Enriqueta le enseñaba una vida más amplia y más alegre que la que conocía con sus padres.

—¿Y a este niño qué le pasa? —preguntó Patrocinio.

—Está un poco triste —contestó Sabina.

—A mí se me da bien quitar la tristeza. ¿Lo quieres ver? —dijo mientras le hacía una carantoña.

—Estoy bien, gracias —contestó Pío.

—Así me gusta —sonrió ella.

Pío no pudo devolverle la sonrisa, aunque le gustaba ese rostro afable con sus mejillas como dos manzanas rojas. Se sentía aturdido por la normalidad del mundo. Él estaba en ese camino polvoriento, aferrado a la mano de su madre, pero su alma y sus pensamientos se habían quedado en el barracón, junto a Youna.

Patrocinio y sor Juana se alejaron mientras Sabina y Pío rodeaban el Hipódromo cogidos de la mano. Llegaron al tendido de los sastres, la pequeña colina desde la que veían las carreras de caballos los vecinos que no podían pagar una entrada. Y estaban pasando por la zona de los boxes cuando oyeron en el cielo un zumbido áspero. Al principio lo confundieron con un trueno lejano, proveniente de las montañas, pero era un ruido constante, que se perdía con el viento y después regresaba. Miraron al cielo, entoldado por nubarrones gruesos. Allí no había nada. El zumbido cesó unos segundos, pero después volvió ronco, agresivo. Y, de pronto, surgiendo de entre las nubes, apareció un pájaro enorme con alas de acero, extendidas, grises, aterradoras. Llevaba una hélice en el morro, como colocada por un niño.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Sabina.

De las casas salía gente a contemplar el fenómeno. Teodoro aventaba a las vacas para llevarlas a la cuadra. En el sembrado de los Aranzábal, los que estaban trillando soltaron las herramientas. Los niños salieron de la escuela y corrieron en tropel hasta la carretera del Hipódromo. Pío distinguió a Irulegui, el maestro, mirando al cielo, atónito. Las monjas de clausura habían abandonado los muros del convento para asistir a esa maldición divina. Y en la puerta de la iglesia, el padre Rosendo levantaba el puño como pidiendo explicaciones al Señor.

Aunque a Lasarte habían llegado noticias del auge de la aviación en la guerra, nadie había visto un aeroplano volando. Este, tras un par de cabriolas que despertaron gritos de admiración o de terror, inició un descenso hacia las campas del Hipódromo y Pío pudo ver la panza blanca del biplano volando apenas unos metros por encima de su cabeza. Aterrizó de mala manera: cayó a plomo, rebotó tres veces sobre la hierba, una rueda salió despedida y una explosión en el morro convenció a todo el mundo de que estaban asistiendo a un accidente terrible. El biplano se deslizó hasta estamparse contra un roble, que no resistió la embestida y también cayó con estruendo.

Todos los testigos corrieron hacia el lugar. Los más rápidos, o los que se encontraban más cerca, llegaron a tiempo de ver al piloto arrastrándose fuera de la cabina. El hombre se puso en pie, se desprendió de alambres y correas, dio un par de tumbos y se desplomó. Estaba carbonizado.

Sabina no se lo podía creer, el accidente había sucedido justo al lado de su casa. Los acontecimientos se precipitaron, todo era un pandemónium de carreras, órdenes, gritos. Algunos pedían un médico, otros un balde con agua para apagar el fuego del aeroplano, también era urgente atender al quemado. A alguien le había parecido ver al copiloto saltando sobre las copas de los árboles justo antes del impacto, había que buscar al desventurado. El alcalde Usubiaga fue de los primeros en llegar. Se veía en la obligación de gestionar el desorden, pero no sabía cómo hacerlo. Un empleado del

Hipódromo apareció con un extintor y sofocó el fuego del depósito de gasolina. Otros acarrearon baldes con agua y refrescaron el cuerpo del piloto. Teodoro se acercó con unas tijeras de podar y le cortó el uniforme, convertido en harapos negruzcos.

Dos vecinos gritaron desde el robledal: habían encontrado al copiloto, magullado. Entre cuatro hombres lo trasladaron a la casa de Sabina, la más cercana. Ella improvisó un lecho en la cocina con haces de paja y una lona. Puso a hervir agua sin saber muy bien para qué. Agradecía que su marido hubiera ido esa mañana a San Sebastián a comprar herramientas de relojero.

Usubiaga corrió a la centralita para llamar a la capital y pedir ayuda médica. Encargó al hijo del dueño de la tejería que corriera a la farmacia de Hernani y trajera remedios para golpes y quemaduras. El rapaz volvió al cabo de una hora con ácido pícrico, un desinfectante que Sabina aplicó en las cejas quemadas del copiloto y en la herida de la mano izquierda. El ungüento amarillo confería al paciente un aspecto aterrador, pero Sabina se sumergió en sus ojos negros, abiertos y agradecidos, y sintió un escalofrío que se repitió poco después cuando le cogió la mano caliente para extender la pomada. Era un hombre más joven que ella, de barba rala, pelo moreno y dientes algo separados. Además de las quemaduras tenía golpes por todo el cuerpo y se sentía mareado.

Al cabo de dos horas se oyó el petardeo de la moto de Pepe Galán, que traía a un médico de Hernani en el sidecar. El médico se dirigió primero al prado y certificó la muerte del piloto, para consternación de los curiosos que se habían congregado. Después se presentó en casa de Sabina y examinó al copiloto. Respondía a los estímulos nerviosos del martillo y parecía lúcido. Aun así, consideró prudente que lo trasladaran a San Sebastián para una exploración más minuciosa. Le pidió a Sabina que saliera con él.

—Puede que pregunte por su compañero, quizá sea mejor que no lo sepa todavía.

La felicitó por las primeras curas y se marchó para agilizar los trámites.

Ella entró en la casa. Allí languidecía el aviador, tirado en el suelo de la cocina. Le pidió a Pío una esponja humedecida y refrescó el rostro del herido, con cuidado de no retirar el ungüento balsámico de las cejas. El copiloto se espabiló con las gotas de agua y dijo con claridad en español:

—Hay bombas. En el avión hay bombas de mano. Avisa a la gente. Pueden explotar.

—¡Pío! —gritó Sabina—. Vete donde Usubiaga, dile que no se acerquen al avión.

El niño salió corriendo y Sabina miró al hombre con un mohín contrariado.

—¿Se puede saber dónde pensabais tirar esas bombas?

—Encima de tu casa, no —dijo él tratando de sonreír.

Ella cabeceó indignada. No quería sumarse a una broma tan macabra.

—Así que es un avión de guerra.

—Solo de reconocimiento. Volamos para localizar por dónde andan los alemanes.

—¿Y las bombas?

—Son pequeñas, como peras. Las llevamos por si acaso nos sorprenden, como maniobra de distracción para escapar.

—¿Cómo habéis terminado aquí? España no está en guerra.

—Nos hemos desorientado por el temporal. Y teníamos problemas con el motor. En nuestro mapa está señalado el Hipódromo como pista de aterrizaje.

—Pues no sé por qué.

—Gracias por cuidarme —dijo él acariciando la mejilla de Sabina.

Ella le dio un manotazo.

—Eres la mujer más guapa que he visto nunca.

—No digas tonterías, estoy casada.

—Tu marido tiene mucha suerte.

—¿Eres español?

—Sí, soy de Irún.

—¿Y qué hace uno de Irún luchando con los franceses?

—No soy el único. Hay muchos voluntarios españoles en la Legión Extranjera del Ejército francés.

—¿Qué se te ha perdido en esa guerra? No lo entiendo.

—El deseo de un mundo mejor.

—¿Pegando tiros y lanzando bombas? ¿Eso es un mundo mejor?

—Defendiendo la libertad de la gente.

La libertad de la gente. A Sabina esas palabras le sonaban a cuento chino. Ella vivía pegada a la tierra, a su aldea, pertenecía a su marido y no tenía permiso para sonreír a nadie. Y, sin embargo, en boca de ese hombre la palabra «libertad» adquiría una resonancia

extraña, de una verdad oculta en el fondo de una cueva o de un conjuro pronunciado en la tempestad.

—Yo bastante tengo con lo mío —contestó tratando de aplacar el idealismo contagioso de ese hombre.

—Pero no puedes mirar para otro lado. La guerra está ahí, a quince kilómetros.

—Algunos más de quince.

—Yo estaba en el cuartel de Bayona. Al otro lado de la frontera. Allí me dieron la instrucción. Y como tenía experiencia volando...

—Eres un mocoso, ¿cómo ibas a tener experiencia volando?

—Soy aviador. He pilotado aviones correo. Y no soy un mocoso. ¿Cuántos años tienes?

—Eso no se pregunta.

—Yo, veinticuatro.

—Yo, alguno más.

—Eres guapísima.

Ella se giró hacia la puerta por si estaba su marido en el umbral. No había oído sus pasos, pero lo hacía por pura inercia, como siempre que recibía un piropo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el aviador.

En sus ojos bailaban dos manchas brillantes, como acuarelas negras con un puntito violeta. Era como mirar el fondo de un pozo.

—Sabina.

—Yo soy Juan Arruti. No te olvides de mi nombre.

Había algo de súplica en esas palabras, como si el mayor temor del soldado fuera convertirse en una víctima anónima de la guerra. Que al menos alguien lo recordara, eso quería. Ella notó miedo en esos ojos negros y le sorprendió, pues unos segundos antes, cuando él hablaba de libertad y de ideales, le había parecido un hombre valiente. Él le puso de nuevo la mano en la mejilla, pero esta vez Sabina no rechazó la caricia. Le cogió la mano y la mantuvo en contacto con su cara.

—Está fría.

—Una mano fría y una caliente. Las dos formas de estar en el mundo. ¿Cuál es la tuya?

—La mía es la decente. —Le apartó la mano.

—¿Qué tal está mi compañero?

Sabina lo contempló y sintió que se mareaba en el fondo de esa mirada. La chulería del aviador le pareció una simple fachada, era un joven asustado y frágil, con el alma prendida con alfileres. Se acordó de su hermana Juana agachándose para hablar con Pío y decirle las cosas claras.

—Dímelo, necesito saberlo —insistió Arruti.

Ella meneó la cabeza.

—¿Ha muerto? —Se le quebró la voz en la pregunta.

Sabina lo besó en la mano, a modo de condolencia. Juan se mordió el labio inferior con tanta fuerza que le salió un puntito de sangre. Empezó a llorar.

—¡No, por Dios, no! ¡Pierre! ¡Joder, Pierre, tú no! Era mi mejor amigo.

Ella le puso la mano en la mejilla.

—Ya. Ya está, Juan. Todo va a pasar. Ahora tienes que descansar.

—Mierda de vida, joder... Mierda de guerra.

Sabina contempló esa barba punteada de lágrimas. Lo que ese hombre necesitaba, más que pomadas y bálsamos, era el calor de una madre. Le sonrió con tristeza. Y parecía que Juan iba a decirle algo, tierno o blasfemo, ya nunca lo sabría, porque su mirada se desvió hacia la puerta y Sabina, al girarse, vio en el umbral a Domingo, que dejó caer al suelo su cartera abultada, llena de herramientas.

—¿Qué está pasando aquí?

Sabina temblaba de tal modo que no sabía si le iban a salir las palabras.

—Ha habido un accidente, un aeroplano de guerra. ¿No te has enterado?

—Sí, en el tranvía no se hablaba de otra cosa. Pero no sabía que había un piloto en mi cocina.

—El accidente ha sido al lado de casa, había que socorrerlo.

—Apártate de él —dijo Domingo con sequedad.

Ella se situó junto a la alacena. En un estante, al lado de las patatas, había un cuchillo con el que estaba dispuesta a defenderse. Él avanzó hacia ella, los labios secos, los ojos inyectados en sangre. Y de pronto, se detuvo. Algo en la muñeca del herido, un objeto con un brillo extraño, lo había deslumbrado. Sabina no entendía por qué

no descargaba el primer golpe sobre ella, por qué había desaparecido la amenaza en su forma simiesca de acorralarla, por qué se agachaba y cogía la mano del copiloto.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Un reloj de trinchera —contestó Juan un poco asustado.

—¿Lo llevas en la muñeca? No había visto nunca nada parecido.

—Los fabrican los suizos. Al principio nos pegábamos el reloj de bolsillo a la muñeca, pero se caía. Y en la trinchera no puedes perder tiempo para sacar el reloj. Tienes que estar alerta, apuntando al enemigo.

—Quiero verlo. ¿Puedo? —pidió Domingo con la voz temblorosa.

Sabina comprendió que el aviador, al llevar ese reloj, la había salvado de una buena tunda. Juan se lo quitó de la muñeca. Domingo ya no habló más, ni siquiera para dar las gracias. Se llevó el reloj a su taller y se puso a estudiarlo como si fuera un entomólogo diseccionando el vientre de un saltamontes. Tenía la esfera de esmalte, los números grandes y amarillos para ver las horas en la oscuridad, agujas tipo catedral y una subesfera embutida. Una ruedecilla en un lateral servía para ponerlo en hora y darle cuerda. Y, lo más increíble, una correa de cuero para fijarlo a la muñeca. ¿Cómo no se le había ocurrido a él esa maravilla? Un reloj pequeño, bonito, práctico, que se puede consultar en cualquier momento del día con un simple movimiento del brazo. Sin buscar el reloj del campanario ni fijarse en la altura del sol. Quería abrirlo por dentro y examinar el mecanismo, esa noche no se acostaría hasta no tener anotados en varias cuartillas los diagramas del funcionamiento de esa miniatura.

Ni siquiera salió del taller cuando presenció la llegada de un camión automóvil del hospital para evacuar al herido. Sabina vio como dos hombres subían a Juan a una camilla y lo acomodaban en la parte

trasera. Él se incorporó para decirle adiós con la mano y ella no quiso corresponder con un gesto por si Domingo estaba mirando. El camión se marchó dejando una nube de polvo y ella se dirigió a la cocina para retirar el jergón de heno y paja y dejar el espacio como estaba antes de esa intrusión.

Esa noche, la Guardia Civil precintó la zona y custodió el biplano. El aviso de Pío al alcalde pedáneo desató la alarma entre los vecinos y nadie se atrevió a acercarse. Como los guardias no eran artificieros, mandaron recado a un ingeniero de San Sebastián que llegó a la mañana siguiente para desactivar las bombas. Eran ocho artefactos pequeños para lanzar a mano, metidos en un saco de lona. Neutralizarlos no le llevó más de una hora. Una vez que pasó el peligro, empezó a soplar una brisa agradable, como si el valle respirara con alivio.

Durante todo el día y los siguientes, el avión siniestrado se convirtió en una atracción turística. Cientos de curiosos se acercaron a ver, por primera vez para casi todos, un aeroplano. Esa concentración de gente entrañaba peligro, pues el valle no se había recuperado todavía de la epidemia de viruela, como se encargaba de recordar Usubiaga. Por allí aparecieron el jefe de la Policía, el alcalde de San Sebastián, el gobernador civil y también el militar, así como aristócratas, burgueses y ociosos de toda condición.

Entre esa muchedumbre se fue formando un comité de expertos en aeronáutica. El director del Casino de San Sebastián, Joaquín Zubimendi, aficionado a los aviones militares, ofreció sus conclusiones: era un biplano de marca Caudron G3, de fabricación francesa. Provisto de un solo motor radial de pistones en el morro de la carlinga y de una barquilla muy exigua, con capacidad para dos tripulantes, podía alcanzar los cien kilómetros por hora y volar a tres mil metros de altitud. Era adecuado para labores de reconocimiento y entrenamiento, pero no para entrar en combate. Aun así, no dejaba de ser un avión de guerra, toda una novedad en esa comarca pacífica.

El gobernador civil informó de que ya habían iniciado las gestiones con las autoridades militares del país vecino para saber cómo proceder. Las dos únicas opciones eran la reparación o el desguace del aeroplano. Al cabo de una semana llegó la decisión telegrafiada: los franceses mandarían ingenieros para desmontarlo y transportarlo a un hangar de San Sebastián.

También después de una semana, Juan Arruti tocó en la puerta de la casa de Sabina. Llevaba una mano vendada y un ramo de margaritas en la otra. Fue Domingo quien lo recibió.

—¿Adónde vas con eso?

—Son para tu mujer. En señal de gratitud por cuidarme.

—Llévatelas.

—No me voy a ir de aquí sin dárselas. Y tampoco me voy a ir sin mi reloj.

Domingo lo observó unos instantes.

—Ven a mi taller.

El piloto lo siguió.

—Elige uno. Te lo doy a cambio de tu reloj de trinchera.

A Arruti le sorprendió la propuesta, pero se la tomó en serio. Paseó por el taller y se detuvo delante del Incomprendido.

—Me quedo con este.

—Ese no. Cualquier otro.

—Quiero ese.

—No. Cualquier cosa menos ese. Lo siento.

—¿Cualquier cosa?

—Eso he dicho.

—Muy bien. Te doy el reloj de trinchera a cambio de tu mujer. —Sonrió con petulancia. Era un hombre acostumbrado a las bromas y también a los juegos de seducción.

—No te doy un puñetazo porque vienes del hospital. Aquí tienes tu reloj —dijo lanzándoselo de malas maneras—. Ahora lárgate.

Juan atrapó el reloj al vuelo, dejó el ramo de margaritas en la cocina y se marchó. Domingo se fijó en que el ramo venía con una nota. La leyó: «Gracias, mujer de manos frías».

Arrugó el entrecejo intentando entender el mensaje oculto. Hizo una hoguera con el ramo de margaritas y quemó la nota en ella.

8

Pío se aburría en la escuela. El maestro Irulegui lo sermoneaba muchas veces por estar distraído.

—Se sueña de noche, en la cama. De día se piensa y se actúa.

Eso decía con una voz tremenda que retumbaba en las paredes del aula, la voz con la que llamaba siempre al disfrute de aprender y al disfrute de la vida. Parecía hablar en broma incluso cuando estaba enfadado. Cariñoso con los alumnos, entusiasta con su trabajo. Pero Pío no participaba de ese espíritu positivo. Al salir de la escuela, veía a los chavales corriendo rumbo a sus juegos, en busca de aventuras. Él paseaba hasta la casa de los Benot y siempre la encontraba cerrada. No atendían al golpe de la aldaba, no recibían visitas. Parecía un lugar abandonado. Sin que se diera cuenta, sus pasos lo conducían después al hospital de campaña. Pero allí se topaba con sor Eufemia, que no lo dejaba pasar, que no le daba noticias de Youna, que le decía que se marchara. Él imaginaba el cuerpo enfermo de su amiga, caliente como si la pobre estuviera tumbada sobre el yunque de una fragua. La presentía llena de escamas, con la piel de reptil que se le puso al inglés que se murió. Volvía a su casa con la tristeza de un adulto, su universo suspendido por la espera.

Todo era lento en esa época y en ese valle. Llevaba tiempo hacer la sidra, había que ejercitar la paciencia con la cosecha, con el huerto. También era laborioso construir un reloj de pulsera, la última obsesión de su padre, a la que Pío se veía arrastrado. Pero para él la lentitud más exasperante era la de Youna, que se moría muy despacio. Por eso los rezos de Juana, por eso la casa cerrada, por eso el acceso prohibido al barracón. Se estaba muriendo, pero tardaba más de lo que se tarda en fabricar un reloj o en reparar un aeroplano, mucho más de lo que tarda una manzana en madurar.

A veces se sentaba en el banco corrido de la cocina, se quedaba mirando el Incomprendido, que su padre había colgado en la pared de enfrente, y sentía el paso despacioso de la vida en su diapasón metálico, en ese modo inflexible de descontar minutos sin prisa, sin que nada sucediera entre un movimiento de la aguja y el siguiente.

Un día, en una de sus caminatas errabundas, desembocó en el campo de Urnieta y vio que estaban desmontando el barracón. Un latigazo espantoso sacudió sus pensamientos: Youna había muerto y a esas horas la estarían enterrando en el cementerio. Le preguntó a un operario por la niña francesa, pero el hombre, que cargaba maderos con un cigarrillo entre los labios, no tenía ni idea. Pío corrió hasta Casa Bernarda. La verja estaba abierta y también los postigos, el aire ventilaba las habitaciones y había un coche de caballos estacionado en la entrada.

—¡Youna! ¡Youna! —gritaba Pío.

Nadie le abría la puerta, nadie acudía a sus gritos. Enfiló el camino hacia los establos. Allí encontró a Marcel, en plena revisión de sus caballos, junto al veterinario. Al ver la figura menuda de Pío por el camino, corrió hacia él.

—¡Está viva! —exclamó cuando todavía faltaban varios metros para llegar a su encuentro.

Pío acortó la distancia con una carrera final y se subió de un salto a los brazos del francés. Marcel soltó una carcajada de sorpresa, abrumado por ese gesto.

—¿De verdad está viva? —gritó Pío al oído de Marcel.

—Me vas a romper los tímpanos.

—Creía que estaba muerta.

—Se ha recuperado. Se le han caído las costras. Está con su madre desayunando en Casa Tximista.

—¿Puedo ir a verla?

—¡Claro! Le encantará verte.

—Gracias —dijo Pío bajando al suelo. Arrancó a correr, pero se giró para gritar con más euforia—: ¡Gracias, Marcel!

El criador de caballos se quedó un rato parado, mirando cómo esa figura infantil se hacía pequeñita. No se daba cuenta de que en realidad se estaba haciendo más grande, porque a Pío, que se adentraba en el pueblo galopando como un potro salvaje, se le ensanchaba el corazón a cada zancada. De pronto la vida le parecía maravillosa, el olor de la hiedra de los muros del convento lo embriagaba y las campanas de la iglesia refulgían como el oro. Y su imaginación convertía en un palacio de cuento el edificio de Casa Tximista, con jardines, verja y rebordes aladrillados en las ventanas.

A Youna le brillaron los ojos y le dedicó una sonrisa manchada de cacao. Estaba desayunando con Aurelia, a la que era difícil reconocer bajo aquel sombrero enorme. Lo invitó a sentarse con ellas y Pío notó el abismo que se abría entre él y esa estampa de placidez que componían la madre y la hija. Lo sacudió el contraste entre la felicidad del reencuentro y su timidez paralizante.

—¿Qué tal estás? —preguntó Youna.

—Bien.

Ni siquiera se le ocurrió preguntarle qué tal se encontraba ella, cuándo había salido del hospital, si tenía secuelas o ya estaba recuperada del todo.

—¿No te sientas con nosotras? —insistió Aurelia.

Pío lo deseaba con toda su alma, pero una fuerza mayor se lo impedía y le aconsejaba salir corriendo de allí. En otra mesa, Enriqueta y O'Connor sorbían sendos cócteles y hablaban entre carcajadas, borrachos a esas horas tempranas.

—Es que está allí mi tía —dijo a modo de excusa.

Añadió un gesto ambiguo que quería ser un adiós y se acercó a su tía, que lo recibió con un achuchón y un beso en la mejilla. Se sentó con ellos. Enriqueta sacó un pañuelo de batista y le limpió el carmín que le había dejado en la cara, y el jinete le preguntó cómo llevaba los estudios, la típica pregunta que un adulto le hace a un niño cuando no sabe de qué más hablar con él. Como el tema de conversación no dio mucho de sí, los dos crápulas volvieron a sus bravatas. O'Connor se jactaba de su pericia como jinete, decía ser capaz de dominar al caballo más salvaje.

—Eso tengo que verlo yo con mis ojos —dijo Enriqueta.

—Si Vanderbilt me deja montar a Prestige, que es una bestia, te lo demuestro.

—Nunca te lo permitiría, por eso lo dices.

—¿Tú has montado alguna vez? —El jinete se había girado hacia Pío.

—Una vez monté en burro —contestó el niño—. El del caserío de Azurza.

—Eso no vale.

—¿Cómo que no? —medió Enriqueta—. Es mucho más difícil montar en burro que a caballo.

—Tonterías.

—¿Te atreves a echarme una carrera de burros?

O’Connor soltó una risotada.

—Tu tía es tremenda —le dijo a Pío—. Quiere ser la mejor en todo. Yo le digo que he sido un gran *jockey* y ella me dice que ha sido una gran amazona. Yo le digo que me puedo tomar veinte copas, y ella que veintiuna. Yo soy dueño de dos casas grandes y ella de tres. Y así todos los días. ¿Cómo la aguantas?

—Me aguanta porque soy divertida. Igual que tú.

—Tú siempre un poco más.

—Por supuesto —se rio ella—. Entonces, qué, ¿aceptas el desafío?

—¿Una carrera de burros?

—Exacto. Pío, tú también participas. Y tu amiga francesa también. Dile que venga. —Se giró hacia la mesa de las francesas y gritó sin esperar la mediación de su sobrino—: ¡Niña! Ven un momento.

Youna se levantó de un saltito.

—Mami, ¿puedo ir?

—Aunque te diga que no, vas a ir. —Aurelia le limpió los labios con una servilleta.

Enriqueta la recibió sin preámbulos, con los atajos que siempre encuentra un borracho en la conversación:

—A ti te gusta mi sobrino, ¿a que sí?

—Sí —contestó ella, y Pío se quedó encantado con esa naturalidad.

—¿Te apetece hacer mañana un plan divertido con nosotros?

—Claro.

—Es montar en burro —dijo Pío como para rebajar el entusiasmo.

—¡Sí, me apetece mucho! ¡Vamos a montar en burro!

Era una forma como otra cualquiera de celebrar que Youna estaba viva. Lo quería proclamar por todo el pueblo, por las calles, de casa en casa, pero su timidez se lo impedía. Al menos se lo debería decir a ella, debería decirle que se sentía muy feliz, que había sufrido mucho por la falta de noticias. Pero todo lo que le salía era una sonrisa cuando la miraba. Era poco, pero ella lo cazó en una de las miradas y también le sonrió. Y entonces le pareció que, por una vez, ese poquito era suficiente.

Pío no esperaba que la carrera se fuera a celebrar en el Hipódromo, simulando el rigor de un Gran Premio. O'Connor había hecho valer sus influencias para acceder a la pista, habían conseguido cuatro borricos y Youna había llevado de sus establos las casacas de colores que vestían los *jockeys*.

A Pío, la casaca le llegaba por las rodillas. Era marrón con una cruz blanca. Se sentía ridículo y feliz, porque veía a Youna disfrutar mucho con la preparación de la carrera.

La niña incluso convenció a un joven jinete, Silvestre, para que participara en la carrera. Era un muchacho de dieciocho años, menudo y delgado, que estaba a punto de competir con los mayores, pues había ganado ya las treinta y una carreras reglamentarias del circuito juvenil. Marcel llevaba su alimentación y su entrenamiento a rajatabla, para que se mantuviera siempre en los cincuenta kilos de peso. Como esa diablilla le hacía gracia, Silvestre decidió saltarse por un día su régimen de vida monacal, tomó prestado un burro y se presentó en la línea de salida ataviado con la casaca de la cuadra de Marcel.

Los cinco jinetes formaron en la línea de salida. Un empleado del Hipódromo, al que también divertía mucho esa competición improvisada, dio la señal. Todos arrearon a sus animales. Enriqueta se carcajeaba al comprobar que su burro no hacía otra cosa que recular. El que montaba O'Connor se puso a hacer corvetas y movimientos ridículos. Silvestre avanzó unos metros antes de caer rodando por el suelo. Los pollinos de los niños, en cambio, mantenían un trote cochinero que suponía todo un éxito. Youna reía feliz, avanzaba a la altura de Pío y lo miraba emocionada. Él le devolvía miradas de reojo, pues estaba concentrado en no perder el equilibrio. Oían desde atrás los gritos de ánimo de Enriqueta y O'Connor, ya descabalgados de la carrera.

Cuando estaban llegando a la meta, el burro de Pío dio un pequeño acelerón y ganó al de Youna por medio cuerpo. Sin embargo, la francesa aullaba de júbilo, como si hubiera ganado ella. Desmontaron y llevaron a los burros del ronzal hasta el punto de salida, donde los esperaban los otros y también Marcel, que había aparecido a tiempo de presenciar el trompazo de Silvestre. El dueño de la cuadra no entendía la bufonada que habían organizado, y mucho menos que su jinete se arriesgara a una lesión cuando la temporada del Hipódromo estaba a punto de comenzar.

—Ha sido culpa mía, papá —reconoció Youna—. Lo he convencido yo.

—No, hija, es culpa suya. Es mayorcito para saber lo que tiene que hacer.

Marcel se marchó enfadado. Silvestre cruzó una mirada con la niña, recogió las casacas de todos y se alejó cabizbajo.

—Eres un campeón —le dijo O'Connor a Pío.

—Y tú un desastre de jinete —le provocó Enriqueta.

Ambos se reían mientras caminaban hacia la salida, unos metros por delante de Youna y de Pío, que se sentían unidos por la aventura.

—Me has ganado por los pelos —dijo la niña.

—Yo creía que ibas a ganar tú, pero mi burro se ha vuelto loco justo al final.

—Porque lo has espoleado.

—Pero si no sé cómo se hace eso. Lo habré hecho sin querer.

Estaba más locuaz que nunca. Las palabras que siempre se le quedaban atascadas fluían como el agua cristalina del arroyo.

—Dentro de dos semanas empiezan las carreras. La yegua favorita de mi padre corre el primer día.

—¿Boutique?

—Sí, ya ganó una el año pasado. ¿La conoces?

—Me la enseñó tu padre cuando estabas malita.

—Ah, claro. Por eso no me enteré.

—¿Ya estás buena del todo?

—Sí, pero me quedan marcas por todo el cuerpo. Mira. —Se bajó el vestido por un hombro. Eran pequeñas cicatrices. También las tenía en la cara, en los brazos y en las piernas—. Estoy feísima, ya lo sé.

—Para mí, no —contestó Pío.

Era verdad. A pesar de las marcas, le seguía pareciendo muy guapa. Ella lo miró con una sonrisa.

—Si Boutique gana la carrera, te doy un beso —dijo, y echó a correr como si después de esa promesa le resultara imposible permanecer a su lado.

9

Cada vez que la mujer del alcalde tenía que salir a hacer alguna gestión, le encargaba a Sabina una tarea concreta, como si temiera que al quedarse sola le diera a la criada por tumbarse a la bartola. Esa vez le encargó sacar brillo a la plata, aunque ya lo había hecho la semana anterior. Y en esas estaba, frotando el metal, mirando el reflejo de su cara triste en una bandeja, cuando llamaron a la puerta. El recadista llegaba con una nota para ella. Era de Juan Arruti, que la citaba en una cafetería de San Sebastián a la mañana siguiente.

«Pon una excusa y ven a mi encuentro. Tenemos que hablar».

Sabina la leyó varias veces, como si a fuerza de repasarla pudiera aparecer algún matiz romántico o al menos amable en ese mensaje. Una floritura, un exceso pasional, un verso. Pero no, allí no había nada más que una instrucción seca y precisa. ¿Qué se habría creído ese aviador? Domingo le había contado la visita de ese hombre unos días atrás, al salir del hospital. Una escena muy desagradable, le dijo. Lo describió como un chuleta arrogante, un seductor de tres al cuarto. Y le prohibió verlo nunca más. Ella tenía claro que no debía saltarse esa prohibición. No quería problemas. Además, había que ser demasiado sumisa para dejarse arrastrar por una nota tan antipática. Reanudó su tarea y no se dio cuenta de que estaba arañando la plata por frotar tan fuerte. Esperaba que la mujer del alcalde no descubriera las pequeñas marcas que había dejado en una tetera.

A la mañana siguiente, cuando llevaba dos horas limpiando la casa de los Usubiaga, le pidió a la patrona salir un poco antes porque tenía una cita médica en San Sebastián. Y en el tranvía, mientras se dirigía al encuentro de Juan Arruti, se preguntaba una y otra vez por qué no era dueña de sus actos. Estaba enfadada, temía que su

marido se enterara de su travesura y sin embargo allí estaba, plegándose a los deseos de un hombre al que apenas conocía.

Arruti la había citado en el vestíbulo del hotel Continental, que ofrecía unas vistas inmejorables de la bahía de la Concha. Lo localizó enseguida, sentado en un sillón estilo tú y yo. Él le cedió el lugar que le permitía contemplar el paisaje. Nada más sentarse, sin saludos ni preámbulos, ella mostró su contrariedad:

—¿Cómo se te ocurre mandarme una nota al trabajo?

—Te llevé una a tu casa, con unas flores, pero me temo que nunca las recibiste.

—¿Y qué esperabas? Domingo es mi marido, ¿cómo va a aceptar que un hombre me regale flores?

—Solo era un detalle con la mujer que me salvó la vida.

—Yo no te salvé la vida, solo te apliqué unas curas.

—Cediste tu casa para atenderme en condiciones. Y lo hiciste sabiendo que a tu marido no le iba a gustar. Pensaste en mí antes que en tu propia conveniencia. Y eso no lo voy a olvidar.

—Es lo que habría hecho cualquiera.

Él esbozó una media sonrisa.

—¿Por qué no quieres reconocer que fuiste muy generosa?

—Era una urgencia, no pensé en lo que hacía. Simplemente lo hice.

—Y yo me enamoré de ti por actuar así.

—Es imposible que estés enamorado. No me conoces.

—Basta con un pestañeo para enamorarse. No me obligues a explicar eso. ¿No has leído novelas francesas?

—No tengo tiempo de leer. Y son novelas, no es la vida real.

—Eres muy guapa, eres generosa y eres infeliz. ¿Cómo no voy a estar enamorado?

Ella notó una corriente eléctrica que le recorría el cuerpo entero. Ahora sí asomaban las efusiones amorosas, las que había escatimado en la nota. Y no era capaz de concluir si le gustaban o no.

—No tenía que haber venido, no sé qué estoy haciendo aquí —dijo mientras se apartaba un mechón rebelde de la frente.

—Sé que tu marido te trata mal. Y yo te voy a sacar de ese infierno.

—Tú no tienes que salvarme, vete a luchar en tu guerra. ¿No es eso lo que querías? ¿Un mundo mejor?

—Ya no me dejan volver al Ejército. Me dan la baja. Pero la vida me ha puesto por delante una misión más bonita.

—No quiero un salvador, estoy bien. Déjame en paz, por favor.

Arruti tembló un instante. Se había imaginado una conversación más amable, quizá con una pequeña reserva de ella por coquetería. Nada que no pudiera ablandar con un par de requiebros y un poco de insistencia. Pero notaba en los ojos de Sabina, y en sus gestos crispados, una negativa real. Siempre había tenido éxito con las mujeres, incluso con las más mundanas. No podía ser que esa pueblerina se le resistiera.

—Vamos a dar un paseo por la playa —propuso.

—No, Juan. He venido solo para pedirte que te olvides de mí.

Le agarró la mano con firmeza. Lo miró con aire suplicante y se esforzó en añadirle a esa expresión un matiz severo. Después se levantó, se alisó el vestido y cruzó el vestíbulo hasta la salida. Arruti se quedó mirando el mar, que con los rayos del sol emitía brillos ambarinos. Le gustaba esa mujer y, pese a la resistencia que estaba mostrando, pensaba que su amor era correspondido.

Nada más llegar a Lasarte, Sabina se dirigió al convento de las Madres Brígidas. Necesitaba desahogarse con alguien y le pareció que su hermana Juana era la persona indicada. Tuvo que esperar un buen rato hasta que la monja se liberó de sus tareas y pudo atender a la visita.

—Sabina, qué sorpresa. ¿Qué tal todo? ¿Ha pasado algo?

—No, no, todo bien. No te preocupes.

—¿Qué tal está la niña francesa? ¿Ya se ha recuperado?

—Sí, ya está bien. Pío está muy contento.

—Está algo más que contento —sonrió Juana—. Está enamorado.

—Por Dios, Juana, tiene diez años.

—Eso da igual. Tu hijo es tímido y casi siempre está triste. Y de pronto se ha vuelto luminoso y es pura felicidad. ¿No te has dado cuenta?

—Y, según tú, ese cambio en mi hijo es por el efecto del amor —dijo Sabina torciendo el gesto.

—Claro que sí. Me recuerda a mí cuando recibí el amor de Dios.

—A Dios no se le ama. Se le teme.

—Y se le ama, Sabina. Las dos cosas.

Sabina meneó la cabeza sin disimular su escepticismo.

—Por eso he venido a verte. Te quiero hacer una pregunta: ¿se puede vivir sin amor?

Juana cogió las manos de Sabina y las cubrió con las suyas. Se inclinó hacia ella y la cruz que le colgaba del cuello se balanceó.

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Qué te pasa?

—Nada. Solo quiero saber tu opinión.

—Se puede vivir sin amor. Pero es una vida incompleta.

—Yo a Domingo ya no lo quiero.

—Pero quieres a tu hijo. Eso es amor. ¿No te basta?

—Supongo que sí.

—Pues ya está. No te preocupes más. Y un día de estos ven a visitarme con Pío. Ya sabes que me gusta verlo.

Al despedirse de su hermana, Sabina mantuvo un buen rato el abrazo, hasta que se separó porque se estaba clavando el crucifijo en el pecho. Salió del convento cabizbaja, con sensación de fracaso. Había sido incapaz de sincerarse con Juana. Ya solo le quedaba rumiar sus problemas sola. Y se repetía como un mantra que tenía que sacar de su cabeza a ese aviador.

10

En junio se dio por finalizada la epidemia de viruela. El doctor Izadi lo explicaba ufano a todo el que quisiera escucharlo: seis semanas sin nuevos casos significaban la victoria sobre el virus que había mantenido a toda la población aterrada y recluida en sus casas. Los más preocupados, quizá, eran los criadores de purasangres, que veían peligrar su negocio si se suspendían las carreras por el riesgo de contagio que entrañaban las multitudes. Pero también los vecinos se entristecían al imaginar un verano sin caballos, sin apuestas, sin las hazañas de tal o cual jinete circulando por todo el valle. Se sentían orgullosos del Hipódromo, que había colocado en el mapa su pequeña pedanía, y se podía palpar la expectación por el inicio de la temporada.

Durante los meses estivales Lasarte perdía la tranquilidad y mudaba de piel. Ningún lugar de España podía reunir a tantas personalidades distinguidas de la realeza, de la aristocracia y de la alta sociedad. Millonarios estadounidenses, ingleses, franceses, norteafricanos y asiáticos paseaban por sus calles, bebían y comían en sus bares, se alojaban en los mejores hoteles de San Sebastián y se desplazaban al Hipódromo en los automóviles más lujosos. Los aldeanos cedían el paso a los visitantes exclusivos y admiraban con algo de escepticismo sus atuendos. En el valle del Oria brillaban los collares de perlas y las leontinas doradas, se veían sombreros de copa, vestidos de seda y tocados extravagantes. A Sabina le resultaba difícil no sentirse una miserable harapienta incluso vistiendo para la ocasión su vestido más elegante.

Ese día se disputaba el Gran Premio de Su Majestad el rey don Alfonso XIII, el plato fuerte de un programa que incluía otras cuatro carreras. Todo el mundo conocía ese premio como la Carrera del Medio Millón, pues esa era la cantidad desorbitada de pesetas que se llevaría el ganador. Los nervios se sentían en cada rincón del

Hipódromo, en las sonrisas corteses con que se saludaban los contendientes, en cada calada que los propietarios de las cuadras les daban a sus cigarros, en el viento que bajaba del monte Buruntza de cuando en cuando para refrescar la tarde soleada. Pero, quizá, el más nervioso entre el público era Pío, que se jugaba un beso en ese lance.

Marcel lo había invitado a presenciar la carrera en la tribuna, todo un privilegio. Allí se mezclaba la *crème de la crème:* el conde de Romanones, el exsultán de Marruecos Mulay Hafid, el sultán indio Aga Khan III, el egiptólogo lord Carnarvon, que financió la excavación de la tumba de Tutankamón y era el propietario de Franklin, el caballo favorito en la carrera. Decían que su yate estaba anclado en la bahía de la Concha, en San Sebastián. Pío no conocía a ninguna de estas personalidades, ni le parecía que desprendieran un halo especial. Estaba sentado junto a Youna, su rodilla izquierda en contacto con la rodilla derecha de ella, y eso ero lo único que le importaba.

Su tía Enriqueta le preguntó si quería conocer a gente importante. Pío dijo que no. Así que ella regresó a la terraza de la tribuna, donde se podía tomar un cóctel y mariposear entre un corrillo y otro. Por allí andaban los propietarios de las cuadras españolas, el marqués de Villamejor, el conde de Cimera, el barón de Velasco, intercambiando impresiones y pronósticos sobre la carrera. Franklin era el favorito, sí, venía como un tiro, pero no se podía descartar a Rambour ni a Boutique. Los caballos españoles tenían pocas posibilidades de ganar, porque la dotación del premio era muy golosa y se habían inscrito los mejores purasangres del continente. Inglaterra, Francia y Bélgica eran potencias en el mundo de la hípica, y en cambio en España había menos arraigo. Ni siquiera le daban la menor opción a Rubán, el purasangre del rey, mimado en las cuadras que tenía en la Casa de Campo, pero en baja forma. Venía de perder estrepitosamente en la última carrera, celebrada diez días atrás.

—Tiene tan pocas posibilidades que ni siquiera ha venido el rey a ver la carrera —dijo Enriqueta.

Los criadores miraron hacia la tribuna real, en la que ondeaba el pendón de Castilla. Allí se abanicaban las dos reinas, Victoria Eugenia y María Cristina, y por allí pululaban el infante don Fernando y la princesa Luisa de Orleans. Pero ni rastro del rey.

—Vendrá, no se pierde una —dijo el conde de Cimera—. Pero él sabe que no puede ganar.

—Estaría bueno que ganara su caballo en una carrera que paga él —comentó el barón de Velasco.

Era verdad que la Casa Real sufragaba buena parte del suculento premio. Pero, aunque los entendidos estaban en el secreto, el pueblo ignoraba que el rey Alfonso XIII competía ocultando su identidad bajo el nombre Cuadra del Duque de Toledo para no levantar suspicacias. A fin de cuentas, era de mal gusto adelantar en una carrera a un caballo del rey.

La primera carrera la disputaron cinco caballos y nadie prestó demasiada atención. Era un mero aperitivo para ir entreteniendo al público que abarrotaba el recinto. En la tribuna se codeaba la gente importante, pero el pueblo llano se arracimaba en la *pelouse,* el graderío que rodeaba la pista.

Justo cuando la conversación de los criadores de caballos la empezaba a aburrir, Enriqueta se fijó en la llegada del marqués de Tena. Sabía que ese millonario era un mujeriego y arrastraba problemas conyugales. Apuesto, adinerado y con una tristeza que pedía a gritos un chorro de alegría. Una combinación perfecta para ella. Ya habían compartido una copa en una fiesta en el Club de Golf días atrás, así que no tenía que presentarse, bastaba con verificar que se acordaba de ella.

—La Galardi, no me he olvidado de usted —asintió el marqués—. El otro día le dije que tenía nombre de soprano.

—Así es, y yo le prometí cantarle una aria la próxima vez que le viera.

—¿La trae preparada?

—Por supuesto. Pero aquí hay muy mala acústica. Tendremos que buscar un lugar más íntimo.

—Me parecerá estupendo, siempre y cuando me vayan bien las apuestas. Cuando pierdo, me deprimo y me tengo que meter en la cama.

—¿Por quién ha apostado? Yo me he fiado de una recomendación que me dio el otro día.

—Vaya, eso no lo recuerdo. Me debí de propasar con el alcohol.

—Me dio una pista muy buena que le había dado a usted cierto entrenador de caballos.

—Ya sé por dónde va —dijo retorciéndose una guía del bigote.

—Y yo, que soy desconfiada por naturaleza, me tomé un par de copas la otra noche con ese entrenador de caballos, y me confirmó la recomendación.

—Comprendo, así que hemos apostado por el mismo ejemplar.

—Exacto. Ojalá tengamos algo que celebrar.

—Y me canta no una, sino varias arias.

—Y si perdemos, nos metemos los dos en la cama. Deprimidos.

—¿En la misma cama? —El marqués se sonrojó.

—Qué atrevido es usted, señor marqués. Invíteme a una copa y le perdono la grosería.

—Por supuesto, señora Galardi. Mis disculpas.

Le tendió el brazo, ella lo agarró y se fueron hacia el bar.

Domingo sudaba bajo su terno gris y paseaba junto a Sabina por la zona del pesaje para echar un vistazo a los caballos. Pero había demasiada gente y resultaba difícil encontrar un buen ángulo de visión. Estaba nervioso. Soñaba con dar un pelotazo en las apuestas, el veneno del juego corría por sus venas. La carrera había desbordado todas las previsiones. La explanada del aparcamiento se había quedado pequeña para los cinco mil automóviles que todavía colapsaban los accesos al Hipódromo. Y tanto el tranvía de Tolosa como el Tren de la Costa habían ido vomitando pasajeros a lo largo de la mañana y de la tarde.

A Sabina no se le escapaba que su marido perdía mucho dinero en las apuestas, que a veces, cuando se desplazaba a San Sebastián para comprar herramientas o visitar clientes, se solazaba un buen rato en el Casino. Y pensaba que su mala suerte con las apuestas lo abocaba a las borracheras que se cogía. Esa tarde era de las malas. La ansiedad lo volvía callado y huraño.

Cada dos por tres, Domingo miraba hacia la tribuna con los prismáticos para localizar a su hijo. Le había pedido que le sonsacara a Enriqueta quién iba a ganar la Carrera del Medio Millón. Esa mujer del diablo se codeaba con gente importante de la hípica, la habían visto cenar con Cohn y tomar una copa con Vanderbilt, los dueños millonarios de los mejores purasangres. Pero lo único que Pío le había podido contar era que el favorito era Franklin, el caballo del egiptólogo inglés. Domingo le había dicho a su hijo en qué zona de

la *pelouse* iban a estar para que le diera el chivatazo si conseguía enterarse de algo. Y, como si lo hubiera convocado su inquietud, que empezaba a desesperarlo, vio a Pío abriéndose paso por la grada hacia él, molestando a los espectadores que estaban pendientes de la segunda carrera.

—¿Sabes algo, hijo? —le preguntó empujando a un lado a Sabina, que se había levantado para saludarlo.

—No, es que la tía Enriqueta está siempre con gente. A mí no me hace caso.

—Entonces, ¿para qué vienes a verme? Vuelve a tu asiento.

—Es que me ha dicho Youna que me invita a cenar con sus padres. Y quería pedirte permiso.

—¿A cenar en dónde, hijo? —preguntó Sabina.

—En el restaurante que hay en el Hipódromo.

—¿En Maxim's? —se sorprendió Domingo.

—Sí, en ese. Lo han reservado para cenar. Todo para ellos. Y me han dicho que me invitan.

Sabina no se lo podía creer. Maxim's era una sucursal del famoso restaurante parisino. Un auténtico lujo para un pueblo como Lasarte. Aunque sabía que los Benot eran ricos, no se había imaginado que pudieran cerrar para ellos solos un restaurante como ese. Sentía un orgullo maternal por el cariño que esa familia le había tomado a su hijo. En cambio, Domingo torció el gesto y esgrimió su oposición.

—Tú cenas con nosotros, no tienes nada que ver con esa gente.

—Pero es que me apetece mucho.

—He dicho que no.

—Domingo, no pasa nada, para él es importante —intercedió Sabina.

—Hay que saber cuál es el sitio de cada uno en la vida. Y el nuestro no es Maxim's. Diles que gracias, pero que cenas con tus padres.

Pío regresó a la tribuna cabizbajo, ajeno a los gritos que jaleaban a los caballos en la recta final. Domingo no había apostado nada en esa carrera, así que no le interesaba. De vez en cuando meneaba la cabeza, como si le costara digerir la desfachatez de los franceses. ¿Qué pretendían, meterle al niño pájaros en la cabeza? ¿Enseñarle cómo viven los ricos para que después sufriera con la vida esforzada que le había tocado llevar? Su enfado crecía. Cerrar Maxim's para ellos, qué despilfarro, qué ostentación. Y de pronto se le encendió una bombilla. Reservar un restaurante como ese solo puede obedecer a que hay algo grande que celebrar. Marcel Benot contaba con el medio millón de pesetas del ganador. Boutique, su yegua, iba a ganar, tenía la victoria más que amarrada a base de amaños, tongos o dopajes. De pronto, empezó a considerar la conversación con su hijo bajo una nueva luz. ¿Era posible que Pío hubiera bajado hasta la *pelouse* solo para insinuarle que Boutique iba a ser la ganadora del gran premio?

Rumiaba sus sospechas mientras se presentaba la tercera carrera, en la que sí había apostado unos cuantos duros por Signorella, que terminó en tercera posición, lo que le reportaba unas pequeñas ganancias. Mientras se dirigía a la garita de Henry para cobrar, la idea le martilleaba la cabeza. Al llegar al mostrador, estaba convencido de apostar sus ahorros por Boutique, que no era la favorita y le podía proporcionar un buen pellizco.

Sabina estaba preocupada. Conocía bien a su marido y sus entrañas le decían que algo iba mal, que ese día festivo en las carreras iba a terminar en tragedia. Un hombre ataviado con un sombrero de paja se acercó a su asiento. Era Juan Arruti, el aviador. Desde la cita en el hotel Continental, la había abordado hasta en tres ocasiones. Se había convertido en su pretendiente. A ella se le aceleraba el

corazón cada vez que lo veía y por las noches, antes de apagar la vela, su último pensamiento era para él. Pero refrenaba sus impulsos y rechazaba las insinuaciones con buenas palabras.

—Solo vengo a saludarte, tu marido está apostando, tenemos unos minutos.

—No deberías estar aquí. Ya te he dicho que si me ve contigo me mata.

—Pronto te olvidarás de mí para siempre. Estoy terminando de reparar el avión, Gustav dice que en dos semanas estará listo.

—¿Quién es Gustav?

—El ingeniero de Orleans que ha mandado el Ejército francés. Me han encargado que les lleve el biplano de vuelta.

—¿No te da miedo subir otra vez a ese avión?

—No se puede vivir con miedo, Sabina. Eso es lo que te quiero decir. No tengo miedo a volar. Y tampoco a tu marido.

—Deberías tenerle miedo.

—Quiero que te vengas conmigo.

—Y a mí deberías tenerme respeto.

—Te respeto y te amo. Eres la mujer más guapa del mundo. Y no eres feliz con él.

—En ningún sitio dice que la gente tenga que ser feliz. Hay que ir tirando en la vida que a cada uno le toque.

—Tú puedes hacer que tu vida sea más bonita.

—Vete, por favor, va a volver en cualquier momento —rogó ella, nerviosa, mirando a todos lados.

—A las cinco es el Gran Premio. Él estará pendiente de la carrera, como todo el mundo. Quedamos en la entrada del Hipódromo a esa hora. Y seguimos hablando.

—No voy a ir, Juan. No puedo.

—Ahora me voy. —Le cogió la mano y se la besó—. A las cinco.

En la tribuna, Enriqueta tomaba un vaso de *whisky* con el marqués de Tena, entre risas y confidencias. Ella conocía los trapos sucios de mucha gente de la alta sociedad y se los susurraba pidiéndole discreción: un conde que estaba arruinado, unas joyas de cierta familia que habían sido empeñadas, un automóvil de marca, aparcado en la explanada, que tenía prohibido circular por vergonzosos problemas legales, enredos de alcoba... Él, por corresponder, le contó que cierto barón tenía un hijo bastardo que reclamaba su derecho al título nobiliario. Así transcurría el coqueteo, entre risas, guiños cómplices, cotilleos y miradas del marqués a la tribuna real para ver si había llegado el rey.

Una algarabía interrumpió su conversación. Acababa de terminar la cuarta carrera y los apostantes que habían ganado algo de dinero mostraban su euforia. En la tribuna había un buen revuelo de gente que se dirigía a la caseta de las apuestas y de otros que corrían al baño o a la terraza en busca de una copa. De ese tumulto emergió la figura de O'Connor, que se tambaleó hasta la mesa discreta que ocupaban Enriqueta y el marqués.

—Qué bien acompañada te veo. Brindo por ti —dijo cogiendo el vaso de ella.

Ella lo miró con desdén. En las últimas semanas lo había evitado, se había cansado de él. No por nada en particular; en su vida frívola no encajaba bien la fidelidad a nada ni a nadie.

—Estás borracho, querido.

—Tranquila, que ya me voy. Solo quería ver de cerca al hombre que me sustituye.

El marqués se levantó con dignidad.

—El marqués de Tena, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

—No estoy hablando con usted.

Las pupilas del aristócrata flamearon por un instante y, en cuestión de un segundo, sacó un guante blanco del bolsillo.

—No le consiento ese tono, caballero —dijo y abofeteó al inglés con el guante.

O'Connor lo agarró de la pechera.

—¡Charles! —gritó Enriqueta al tiempo que se levantaba para separarlos.

—A mí no me cruza la cara nadie.

—Vete, por favor —suplicó ella—. Luego hablamos, estás muy borracho.

O'Connor desafió al marqués con la mirada y se marchó haciendo eses.

—Lo siento —dijo Enriqueta mientras le alisaba la pechera.

—¿Quién es ese animal?

—Un jinete retirado, hemos pasado algo de tiempo juntos.

—Si esto sucede hace unos años, le mando a mis padrinos.

—No seas ridículo, por favor.

—¿Ridículo? Lo último que puede perder un hombre es la dignidad y el orgullo.

—Vamos a la terraza y tomamos un poco el aire. Así nos tranquilizamos.

Se asomaron a la baranda. Un rumor de expectación recorría el Hipódromo. El tendido de los sastres estaba lleno de vecinos merendando y bebiendo sidra. Muchos comían rosquillas, debían de venir de las fiestas de algún pueblo del valle. Por la tribuna empezó a circular la noticia de que el acceso al Hipódromo seguía colapsado y, por ese motivo, el rey se estaba retrasando. Se anunció entonces que el Gran Premio se retrasaba unos minutos. Cundió la impaciencia entre los asistentes.

En la *pelouse* sonaron silbidos y abucheos. A nadie le gustaba esperar por culpa del rey. Lo acusaban de no perdonar la siesta, y que por esa costumbre condenaba a todos a la intranquilidad o al aburrimiento. Domingo no sabía qué hacer para calmar su ansiedad. Agarraba a Sabina de la mano y se la apretaba con tanta fuerza que le hacía daño. Ella miraba hacia la entrada, donde había quedado con Juan. El retraso de la carrera comprometía su cita, y ella no entendía por qué se sentía tan afectada cuando le había dicho que no se iba a presentar. En su interior, pensaba que le estaba dando plantón.

Domingo enfocó la tribuna con sus prismáticos. Buscó a Marcel Benot, quería estudiar sus facciones, leer algún mensaje en su expresión, un gesto de suficiencia, de victoria anticipada, una pachorra excesiva. Pero no distinguió nada de eso. Estaba de pie, fumaba y conversaba con Aurelia y con algún amigo encopetado.

Una fila más arriba estaba Pío, sentado junto a Youna, los dos juntitos y en silencio. A su hijo sí lo notó nervioso, como lo estaba él. Movía una pierna arriba y abajo, como si la propulsara un muelle en la suela de su zapato. Padre e hijo estaban unidos por una causa común: que Boutique, la yegua de Marcel, ganara la Carrera del Medio Millón.

A las seis menos cuarto se extendió una agitación por todo el Hipódromo. Acababa de llegar el rey a su tribuna. Saludó a la concurrencia. Se oyó algún pitido y alguna recriminación, pero se impusieron los aplausos. A las seis menos cinco, los mozos de las cuadras condujeron los caballos a la línea de salida.

—Me acerco a la valla —dijo Domingo, que apenas podía contener los nervios.

Sabina asintió. Vio que su marido miraba a través de los prismáticos cada detalle de los preparativos. Ya no la iba a reclamar para nada. Aprovechó para retroceder hacia la entrada del recinto. Quería disculparse con Juan por no haber acudido a su cita, y escuchar, tal vez, una declaración encendida de amor. Su corazón latía como un purasangre en plena recta final. Buscó al aviador por todos lados, pero no lo encontró. Se sorprendió hundida en una tristeza repentina, como si se hubiera quedado sin suelo.

A las seis y cuarto sonó el disparo de salida y los doce caballos arrancaron en un tropel desbocado. La algarabía en el recinto hizo temblar los alrededores.

Sentado junto a Youna, Pío dio un respingo al observar que ella lo había cogido de la mano. Estaba tan nervioso que no se había dado cuenta.

11

Los caballos arrancaron con un galope suave, sostenido, para reservar fuerzas. Debían recorrer dos mil cuatrocientos metros, una distancia exigente. El ruido de los cascos quedaba amortiguado por la arena compacta de la pista y creaba el efecto de una locomotora surcando el valle. Los hombres animaban a sus favoritos y la tribuna era un guirigay de exclamaciones, de quejas, de improperios por cualquier supuesta irregularidad de un jinete.

Una nube de polvo difuminó la fila armónica de contendientes que se alejaban por la larga recta. Al asomar por la curva, y según se iban acercando a la meta, situada frente a la tribuna real, se vio que dos animales se habían descolgado del grupo. El viento hinchaba las blusas de los jinetes y creaba la ilusión de jorobas. Los caballos espumeaban, sus jadeos sudorosos producían angustia en un espectador poco acostumbrado. Parecía que iban a reventar en cualquier momento.

Antes de rematar la primera vuelta, ya se había producido una ruptura de la carrera en tres grupos. El primero lo formaban cinco caballos, y ahí estaba Boutique, bien situada. Franklin, el favorito, se estaba quedando rezagado e incluso tenía problemas para mantenerse en el grupo perseguidor. Rubán, el caballo del rey, marchaba en quinta posición. El griterío iba en aumento. Los jinetes agitaban las fustas, los animales estiraban los pescuezos, alguien comentaba el desfondamiento de Franklin, que iba noveno, Pío vio que Boutique, con el número tres, iba segunda, Domingo notaba enérgica a la yegua, estaba acabando bien la carrera, hostigando a Rambour, el caballo que la lideraba, y así llegaron a la recta final, casi empatados, con Boutique remontando, Pío con el corazón en vilo y Domingo totalmente transportado, porque estaba a punto de dar un buen pelotazo.

Tan concentrados estaban padre e hijo en la lucha tremenda entre los dos caballos franceses, que no advirtieron la progresión de Rubán en los últimos metros. Nadie entendió muy bien lo que estaba pasando, pero el caballo del rey irrumpió como una flecha, recortó la distancia con los dos primeros en cuestión de segundos y, espoleado por Lucien Lyne, el *jockey* de Kentucky, se puso a su altura. Como iba tan rápido, creaba la impresión de que los caballos franceses estaban siendo refrenados por sus jinetes. Domingo era de los que gritaban enfurecidos.

—¡Vamos! ¿Qué pasa? ¡Lo está sujetando! ¡Es tongo!

Pero ya no había nada que hacer. Rubán cruzó la meta el primero y Pío miró a Youna con cara de pena. Advirtió que estaba tensa, enfadada. A diferencia de cuando él había vencido en la carrera de burros, ahora la niña mostraba que tenía mal perder. En las tribunas se oían denuestos y blasfemias, el enfado era de tal calibre que los españoles, contentos de que hubiera ganado un caballo nacional, aplaudían tímidamente, como con miedo. Los caballos se detuvieron unos metros más allá y la pista quedó invadida por decenas de espectadores. Los mozos del ganador llevaron a Rubán a la zona del pesaje, donde ya aguardaba su propietario, el rey Alfonso XIII, que se fundió en un abrazo con Lyne, el jinete. Por allí andaba también Pío de Saboya, con su sombrero de copa gris, fumando un cigarro con aire satisfecho. Tras la deliberación protocolaria, el jurado dio por buena la carrera y con ello certificó la decepción de Domingo, que había apostado a caballo ganador.

Se refugió en el bar, convertido en un hervidero de comentarios y de teorías. Resultaba inconcebible que Rubán, superado por caballos muy flojos diez días antes, hubiera recuperado la forma en tan poco tiempo. Ni el más optimista de los apostantes le podía conceder la menor posibilidad de victoria al caballo del rey.

En la garita de Henry, donde se cobraban las apuestas ganadoras, había dos personas eufóricas: Enriqueta y el marqués de Tena, que

habían apostado fuerte a favor de Rubán. Enriqueta, a cambio de sus 175 pesetas, se había embolsado la friolera de 41.000. El marqués no quería revelar su cantidad, pero su sonrisa se abría paso a través del bigote frondoso. Cuando estaban brindando con champán, O'Connor irrumpió en el bar y la cogió del brazo para llevarla a un rincón.

—¿Rubán? ¿Cómo lo sabías, perra?

—Suéltame si no quieres que llame a seguridad.

—Tenías un soplo y no lo has compartido conmigo, tú sabes cuánto necesitaba llevarme un pellizco.

—Te digo que me sueltes.

—Te vieron tomando una copa hace dos días con el entrenador de caballos del rey. Dime la verdad, él te contó que la carrera estaba preparada.

—Yo la he visto muy disputada, ¿tú no?

—Me has dado la espalda. —O'Connor le apretó el brazo—. Creía que éramos amigos.

—Y lo somos, Charles, pero solo un loco habría apostado por Rubán, y tú eres muy divertido, pero no estás tan loco como yo.

Él la miró con los ojos llenos de ira, también de pena, por lo que consideraba una relación terminada. Se marchó del bar abriéndose paso y se dirigió hacia la explanada, donde la gente elegante comenzaba a abandonar el Hipódromo. Los haces de los faros ya barrían el valle, todavía preñado por la emoción que se había vivido, y alumbraban caseríos, manzanos y cultivos.

En el bar, entre vasos de sidra y de *whisky*, se comentaba la carrera. A nadie se le escapaba que Rubán había sido dopado. Todos

coincidían en que habían presenciado un tongo y un escándalo amplificado por el hecho de que el caballo ganador pertenecía al rey, que ponía el dinero para el Gran Premio.

—Demasiada desfachatez —decían algunos.

—Intolerable —bramaban otros.

—Pero no seamos ingenuos —opinó un entendido—. 500.000 pesetas eran muy golosas para todos. Rubán no era el único caballo dopado.

—Todos estaban dopados, eso seguro —coincidió otro.

—En ese sentido, la carrera ha sido justa, competían todos en igualdad de condiciones. Todos hacían trampas.

Esta teoría parecía rebajar la ignominia que había cometido el rey. Pero entonces alguien arrojó un comentario que lo cambiaba todo:

—De igualdad de condiciones, nada. Franklin, el favorito, ha quedado noveno. Eso no tiene sentido. La única explicación es que no iba dopado.

—Puede ser, el egipcio confiaba demasiado en su caballo.

—O en la honestidad de los demás.

—Pero yo digo más —anunció de pronto Domingo poniendo el vaso sobre la mesa de un fuerte golpe—. El retraso del rey no es una casualidad. Ha llegado una hora tarde.

—Había un gran atasco en el acceso, y un rey tiene una agenda complicada, no le busques los tres pies al gato.

—Para dopar a un caballo es esencial saber a qué hora exacta tiene que estar a su máximo rendimiento. La carrera era a las cinco. Pero

empezó a las seis y cuarto. Los caballos franceses ya no sentían la influencia del *doping.*

—¿Y a qué hora doparon a Rubán, en tu opinión?

—A las seis menos cuarto. De tal forma que media hora después la sangre le corría a borbotones.

Al principio surgieron voces discrepantes, pero no tardó en formarse una corriente favorable a esa conspiración del rey para ganar el Gran Premio. Domingo bebió y bebió mientras se iba afianzando en su teoría y en su rabia legítima.

Sabina y Pío volvieron a su casa caminando por el arcén. Estaban acostumbrados a los arrebatos de Domingo con el alcohol, así que no tenía sentido esperarlo. Ambos caminaban en silencio, tristes y pensativos. Ella seguía sorprendida por su propia reacción ante el desencuentro con su pretendiente. Algo se había despertado en su interior, no era normal sentir ese anhelo de hablar con él, de verlo, aunque solo fuera para despedirse. Se preguntaba de forma absurda cuánto se podría tardar en reparar el dichoso avión, cuánto tiempo le concedería el destino para un encuentro más. Entonces decidió atajar la tentación de raíz: no podía vivir en esa contradicción permanente. Pío también estaba desconcertado por la reacción de Youna en la carrera. No había el menor rastro de dulzura en su expresión; ella, que era juguetona, no fue capaz de descolgarse con un comentario humorístico para quitarle hierro a la situación.

Cuando Domingo llegó a casa, apenas se tenía en pie. Pero traía una pendencia pegada a su aliento, y esa pendencia era con Pío.

—Tú me has hecho creer que iba a ganar Boutique. Me has engañado.

—Yo no sabía quién iba a ganar —repuso el niño asustado.

—¿Por qué iban a celebrar nada los franceses? ¿Por qué me has dicho que habían cerrado el Maxim's?

—Ya está bien, Domingo —intercedió Sabina—. Haz el favor de irte a la cama, que no te tienes en pie.

—¡Me has engañado! ¡Me has hecho perder mucho dinero! —Se quitó el cinturón y lo movió en el aire.

Pío retrocedió aterrado.

—Déjalo en paz —dijo Sabina poniéndose entre los dos.

Domingo la apartó de un empujón y ella cayó sobre las cacerolas de cobre. Agarró a Pío del pelo, lo inclinó sobre la mesa y empezó a golpearlo con el cinturón, que restallaba como un látigo. El niño lloraba y suplicaba clemencia. De pronto, oyó un ruido tremendo y vio que su padre se tambaleaba. Sabina tenía en la mano una sartén con la que había descargado el golpetazo.

—Vete corriendo, ve a casa de Enriqueta, no duermas aquí.

—¿Y tú qué, *ama*?

—¡Corre!

Domingo se estaba recuperando de la contusión. Miraba a su mujer con estupor, a través del velo del alcohol. Vio a Pío cruzando la cocina hacia la puerta y lo persiguió.

—¡Ven aquí! No he terminado contigo.

Pero Pío ya corría por el camino, sin detenerse, y era imposible atraparlo. Corrió y corrió hasta llegar a la tapia del convento, y allí se agachó para vomitar. Le dio la impresión de que estaba echando los pulmones. Después hizo un esfuerzo por orientarse. Se secó las

lágrimas y se dirigió a la casa del belga. Empujó el portalón y subió un tramo de escaleras hasta el rellano de su tía. Llamó a la puerta. La abrió Patrocinio, la criada, que sostenía un candil.

—Tu tía no puede recibirte ahora, lo siento.

—Pero es que necesito verla.

—¿Qué te pasa? Cuéntamelo.

—Se lo quiero contar a ella. Es urgente.

—Primero a mí, y yo se lo cuento a ella. Me ha ordenado que no la moleste por nada del mundo.

Pío jadeó al borde del llanto. Miraba el pasillo implorando que apareciera su tía, que la rescatara del celo de la criada, que parecía más bien una centinela.

—Tengo que dormir aquí.

—Aquí no puedes dormir.

—Por favor...

Una puerta de madera chirrió al abrirse y salió Enriqueta.

—No puedes quedarte aquí, cariño. Lo siento.

—Pero es que quiero estar contigo.

—Tu lugar es con tus padres. Supongo que están en casa.

—Sí.

—¿Tu padre está muy mal?

Pío asintió.

—Ya estará durmiendo la mona, lo he visto beber como un cosaco.

—Por favor, tía...

—Patrocinio, acompáñalo a su casa, por favor —ordenó Enriqueta.

Pío lanzó a su tía una mirada de odio. Era la segunda decepción del día, primero Youna y ahora su tía. Rezaba por que ella tuviera razón y su padre ya estuviera dormido. Patrocinio lo miró con cariño.

—Lo dejas en casa y te quedas hasta que verifiques que todo está bien —añadió Enriqueta.

—Venga, Pío, vámonos —dijo la criada.

Pío se aferró a su mano y salieron a la calle. Enriqueta regresó a su habitación. Allí, repantigado en una otomana, el marqués de Tena bebía una copa de champán.

—¿Algún problema? —preguntó.

—Yo no tengo problemas. Nunca, ese es mi gran encanto —dijo Enriqueta.

12

Cuando salió de casa del alcalde, Sabina se sentía agotada. Le dolían las rodillas. La señora le había pedido que limpiara a fondo los suelos, y se había deslomado frotando cada baldosa. Sentado en un murete, frente al convento, estaba Juan Arruti. Ella torció el gesto al verlo y apretó el paso. Pero él le dio alcance.

—Vete, por favor, déjame en paz —le pidió ella.

—Necesito verte.

—Pensé que ya te habías marchado.

—No me voy a ir hasta que no hable contigo.

Sabina exhaló un suspiro y siguió caminando. Él le cogió la mano y se la besó. Ella notó que le molestaba, más que la impertinencia, que él descubriera sus manos agrietadas y apestando a la solución jabonosa que usaba para fregar. Además, se le había roto una uña esa mañana. Retiró la mano en un gesto de coquetería y despidió al aviador con un mohín contrariado.

—No vuelvas a hacer eso.

Al día siguiente, al salir de la tienda de ultramarinos, Juan la abordó y, sin pedir permiso, le cogió la cesta de mimbre.

—Ni si te ocurra ayudarme, ya lo llevo yo —dijo recuperando la compra.

Se alejó a paso vivo y controló el deseo de girarse para comprobar si el otro la estaba siguiendo.

El domingo, al salir de misa del brazo de su marido y agarrada a la mano de Pío, vio a Juan bajo el aguacero, como un espantajo. No paró de llover en varios días. Ella los pasó en casa cocinando, cosiendo las alpargatas de Domingo, que estaban rotas de tanto uso, baldeando y ventilando el taller, que olía a choto, ayudando a Pío con las tareas que le mandaba Irulegui. Temía que su pretendiente tenaz se presentara en la casa y se pasaba las horas con el corazón encogido. Tanto temía su aparición que llegó a pensar que en realidad la deseaba, y que lo que tomaba por un miedo angustioso era más bien la ansiedad por comprobar que el aviador no había desistido.

Una noche Domingo la reclamó sexualmente y ella notó que la trataba con la delicadeza de los primeros días, sin las embestidas feroces con las que se aliviaba en los últimos tiempos. Al día siguiente elogió las alubias con berza que había preparado y ella se preguntó qué estaba pasando. Él siempre la atacaba por su poca maña con la cocina, se metía con lo sosa que estaba la sopa de ajo, con lo pasada que estaba la carne o con lo malo que estaba el guiso de coles o de habas. Y no quiso comprender por qué sentía grima ante las deferencias de Domingo, por qué no se felicitaba de su cambio de actitud y reaccionaba con disgusto a los cumplidos y las muestras de cariño. Tal vez estaba cómodamente instalada en la desgracia y no tenía ganas de enderezar una relación con un hombre al que ya no amaba. Él quería reanudar los paseos con ella a la caída de la tarde, trabajaba con entusiasmo en el taller y el aliento ya no le olía a aguardiente. Una mañana, cuando estaba lavando las patatas, notó un olor a perfume y se giró hacia la puerta. Domingo se había aseado y sonreía como un seductor de verbena. Le dio un azote en el culo, le plantó un beso en la mejilla y estiró el cuello para que ella olfateara su colonia.

—Esta tarde nos vamos a San Sebastián a dar un paseo. ¿Te apetece? Podemos merendar en algún café de la avenida de la Libertad.

Ella esbozó una sonrisa desganada. Su cabeza bullía en busca de una excusa que no encontró.

—Cogemos el tranvía de las cuatro y veinte —zanjó él.

Antes de poner las patatas en el fuego, dijo que le faltaba una cebolla y salió tras colgar el delantal en el clavo de la pared, junto a la entrada. Se dirigió a la tienda de ultramarinos, compró la cebolla y luego se acercó al trapecio que formaban la iglesia, la Casa Concejil y el convento. Después bajó hacia la Indianesa. Allí estaba Arruti, tomando una limonada.

—Mañana a las cinco en la fuente de Ganbo —le dijo con decisión—. Puede que llueva, pero no importa.

Y, sin darle tiempo a contestar, se volvió por donde había venido.

Esa tarde paseó por San Sebastián del brazo de su marido, merendó con él y soportó su compañía porque saboreaba en secreto su traición.

Al día siguiente, el aire estaba preñado de humedad, pero la lluvia se resistía a caer. Sabina aspiró el olor a heno mojado y se sintió mareada. Caminaba hacia el lugar de la cita como una sonámbula, como si una fuerza sobrenatural hubiera tomado posesión de ella. Le parecía que cada encuentro con un vecino la delataba, que todos podían ver en su interior lo que se disponía a hacer. La saludó la dueña de la tienda de ultramarinos, a la que debía la compra de la semana pasada, y agradeció la amabilidad de esa mujer, que nunca tenía prisa por cobrar las deudas. Se cruzó también con Telesforo, que iba dando saltitos y recogiendo boñigas en el lindero del prado.

—Chica bonita —le dijo mientras le mostraba una plasta de mierda de vaca, como una ofrenda.

Ella sonrió, pero no se detuvo a hablar con él. Daba igual, él nunca perdía su alegría, canturreaba por los caminos y ya se adentraba en

el prado en busca de más boñigas.

Llegaba un poco tarde. El reloj de la iglesia marcaba las cinco y diez, y ese reloj, que ponía en hora Domingo, no se atrasaba nunca.

La fuente de Ganbo era un manantial de agua fresca que creaba el cauce del arroyo Mendaro. Estaba cubierta por una tejavana, bajo la que se podían refugiar si caía el aguacero, y se accedía por una escalera muy empinada. Sabina miró a ambos lados de la calle antes de iniciar el descenso. No había nadie. Poco más allá de la fuente se encontraba el lavadero público, con ocho puestos, al que se pasaba caminando entre la verja del convento y la antigua tejería. Pero las mujeres lavaban por la mañana, a esas horas nunca había nadie. Juan estaba sentado en una piedra, hipnotizado por las pequeñas cascadas que formaba el manantial.

—Hola —dijo ella. No sabía cómo se iba a comportar en el momento del encuentro, y ahora se veía sacudida por la expectación.

Él le sonrió y le tendió la mano para que se acercara. Le hizo un hueco en la piedra y ella se recogió el vestido para que no se mojara con el torrente.

—No sabía si ibas a venir —dijo Juan.

—Yo tampoco —contestó ella.

Él la miraba con ojos brillantes de deseo, saboreando la victoria, como si ya supiera que la seducción estaba consumada.

—¿Y tu marido?

—En el Hipódromo. Este fin de semana no sale de ahí, apuesta en las carreras.

—Benditas apuestas.

Le cogió la mano y se la besó. Esta vez ella no la retiró. Como él tenía la cabeza agachada, ella vio que en su pelo rizado, de un negro brillante, había una calva con una costra.

—¿Qué tienes ahí?

—Un golpe, del accidente. Los médicos me afeitaron esa parte para coserme una herida.

Ella le acarició la calva con prevención, como los niños que tocan una superficie pese a la advertencia de que está muy caliente.

—¿Duele?

—No, ya está curada.

—¿Cuándo te vas?

Juan levantó la mirada.

—La pregunta es cuándo nos vamos.

Ella meneó la cabeza mientras esbozaba una sonrisa dulce.

—Qué hombre más cabezota.

—Solo nos queda reparar la carlinga, pero eso es una tontería, lo peor ha sido la hélice. Y el motor funciona. Me han pedido que lleve el biplano hasta Toulouse.

—A Toulouse —repitió ella con pena, aunque su entonación parecía de nostalgia, como si allí hubiera vivido aventuras maravillosas.

—No te pido que vengas conmigo a Francia, con el país en guerra, pero sí que me acompañes a San Sebastián. Tengo alquilada una habitación, te alojas en ella y me esperas, no tardaré en volver.

—¿Por qué en San Sebastián?

—El biplano está en un hangar. Lo llevaron desguazado. Allí trabajo cada día.

—Pero siempre estás en Lasarte.

—Porque vengo a verte. Aquí no se me ha perdido nada.

—Estás loco.

—Estoy loco de amor por ti.

Acercó sus labios a los de ella. Sabina le puso la mano en el pecho para detenerlo.

—No me hagas esto. Soy una mujer casada. Siempre he sido fiel.

Él la besó. A ella le sorprendió la aspereza de esos labios maltratados por la intemperie, por las calamidades, por la guerra. Eran dos superficies rugosas y cortantes. Quiso humedecer esa boca con su lengua para disfrutar más del momento. Él, excitado, le mordió el labio inferior y ella dio un respingo antes de lanzarse a esa boca que ya no le resultaba tan dura. Se tumbaron sobre una piedra chata, grande y resbaladiza, que los obligaba a agarrarse el uno al otro para no caer al manantial.

—Dime que vas a venir conmigo —suplicó él entre dos besos.

—No puedo.

—No me digas que no puedes. Dime que no lo sabes todavía.

—No lo sé todavía.

—Eso está mejor. ¿Cuándo nos vamos a ver de nuevo?

Sabina se incorporó. Se colocó el pelo y de pronto se sintió avergonzada de su arrebato. El rumor del agua le daba un aire

bucólico a la tarde y le insinuaba que todo estaba bien, pero en su interior se había desatado un oleaje tremendo.

—Ven el próximo sábado a Zumau a ver a los *segalaris.* Yo estaré, mi marido no.

—De acuerdo. No te voy a dejar escapar. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —dijo ella con tristeza.

Cuando volvió a casa, su hijo estaba enfrascado en el taller. Lo saludó intentando contener su euforia, el rubor de sus mejillas, su felicidad exultante. Pío no advirtió ningún cambio en su madre. De haber sido más observador, habría visto que la falda del vestido estaba manchada de barro. Pero no se fijó, su padre le había pedido que cosiera las correas de cuero a las esferas de los relojes de trinchera que tenía casi terminados. Era una tarea minuciosa y delicada que requería de concentración.

Sabina se cambió de ropa y se tumbó en la cama un rato. Sabía que Domingo tardaría en volver del Hipódromo y ella necesitaba recomponer su imagen habitual, la de la esposa sumisa y solícita. Además, tenía un dilema que resolver. Un dilema abrasador que podía cambiar su vida de forma radical. Al otro lado de la pared trajinaba su hijo Pío. ¿Podía abandonarlo solo por correr unas cuantas aventuras con un piloto de guerra? Además, ¿quién era Juan? En realidad, no lo conocía. Solo sabía de él que era un voluntario en la Legión Extranjera. Un hombre valiente, solidario, comprometido. Se decía a sí misma que eso no era suficiente para justificar el enamoramiento, pero al instante esas cualidades relucían como un tesoro, en contraste con la mezquindad y el egoísmo de Domingo. Y era muy guapo. La miraba desde unos ojos negros que eran como pozos profundos, llenos de misterio y de pasión. Seguía siendo poco, un sustrato escaso, insuficiente para perpetrar un abandono del hogar. Y justo cuando parecía segura de su decisión, se le presentaba el deseo incontenible de acariciar esos rizos negros

y de besar esos labios cuarteados por la dureza de la guerra. Juan simbolizaba el riesgo de salir al encuentro de la incertidumbre, la promesa de una felicidad exultante. Domingo era el afecto racionado, la racanería, la tristeza garantizada. Era el llanto o la risa, así terminó traduciendo en palabras su encrucijada.

Pensó en hablar con el padre Rosendo, exponerle a las claras sus dudas y hacerlo con convicción, poniendo por delante la legítima necesidad de escapar de un calvario. Pero anticipaba la reacción del cura, ya le había consultado otras veces después de alguna paliza tremenda. Y él siempre soltaba su letanía: el matrimonio es para toda la vida, hay que estar a las buenas y a las malas, en la salud y en la enfermedad; seguro que tu marido está pasando una mala racha, ya verás como vuelve a ser el de antes. Pensaba en el cambio de actitud que se estaba produciendo en Domingo y por unos momentos se sentía tentada de darle la razón al padre Rosendo. Pero no, ella no se engañaba al respecto: el maltrato volvería más pronto que tarde, bastaba con que perdiera algo de dinero en las apuestas y que la frustración lo llevara de nuevo a las tabernas, a las cogorzas.

También podía volver a recurrir a Juana, su hermana la sorprendía algunas veces con opiniones muy avanzadas. No era una monja conservadora, conocía las modas, las tendencias y las vanidades, y se mostraba indulgente con los extravíos del alma. Pero por lo general se refugiaba en la beatería como forma de amansar el torrente de las emociones. Para ella, la religión era un barniz que simplificaba la vida cuando se quería volver compleja. Meditar, rezar, despojarse de las tentaciones y de los sueños imposibles, ayunar. Lo más probable era que le endilgara esa receta.

Lo mejor era sincerarse con su otra hermana. Ella sí podía entender los anhelos de Sabina, su insatisfacción vital, su apetito de nuevos horizontes. Quedaron en la Casa Arrieta, que contaba con un jardín espléndido presidido por una palmera enorme. A Sabina, que vestía como una aldeana, no dejaba de impresionarle la ropa de Enriqueta.

Un sombrero enorme, un vestido de seda, un collar de tres vueltas, y todo ese despliegue para tomar un refresco. Era la interlocutora perfecta, la mujer transgresora que le podía dar el empujón que necesitaba para escapar con su amante y apostar por una vida embriagadora. Pero, para su sorpresa, su hermana menor torció el gesto según avanzaba la historia, se puso seria y le preguntó si se había vuelto loca.

—¿Me lo dices tú, que te has separado y montas un escándalo cada noche? —le espetó Sabina con las pupilas flameando de indignación.

—Exacto, te lo digo con conocimiento de causa —contestó sin inmutarse—. No todo el mundo vale para la vida disipada, querida. Tú eres una mujer de tu casa. Yo no. No he querido tener hijos porque valoro mi libertad por encima de todo. Si estoy con un hombre, necesito tener siempre a la vista la puerta de salida. Con los hijos, esa puerta se cierra y tú lo sabes mejor que nadie. ¿Qué va a ser de Pío? ¿Piensas llevarlo contigo?

—Pues claro, no pienso abandonarlo.

—¿Y crees que al piloto le gustará cargar con él? ¿Conoces a ese hombre lo suficiente como para poner la mano en el fuego? ¿Os va a mantener? ¿Va a estar contigo toda la vida o solo quiere retozar un rato con una mujer que le gusta?

Por un momento, Sabina se sintió al borde del desmayo. Y tuvo un acceso de rabia que logró contener. No soportaba los sermones ni la superioridad moral que esgrimía su hermana. Quiso mostrarse lúcida, dar la vuelta a los argumentos que acababa de escuchar y adoptar una posición digna, defendible. Pero no la encontró. Se levantó y se marchó a toda prisa, como si tuviera ganas de vomitar y buscara un lugar discreto donde hacerlo.

Días después todavía acumulaba buena parte de su rabia. Se mostraba dura e impaciente con Pío, al que regañaba por coger un mendrugo de pan con las manos manchadas, o por caminar descalzo

por la casa, o por hacer ruiditos con el paladar, un tic del niño que la desquiciaba. Lo regañaba por todo. A su marido casi no podía ni mirarlo a la cara, aunque él no advertía el menor cambio en ella. Las apuestas del Hipódromo le habían ido fatal y, con ello, había vuelto a la hosquedad de siempre. El mal humor de Sabina obedecía a una razón muy sencilla, pero también muy dolorosa: había llegado a la conclusión de que era una locura escaparse con Juan.

Sin embargo, cuando llegó el sábado y su marido se fue al Hipódromo, ella acudió al prado de Zumau con la ilusión de encontrarse con Juan. Allí había un enjambre de gente para presenciar la competición de los *segalaris.* Cinco contendientes estaban ya colocados en sus respectivas parcelas, abrían y cerraban las manos para ejercitarlas, repasaban el filo de las guadañas, tomaban aire y se desafiaban con la mirada. Los jueces aguardaban junto a las básculas en las que pesarían la hierba segada por cada uno. La competición duraba una hora, la gente apostaba en las casetas habilitadas para ello y la animación era general. Pero no todo el mundo estaba pendiente de los jadeos de los segadores ni de los kilos de hierba que iban acumulando en su parcela. Muchos vecinos se bañaban en el Oria: algunos aprovechaban para asearse, otros solo se refrescaban. Una presa construida para canalizar el agua hacia los molinos y la ferrería provocaba un desdoblamiento del río y entre las dos lenguas se había formado una isla con un prado enorme repleto de árboles frondosos. Los niños jugaban en el prado, se remojaban, cruzaban al otro lado del río por puentes improvisados con piedras y troncos.

Sabina no encontraba a Juan, pero vio a Pío tumbado en la orilla junto a Youna, los dos juntitos y en silencio, mirando al cielo. Le pareció que a los dos niños los protegía una burbuja y era mejor no irrumpir en ese espacio sagrado. Además, no le interesaba que su hijo la ubicara allí y, a partir de ese instante, la buscara con la mirada y la sorprendiera charlando con otro hombre.

Se acercó a la muchedumbre que jaleaba a los segadores y distinguió a Juan. Fumaba un cigarrillo y parecía muy atraído por la competición. Llevaban ya media hora de esfuerzo y los rostros empezaban a crisparse. Las espaldas desnudas brillaban de sudor y casi se podía ver, a través de la piel, los músculos funcionando a pleno rendimiento.

—Nunca había visto a los *segalaris* —dijo Juan a modo de saludo.

Ella se encogió de hombros decepcionada. Esperaba un abrazo, o al menos un gesto de ansiedad ante la obligación de reprimirlo. Quizá, una caricia en la mano mientras miraba a los que segaban sin parar. Pero Juan sonreía y fumaba, complacido con el espectáculo. Sabina notó una punzada de decepción en sus entrañas.

Sonó la campana que daba fin al torneo. Los jueces empezaron a pesar la hierba cortada, que habían ido separando por haces. Solo entonces pareció acordarse Juan de que Sabina estaba a su lado.

—Me muero por darte un beso —le dijo.

—Aquí no podemos. Nos puede ver mi hijo.

—¿Dónde podemos ir?

Ella propuso caminar por la orilla del Oria, hacia la fábrica papelera de Werner. Allí nunca había nadie, incluso podían darse un baño. Esa zona había caído en desgracia porque algunos decían que la papelera contaminaba el río. A Sabina le parecía una exageración, el agua seguía siendo cristalina, ella no veía ese color parduzco que algunos achacaban a la basura de la fábrica.

—Pues vamos —dijo Juan.

De pronto sonó la campana porque el juez principal tenía ya el veredicto. Ezequiel, del caserío de Lasa, era el ganador con treinta y tres atados y mil novecientos doce kilos de hierba segada. Muy cerca

se había quedado el contendiente del caserío de Urnieta. El de Añorga, que era el favorito según las apuestas, terminó en tercer lugar. Ezequiel celebró la victoria profiriendo aullidos de felicidad. Reconoció entre el público a Sabina, y ella pensó que la miraba solo a ella, el rostro desencajado por el esfuerzo, con la guadaña en todo lo alto, arañando el cielo despejado de finales de verano.

Esa tarde Pío estaba feliz. Había pasado un rato precioso con Youna, buscando formas de animales en las nubes de Zumau. Habían cruzado al otro lado de la isla dando saltos por los troncos y las piedras, y la niña, en un mal paso, había metido un pie en el río. Todavía resonaban en su mente las carcajadas de ella. De pronto reparó en el silencio sepulcral de la casa. No era que estuviera solo, había algo detenido en el aire. El Incomprendido se había parado. El tictac metálico, implacable, que marcaba el paso del tiempo, se había tomado un descanso.

Se lo quiso contar a su padre tan pronto como volvió del Hipódromo, pero venía borracho y de mal humor. Otra vez había perdido dinero en las apuestas. Domingo preguntó por Sabina. Era raro que no hubiera regresado. Mandó a Pío a buscarla, tenía hambre, quería cenar y acostarse pronto.

Pío recorrió los lugares habituales: los bancos que había en la puerta de la iglesia, donde a veces se sentaban las vecinas a charlar un rato; la Indianesa, cafetería agradable para tomar una bebida; la casa de Enriqueta, por si le había dado por hacerle una visita. Se dirigió a la isla de Zumau, allí todavía había gente bebiendo sidra y cenando pan con bacalao. Ezequiel le dijo que la había visto con el piloto. Pío no sabía si contárselo a su padre, pero cayó la noche y Sabina no regresaba. Así que se lo contó. Domingo descargó un

puñetazo en la mesa y se puso a rumiar sus sospechas. Se temía lo peor.

Al día siguiente Telesforo paseaba por la ribera del Oria recogiendo boñigas, pues sabía que las vacas habían pastado por allí. Iba dando saltitos, como siempre, y canturreando feliz, cuando se detuvo al ver el cadáver de una mujer en la orilla. Estaba desnuda, tenía la cara azulada y el cuerpo manchado de los tintes que usaban en la fábrica papelera de Werner.

Con una mierda en la mano, se quedó mirando el rostro de esa mujer a la que conocía de sobra.

—Chica bonita —dijo para sí.

13

El cuerpo de Juan Arruti apareció días después cerca del molino de Arama. La conjetura de los vecinos era que se habían ahogado por las corrientes traicioneras del río en esa zona y por el fondo fangoso. Sus ropas aparecieron junto a unos matorrales, lo que aportaba el detalle indiscreto de que se habían bañado desnudos.

Las habladurías se extendieron por el valle, el nombre de Sabina se pronunciaba en la tienda de ultramarinos, en la Indianesa, en los bancos de la iglesia y en el tendido de los sastres, pero no llegaban a oídos de Domingo, porque se refugió en el alcohol y pasaba el día borracho o embotado por la resaca.

Tampoco afectaron a Pío, que rara vez salía de la cama, y si lo hacía era para cambiar la almohada empapada en lágrimas por un paño que también pudiera recogerlas. La noche de la desaparición de Sabina pensó que ella lo había abandonado, que necesitaba escapar del infierno en el que se había convertido su vida, y la odió con todas sus fuerzas. A la mañana siguiente, cuando el alcalde Usubiaga se presentó con la noticia de que habían encontrado el cadáver, se odió a sí mismo por haber desconfiado de su madre, del amor que sentía por él y que le había dado sin reservas a lo largo de los años.

Al funeral en la iglesia de San Pedro no faltó nadie del pueblo. El sacristán hizo sonar las campanas según dictaba el protocolo en la muerte de una mujer: dos golpes pausados, silencio, treinta y tres golpes, dos más de remate. El padre Rosendo glosó la figura de Sabina con una emoción que a Enriqueta le pareció sincera, aunque también dispensó una buena sarta de elogios al piloto fallecido, a quien no conocía.

Pío se sentó junto a su padre, que le apretaba la mano con fuerza. Junto a Domingo estaba su hermano Fabián, un hombre cariñoso con todo el mundo y también con Pío, aunque lo veía poco porque vivía en San Sebastián y casi no iba a Lasarte. Algo más allá, en el primer banco, estaban sus tías Juana y Enriqueta, que lloraban a moco tendido. Habían perdido a una hermana, también ellas debían hacer el duelo, pero él se sentía tan triste, y su tristeza era tan honda, que le parecía imposible que la pudiera sentir alguien más. En la segunda fila se sentaron los Benot. Youna balanceaba las piernas en el banco, como si estuviera en medio de un juego.
Y luego, en la puerta de la iglesia, le dio la mano a Pío a modo de pésame, con una formalidad impropia de su edad. Antes de volver al convento, Juana le dio un abrazo largo y sentido. Eso le gustó, pero cuando empezó a decir que Dios había llamado a su madre a su lado, que no se podían cuestionar los designios del Señor y cosas así, comprendió que no iba a encontrar consuelo en esas monsergas religiosas. Todos los vecinos se acercaron para presentar sus condolencias, que tanto Domingo como Pío encajaban con gesto breve, con la mirada aturdida y del todo ajenos a la lluvia que empezaba a caer.

Era imposible, sin embargo, ignorar el ventarrón que se había levantado. Pío nunca había visto semejante viento huracanado: arrebataba sombreros, provocaba revuelo en las hojas y, en realidad, se estaba llevando su infancia.

Enriqueta estuvo pendiente de su sobrino durante varias semanas. Lo visitaba con frecuencia, lo llevaba a dar un paseo y a merendar y trataba de animarlo. Era un niño callado de por sí, pero la desgracia lo había convertido en un animalillo asustado y huraño, de mirada esquiva y siempre replegado en sí mismo.

Los días pasaban y la temporada de carreras en el Hipódromo tocaba a su fin. La última se celebró en octubre, con el otoño recién comenzado. A Enriqueta le sorprendió encontrar a Domingo en la tribuna. Se había colado para hablar con ella. Buscaba un chivatazo

para el Gran Premio que cerraba la temporada; se le habían dado muy mal las apuestas esos meses y estaba arruinado. Necesitaba dinero para sacar adelante a Pío, le dijo.

—¿Por qué crees que yo tengo un soplo sobre esa carrera?

—Todo el mundo sabe que los tienes. Dime quién va a ganar, Enriqueta.

—No tengo ni la menor idea.

—Ya sé que me odias, pero hazlo al menos en memoria de tu hermana.

Ella lo miró ofendida por el subterfugio sentimental. Domingo debía guardar el luto y no dejarse ver apostando en el Hipódromo. Estaba mal vestido, llevaba un chaleco con lamparones, iba sin afeitar y apestaba a alcohol.

—Lárgate de aquí.

Él escupió en el suelo, cerca de sus zapatos, y se alejó cojeando. Estaba claro que había empeorado del reuma. No soportaba a su cuñado. Un contacto tan escueto como el que acababan de tener le había dejado un regusto desagradable. Necesitaba una copa, una conversación alegre, alguna distracción, pero también ella debía observar una conducta decorosa.

Se notaba que era el último día de carreras, había jarana en el bar, ganas de apurar el roce social antes de la desbandada. En las estaciones frías, Lasarte recuperaba la calma, el ritmo bovino de la vida, los bares ingleses cerraban hasta el año siguiente y la aristocracia regresaba a San Sebastián o a sus balnearios. Nada se les había perdido en ese valle una vez terminado el verano.

Escondido en las sombras del bar, Enriqueta divisó al marqués de Tena cambiando risas con una dama. No lo había vuelto a ver desde

la Carrera del Medio Millón, aquella juerga sonada que ocupaba un lugar principal en su memoria. Notó el cosquilleo de los celos y la impotencia de no poder competir en esos momentos en un lance de seducción. Se centró en la cuarta carrera, mirando de forma aburrida a través de sus prismáticos. Vio a la dama corriendo hacia su asiento y supuso que había apostado por algún caballo. El marqués seguía en el bar, fumando un puro con aire satisfecho. Algún resorte levantó a Enriqueta de su asiento. Él la saludó con un visaje antiguo.

—Sácame de aquí, llévame a un sitio divertido.

—Creía que estabas de luto.

—Por eso te pido que me rescates.

—El mes que viene voy a tomar las aguas a Biarritz. ¿Quieres acompañarme?

—Te recuerdo que Francia está en guerra.

—En esa zona no se combate ya. Y he leído que Pablo Picasso ha pasado allí su luna de miel con la bailarina rusa. Si él desafía el peligro, nosotros también podemos hacerlo.

—Te doy la razón. Si Picasso puede, Enriqueta Galardi también.

Y se sintió aguijoneada por su picardía, por su capacidad de arañar un trocito de fiesta en condiciones tan adversas. Estaba dispuesta a resarcirse de esos dos meses de recato.

14

Incluso durante la guerra, Biarritz mantenía su poder de atracción para la realeza y la aristocracia más pomposa. Napoleón III había construido el Hôtel du Palais para su esposa, Eugenia de Montijo. Se situaba en la playa de los Locos, así llamada porque durante el siglo XIX los enfermos mentales acudían allí a tomar sus aguas curativas. Enriqueta salió por la mañana del lujoso establecimiento para dar un paseo por la playa mientras se dejaba acariciar por la brisa y por la libertad de dejar a un lado el luto, las miradas de censura de los vecinos cuando ella se permitía el menor esparcimiento. Estaba dispuesta a resarcirse en Biarritz de esos dos meses de luto. El marqués había sido generoso, el alojamiento resultaba inmejorable y el único contratiempo era que Patrocinio, su criada, se había quedado en la frontera porque no tenía pasaporte. De nada sirvió el pase especial que le había conseguido el aristócrata. Se había acostumbrado a la compañía de Patrocinio, que además de ayudarla a vestirse podía ser una consejera prudente y sagaz.

Como seguía sin tener noticias del marqués, por la tarde decidió hacer una excursión al faro, desde donde divisó la región de las Landas a un lado y los acantilados de la costa vasca al otro. El paseo por el robledal era bonito, y en la meseta del faro relucía el verde del campo de golf construido a finales del XIX por los ingleses que veraneaban allí.

Al regresar al hotel la estaba esperando un telegrama de su amante:

«Mi mujer me acompaña. Ataque de filantropía. Visita a hospitales de campaña. Stop».

En efecto, el Grand Hôtel se había convertido durante la guerra en un hospital en el que realizaban transfusiones de sangre a los heridos, una técnica pionera. Otro edificio emblemático, el castillo La

Folie Boulart, albergaba la sede de la Cruz Roja para atender a los afectados por la epidemia de gripe que estaba causando estragos.

El telegrama la desconcertó, pero se lo tomó con resignación. Esa noche cenó en el hotel y se consintió dos cócteles en la terraza mientras fumaba sin parar.

Al día siguiente no recibió noticias. Se aburrió paseando por la playa y se preguntó qué demonios estaba haciendo allí, en ese lujo decadente de Biarritz. Por la tarde fue a merendar a la pastelería Miremont, donde, según contaban, Natalia de Serbia acudía con sus parientes a probar las catorce variedades de caramelos de mantequilla fresca. En una de las mesas que daban al Cantábrico solía tomar el té la reina de Portugal, Amelia de Orleans. Y allí, enmarcados en el gran ventanal, estaban merendando los marqueses de Tena. Él fumaba y se solazaba con las espectaculares vistas, ella comía pasteles de chocolate a dos carrillos. Él bebía un coñac en una copa de balón. Ella sorbía un té inglés. Enriqueta no pudo soportar esa estampa de placidez que tanto contrastaba con su soledad despechada. Se acercó a esa mesa del ventanal y se sentó en el regazo del marqués mientras le decía zalamerías. Él echó la silla hacia atrás, con un estruendo que llamó la atención de la concurrencia, y se quitó de encima a la intrusa con palabras que querían sonar firmes, pero le quedaron patéticas y temblorosas:

—¿Qué está haciendo usted? ¿Cómo se atreve?

—Me tienes abandonada —dijo Enriqueta con dramatismo—. Te echo de menos.

—¡Yo a usted no la conozco! —bramó el marqués afectando indignación. Llamó a un camarero y le pidió que avisara al encargado.

La marquesa alisó el periódico que estaba leyendo y habló sin levantar la mirada:

—Sí la conoces, querido.

—Pero qué dices...

—Y usted se está comportando como una maleducada. Quizá le quede grande este mundo de lujo y de aventuras discretas —le dijo a Enriqueta—. Piénselo.

Cuando llegó el encargado con dos empleados de seguridad, Enriqueta no forcejeó. La condujeron a la salida y ella se alejó de la pastelería a buen paso. Necesitaba poner distancia cuanto antes con el mayor ridículo de su vida. Se sentía humillada, odiaba al marqués y a su mujer, que le había hablado con una arrogancia indescriptible. Quería tirarle un guante a la cara, escupirle o, aún mejor, estrangularla. Poco a poco se fue serenando y se dio cuenta de que en realidad se odiaba a sí misma por la vida que llevaba: una huida hacia delante solo porque un hombre, su marido, la había despreciado.

Se metió en un bar bullicioso donde una banda tocaba foxtrot. Había parejas bailando y ella se quedó en la barra para beber cócteles y aislarse del mundo. Pero cada vez entraba más gente y una extraña agitación dominó el local. La banda atacó de pronto *La marsellesa.* Ella se quedó pensando en la letra: «Marchemos, hijos de la patria, que ha llegado el día de la gloria». ¿De qué gloria?, pensó ella. ¿Qué trocito de gloria le reservaba la vida?

Los parroquianos se besaban y se abrazaban, un camarero descorchó una botella de champán y empezó a servir copas. Le tendió una a Enriqueta, un marinero brindó con ella y le dio un beso en los labios; luego abrazó a un vejete que bebía un vino acodado en la barra y lo levantó en vilo. El hombre, aturdido, cambió con Enriqueta una mirada de estupor. La puerta se abrió con un fuerte embate y cinco soldados entraron con los puños levantados, las miradas brillantes, la euforia impregnando cada gesto, cada palabra. La noticia corría como un reguero de pólvora: en el bosque francés

de Compiègne, en un vagón de tren, se había firmado el armisticio. La Primera Guerra Mundial había terminado.

La banda tocaba canciones populares que los soldados bailaban con desenfreno. El bullicio y la felicidad contrastaban con el desánimo de Enriqueta, que no conseguía sumarse a la fiesta. Vaciaba de un trago las copas de champán y se mantenía encerrada en su burbuja. Hasta que un marinero la sacó a bailar y, en un paso desbocado, salió despedida hacia una mesa. En un segundo de vértigo temió el batacazo, pero alguien amortiguó su vuelo y a continuación estaba bailando en la pista entre unos y otros, como un tentetieso.

Cuando salió a la calle, embriagada, se topó con una multitud enfervorecida que ondeaba banderas francesas y entonaba cantos patrióticos. La banda municipal recorría el paseo marítimo con sus fanfarrias. Las contraventanas estaban abiertas de par en par, todo el mundo se asomaba a la celebración callejera. Ella tomó una bocacalle que conducía al centro y se metió en Le Chat Noir, un cabaret al que se accedía bajando una escalera de caracol. Se concentró en cada peldaño para no caer rodando hasta la puerta. Solo perdió el pie en el último tramo, pero consiguió agarrarse a la barandilla y mantener la dignidad. Entró sin pagar entrada, hasta la mujer de la taquilla estaba bailando tangos, o algún baile inspirado en el tango que, con el paroxismo general, se había convertido en cualquier cosa. Bastaba con moverse deprisa y compartir el éxtasis con todo aquel que se pusiera por delante.

Enriqueta cogió un cóctel de una bandeja que llevaba un camarero entre la gente. Mantenía el equilibrio de las copas con admirable agilidad. Un marinero con un uniforme lleno de condecoraciones le habló desde la barra:

—Es usted la mujer más guapa que he visto en mi vida.

—No me llames de usted en un día como hoy.

—Tómate una copa conmigo.

Ella le acarició el labio inferior, quiso arrastrarlo del brazo hacia un rincón tranquilo y el joven se tambaleó. Se dio cuenta de que le faltaba una pierna cuando se agachó a coger las muletas que tenía en el suelo y la siguió hasta los sofás. Enriqueta le preguntó por sus heridas mientras le acariciaba los rizos. Tenía apenas veinte años, había perdido una pierna en un bombardeo. Por eso lo habían condecorado, no porque fuera el más gallardo del mundo. A ella le gustó esa demostración de modestia, estaba harta de los hombres presumidos. Un par de soldados se sentaron con ellos y Enriqueta se sintió como la madre de todos ellos. Uno propuso pasar al reservado con divanes rojos, columnas, decoración modernista y gatos pintados en las paredes. Un general con la camisa desabrochada fumaba una pipa de opio. Había gente apostando en un juego que consistía en lanzar una pistola hacia una botella para dejarla lo más cerca posible de ella. Una humareda densa velaba los rostros. Uno de los soldados trajo una pipa de opio y todos fumaron hasta quedar adormecidos en los divanes. Enriqueta se descalzó, se puso cómoda y fumó hasta perder la noción de la realidad. Recostada entre cojines mullidos, observó que en el techo también había gatos negros pintados. Parecía que se descolgaban de la escayola y que pretendían posarse en su pecho. Ella hacía el gesto de acariciarlos, como si ya los tuviera allí, ronroneando. El marinero cojo pensó que lo estaba llamando a él y apoyó la cabeza en el cuerpo de ella. En esa postura se quedaron los dos dormidos y los sorprendió el amanecer.

Al día siguiente, mientras viajaba en el Tren de la Costa camino de Lasarte, miraba el paisaje desdibujado y se sentía muy triste. Los ingleses, los belgas, los franceses, los criadores de caballos, los mozos de las cuadras, los jinetes, todos se habían reunido en la Indianesa para celebrar la paz. Hubo cánticos, bailes, abrazos, risas y mucho alcohol. O'Connor había acudido con su violín y con su cerdo, al que había emborrachado con champán. Además, improvisó una rifa para ver quién se quedaba con el gorrino, pues regresaba a su país la semana siguiente.

Todo esto se lo contó a Enriqueta el propio O'Connor, que la visitó en sus habitaciones para despedirse de ella. Aunque su amistad se había enfriado, ella le dio un abrazo emotivo. Había sido un buen compañero de juergas y también un amigo. Él le sonrió de un modo que la estremeció. Le pareció detectar una declaración de amor, y cuando el inglés se alejó con su andar desgarbado, tuvo la sensación de que una época de su vida se estaba terminando.

La alegría por el fin de la guerra no llegó a la casa de Pío. Allí se había instalado la desolación de una forma material. Se podía sentir su presencia y hasta tocar sus contornos. Domingo, mortificado, paseaba de vez en cuando hasta el molino de Arama y se quedaba mirando la corriente del río, intentando entender cómo se podía haber ahogado allí Sabina. Había delegado en su hijo el encargo de terminar un reloj de pulsera. Y Pío se puso manos a la obra de manera mecánica, intuyendo que le venía bien una distracción para no pensar en su madre. Todavía le parecía oír el ruido del cubo llenándose de agua, y entonces la imaginaba baldeando el patio. O le llegaba el olor de unas alubias con berza que ella habría puesto al fuego. Los sonidos y los olores de Sabina, su tacto cuando se tumbaba junto a él en su cama por las noches, su sonrisa indecisa cuando lo veía concentrado y consideraba por unos segundos el capricho de molestarlo. Examinó el reloj y se preguntó si tenía la pericia suficiente para rematar esa tarea.

—Hola.

Pío levantó la mirada hacia esa voz y se encontró con los ojos azules de Youna, con los rizos dorados que se derramaban bajo el canotier. Él con los dedos sucios y ella limpia, fresca y preciosa. Igual que el día que la conoció.

—Vengo a despedirme —dijo Youna torciendo el gesto—. Nos volvemos a Francia.

Pío notó el mismo zarpazo en las entrañas que cuando Usubiaga tocó en la puerta de su casa para informarles de la muerte de su madre.

—Mi padre dice que, como ya se ha acabado la guerra, no tiene sentido que vivamos en el extranjero.

—¿Y qué hacéis con los caballos?

De todas las reacciones posibles, de rabia, de tristeza o de amor, a Pío solo se le ocurrió preguntar por los purasangres.

—También nos los llevamos.

—¿Cuándo os vais?

—Mi madre quiere esperar un mes, por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Bueno, no sé, por si lo de la paz es mentira. A lo mejor no es seguro volver tan pronto.

Pío se mordió el labio, pensativo, tenía un clavo al que agarrarse.

—Yo creo que no es seguro —dijo con convicción.

—Yo creo que tampoco.

—Es mejor que os quedéis a vivir aquí. Esto sí es seguro. Y hay un hipódromo para los caballos.

—Es lo que les he contado a mis padres.

—¿Y qué te han dicho?

—Que dentro de un mes nos vamos.

Así se derrumbó el castillo de arena que habían levantado entre los dos.

—Yo no quiero que te vayas —dijo Pío bajando la mirada.

—Yo no quiero irme. —Ella sonrió con tristeza. Cogió la mano de Pío y frotó la yema de su índice como para limpiarle la suciedad. Era su forma de acariciarlo—. Te voy a echar de menos.

Pío la miró a los ojos y vio que estaba llorando.

—Y yo.

Youna le dijo adiós con la mano, aunque estaba junto a él. Se alejó sin más palabras, sin abrazos ni besos. Pío lo agradeció, estaba a punto de derrumbarse y no quería que ella lo viera llorar.

15

Nadie cocinaba desde la muerte de Sabina. Pío se había acostumbrado a comer mendrugos y chacinas que encontraba en la despensa, y algunos días, cuando su padre estaba fuera, visitaba a Enriqueta para que lo invitara a almorzar. Las primeras semanas su tía estuvo pendiente de él. Aparecía en casa con viandas que compraba en la tienda de ultramarinos, cosas sencillas que no necesitaban pasar por el fogón. Sardinas, queso, membrillo, frutas. Pero esas atenciones se fueron espaciando hasta desaparecer por completo.

Algunas veces, cuando Pío iba a buscarla, ella estaba de viaje; otras, no podía levantarse de la cama, le decía Patrocinio, y se llevaba a la boca una botella figurada. Además de la resaca, la dejaba fuera de combate de cuando en cuando un episodio depresivo. Y en una caída se había lesionado la cadera y ahora tenía que caminar con la ayuda de un bastón.

A Pío le fiaban en la tienda de ultramarinos y, cuando su padre llegaba borracho reclamando la cena, disponía un poco de queso y de chorizo en la mesa, junto a unos trozos de pan, y cruzaba los dedos para que él se conformara. Normalmente mordisqueaba su ración sin protestar, en silencio, pero una noche tiró los platos al suelo y dijo a gritos que estaba harto de comer siempre lo mismo y que el niño tenía que aprender a cocinar. Cuando Pío dijo que él no sabía ni encender el fogón, Domingo lo corrió a pescozones por toda la cocina.

Irulegui le vio los moratones en la escuela y le preguntó si estaba todo bien en casa. Pío asintió porque intuía que airear los trapos sucios le podía valer una paliza de las gordas. Domingo se pasaba el día bebiendo, no se aseaba, olía mal y era incapaz de concentrarse en el taller. Exigía que Pío sacara el trabajo adelante, había que

entregar un reloj de sobremesa que un industrial de Pasajes le había encargado y fue el niño quien terminó la tarea, trabajando noche y día, sin acudir a la escuela y con la ausencia de su madre impregnando su alma. Consiguió entregar el reloj a tiempo, pero al cabo de unos días el industrial mandó a una criada con una nota de queja y el reloj envuelto en papel de estraza. No funcionaba. Domingo lo desmontó. Una pieza estaba mal colocada. Un simple error de aprendiz. Pío recibió la mayor paliza de su vida, y después tuvo que arreglar el desaguisado bajo la supervisión de su padre. Fue el momento más tenso de sus casi once años de existencia. El miedo a que la tenacilla se le resbalara de los dedos y la angustia de que, una vez montadas las piezas, el reloj siguiera sin funcionar lo atenazaban. Y el alivio inmenso al ver que las manecillas se movían y el tictac de esa pieza casi de museo le devolvían la tranquilidad a su pequeño universo.

—Muy bien, hijo —lo felicitó Domingo—. A partir de ahora, del taller te ocupas tú.

A veces salía indemne de una situación peligrosa, pero la guerra continuaba. Su padre le pegaba por todo, por la sopa de berza aguada, por las patatas que habían quedado duras, por capricho, por desahogar su ira. Una noche lo despertó un estruendo que provenía del sótano. En una borrachera mala, Domingo se había puesto a destruir los relojes que tenía almacenados. Pensó que al menos la emprendía con sus creaciones y le daba un poco de tregua a su pobre cuerpo magullado. Pero la tregua duraba poco: cada tarde, cuando el aguardiente hacía su efecto, recibía una tunda. Él se tumbaba en el jergón, pasada la tormenta, y echaba de menos a su madre, el calor de su cuerpo al acurrucarse a su lado, su voz susurrada para no despertar al monstruo, sus caricias en el pelo y sus cosquillitas en la espalda. Lloraba a escondidas porque el llanto no estaba permitido, su padre no consentía las manifestaciones de tristeza y dolor.

No se hacía a la idea de que había perdido a su madre. Cada mañana se levantaba con la vana esperanza de encontrarla trajinando en la cocina. Cuando caminaba hacia la escuela creía notar la presión de la mano de Sabina sobre la suya, tirando de él, achuchándolo porque llegaban tarde. A su madre le dijo alguna vez que él no quería ser relojero. Ella le contestaba que él sería lo que le diera la gana, que nadie le podía quitar la libertad de elegir su destino. ¿Quién lo iba a defender ahora de los designios de su padre?

Lo único bueno de conocer ese oficio era que a Youna le gustaban los relojes. Pero los Benot estaban preparando su regreso a Francia. Pío quería darles las gracias por ser tan amables y cariñosos, hacerles un regalo. Algo personal, suyo o de su tierra, para que Youna lo recordara siempre. Y se le ocurrió regalarles el Incomprendido. A Marcel le había gustado ese reloj, a su hija se le había antojado. Y Domingo, que se había empeñado en conservarlo, ni siquiera se había dado cuenta de que el reloj llevaba meses parado. Exactamente desde la muerte de Sabina. Si no estaba dormitando en su cama, se iba a algún tugurio de San Sebastián, cogía el tranvía por la mañana y ya no volvía hasta la noche, o incluso hasta el día siguiente. A Pío se le escapaba lo que hacía en la capital. Allí tenía algunos clientes y un proveedor de piezas de relojería, pero ya no se estaba ocupando del taller, así que podía ser una querida. Además, lo había puesto al mando del negocio, así que podía tomar sus propias decisiones.

Cuando apareció en Casa Bernarda abrazado al Incomprendido, se quedó impresionado por el jaleo de la mudanza. Todo estaba lleno de baúles, maletas, sillas de montar apiladas, sacos, sombreros, paraguas, fustas, botas... Un batallón de empleados vaciaba los armarios, los tocadores, las habitaciones. En medio del ajetreo, se topó con Youna, que llevaba una muñeca. Se sonrojó al verlo y escondió la muñeca debajo de unas mantas.

—¡El reloj! —exclamó—. ¿Es un regalo?

—Sí. Os gustaba mucho.

—¡Papá! —empezó a gritar Youna—. ¡Papá, ven!

Marcel apareció con un calzador de plata en la mano.

—Mira el regalo que nos hace Pío. El reloj que te gustaba.

—Pero ¿cómo nos vas a regalar eso? Es demasiado, no podemos aceptarlo.

—¡Por favor, papá!

Pío le tendió el reloj a Marcel. Él dejó el calzador en una repisa y cogió el reloj.

—Es un regalo fantástico. Muchas gracias, Pío.

—¿Cuándo os vais?

—El jueves. ¿Quieres venir mañana a merendar? ¿Te apetece dar un paseo en un purasangre?

A Pío se le iluminó la mirada. Youna se puso a dar saltitos de alegría.

—¡Sí, en Boutique! ¡Los dos juntos!

—De acuerdo. Pero conmigo al lado.

—Y luego merendamos en el campo —propuso la niña.

—Eso es. Vente a las cuatro, Pío. Así os despedís como Dios manda. Ahora mira cómo estamos, todo patas arriba.

Pío volvió a su casa feliz. Iba como flotando. La sola idea de montar en un caballo de carreras le producía ansiedad, pero hacerlo abrazado a Youna y bajo la vigilancia de Marcel lo cambiaba todo. Ese día su padre no durmió en casa. Lo oyó llegar por la mañana,

tropezando con los muebles antes de desplomarse en el suelo con un ruido sordo. Por la tarde, cuando Pío se estaba preparando para ir al encuentro de los Benot, su padre lo agarró por una oreja y lo levantó en vilo hasta la pared de la cocina.

—¿Dónde está?

—¿El qué? —preguntó Pío aterrorizado.

—No te hagas el tonto, ¿dónde está el reloj?

Pío le contó lo que había pasado y Domingo lo miró con estupor.

—Me dijiste que me ocupara yo del taller.

Un revés de su padre lo derribó. Un par de patadas lo sacudieron como a un fardo. Su padre lo levantó del brazo y lo llevó a su jergón.

—Estás castigado hasta que yo te lo diga. No salgas de ahí ni para comer ni para beber. ¿Está claro?

El niño intentó por todos los medios contener las lágrimas. Oyó salir a su padre, pero no se atrevió a moverse. Le dolían las costillas. Le dolía más aún perderse el paseo en el purasangre. Se había imaginado a Youna abrazándolo por detrás, poniendo su cabeza sobre su espalda, había anticipado el momento en que los dos se apearían del caballo y extenderían un mantel en el prado para merendar. Nada de eso iba a suceder.

Al cabo de dos horas, su padre le dijo que saliera. En la mesa de la cocina estaba el Incomprendido. Domingo se había presentado en Casa Bernarda y lo había recuperado.

—¿Por qué no funciona?

—No funciona desde que se murió mamá.

—No digas tonterías. Se ha estropeado porque lo has llevado a casa de los franceses. Estos relojes no se pueden mover, son delicados. ¿Cómo se te ocurre?

—Les quería hacer un regalo.

—No sales a la calle hasta que no arregles este reloj. ¿Está claro?

Domingo se sirvió un vaso de sidra y se fue a su habitación con la botella. Pío se puso manos a la obra. Destripó el reloj, volcó las herramientas sobre la mesa de la cocina y se enfrentó a la difícil tarea de resucitar al muerto. Por la noche no lo había conseguido. Se había frustrado al intentar cambiar el tren de movimiento y al compensar el recipiente de mercurio, lo que tampoco solucionó el problema. Domingo salía de vez en cuando de su habitación para supervisar el proceso. Meneaba la cabeza, chasqueaba los labios y lo dejaba solo.

Por la mañana, Pío advirtió que se había quedado dormido sobre la mesa de la cocina. Siguió trabajando, con el método de ensayo y error, hasta que comprendió que era incapaz de concentrarse. Conocía bien el mecanismo, lo había construido junto a su padre para el concurso aquel. Debería de saber arreglarlo. Pero no podía, porque todo su cuerpo, su alma, su ser estaban pensando en Youna. Se marchaba al día siguiente, quería verla por última vez: si no lo hacía, sentía que su vida carecía de sentido. Se asomó a la habitación de su padre y vio que estaba dormido. La botella de sidra rodaba por el suelo.

Decidió escaparse de casa sin pensar en las consecuencias. Se dirigió a los establos, pero allí no estaban los Benot. Una criada le dijo dónde podía encontrarlos. Aurelia y Youna merendaban en Casa Arrieta, en una mesa junto a la palmera. En el piso de arriba funcionaba un servicio de teléfono y telégrafo público, donde Marcel le estaba poniendo un telegrama al mayordomo de su casa de Deauville para avisar de su inminente llegada.

—Ayer no viniste —le reprochó Youna.

—Ya, es que no pude.

La niña torció el gesto y su madre le dio un codazo.

—Venga, dáselo.

La niña sacó un papel del bolsillo de su vestido y se lo tendió a Pío.

—Es un poema.

Pío lo cogió. El poema decía:

«Está lloviendo y te quiero».

—Es el mismo que escribí yo.

—Ya. Es que no se me ocurría nada.

La miró desconcertado. Lo leyó otra vez, por si se le había escapado algo. Pero no, era el mismo poema.

—Gracias.

Las dos sonrieron. Pío quería decir algo más, adornar la despedida de una forma hermosa, pero no sabía cómo. Toda la urgencia por escaparse de su encierro y ver a Youna por última vez debía corresponderse con algo más significativo.

—¿A qué hora os vais mañana?

—A las doce.

—Vale. Bueno, yo me voy.

—¿Vendrás a verme?

Pío no estaba seguro de si iba a poder escaparse otra vez, pero dijo que sí.

Cuando volvió a casa, su padre seguía durmiendo. Se despertó por la tarde, le dio un par de collejas por no ser capaz de reparar el reloj y después se fue a San Sebastián.

—Cuando vuelva, lo quiero colgado en su sitio y funcionando.

Por fortuna, esa noche no volvió y Pío pudo ir a despedirse de Youna. La madre y la niña iban a hacer el viaje en automóvil. Dos carruajes harían el trayecto más despacio, hasta arriba de maletas y baúles. Llovía a cántaros cuando mozos y criadas guardaban las últimas cosas.

—¿Y Marcel? —preguntó Pío.

Aurelia le explicó que viajaba en un tren especial con los purasangres.

—Quiere a los caballos más que a mí.

A Pío le dio pena no poder despedirse de él. Aurelia le dio un beso y se metió en el automóvil para protegerse del aguacero. Sabía que debía dejar solos a los niños, pero metió prisa a su hija porque se estaba empapando.

—Adiós —dijo Youna. Le sonrió con gratitud, con amor.

—Adiós —dijo Pío.

Ella se metió en el coche. Otra vez le pareció a Pío que la despedida había sido demasiado escueta. Pero entonces, como si Youna hubiera leído su frustración, salió del coche y le dio un beso en la mejilla, aquel que le escatimó por la derrota de Boutique en la Carrera del Medio Millón.

El automóvil se puso en marcha enseguida y empezó a dejar surcos en la tierra mojada. Pío arrancó a correr detrás del vehículo, que circulaba despacio en el primer tramo, dentro de la finca. Se creía capaz de desplazarse a la velocidad de un purasangre. Pero al llegar a la carretera, el vehículo aceleró y Youna, que desde la ventanilla trasera le decía adiós con la mano, se fue haciendo más y más pequeñita hasta ser una sombra irreconocible y después nada: se había ido para siempre.

16

Domingo Yarza frecuentaba la compañía de una prostituta. Una francesa de Bayona que había perdido a su marido y a su hijo en la guerra y se había mudado a San Sebastián en busca de un futuro. Ivette era una mujer elegante, algo ajada, que primero atendía en un burdel de la subida al monte Ulía y después en un piso discreto en el Barrio Pesquero. Se las daba de gran señora. Alternaba en el Club Cantábrico, en la calle Miramar, y llevaba collares de perlas. Hablaba buen castellano, aunque con acento. Sabía fingir interés cuando los hombres le contaban sus penas.

Domingo se confesaba con ella.

En los escasos momentos de lucidez o en los ataques de tristeza que sucedían a las borracheras, solía pensar que desde la muerte de Sabina ya no había vuelto a ser el mismo. En realidad, la decadencia había comenzado mucho antes, tras el concurso en el que hizo el ridículo pese a competir con el mejor reloj que se había construido en esa comarca, pero él prefería situar el punto de inflexión en la desgracia de su mujer, y así se lo contaba a Ivette, quizá porque consideraba que era más comprensible esa explicación. Un ejemplo de desmemoria o de autoengaño que no le importaba a nadie, pues carecía de amigos o de interlocutores con los que hablar de sus problemas.

Solo lo hacía con Ivette. Poco a poco, entre confidencias y sobreentendidos, ella iba conociendo las estridencias de su carácter y los recovecos de su oscura personalidad.

—Estás en una mala racha. Pero seguro que mejora —lo animaba.

A él «mala racha» le parecía una expresión muy piadosa. Indicios había de sobra para registrar su caída en picado. Desde hacía dos

años, poca gente del valle le encargaba un reloj, y cada vez reparaba menos. Ya nunca se estropeaban porque la ingeniería relojera había mejorado mucho, podía pensar él. Pero también podía ser que los vecinos evitaran la compañía de un hombre que molía a palos a su mujer y a su hijo. El año anterior había llegado un hombre de San Sebastián para poner en hora el reloj del campanario, tarea que Domingo tenía adjudicada desde hacía más de una década. Una humillación más para socavar su frágil resistencia.

Como no tenía dinero, Ivette le fiaba, aunque tampoco le apetecía que la chuleara. Domingo era todavía joven, podía trabajar en muchas cosas, en el campo, en una fábrica, incluso podía aprender otro oficio en esa época de prosperidad que se iniciaba tras la guerra. Se lo decía por insuflarle optimismo, pero no encontraba el menor entusiasmo como respuesta.

Era típico de él esperar con orgullo la pobreza. La construcción del Hipódromo le dio un empujón, porque a los criadores de caballos les gustaba lucir un reloj elegante en la pared de sus cortijos y mansiones. Fabricó algunos, pero enseguida comprendió que Lasarte, por mucho que se vistiera de lugar exótico durante la temporada de carreras, seguía siendo una pedanía recóndita. La novedad o el capricho de encargarle un reloj al artesano del valle pasó enseguida.

Él pensó que el Hipódromo de Lasarte sería su manantial de la fortuna, pero fue su perdición. No tardó en cogerle el gustillo a las apuestas. No sabía que dentro de él anidaba la pulsión del jugador, aunque podría haberlo intuido, dada su adicción a la sidra. En cada carrera fantaseaba con dar el pelotazo al apostar a caballo ganador por un purasangre en el que no se había fijado nadie. Nunca sucedió.

Ivette lo acompañaba al Gran Casino, pero primero convenían cuánto dinero iban a apostar. Esa era la condición para mantener a

raya al ludópata. A veces, cuando ganaban un poco, se iban a celebrarlo al María Cristina y tomaban un par de cócteles.
A Domingo le gustaba Ivette, con ella se sentía hermanado por la desgracia. Ivette lo regañaba: no debía dejar al niño solo, seguro que necesitaba a su padre ahora que la mamá faltaba en casa. Tampoco le parecía bien que lo hiciera trabajar siendo tan pequeño, debía estar en la escuela con otros niños. Cuando ella lo fustigaba de esta forma, Domingo se vestía y se marchaba dando un portazo. Pero ella insistía en ayudarlo, y una noche le dijo que era un privilegiado por tener un hijo en el que apoyarse y que estaba desperdiciando esa suerte.

—No te estás comportando como un hombre.

Domingo le cruzó la cara de un bofetón. No soportaba que se metieran en sus cosas. Quería un paño de lágrimas, alguien con quien desahogarse, pero nada de consejos ni de sermones. Esa tarde se marchó y juró que nunca más se arrojaría en brazos de esa prostituta.

Sin embargo, empezó a echarla de menos antes de llegar a Lasarte. Pensó de forma lúgubre que Ivette podía estar acostumbrada al zarandeo, a la violencia física, al maltrato de los hombres que merodeaban por el puerto. Pero no se imaginaba volviendo a ella con el rabo entre las piernas.

Se le ocurrió hacerle un regalo. Podía fabricarle un reloj de trinchera, ella era coqueta y seguro que le gustaría mucho lucirlo en la muñeca. Se puso a trabajar con denuedo. Le costaba concentrarse, pero imaginaba su reacción de sorpresa, veía sus ojillos tristes iluminándose y se animaba anticipando ese instante de perdón y de felicidad.

Cuando ya tenía el reloj terminado, se fue a San Sebastián para celebrarlo y se agarró una cogorza tremenda. Durmió en el muelle, junto a la puerta de unas bodegas, y regresó a Lasarte por la

mañana. Se metió en el taller para envolver el regalo de Ivette y entonces lo succionó un pozo muy negro. Ese reloj le recordaba al amante de Sabina, al piloto que llevaba en la muñeca uno igual que ese cuando convaleció en su casa. Evocó su petulancia, su chulería, su juventud desafiante. Los celos se apoderaron de él y no lo pudo soportar. Cogió un martillo y levantó el brazo. Ya había destruido varios relojes del sótano en una noche de desesperación. Pero el brazo no descendía, algo estaba ejerciendo un contrapeso. No quería destruir lo único bueno que salía de sus manos. No era capaz de machacar esa esfera que tanto le había costado pulir, ni destruir el mecanismo prodigioso que permitía el movimiento de las manecillas. Eso lo conseguía él, con su oficio, con su sabiduría labrada desde que era un niño, transmitida por su padre, al que mató un burro de una coz. Estaba al borde del llanto. Soltó el martillo y acarició el reloj que le iba a regalar a Ivette.

Al día siguiente tomó el tranvía y se presentó en el piso de la mujer con el regalo bien guardado en un bolsillo. Ivette lo abrazó nada más verlo. Domingo había previsto un frío recibimiento, seguido por una conversación penosa de reproches y disculpas. Pero ella le dio besos en el cuello y en las mejillas y le dijo que esperara solo cinco minutos, que no tardaba en cambiarse. Quería dar un paseo, tomar el aire, charlar como buenos amigos. Mientras caminaban hacia el Club Cantábrico, ella se colgó de su brazo y él disimuló su disgusto, como si hubiera preferido que lo perdonara más despacio.

Charlaron de temas frívolos mientras tomaban un cóctel y luego otro. Él comprendió que ella lo necesitaba a su lado y estaba dispuesta a correr un tupido velo. Su soledad podía más que el orgullo.

Ya de noche, embriagados, volvieron al Barrio Pesquero y se desnudaron nada más entrar en el piso. Ivette se mostró más fogosa que nunca, se aferraba a su espalda, lo arañaba, aullaba de placer y le decía que lo amaba y que no volviera a marcharse nunca más de un portazo. Permanecieron abrazados durante horas, durmieron.

Cuando él se desveló, vio que ella no estaba en la cama. La encontró sentada en una butaca con estampados marinos, junto a una lamparita encendida que proyectaba apenas un circulito de luz. Estaba leyendo una novela rusa y bebía una copa de anís. Él también se sirvió una. Entonces se acordó del regalo, buscó en su abrigo y se lo tendió. Ella lo abrió con dulce somnolencia mientras lo miraba desde un lugar muy lejano. Se quedó desconcertada ante el reloj de trinchera. Él se lo puso en la muñeca, pasó la correa de cuero por la hebilla y le preguntó si le gustaba. Ivette movía la muñeca y la esfera del reloj brillaba bajo la luz mortecina.

—Es muy bonito. Pero un poco grande.

—Es porque los soldados necesitan ver la hora de un solo vistazo. Es algo nuevo, se han puesto de moda en la guerra. Por eso se llama reloj de trinchera.

—Podría ser más pequeña la esfera. Quedaría muy bien, muy femenino, sería como llevar una joya.

—Si lo hiciera más pequeño, no podrías ver la hora —se irritó Domingo.

—Sí podría. Mira qué pequeñita es la letra de este libro. —Le mostró la novela, con una tipografía diminuta.

—Yo eso no lo puedo leer, me quedaría ciego.

Ella movía y movía su muñeca.

—Tiene que ser más pequeño. Quedaría elegante.

—Vamos, que no te ha gustado el regalo. He tardado una semana en hacerlo.

—Me gusta el detalle. Es amoroso. Gracias.

Domingo le quitó el reloj con suavidad y lo tiró a un rincón.

—¿Por qué haces eso?

—Si no te gusta, se tira.

—Dámelo, anda. Sí me gusta. Solo digo que podría ser más pequeño. Un reloj pulsera. Se podría llamar así. Reloj de trinchera es un nombre muy feo. Recuerda a la guerra.

—Reloj pulsera. Es la mayor tontería que he oído en mi vida.

—Vámonos a la cama, anda, que no hemos dormido nada —propuso ella para zanjar la cuestión.

Domingo ya no logró conciliar el sueño. No dejaba de pensar en la idea de un reloj de pulsera para mujeres. Una esfera pequeña, dorada, y en lugar de la correa de cuero, tipo Bund, que resultaba áspera y basta, una pulsera delicada, de orfebrería.

Por la mañana se dirigió a un joyero del Boulevard y le preguntó si veía posible fabricar una pulsera de oro o de plata, tal vez con incrustaciones de piedras preciosas. Un objeto decorativo para alimentar la coquetería femenina, bonito y reluciente, un adorno en la muñeca que confiriera estatus a quien lo llevara. Al joyero le pareció una gran idea. Animado por la perspectiva de trabajar en ese proyecto, cogió el tranvía y volvió a su casa, pensativo. Se encerró en el taller a dibujar prototipos de relojes de pulsera. Le costaba concentrarse, había dormido poco, había bebido mucho, le temblaba el pulso, pero algo le decía que había una oportunidad de negocio en esa línea de relojes para mujeres.

Se levantó para prepararse un café y entonces se topó con el Incomprendido sobre la mesa de la cocina, destripado, las manecillas detenidas. Descorrió la cortina del cuarto de Pío y vio la manta hecha un gurruño sobre el jergón. Se sintió mareado al notar el crecimiento de la ira dentro de sí. Ya no se preparó el café. Salió

al patio y arrancó una vara del avellano. A Pío no se le iba a olvidar ese día nunca. Mientras esperaba su regreso, pensó en distintos modelos de relojes de pulsera. Le gustaba más la esfera dorada que plateada. Le gustaba la pulsera con algún engarce sutil... Oyó pasos en el camino.

Pío entró en la casa y, en cuanto lo vio, echó a correr hacia el bosque. Había detectado la amenaza en la postura de su padre, en su mirada, en el modo siniestro de acariciar la vara de avellano. Domingo lo persiguió. Se arañó con la maleza, se tropezó con una piedra, pero no lo perdió de vista. Lo atrapó antes de llegar al molino de piedra. Pío estaba llorando, pedía clemencia, juraba que solo había salido un rato a tomar el aire.

—No me hagas daño, por favor —le suplicaba mientras su padre lo llevaba en volandas, colgando de un brazo que podía descoyuntarse en cualquier momento.

Lo metió en la casa, lo empujó contra la mesa, lo derribó de dos bofetones y después le bajó el pantalón para azotarlo. El niño lloraba y gritaba, pero allí no había nadie que pudiera atender su llamada de auxilio. Domingo lo fustigaba con la vara de avellano, con saña, sin piedad, y Pío dejó de gritar en medio de la tunda. El dolor era tan intenso que ya solo se quería morir para que terminara el sufrimiento. Había decidido enfrentar el ataque con un silencio orgulloso y se concentraba en mantener el tipo a toda costa.

—Si te digo que estás castigado, tú obedeces. ¿Me oyes? —gritaba Domingo. Y como el niño no contestaba, insistía, en voz más alta todavía—: ¿Me oyes o no me oyes?

Pío apretaba los dientes, dispuesto a mantener el silencio hasta el último aliento.

—Muy bien, que no contestas, pues ahora te vas a enterar.

Le levantó el blusón para dejar la espalda al descubierto. La vara iba a encontrar ahora carne fresca. Aunque percibía la maniobra detrás de él, aunque sabía que el dolor se renovaba y que empezaba un nuevo ciclo de latigazos, Pío no dijo nada.

—¡Suéltalo!

El niño tardó en registrar la voz femenina que gritaba desde la puerta de la calle. Al levantar la cabeza, que tenía aplastada contra la mesa, vio a su tía Enriqueta en el umbral, apoyada en un bastón.

—Suéltalo ahora mismo.

—Lárgate de aquí —dijo Domingo.

Enriqueta levantó el bastón y se acercó al Incomprendido.

—Me lo cargo. Te juro que destrozo el reloj como no sueltes al niño.

—Ni se te ocurra.

—Pío, ven conmigo.

Domingo aflojó la presión y el niño logró escabullirse y acercarse a su tía. Mientras se subía los pantalones entre gestos de dolor, buscaba con un dedo la mano de Enriqueta.

—No lo vas a volver a ver nunca más. Y si lo buscas, te juro por lo más sagrado que te mato.

Retrocedió hasta la puerta sin quitarle ojo a Domingo. Una vez fuera, agarró a su sobrino por los hombros y enfiló el camino hacia el pueblo. Le dolía la cadera al andar sin la ayuda del bastón, pero podía más la urgencia de poner distancia con su cuñado.

Por la tarde le pidió a Patrocinio que preparara el equipaje. Se volvían a San Sebastián. Y esa misma noche alquiló un landó y allí se acurrucaron los tres. Pío hizo el trayecto con la cabeza apoyada en el

regazo de su tía, mecido por el traqueteo y por los besos que ella le iba dando.

17

Las huelgas obreras que sacudieron el país en 1919 alteraron la tranquilidad de Pío, justo cuando empezaba a acostumbrarse a una vida sin sobresaltos. Se habían instalado en la casa de Ondarreta, tenía una habitación para él, espaciosa, con una cama mullida, puerta en lugar de cortinilla y una ventana que daba al mar. El cuarto de baño estaba en el pasillo, no había que salir a la intemperie, ni siquiera a un patio interior, al encuentro de la letrina. Su tía le había comprado zapatos en La Imperial y ropa para vestir de forma diferente cada día de la semana, algo novedoso para él. Y Patrocinio cocinaba platos variados cada semana, nada de alubias con berza o sopa de ajo a diario.

En el colegio estaba haciendo amigos y progresaba en la lectura, la caligrafía y las cuentas. Pero llegó la agitación a las calles, las protestas de los trabajadores, el colegio cerró durante varias semanas y una tarde Patrocinio le dijo a Enriqueta que no podía seguir trabajando para ella en esas condiciones.

—Me trata usted como si fuera una esclava.

—Te doy techo, te doy comida y un buen salario. ¿Qué más quieres?

—Dignidad —contestó la criada.

Se notaba que hablaba de oídas. En los periódicos, en las tabernas, en las plazas, se pronunciaban soflamas, y en los discursos encendidos se escuchaban palabras como «esclavitud, dignidad y libertad del ser humano». La revuelta consiguió la reducción de la jornada laboral, que pasó de doce horas diarias a ocho. Y no había nadie que no se acogiera a ese derecho.

—Si no estás contenta, ya sabes dónde tienes la puerta —le dijo Enriqueta.

Y Patrocinio, influida por las consignas obreras y obligada por la dignidad que ella misma había esgrimido, no tuvo más remedio que marcharse. Desde la ventana de su cuarto, Pío la vio salir a la calle, agarrada a su maletita y caminando despacio, como sin fuerzas. Él se quedó con el corazón encogido. Esa mujer era quien lo cuidaba, pues Enriqueta no había tardado mucho en recuperar su vida social en San Sebastián. Patrocinio lo llevaba al colegio cada mañana, lo recogía, le preparaba la merienda, jugaba con él, lo entretenía con su conversación. Era simpática, alegre y cálida.

—Tía, ¿por qué se ha ido Patro? —preguntó Pío esa noche.

—Porque le ha dado la gana.

—¿Y quién va a venir ahora?

—No lo sé, Pío, habrá que buscar a otra persona.

—A mí me gustaba Patro.

—A mí también —reconoció.

—¿Podemos hacer que vuelva?

—Las cosas no son tan fáciles. —Enriqueta suspiró.

Al día siguiente volvió Patrocinio con la misma maletita, que tal vez ni siquiera había deshecho. Consiguió mejores condiciones laborales y siguió siendo la cocinera de la casa y la amiga de Pío.

Enriqueta estaba satisfecha con su propio cambio de opinión, por no haber puesto el orgullo por delante de la conveniencia. Confiaba en Patrocinio y la necesitaba, pues ella salía casi todas las noches a una fiesta, a una rifa benéfica o a una recepción. No estaba dispuesta a renunciar a su vida mundana por haber asumido el cuidado de su sobrino. Al principio sentía la vigilancia de Sabina, su pobre hermana, que le hacía llegar sus reproches por cada excentricidad

que ella cometía, pero también su gratitud. Y poco a poco, empezó a acusar el peso de la responsabilidad y fue rebajando sus tendencias alocadas. Creía que el azar le estaba dando la oportunidad de llevar una vida más sensata, más afectiva, más rica.

Adoraba al niño y adoró también al adolescente en el que se fue convirtiendo. Con quince años, Pío era un joven apuesto y desenvuelto. Compaginaba los estudios con el trabajo en el taller mecánico de su tío Fabián, el hermano de su padre. Era un hombre afable, le ofreció la posibilidad de aprender el oficio, y a Pío le pareció buena idea ganar sus primeros jornales. Nunca hablaban de Domingo, parecía un tema vedado en la familia.

Una tarde, cuando Enriqueta volvía de merendar con su sobrino por el paseo de la Concha, vio a su cuñado haciendo eses del brazo de una mujer maquillada de forma grotesca. Tenía toda la pinta de ser una prostituta.

—Por aquí, Pío —le dijo animándolo a cruzar la calle.

Y así le ahorró al chico un encuentro tan lamentable. Pero más tarde, en casa, Pío proclamó con aire sombrío:

—Yo sé que era mi padre.

Enriqueta asintió. Y esa fue la última vez que vieron a Domingo. Unos meses más tarde, Fabián irrumpió en el taller mecánico y llamó a Pío, que tenía la cabeza metida dentro de un capó.

—Tu padre ha aparecido muerto en el muelle.

Pío dejó en el suelo la llave inglesa y aceptó el cigarrillo que le ofrecía su tío. Se sentaron en un escalón a fumar, él con las manos negras de la suciedad del motor.

—Una pelea de borrachos, parece ser.

Lo habían descalabrado de un botellazo. Por lo visto, eran corrientes las peleas en los tugurios del puerto.

Enriqueta se ocupó de las cuestiones relacionadas con la herencia. Pío heredaba la casa de Lasarte, en la que había nacido y vivido sus primeros diez años. La casa que fue un paraíso por el amor que recibió de su madre. La casa que Domingo convirtió en un infierno. Los muebles eran viejos y no los quería para nada, aunque sí conservó el fogón de chapa y la mesa grande de la cocina, con sus banquetas.

—¿Qué hacemos con el reloj? —preguntó Enriqueta—. ¿Lo vendemos o se lo damos a un chatarrero?

Un carrusel de recuerdos se puso en marcha en la cabeza de Pío. Las horas en el taller, el frío en los dedos, las semanas febriles en las que construyó el Incomprendido.

«Lo único bueno que he hecho en toda mi vida», le dijo un día su padre.

Youna jugando con las manecillas, retrasando el tiempo para pasar más rato con él.

Aquella fue una tarde muy feliz.

—No lo quiero vender —dijo Pío—. El reloj me lo quedo.

Paula

1

Me quedé observando a mi madre con detenimiento, como si quisiera dibujarla. La habían subido a planta y estaba conectada a una botella de suero. Unas gafas nasales la ayudaban a respirar y le daban un toque patético. Del pelo grisáceo se descolgaban dos patillas blancas. Los ojos se hundían en sus cuencas y los pómulos resaltaban porque tenían poca carne alrededor. La mandíbula parecía desencajada por el esfuerzo de aspirar algo de aire. Los brazos eran dos alambres y las piernas, en cambio, presentaban una hinchazón incongruente con el cuerpo menudo que debían sostener. Nada grave, un efecto de los trombolíticos.

Según Alberto, ya no había roce pericárdico en la auscultación ni se oían sibilancias. Pero a mí me parecía que no le entraba oxígeno suficiente, ni siquiera con ayuda del respirador. Comprendí de golpe lo mayor que era. En su casa disparaba frases, hablaba por los codos y gesticulaba, y ese despliegue disfrazaba lo que ahora, en esa cama de hospital, sin afeites ni disimulos, se presentaba como una evidencia: mi madre era una anciana.

Abrió los ojos y sus pupilas vagaron por el cielorraso, por los rincones de la habitación. Su confusión dio paso al pánico. Pero en cuanto se toparon conmigo, sonrió con alivio y amor.

—Hola, mamá. ¿Sabes dónde estás?

Ella hizo un gesto raro que yo tomé por un sí.

—¿Y sabes quién soy yo?

—Mi queridísima hija —contestó. Su voz salió con esfuerzo, entre jadeos y con una tosecita final.

Me sorprendió la respuesta. Nunca se había referido a mí de una forma tan enfática. Una mano huesuda emergió de la sábana en busca de las gafas nasales, el objeto extraño que la estaba molestando.

—Es un respirador, mamá, no te lo quites.

Dejó caer la mano sobre la cama. Exhaló un suspiro quejoso.

—La cabeza.

—¿Te duele?

—Me va a estallar.

—¿Y el pecho te duele?

Asintió.

—Te han operado del corazón, mamá. Te ha dado un infarto. ¿Lo recuerdas?

Me miró con una agitación extraña. Los ojos acuosos, la mano izquierda avanzando por el colchón como una araña hasta encontrar la mía. La agarró con fuerza.

—Ahora tienes que descansar. Te han dado una aspirina y te van a pasar calmantes por la vía. Yo voy a estar por aquí, pero si necesitas algo, aprietas el timbre.

Le di un beso en la mano y aproveché para liberarme de esos dedos que se me clavaban como una garra.

Salí a la calle para fumar un cigarrillo y de paso llamar a mi hermano. Le conté las novedades médicas, que eran alentadoras, aunque todavía no se podían lanzar las campanas al vuelo.

—Yo últimamente la notaba cansada —dijo Emilio—. Y le daban mareos. Quizá deberíamos haberle hecho un chequeo.

—Todo el mundo tiene mareos. Y del cansancio ni te cuento. ¿Quién no está cansado?

—Pero son síntomas de un infarto. Podríamos haberlo previsto.

—Fue por el reloj. Le dio el infarto cuando lo vio.

—¿El reloj? —se extrañó Emilio—. ¿Por qué? Es un reloj antiguo, dudo mucho que lo conociera.

—Se asustó al verlo, te lo juro. Y le empezó a faltar el aire, yo me fijé.

—No sé, Paula. ¿Se lo has preguntado?

—No se me pasa por la cabeza sacar el tema. ¿Estás loco? Le puede dar otro infarto.

—Yo no creo que el reloj tenga nada que ver. Mañana cuando vaya a verla se lo pregunto, a ver cómo reacciona.

—¡Ni se te ocurra, Emilio!

Dejó escapar una risita. Siempre le ha gustado chincharme, desde que éramos pequeños. Y, aunque la vida lo ha convertido en un hombre serio, de vez en cuando se permite un ramalazo de humor.

Me había pedido el permiso correspondiente por la operación de un familiar, pero pasé un momento a ver a Genoveva, la publicista que había ingresado durante mi guardia. Seguía igual de desorientada. Su marido, César, estaba muy nervioso, había hablado con una amiga que recibió mensajes extraños de Genoveva a altas horas de la noche. Pedía un abogado, se lamentaba de que no le cogiera el

teléfono, como si no fuera consciente de que eran las cinco de la mañana.

—¿Qué es eso de que la encontró la Policía con una botella de vodka? —me preguntó César—. Mi mujer es abstemia.

Genoveva estaba profundamente dormida. Llevaba encima un buen cóctel de ansiolíticos. César me miraba con ojos suplicantes.

—¿No ha conseguido hablar con ella? —le pregunté.

—Muy poco. Y solo dice frases inconexas. Cree que todo esto es una trampa.

—Hay que esperar a que la medicación le haga efecto.

—¿Se ha vuelto loca? ¿Qué le pasa, doctora?

—Ha sufrido un brote psicótico. Es como una desconexión de la realidad. ¿Tiene antecedentes de depresión?

—No.

—Aparte del trabajo, ¿algún episodio estresante en su vida?

—Su vida es un puro estrés. Está siempre en varios proyectos a la vez. Campañas gordas de publicidad, reuniones creativas, viaja mucho... Dentro de una semana empieza a rodar un anuncio para un cliente importante.

Yo preguntaba más bien por otro tipo de vivencias. Una mudanza, una separación, la muerte de un ser querido. Algo que se saliera de la cantinela habitual, la del trabajo.

—Tiene pinta de que su cerebro ha colapsado. Tiene que descansar.

—Pero ¿se va a poner bien?

—Si hace caso a su cuerpo y descansa, se pondrá bien. No se preocupe.

—No va a bajar el ritmo. No puede. No sabe. El trabajo es su vida.

Esa frase se me grabó en la cabeza. Podría aplicármela a mí misma. Tenía tanto trabajo que ni siquiera me daba cuenta de que mi madre era ya tan mayor. Y a mis sobrinos, que viven a media hora en coche, apenas los veía una vez cada dos o tres meses.

Decidí cenar en el bar de enfrente, necesitaba airearme un poco. Pedí un bocadillo y una cerveza. Chateé con una amiga que me perseguía para quedar desde hacía varias semanas. Pero las guardias eran constantes, la carga de trabajo no daba tregua, siempre aparecía una excusa. Ya me empezaba a sentir obligada a encontrar un hueco. Aunque es peor marcar una cita para luego cancelarla, como había hecho las tres últimas veces. Pensé en un día propicio y no se me ocurría ninguno, y menos ahora que mi madre estaba ingresada. Alberto entró en el bar. No había nada extraño en coincidir allí, ese era el bar en el que comían y cenaban los médicos del hospital.

—¿Puedo sentarme contigo?

Torcí el gesto, pero mi ex se sentó igualmente.

—Tu madre es fuerte, va a salir de esta.

—Está mayor, le queda poco.

—En eso te doy la razón, es ley de vida. —Sonrió para acolchar su afirmación.

—Ella lo sabe —añadí—. Se le ha metido el miedo en la mirada.

—No es plato de buen gusto pasar por el quirófano. Es normal que esté un poco asustada. Ya verás como recupera el tono muy pronto.

Y la alegría. Dentro de poco te estarás quejando de lo pesada que se pone contigo. Y me llamarás para desahogarte.

—¿Por qué hablas como si siguiéramos juntos?

—Porque no acepto la ruptura.

—Me has sido infiel, Alberto. Y no te lo perdono.

—No he sido infiel. Solo he cometido la flaqueza de coquetear estúpidamente con una mujer. No ha pasado nada. Y no habría pasado nada jamás.

—Eso, para mí, es ser infiel.

—No nos vamos a cargar una relación bonita por esta tontería, Paula. No lo acepto.

—Eres como un niño pequeño. No quiero ser tu pareja, ya está. Llámame loca, como has hecho otras veces. Pero es mi decisión.

—Yo nunca te he llamado loca. Solo te he dicho que ves fantasmas donde no los hay. No es la primera vez que me acusas de tener una amante. Porque me meto en el baño con el móvil, por ejemplo. Por Dios, eso no es un síntoma de una infidelidad, todo el mundo se mete en el baño con el móvil. Algunos hasta se duchan con él en la mano por si acaso les entra un mensaje.

—Yo no lo hago. No voy con el móvil a todas partes. Lo puedes mirar si quieres.

—No quiero mirar tu móvil, eso es tóxico. Yo confío en ti. Lo que quiero es que tú también confíes en mí.

—La confianza hay que ganársela.

—Te pones celosa si estoy en un congreso médico y paso dos horas sin comunicarme contigo. Aunque esté en plena ponencia. Es

enfermizo, Paula.

—No soy una loca, pero soy una enferma.

—No eres capaz de confiar en mí. Y me da pena, porque nos queremos mucho. Y no es fácil encontrar a alguien con quien pasar la vida.

Di un trago largo a la cerveza y aparté el plato con el bocadillo a medias. Una forma de decir que no quería prolongar la conversación.

—Te echo de menos —dijo Alberto.

—Me voy a ver a mi madre.

Salí sin despedirme. Solo al cruzar la calle me di cuenta de que no había pagado la cena. Pero no quería volver y enfrentarme de nuevo a la insistencia de él. Ya la pagaré mañana, pensé. Eso en el caso de que no la pagara Alberto, siempre tan espléndido.

2

Sentada en el sillón, mientras mi madre emitía suaves ronquidos, repasé la conversación con Alberto. ¿De verdad yo era demasiado susceptible? ¿Cualquier pequeño coqueteo, o una demostración de vanidad, me parecen intolerables cuando casi todo el mundo lo entendería como algo normal? También me separé de mi marido por celos, no soportaba la inseguridad que sentía a su lado. Era un hombre guapo y yo estaba convencida de que se tiraba a todo lo que se movía. Pero ¿por qué lo creía? Él nunca dio muestras de ser un donjuán. Cuando alternaba con gente, en una fiesta o en un acto social, se comportaba con educación y un aire más bien tímido. No tenía afán de protagonismo ni quería brillar más que nadie. Tal vez era una celosa compulsiva.

A veces, solo a veces, me asaltaba la certeza de que el abandono de mi padre, que desapareció de mi vida porque se fue con otra, me había marcado para siempre. Que convertía en cabreos legítimos y en motivos de ruptura lo que para cualquier otra persona no pasaría de una simple pataleta. No me gustaba llegar a esa conclusión. Pero había salido mil veces en la terapia. Cuando pensaba en mi padre me angustiaba. Lo odiaba. O, como matizaba la psicóloga, odiaba la herencia que me había dejado, la de no poder confiar en los hombres. El día que dijo eso me enfadé con ella. Creo que la acusé de simplona y definí su diagnóstico como «terapia de garrafón». Yo estaba dispuesta a explorar el vacío enorme provocado por la falta de mi padre. A veces la ausencia se vuelve tan intensa que me falta el aire.

En esa habitación desangelada, iluminada por la luz de una farola cercana, mientras mi madre dormía con las gafas nasales, estaba segura de que yo era la que respiraba peor de las dos.

Por la mañana, mientras le daba el desayuno, me pregunté a qué venía la mirada beatífica que había adoptado. Era como si se estuviera despidiendo.

Sentí la necesidad imperiosa de alejarme de ella, de la espesura de esa habitación que se había llenado de presagios. En el pasillo me interceptó la enfermera de Psiquiatría. Genoveva estaba fuera de sí, exigía su ordenador portátil, tenía una reunión *online* que no podía postergar. Corrí a su habitación. El pobre César no sabía cómo aplacar a la bestia. Entre gritos y forcejeos, la paciente soltaba espuma por la boca y las venas del cuello parecían tuberías a punto de estallar.

—Genoveva, ahora tiene que estar tranquila —le expliqué—. No puede trabajar, le vamos a firmar una baja médica.

—Empiezo un *spot* el lunes, no puedo estar de baja. ¿Qué mierda es esta? César, sácame de aquí.

—¿Dónde está el doctor Sarabia? —le pregunté a la enfermera.

—Entra a las once.

—¿La medicación?

—Se la he dado con el desayuno.

—Aumenta la dosis, anda —le susurré y encaré al marido—: No puede trabajar, ¿de acuerdo? La vamos a dormir.

Genoveva trató de levantarse. La enfermera intentó impedírselo, pero salió despedida de un empujón.

—Genoveva, no se levante —le dije y me volví hacia César—: Por favor, ayúdeme.

—Vamos, cariño, haz caso a la doctora.

—No puedo faltar a la reunión con el cliente —sollozó ella.

—Yo llamo a Maite y se lo digo.

—No llames a Maite.

—Tranquila, amor.

Le hice un gesto a la enfermera, que manipuló el vial. Poco a poco, la rabieta de Genoveva se transformó en un llanto suave.

—A las once llega el doctor Sarabia —informé—. Él le dirá cuándo puede trabajar. Pero ahora lo más importante es que esté tranquila, ¿de acuerdo?

Salí al pasillo. Tenía una llamada de Emilio, que acababa de aparcar el coche. Ahora le tocaba a él acompañar a nuestra madre. Le devolví la llamada. Me dijo que tenía algo que enseñarme, que nos veíamos en la cafetería.

Lo reconocí por su corpulencia. Estaba sentado en la barra ante un cortado humeante.

—¿Cómo está mamá? ¿Qué tal ha pasado la noche?

—Bien, ha dormido bien.

—Mira —dijo poniendo sobre la barra una vieja fotografía.

Era una instantánea de nuestra infancia, de cuando vivíamos en el ático de Ventas. Emilio y yo teníamos apenas tres o cuatro años y jugábamos en la alfombra con un rompecabezas. Mi padre, con un bigote frondoso, sujetaba una pieza en la mano y me miraba con una sonrisa.

—Fíjate en el fondo —me pidió Emilio.

Me entraron ganas de ampliar la foto con dos dedos. Porque allí, en la pared, junto a una estantería, estaba colgado el Incomprendido.

—Tenías razón, mamá conoce el reloj.

Me quedé hipnotizada con esa imagen, con la sonrisa de mi padre, con la felicidad que transmitía la foto. Poco después se fugó con otra. ¿Quién podría sospecharlo viendo ese momento de armonía familiar? ¿Cómo era posible que sus dos hijos pequeños, con los que jugaba aquel día en la alfombra, pesaran tan poco en su decisión de marcharse? Esa pregunta me volvía loca.

—¿Qué pasó con este reloj, Emilio? ¿Por qué acabó en Wallapop?

—Ni idea. Y no sabes lo mejor. Lo he intentado poner en marcha, pero algo atrancaba el mecanismo. Lo he destripado y había una nota.

Sacó del bolsillo un papel arrugado, amarillento, con pequeños agujeros, como si algún bichito se hubiera dado un festín.

—Cógelo con cuidado, es muy frágil.

Desdoblé el papel con mimo. Había algo escrito, pero resultaba incomprensible. Era un código cifrado.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—No lo sé. Pero alguien escondió un mensaje en el reloj.

La hija del zapatero

1

Una bandada de cuervos levantó el vuelo al paso del tranvía. «Es el último que llegará a Tolosa», se dijo Pío. El sol se había ocultado tras el Buruntza y las sombras se adueñaban ya de la embocadura del valle. Leoncio estaba serrando el primer poste. Era más rápido que él, más decidido. Su estampa atlética y sudorosa le indicaba que no había tiempo que perder. Sacó la sierra de su bolsa de herramientas y atacó uno de los postes de la vía.

Se preguntaba qué pensaría Julia si se enterara de esto. Su novia siempre le decía que no se metiera en política, pero él le explicaba que había que luchar por los derechos de los trabajadores, que era muy egoísta mantenerse ajeno a todo lo que estaba pasando en España. Las restricciones del Gobierno de Lerroux habían sublevado a la izquierda. Se estaba preparando una huelga general que iba a ser sonada en aquel año de 1934. Había que calentar el ambiente, preparar el terreno.

—Tú no tienes que hacer nada —le decía Julia—. Eso que lo hagan otros.

Leoncio levantó los brazos al ver caer el poste que había serrado. Un vuelo impecable, recortado en la luz del crepúsculo. El estrépito rompió en mil pedazos el silencio del valle y provocó un subidón de adrenalina en Pío. Se afanó con la sierra en el otro poste y en pocos minutos también cayó sobre las vías. Su primer acto de sabotaje.

A Julia le había contado que cuando era un niño contrajo la viruela y no pudo llegar al hospital de Hernani por culpa de unas barricadas en la carretera. Aquella demostración de insolidaridad se le quedó grabada y, con el tiempo, fue prendiendo su deseo de ayudar a los más débiles. La decisión de ingresar en las Juventudes Socialistas quizá emanaba de aquel día ya lejano. Y su trabajo en Oria, en la

fábrica textil de Brunet, le llenó la mente de ideas revolucionarias. Oria, vecina a Lasarte, se había convertido en un nido de socialistas y comunistas: la llamaban la Pequeña Rusia. Era imposible escapar a la influencia de las conversaciones en las tabernas o en los descansos de la fábrica. Las apelaciones de Largo Caballero a la acción, las medidas conservadoras de Lerroux, las fantasmadas de Gil Robles, todo se comentaba entre vinos y sidras.

Leoncio estaba serrando otro poste. A lo lejos se oía el ruido del tranvía de Tolosa. En la carretera que serpenteaba por la montaña, Pío distinguió los faros de un coche. ¿Sería la Guardia Civil, alertada por algún vecino?

—¡Leoncio, vámonos! —gritó a su compañero.

Pero Leoncio seguía engolfado en el poste, agarrando con fuerza la sierra, de la que parecían salir chispas.

Pío guardó la herramienta en su bolsa y miró intranquilo hacia el fondo del valle. En cuestión de segundos asomaría por allí el tranvía.

—No hay tiempo —dijo intentando tirar del brazo de su amigo.

Pero él se zafó y continuó con la tarea, como un iluminado. Viendo a Leoncio en acción, o escuchando sus opiniones en los descansos del trabajo, Pío se daba cuenta de que estaba mucho más comprometido en la lucha que él. A veces se preguntaba si él no se estaría dejando arrastrar por una corriente que no era la suya, si su adhesión al socialismo era una ficción que representaba por no decepcionar a su mejor amigo.

Lo conoció cuando volvió a Lasarte para hacerse cargo de la casa familiar. Había dicho en el pueblo que se iba a desprender de casi todo, y una tarde apareció Leoncio en un carro tirado por una mula y cargó con la morralla. Se presentó como el hijo del chatarrero de Oria. Le dijo que no le podía pagar por el lote que se llevaba, pero le prometió que le fabricaría una mesa, cuatro sillas y una cama, pues

estaba aprendiendo el oficio de carpintero. Se hizo de rogar, pero cumplió su palabra al cabo de unos años. Cuando se inauguraron las carreras de automovilismo en Lasarte, en 1923, Pío lo reconoció entre el público. Lo saludó, esa tarde compartieron el entusiasmo por los bólidos y por ese circuito de velocidad que muy pronto habría de adquirir fama internacional, y ya no se perdieron ni una carrera. Con Leoncio se agarró su primera cogorza y, un día que este fue llorando a su casa porque una chica le había dado calabazas, Pío comprendió que se habían hecho muy amigos. Entonces eran adolescentes y todo lo vivían con la intensidad propia de esa edad. Pasó la adolescencia, pero los tiempos se volvieron más intensos. Y ahora, con veintiséis años, se habían convertido en camaradas, los unía la lucha política además de la amistad, y eran inseparables.

El tranvía se acercaba desde el fondo del valle. Justo en ese momento, cayó el tercer poste a las vías y Leoncio recogió sus cosas para salir corriendo. Habían planeado la fuga: debían adentrarse en el monte, cruzar el hayedo y pasar a Lasarte por la granja avícola de Arotzko. Llegarían a tiempo a la reunión de esa noche, en la que informarían de la acción que les habían encargado.

—Dijimos dos postes cada uno —le recriminó Leoncio cuando ya los envolvía la espesura del bosque.

—No daba tiempo. Venía el tranvía. Y creo que también la Guardia Civil.

—A mí me ha dado tiempo. ¿Por qué a ti no?

Pío se agachó y con un gesto le indicó a Leoncio que lo hiciera él también. Le había parecido ver una sombra en el camino, pocos metros más allá, debajo de donde se encontraban. Podía ser un pastor o alguien de un caserío.

—Porque yo soy más lento —contestó Pío.

—No hace falta que lo jures —dijo él guiñándole un ojo.

Pío supo que se refería a su cortejo con Julia, a la que abordó en las fiestas de San Pedro gracias a él. Le había contado que le gustaba aquella chica a la que veía paseando a la salida de la iglesia o alguna tarde en la orilla del río. Pero no se atrevía a acercarse a ella. En la verbena del pueblo de hacía dos años, ella estaba tomando una limonada con su hermana y Leoncio lo pinchaba para que la sacara a bailar. Como Pío no se decidía, él se acercó a Julia y le dijo que su amigo se moría por un *agarrao* con ella, pero que le costaba dar el paso.

—Es que es muy paradito —explicó.

La hermana de Julia le dijo que no querían bailar con nadie, que lo sentían mucho. Ni corto ni perezoso, Leoncio agarró de la cintura a esa especie de centinela y la meneó por la plaza al son de la música. Ella protestaba y, cuando logró liberarse, le dio un puntapié al sinvergüenza que la había violentado de esa forma. Al volver a su sitio, su hermana no estaba. La localizó entre las parejas que abarrotaban la plaza. Estaba bailando con Pío, muy modosos los dos. Así es como conoció a Julia y, desde entonces, el cortejo transcurría sin novedades, sin accidentes, sin percances, con una lentitud que a su amigo le parecía exasperante.

—Lento para todo —corroboró Leoncio.

Y, tras comprobar que no había peligro en el camino, salieron de su escondite para dirigirse a la reunión.

El lugar se encontraba al otro lado del callejón de Santa Ana, en la trastienda de una mercería que regentaba la mujer de Eleuterio, uno de los cabecillas del movimiento obrero en Lasarte. Allí había diez o doce revolucionarios, jóvenes y no tan jóvenes. A Eleuterio, que era el mayor de todos, lo llamaban el Abuelo. También acudía Pepe Galán, el sastre de Oria, que les daba calado filosófico a las discusiones. Ese poso intelectual disgustaba a los que preferían la acción directa, sin tanta cita erudita ni tanta tontería más propias de

burgueses ociosos. Pero a Zarzabul, un joven atlético que estaba en el sindicato de la fábrica de Brunet y que se había erigido en líder de todos ellos, le gustaba alentar las disputas teóricas antes de pasar a la práctica.

Una nube de humo los recibió cuando entraron en la mercería. Los ceniceros rebosaban de colillas. Los patrones de la modista se amontonaban en una mesa en la que también había varias botellas de sidra y de vino. Al fondo, recorriendo una pared, llamaba la atención un perchero enorme abarrotado de vestidos, americanas, camisas, toquillas. Eran prendas pendientes de reparación. La discusión estaba enconada. Hablaban del canciller Dolfuss, que había mandado bombardear barrios obreros en Viena. Alguien pronosticaba que Hitler, que llevaba un año en el poder, no tardaría en hacer lo mismo. Había que defenderse.

—La obligación del obrero es armarse, lo ha dicho Largo Caballero —proclamó Eleuterio.

—Creo que todos estamos de acuerdo con eso. —Zarzabul barrió la habitación en busca de alguna opinión contraria.

La encontró en Pepe Galán, que había cogido un carrete de modista y jugaba a enrollarse el hilo en un dedo.

—Yo no estoy tan seguro, es un paso arriesgado. La batalla hay que darla en el Parlamento.

—Con la derecha en el Gobierno no hay batalla que valga —dijo el Abuelo—. Es una república burguesa, no va a dejar ni respirar a los trabajadores.

—Puede que no, pero yo me pregunto si no es pronto para tirar la toalla —porfió Galán.

Un hombre enjuto, que sostenía un cigarrillo con un cilindro de ceniza enorme, cogió un ejemplar de *Renovación* y mostró el titular.

—Solo sirve la revolución social. Lo dicen aquí. Lo dice también *El Socialista.*

—¿Te vas a dejar guiar por esa revista, Astelena? —preguntó el sastre—. Sabes tan bien como yo que han abandonado la razón.

—Hay que armarse, Pepe —insistió Astelena.

—¡Hay que armarse! —vociferaron otros.

—¡A las armas! —exclamó Leoncio.

Pío se giró hacia él. Tenía las venas del cuello muy marcadas. En su frente y sobre el labio superior brillaban gotas de sudor.

—Han interceptado las armas del buque Turquesa frente a la costa asturiana —informó Zarzabul.

—Eso es muy mala señal, quieren torpedear la huelga de octubre —dijo el Abuelo.

—Hay traidores que se van de la lengua —concluyó Zarzabul—. Al primer interrogatorio cantan como canarios.

—¿Nos vamos a asustar por eso? —Astelena sacó una petaca del bolsillo y dio un buen trago. Llevaba siempre encima su ración de aguardiente.

—Seguro que tú piensas que sí —dijo el líder sonriendo con sorna a Pepe Galán—. Que ahora toca ser precavidos y suspender nuestros planes.

—El pesimismo es muy poco revolucionario —lo aleccionó el sastre —. Hay que seguir.

Astelena lo aplaudió, sobrevinieron gritos de júbilo, vivas a la revolución socialista.

Pío pensó en Julia, que siempre miraba la vida con pesimismo. Pensaba que el país caminaba hacia el desastre, que el mundo estaba cada vez peor, que Lasarte ya no era lo que había sido, que el río estaba cada vez más sucio y que ya nadie conservaba los valores cristianos que hacían fuerte a un pueblo. ¿Por qué le gustaba tanto esa mujer que afrontaba cada día venidero creyendo que iba a ser peor que el anterior? Leoncio se lo decía: «Es una pánfila». Pero a él le gustaba su timidez y, aunque por lo general se mostraba seria, de vez en cuando sonreía y entonces todo se llenaba de luz. A Leoncio le gustaban las mujeres desvergonzadas y toscas. Así le iba, no lograba entenderse con ninguna, más allá de algún escarceo.

—¿Cómo ha ido?

Pío tardó en comprender que Zarzabul se estaba dirigiendo a ellos. Siempre era así, no se saludaba al que llegaba tarde a las reuniones, no se interrumpía la discusión, no había tiempo para paréntesis en esos tiempos de apremio. Había que esperar a que el líder integrara al recién llegado en el calor del debate.

—Bien. Misión cumplida —contestó Leoncio.

—¿Tú no hablas? —preguntó a Pío.

—Misión cumplida.

Percibía la provocación, las ganas de sangre del socialista. El día que bailó con Julia en las fiestas del pueblo, Zarzabul andaba por allí borracho, cruzando bravatas con sus amigos y molestando a las mozas con requiebros. Se había fijado en las dos hermanas que estaban sentadas en las sillas del chiringuito donde vendían rosquillas, chocolate, bocadillos, limonada. El humo del puesto de castañas asadas desdibujaba los rostros. Pero Zarzabul vio a una mujer fea, rechoncha y bajita junto a una belleza en la que nunca antes había reparado. Él vivía en Oria, pero se jactaba de conocer a todas las mujeres de la comarca. ¿Cómo era posible que se le hubiera escapado ese ejemplar? La invitó a bailar y Julia le dijo que

no le apetecía. Después, cuando la vio bailando con Pío, chocó contra ellos exagerando el alborozo de la verbena.

—Anda, la que no bailaba. ¿Cómo lo has hecho, camarada?

Pío sonrió con desgana y se alejó del borracho llevando a Julia de la mano. Desde entonces, Zarzabul le había hecho la cruz. Y era rencoroso, pues habían pasado dos años desde aquella verbena y todavía lo miraba mal.

—¿Puedo preguntar algo? —intervino el Abuelo—. ¿Qué sentido tiene el sabotaje del tranvía?

—Hay que actuar, Eleuterio —respondió Leoncio—. ¿O quieres que nos pasemos el día hablando y hablando?

—Actuar sí, pero tirar unos postes a las vías no es para sacar pecho.

—Sembrar el caos es un mensaje eficaz —dijo Pepe Galán—. Sirve de presión para que los políticos palpen el descontento de los trabajadores.

—Lo que digo es que es una acción muy inocente.

—Tú quieres sangre, por lo que veo —dijo el sastre.

—Yo quiero una revolución, no un juego de niños —aclaró el Abuelo.

De nuevo los vivas a la revolución del proletariado, a la justicia social. Leoncio se sumaba con entusiasmo a los cánticos, a los gritos. Pío, en cambio, guardaba silencio. Le costaba encajar en los ambientes agresivos. Pero todo era agresivo en esos días. Los que se valían de la razón y abogaban por el sosiego caminaban cada vez más acogotados. Así se sentía él. Tal vez el pesimismo de Julia y su espíritu precavido eran ahora mismo mejores aliados que el exabrupto constante y el desafío bravucón.

—¿Tú quieres una revolución o un juego de niños?

Pío notó que le temblaban las piernas. Zarzabul se había encendido un cigarrillo antes de encararlo.

—Contesta, ¿quieres o no quieres la revolución?

—Claro que la quiero. Por eso estoy aquí.

El líder le echó el humo a la cara.

—La semana que viene vais a volar el túnel de Usurbil, el de los Ferrocarriles Vascongados.

—Eso ya es otra cosa —exclamó Astelena complacido.

Un silencio pegajoso se adueñó de la trastienda caldeada, en la que sudaban con profusión. Todos parecían estar calibrando el salto de intensidad que se estaba planteando. La revolución o un juego de niños.

—¿Y los explosivos? —preguntó el Abuelo.

—Los tenemos —dijo Zarzabul.

—No sabemos manejar explosivos —dijo Leoncio.

—Es muy fácil, estos días vais a recibir instrucción militar. Muy concreta y muy básica, para que podáis llevar el operativo hasta el final.

—De acuerdo —dijo Leoncio.

Pío lo miró asustado. Le parecía que él también lo estaba, pero afectaba firmeza y se concentraba en que no trasluciera el menor titubeo. Ahora Zarzabul clavaba sus pupilas en él esperando una respuesta. No quería hacerlo, lo tenía muy claro. Una cosa era lo del

tranvía, casi una travesura. Pero volar un túnel estaba más cerca del terrorismo.

—¿Y tú qué dices?

No se fiaba de ese hombre.

Semanas después del roce en la verbena, se presentó en su taller y le pidió que le fabricara un reloj de pulsera. Desde la muerte de Domingo Yarza, Lasarte y los pueblos cercanos carecían de un relojero acreditado, así que de vez en cuando le llevaban relojes a Pío para que los reparara, pues él conocía el oficio. Con ese trabajo complementaba el sueldo exiguo de la fábrica de Brunet. Aquel sábado le tuvo que explicar a Zarzabul que él no fabricaba relojes, solo los reparaba. Él señaló el Incomprendido.

—Dicen que ese reloj lo fabricaste tú cuando eras un niño.

—Lo fabricó mi padre, yo solo lo ayudé.

—Me gusta mucho. Y es famoso, conozco la historia del concurso. Debe de valer una millonada.

—No está en venta.

—Quiero regalarle un reloj a una chica del pueblo, una que me gusta mucho. Voy a pedirle que se case conmigo, no puedo aparecer con cualquier baratija. Tiene que ser algo especial.

—En San Sebastián hay relojeros muy buenos —dijo Pío—. Ve donde Luis María, era amigo de mi padre.

—Pero yo quiero que lo haga uno de Lasarte. Ella vive aquí, le va a gustar ese detalle.

El gong del Incomprendido marcó las doce del mediodía. Los dos hombres se miraron unos segundos y a Pío le parecía increíble que

nadie dijera nada durante tanto tiempo.

—No hago relojes, lo siento.

Eso fue todo. No salió a relucir el nombre de Julia ni se lanzaron amenazas en esa conversación. Pero cuando Pío la recordaba, estaba seguro de que habían estado hablando de su novia.

—No tengo toda la noche —le presionó Zarzabul—. ¿Vas a volar ese túnel o no?

Leoncio le dio un codazo para que contestara de una vez. Su amigo de juegos, de confidencias y de borracheras quería seguir corriendo aventuras con él. El líder aguardaba con los dientes apretados, a la espera de una señal de flaqueza que lo hiciera caer en desgracia. Astelena dio un trago a su petaca. El Abuelo fumaba su enésimo pitillo. Pepe Galán arrancó un hilo del carrete y lo movió en el aire como si fuera un péndulo. El calor en esa trastienda resultaba insoportable.

—Por supuesto que sí —dijo Pío—. Cuenta conmigo.

2

Durante dos años de noviazgo, Pío no había conseguido burlar ni un solo día la vigilancia de Socorro, la hermana mayor de Julia. Como era bastante obesa, en algún momento creyó que le bastaría con aumentar el ritmo de paseo para dejarla atrás, pero conseguía seguir la estela de los enamorados incluso cuando subían alguna cuesta empinada por el monte.

A Pío no le constaba que trabajara en nada, más allá de ayudar a su madre en alguna labor de costura, pero era una carabina excepcional. Al paso que iban, Julia no solo iba a llegar virgen al matrimonio, se iba a plantar en el altar sin haber recibido un solo beso. Aunque Leoncio se metía con él por mantener una relación tan casta, a Pío le gustaba la espera tranquila, disfrutaba de la expectativa del encuentro carnal, pero a veces anticipaba con tanto detalle ese momento que sufría un ataque de impaciencia y le sudaban las manos.

Sí le habría gustado robarle un beso a Julia en algún recodo del camino, tumbarse junto a ella en el prado y disfrutar de un retozo inocente, o al menos cogerle la mano en medio del paseo, pero al simple roce de dos dedos oía de inmediato un chasquido que hacía Socorro con la boca, como si estuviera regañando a una vaca por acercarse demasiado al sendero.

Seria y silenciosa, excepto cuando se sonaba la nariz con el pañuelo, cosa que hacía con mucha frecuencia y de forma muy ruidosa, Socorro se santiguaba mil veces al día y bisbiseaba oraciones todo el rato. Desprendía un olor rancio, pesado, como el de una habitación clausurada. Julia, en cambio, olía a flores silvestres, a lavanda, a heno mojado. Parecía mentira que esas dos mujeres fueran hermanas. No es que Julia fuera la alegría de la huerta, pero al lado de Socorro parecía un girasol buscando la luz. Le gustaban el aire, el

campo, el paseo tranquilo y callado, pues no hablaba a menos que tuviera algo que decir.

A Pío le parecía que en el fondo de esos ojos negros brillaba una inteligencia apasionada que mantenía a raya por recato, como si hubiera firmado un contrato que la obligaba a la discreción. Llevaba siempre el pelo recogido en un moño que realzaba las formas angulosas de su rostro, así que Pío solo podía contemplar su melena cuando se arreglaba el peinado porque se le había escapado algún mechón y se le metía en los ojos. Un momento de arrobo que bien podría haber merecido un guantazo de Socorro. Nunca se produjo. La guardiana era implacable con los gestos físicos, pero incapaz de detectar las tormentas del alma.

Paseaban a la caída de la tarde, por el camino que bordeaba el arroyo Mendaro y llegaba hasta la vieja ferrería. Julia siempre se detenía en el mismo punto y se quedaba mirando con nostalgia el molino abandonado. Era una mujer tradicional, sufría con la exhalación de los tiempos, con los cambios industriales que arrasaban los modos de vida de su infancia. La fábrica de aceite de coco y de tortas para el ganado, en la que trabajó su padre tantos años, había cerrado. Poco después su casa se incendió por culpa de una vela. A Pío le parecía que quizá esa doble desgracia propiciara el pesimismo de Julia.

Se tuvieron que ir de Villabona, su pueblo natal, y recalaron en Lasarte porque un pariente les dio alojamiento en una casa del barrio de Buenos Aires. En un bajo contiguo al almacén de piensos, su padre montó un taller de zapatero remendón, un trabajo modesto que les daba para ir tirando. Su madre hacía alpargatas, pero regalaba muchas más de las que vendía porque no soportaba ver a nadie mal calzado.

Un día Julia le contó que su padre se dio a la bebida cuando se quedó en paro y que tal vez el incendio se originó porque se quedó dormido con un cigarrillo encendido. Su madre se inventó lo de la

vela para extender un manto de silencio piadoso sobre su marido, que fue capaz de superar el episodio, aprendió a arreglar zapatos y ahora sacaba adelante a su familia.

—Ya caerá en la bebida otra vez —le dijo Julia con esa incapacidad suya de creer en un futuro mejor.

Cuando Pío le contó su vida, más desgraciada que la suya, ella no pudo entender que fuera tan idealista.

—Es mejor creer en algo, tener ilusiones —se defendió él.

—¿Para qué? ¿Para llevarte luego una decepción?

—¿No crees que nosotros podemos ser felices?

Ella se quedó pensando.

—No me hago muchas ilusiones.

Por alguna razón, a Pío le hacía gracia este modo de ver la vida. Aprendió a ver el lado cómico del pesimismo de Julia, que era la única manera posible de quererla. Y le pareció que hacerla feliz entrañaba un desafío bonito.

Esa tarde corría el aire con fuerza y el moño de Julia resistía a duras penas.

—¿Sabes que han detenido a Eleuterio? —dijo ella con tristeza. Le tenía mucho cariño porque su mujer les fiaba en la mercería.

—Sí, pero seguro que lo sueltan en un par de días. Es un hombre mayor.

—Me ha dicho la pescatera que los sublevados se reunían allí.

—No te creas todo lo que te cuenten. Son rumores.

Pío evitaba su mirada. Le parecía que era capaz de descubrir sus mentiras, que pese a lo poco que hablaban lo conocía mejor que nadie.

—Lo de la huelga general me ha puesto los pelos de punta. Solo de pensar que aquí se estaban sumando a esa revuelta... Tú no habrás tenido nada que ver, ¿verdad?

Pío resopló como haciendo acopio de paciencia. Ya estaba Julia con la cantinela de siempre. No te metas en política. Pero esta vez tenía parte de razón. La huelga general del 5 de octubre se había saldado con dos mil muertos en Asturias y cuarenta en el País Vasco. El Gobierno había reaccionado con una represión feroz que se dejaba sentir en toda España. También en el valle del Oria. Había detenciones, se anunciaban consejos de guerra, encarcelamientos. En los interrogatorios, la Guardia Civil apretaba mucho. ¿Qué pasaría si el Abuelo se iba de la lengua y los delataba a todos?

—También han detenido a Zarzabul —dijo Pío.

—Mejor, ese no me da pena. ¿Sabes que sigue siendo mi pretendiente?

Pío asintió con rabia. Odiaba a ese hombre no solo por cortejar a Julia, sino porque pasaba por encima de él y lo consideraba un idiota al que se podía apartar de un manotazo, como a una mosca.

—Un día le voy a decir cuatro cosas a ese patán —masculló.

—Me manda flores todas las semanas. Unas margaritas que arranca del campo, ya ves tú, ni un real se gasta ese. Hace un mes me mandó hasta una carta. Mal escrita, es más bruto que un arado.

—No lo soporto.

—A mí el que me da pena es Eleuterio. —Apretó los labios en un mohín de tristeza.

Pío le cogió la mano y Socorro zanjó con un chasquido el gesto de cariño.

Regresaron al pueblo y Pío le ofreció tomar una limonada en su casa.

—Tengo que consultárselo a mi hermana.

—Dile que también la invito a ella.

—Socorro solo bebe agua. Todas las demás bebidas le parecen del demonio.

Pío contempló el conciliábulo de las dos hermanas. Y, para su sorpresa, Julia volvió con una sonrisa triunfante.

—Ha dicho que vale, pero que nos demos prisa.

—Qué generosa está hoy.

—Sí, no sé lo que le pasa.

Bajaron la cuesta alegremente.

—¿Y a ti cuándo te van a ascender?, a ver.

Estaban sentados los tres en la cocina, a la mesa de haya que había fabricado Leoncio. Era una casa fresca que parecía a medio amueblar. Además de la mesa, apenas tenía cuatro sillas, la cama y la vieja cocina de carbón. A Pío le gustaba vivir con lo justo, sentirse ligero de equipaje. Se había desprendido de casi todo lo que había allí porque le traía malos recuerdos, y solo había comprado lo necesario. Además, pasaba temporadas en el piso de San Sebastián. Allí guardaba la mayor parte de su ropa. Cuando sabía que iba a

quedarse un buen tiempo en Lasarte, se traía varias camisas limpias, algunas muy elegantes, que le había comprado su tía. Un día se puso una para impresionar a Julia en el paseo y ella le dijo que parecía un petimetre. Así que nunca más se la puso.

—¿Y a mí por qué me iban a ascender? —repreguntó Pío.

—¿Por lo menos te han subido el sueldo?

No se lo habían subido. Seguía ganando dos pesetas y veinticinco céntimos al día por diez horas de trabajo. A la fábrica de Brunet no habían llegado las conquistas de los trabajadores de las cuarenta horas semanales. Los patrones pedían jornadas más largas, prometían libranzas ocasionales para compensar, pero al final siempre se trabajaba más de la cuenta.

Julia contaba con los dedos para calcular el sueldo mensual. Después meneaba la cabeza, no le salían los números. Lo miraba como si fuera un desastre de hombre, pero él se sentía halagado porque esas preguntas, toda esa curiosidad, solo podían significar que quería casarse cuanto antes.

—¿Y con los relojes sacas algo o qué?

No le quería contar que Luis María, el relojero de San Sebastián, le había hecho una oferta para trabajar en su taller, pero no se veía en ese oficio toda la vida. Orondo, con un bigotón al que se le separaban los pelitos cuando sonreía, Luis María había sido compañero de cuadrilla de su padre. Admiraba el Incomprendido, se lo había querido comprar más de una vez. Pero Pío siempre le había dicho que no estaba en venta.

—Saco un dinerillo extra, pero me lo gasto en vinos con la cuadrilla.

A Pío le gustaba provocarla a veces con alguna broma. Si ella la captaba o no, era un misterio. Pero a él le parecía que sí.

—No digas tonterías y déjate de vinos, que hay que ahorrar para el día de mañana. Que la vida está muy achuchada.

Él sonreía para que comprendiera que no hablaba en serio, pero enseguida se ponía zalamero:

—Lo de los relojes lo estoy guardando para hacerte regalos bonitos.

—Yo no quiero regalos.

—Tú no quieres nada que sea bonito, no vaya a ser que eso te haga feliz.

La pinchaba de nuevo, la miraba en plan juguetón y ella se ponía un poco colorada.

—Tú sigue con tonterías, que al final le digo que sí a Zarzabul. A ese sí le han hecho jefe en Brunet.

—Y también está en el sindicato de la fábrica. Ese sí que se mete en política. Y es un chulito. Vete con él, te va a encantar.

—¿Me va a encantar ese? Qué poco fundamento tienes.

Ya había soltado la frase que a Pío le gustaba más. Qué poco fundamento. La aplicaba en varios contextos del día a día, siempre para mostrar desaprobación. Si se casaba con ella, escucharía esa frase millones de veces. No le importaba.

En un extremo de la mesa, Socorro estaba con ellos y a la vez no estaba. No participaba jamás en las conversaciones, su presencia estática solo quedaba desmentida por el movimiento de los dedos al repasar las cuentas del rosario. Ni siquiera bebía agua, no había querido aceptar ninguna cortesía por parte de Pío.

Sonaron las ocho de la tarde en el Incomprendido. Socorro se levantó como impulsada por un resorte.

—Me tengo que ir —dijo Julia.

Dejó el vaso de limonada a medias. Pío se ofreció a acompañarlas a casa. Al salir, vio que se acercaba un vehículo de la Guardia Civil. Deseó con todas sus fuerzas que pasara de largo y se dirigiera al Hipódromo, que les tocara hacer la ronda por Zubieta. Pero se paró en su patio y se apearon dos agentes.

—¿Pío Yarza?

—¿Estás de cachondeo, Eugenio? Que nos conocemos de toda la vida —contestó Pío abriendo los brazos.

—Te vienes con nosotros —dijo el otro agente.

Pío notaba los ojos de Julia clavándose en su nuca y preguntó con aplomo:

—¿Por qué razón?

—Por participar en la huelga revolucionaria. ¿Te vale con eso o quieres más?

Julia lo agarró del brazo y lo volteó para encararlo.

—¿Qué has hecho, Pío? Dime la verdad.

—Yo no he hecho nada.

—Al coche, Pío —dijo Eugenio—. No me hagas ponerte las esposas.

—No voy a subir hasta que no me digas por qué me detenéis. Yo no tengo nada que ver con la huelga.

—¿Y con el tranvía de Tolosa? ¿Y con el túnel de Usurbil? ¿Quién lo voló, Pío?

Julia se llevó una mano a la boca. Alguien había puesto una bomba en ese túnel hacía tres semanas. Estuvo hablando de eso con sus padres, preocupados porque hubiera terroristas en el valle.

—Yo no he sido.

Eugenio le hizo un gesto a su compañero, que sacó las esposas. Pío no se resistió, se dejó hacer como si fuera un muñeco de trapo. Nubes negras se amontonaban en la cima del Buruntza y el aire olía a lluvia.

Antes de que lo metieran en el coche, Julia se acercó a él.

—¿Lo ves? Es mejor no hacerse ilusiones. No quiero verte más.

Pío asintió con tristeza desde el asiento del coche. Ni siquiera era consciente de cómo lo habían metido allí. El agente cerró la puerta, Eugenio arrancó y las primeras gotas de lluvia empezaron a mojar el parabrisas.

Julia miró al cielo, cruzó los brazos y echó a caminar hacia su casa. Detrás, a unos metros, la seguía Socorro, que se había santiguado varias veces durante la detención.

—¿Por qué no te pones a mi altura? —dijo Julia volviéndose hacia ella—. ¿No ves que ahora voy sola?

Pero Socorro la siguió sin decir nada, manteniendo los dos metros de distancia.

3

Enriqueta se enteró de la detención de su sobrino cuando estaba tomando los baños en el balneario de la Perla. Le gustaba ese momento de relax, los chorros de agua tonificantes, el masaje con un cóctel al alcance de la mano, la burbuja de paz en la que ella se refugiaba de los tiempos convulsos. Su masajista búlgara fue quien le dio el aviso. Por lo visto, su padre había dejado un reloj a Pío para que se lo reparase y, cuando mandó a un mozo a recogerlo, encontró el taller cerrado.

Saltó de la camilla, se puso el albornoz y se metió en el vestuario para cambiarse. Corrió hasta su piso de Ondarreta y le ordenó a Patrocinio que pidiera un coche y la ayudara a vestirse.

—¿Ha pasado algo, señora?

—El niño —a Pío lo seguía llamando así— se ha metido en un problema gordo.

—¿Qué ha hecho? No me deje así, que yo también me preocupo mucho por él.

—No lo sé, Patro, luego te cuento. Anula mi cita para comer, di que no puedo asistir, pero no digas por qué.

—De acuerdo. —Le subió de un tirón la cremallera del vestido—. ¿Quiere un collar?

—No, me voy corriendo.

Cuando bajó a la calle, el coche ya estaba esperando. No se quiso fijar en la expresión del chófer al escuchar la dirección. ¿Qué clase de señora de la alta sociedad se dirigía a un cuartelillo de la Guardia Civil? Pero no había más remedio, era imperativo sacar de allí a su

sobrino. Ignoraba en qué follón se podía haber metido, pero tenía sus sospechas. No le gustaban las compañías con las que andaba en Lasarte: Leoncio, el hijo del chatarrero, y otros como él que le daban mala espina. Muy radicales en sus ideas políticas. Y cada vez venía menos a verla, lo que era mala señal. Se estaba deslizando demasiado en los cenáculos socialistas. Más de una vez le había recriminado sus opiniones sobre la explotación del obrero y sobre la necesaria revolución del proletariado. Con lo mucho que le había costado sacar adelante a ese chico, ahora se dejaba arrastrar por la fiebre política, por las protestas callejeras. Para ella era como un fracaso.

Cuando llegó al cuartelillo, le pidió al conductor que esperara fuera.

—Soy Enriqueta Galardi y vengo a llevarme a mi sobrino. Esta misma semana he cenado con el gobernador militar, no me obligue a llamarlo, por favor.

El guardiacivil abandonó su chulería y buscó con la mirada a su compañero, un joven imberbe que dejó caer el lápiz sobre un informe, se levantó ruidosamente de la silla y se perdió por un pasillo. Al poco, asomó Eugenio, uno de los agentes que lo habían detenido.

—Buenos días, señora.

—Quiero a mi sobrino fuera en un minuto.

—Está detenido por delitos muy graves.

—Pues que lo juzguen, pero ahora mismo lo sacas. Está en juego tu carrera, te lo juro.

Eugenio no estaba acostumbrado a esas amenazas. Tampoco se veían muchas señoras como esa por el pueblo. Enriqueta no descomponía su rictus de enfado y se las apañaba para añadir más y más intensidad a su mirada. Parecía a punto de empezar a soltar

bofetones. Eugenio le hizo un gesto a uno de sus compañeros, que se fue en dirección al calabozo. Regresó llevando a Pío del brazo, pues apenas podía caminar. Su rostro estaba cuajado de moratones y heridas.

—¿Quién le ha hecho esto? —preguntó Enriqueta.

—Intentó escapar y se cayó —contestó Eugenio.

—Pío... —Ella se giró hacia él.

—Vámonos, tía —rogó Pío.

—Esto no va a quedar así —aseguró Enriqueta antes de hacerse cargo del fardo que en esos momentos era su sobrino.

Llegaron hasta el coche de forma penosa, con algún desfallecimiento del joven, al que le costaba mantener el equilibrio. Y fueron hasta San Sebastián en silencio. Ella le pasó el brazo por los hombros y le acarició el pelo durante el trayecto. No quería desgranar el asunto en presencia de un testigo. Ya en Ondarreta, con la ayuda de Patrocinio, consiguió subir a Pío hasta el ático y tumbarlo en su cama.

—Tienes que descansar, cariño, pero antes quiero saber de qué se te acusa.

Pío la miró a través de un velo. Tenía los párpados hinchados y no lograba enfocar la mirada.

—Es importante, Pío —insistió Enriqueta.

—Actos de sabotaje... —dejó caer con esfuerzo.

—¿Los de Lasarte? ¿Lo del tranvía y lo del túnel?

—Auxilio a la rebelión —añadió entre toses.

—¿A la huelga de octubre? Dios mío... —Se llevó una mano a la cara. La cosa era grave, pintaba mal.

—Y también me acusan de esconder explosivos y armas.

En esos momentos era una piltrafa. El niño al que acogió cuando tenía diez años se había convertido en un terrorista. Lo matriculó en un buen colegio, lo introdujo en círculos distinguidos, le permitió trabajar de mecánico porque era lo que le gustaba... ¿En qué se había convertido? Una lágrima rodaba por la mejilla de Pío.

—¿Por qué lloras? ¿Estás arrepentido? ¿Tienes miedo?

Él no contestaba.

—¿Te da vergüenza haberme decepcionado?

—Es por Julia —contestó con la voz rota—. No quiere verme más.

Enriqueta meneó la cabeza. A lo largo de los años le había presentado a varias jóvenes burguesas, casaderas, hijas de buenos amigos. Salió con ellas, pero ninguna le gustaba. Todo para emparejarse con una aldeana de Lasarte, con la hija del zapatero remendón. Digno hijo de su madre.

—Cariño, te van a hacer un consejo de guerra y te pueden caer veinte años. Y tú te preocupas por Julia. Las hay mejores, te lo aseguro.

Él trató de sorber las lágrimas mientras meneaba la cabeza para rechazar la última frase de su tía.

—Ahora descansa. Patrocinio ha llamado al médico, vendrá a mirarte las heridas. Yo voy a ver cómo te saco de esta.

Distinguió a Fernando Illarreta en la terraza del Casino fumando un puro y bebiendo una copa de pacharán. Era un político del PNV en franco ascenso, con el que mantenía una buena relación. Conocía a su mujer y a sus cinco hijos. Mikela, la mayor, había tenido una breve relación con Pío dos años atrás. Uno de los intentos fracasados por conseguirle una buena boda a su sobrino.

—Gracias por sacar un poco de tiempo, sé que tienes reunión con el partido esta tarde.

—Está el órgano reunido, pero a mí a eso no me invitan. Además, siempre es agradable ver a una buena amiga.

Ella contuvo las ganas de acariciar esa barba entrecana perfectamente recortada. Illarreta dejó el periódico a un lado, llamó al camarero con un gesto y pidió un pacharán para ella.

—Prefiero *whisky*, si no te importa.

Tras las fórmulas de cortesía, preguntas sobre su mujer y sus hijos y algunos comentarios rápidos sobre los últimos cotilleos de la ciudad, Enriqueta le contó la situación de Pío y el semblante del político se fue ensombreciendo.

—Tú lo conoces, Fernando. Es un buen chico. Se está dejando contaminar por sus amigotes de Oria.

—Creo que es mejor dejar a un lado el sentimentalismo. El asunto es muy grave, Enriqueta. Y al tribunal le va a dar lo mismo si es un buen chico o no.

—Pero tú sabes que Pío no mataría ni a una mosca.

—Ya basta —la amonestó—. ¿Quieres que te ayude o no?

—Claro, para eso he venido.

—Ahora mismo, Pío no es un buen chico. Es un delincuente, en el mejor de los casos. En el peor, un terrorista. Hay mucha tensión y el Gobierno de Lerroux quiere condenas ejemplares en todo lo que tenga que ver con la huelga de octubre.

—¿Qué hacemos?

—Mi consejo, y juraré no haber dicho esto, es que huya. Que se vaya lejos, que se esconda, ahora que está en libertad a la espera de juicio.

—Pero yo no quiero que se vaya. No quiero perderlo. Es como un hijo para mí.

—¿Lo prefieres en la cárcel?

—Quiero que se demuestre que no ha hecho nada.

Illarreta se abrochó el botón superior del abrigo. Soplaba un aire fresco en la terraza. El sol declinante emitía destellos desde el monte Igueldo.

—No le deberías haber permitido entrar a trabajar en la fábrica de Brunet.

—Estaba ilusionado, era una buena oportunidad para él.

—Es un nido de comunistas, la Policía los tiene vigilados. Sácalo de ahí. Eso es lo primero que tienes que hacer.

—¿Y dónde lo meto?

—Ya ha empezado a funcionar la fábrica de neumáticos Michelin, en Lasarte. Es una empresa francesa, no está politizada. Yo conozco mucho al dueño, pasa temporadas aquí.

—Pero él está contento en Brunet.

—Cuando empiece el juicio, Pío tiene que estar fuera de esa fábrica. Hazme caso. Es un mensaje para el tribunal: el chico se está reformando.

—Hablaré con él. Desde luego esa de Michelin le viene mejor, está al lado de su casa. Pero no sabía que ya estaba operativa.

—Empezó a principios de año. Tú no te enteras de nada porque estás siempre de fiesta. ¿Quieres que le hable a Jean Baptiste de Pío?

—No necesita una recomendación, tiene mucha experiencia —dijo Enriqueta con orgullo.

Era verdad: había empezado de mecánico con su tío Fabián, después trabajó en un taller de arreglo de automóviles y bicicletas. Incluso dio instrucción a algunos aprendices.

—También tiene don de gentes.

—Es mejor entrar con una recomendación —insistió Illarreta—. Déjame que mueva mis hilos y te digo.

Ella aceptó la ayuda y se quedó sola en la terraza paladeando su *whisky*. Hablar con el político equivalía a airear sus miserias y a convertirse en la diana de los rumores en las fiestas y en los salones. Era una sensación extraña. En su mundo de excesos, de noches interminables, bailes intempestivos y amoríos de todo tipo, siempre sentía el cosquilleo insolente de ser el centro de atención. Eso la alimentaba, no había nada peor que pasar por este mundo de forma discreta, sin dar que hablar a nadie. Pero ahora era su sobrino el que se podía llevar las miradas de desaprobación, los comentarios despectivos. Bueno, que lo lapidaran si les daba la gana. Lo importante era sacarlo del apuro. Se preguntó si debía contarle las novedades a su hermana Juana. La detención de Pío podría haber traspasado los muros del convento y, en ese caso, estaría

preocupada. La visitaría tan pronto como pudiera; ella adoraba a su sobrino y siempre se quejaba de que iba poco a verla.

Las noticias de Illarreta llegaron tres días después. Jean Baptiste, el director de Michelin, se mostraba reacio a contratar a Pío hasta que no se aclarara su situación procesal. Prometió hacerlo si quedaba libre.

—Vaya —se lamentó Enriqueta—. Veo que ya es un apestado.

—Debes entender su postura, es una cuestión de imagen.

—Quiero que me consigas una cita con él.

—¿Para qué? ¿Qué pretendes hacer, Enriqueta? Me das miedo.

—Solo quiero preguntarle, de buenas maneras, en qué momento ha dejado de respetar la presunción de inocencia. Porque lo que está proponiendo es una condena a mi sobrino sin haber sido juzgado. Lo más lógico sería contratarlo ahora y despedirlo si lo condenan. Que no haría falta, porque se iría de cabeza a la cárcel. Pero lo que plantea ese señor suena un poco repugnante, la verdad.

La sonrisa de Fernando Illarreta se abrió paso a través de su poblada barba.

—Si se lo dices así, tal y como me lo has dicho a mí, lo convencerás. Conozco a Jean Baptiste, es un buen hombre.

—Cítame con él, puedes estar presente si quieres.

—De acuerdo. Y supongo que estarás pensando en contratar a un buen abogado.

La miró enarcando una ceja y ella se preguntó si conocía el estado ruinoso de sus finanzas. Llevaba un tiempo viviendo por encima de sus posibilidades, sableando a sus pretendientes y, de vez en

cuando, dejando alguna cuenta a deber. No le parecía que su situación fuera del dominio público, al menos no todavía, pero Illarreta era un hombre informado y tenía antenas por todas partes.

—¿Qué te parece Blas Echániz? —preguntó Enriqueta después de tomar aire.

—Es el que te iba a recomendar. Es el mejor. Pero no sabía cómo te iba a sentar.

Enriqueta asintió con sorna. Blas Echániz era el abogado de Javier, su exmarido. Lo había sacado de un buen lío cuando montó la fundición de Pasajes. Unas acusaciones de estafa que el letrado supo enterrar con sus artes o, para algunos, con dinero. Desde entonces figuraba en la nómina de las empresas de Javier, del que era además su mejor amigo. Había cenado en su casa varias veces cuando todavía eran, o parecían, un matrimonio feliz. Y más de una vez le tocó la pierna por debajo del mantel y le guiñó un ojo cuando su marido no miraba. Un hombre dicharachero que mareaba al tribunal con juegos de palabras, sofismas y argumentos de todo tipo.

No le apetecía nada tratar con él, pero ganaba casos imposibles, por preparación o por falta de escrúpulos, y su sobrino, más que un abogado, necesitaba un prestidigitador.

Lo llamó a la mañana siguiente. Blas la hizo esperar un buen rato al teléfono. Cuando por fin oyó su voz relamida al otro lado, Enriqueta sintió un escalofrío.

—Cuánto tiempo, querida mía. ¿Cómo estás?

Solo con esa frase, ella comprendió que los muchos años que habían transcurrido desde su último encuentro no habían atemperado su carácter rijoso. Lo puso en antecedentes lo más rápido que pudo y enseguida abordó lo que le interesaba.

—Conozco el caso de los chicos de Oria, sí, sí... Un verdadero desastre. Así que tu sobrino está involucrado.

—Está pendiente de juicio. ¿Qué te parece si quedamos a comer y te lo cuento despacio?

—A comer es imposible, tengo una agenda muy apretada. Pero tengo libre la cena.

Enriqueta cerró los ojos y dejó pasar un par de segundos.

—Claro, Blas, ¿reservas tú?

—Sí, yo me encargo. Una cena es más agradable —dijo el abogado. Tras un silencio, sonó un chasquido que hacía con el exceso de saliva que se le acumulaba en la boca—. Además, tú estás mucho más guapa por las noches.

4

Para llegar a la casa de Julia, en el barrio de Buenos Aires, había que subir una cuesta muy empinada, y Pío todavía cojeaba tras su paso por el calabozo. Completaba cada zancada arrastrando el pie derecho, como si estuviera barriendo el camino lleno de piedras. La casa era de dos alturas y tenía un jardín descuidado en el que se amontonaban herramientas y una carretilla. Llegó exhausto hasta la cancela, que siempre estaba abierta, y deseó que Julia no hubiera presenciado desde la ventana su penosa ascensión.

Llamó a la puerta y aguardó varios minutos. Al fin, abrió Socorro.

—No quiere verte —dijo sin saludar siquiera.

—Dile que solo va a ser un minuto, que le tengo que decir una cosa.

—No insistas, por favor. Déjala en paz.

Cerró la puerta en sus narices. Pío retrocedió hasta el centro del jardín y miró hacia la ventana de ella. Vio los postigos entreabiertos, un reflejo al otro lado.

Descendió la cuesta a pasos lentos, tristes, y se dirigió al almacén de Tellería a tomarse un vino. Por allí solía parar Leoncio. En efecto, allí estaba, contando sus batallitas a todo el que quería escucharlas. La brutalidad de la Guardia Civil, las torturas, las palizas. Su rostro magullado daba buena fe de lo que decía. A esas horas no había muchos parroquianos, pero a él le daba igual, hablaba con Malen, la tabernera, que no le hacía mucho caso, y buscaba la complicidad de Telesforo, envejecido, que ya no recogía las boñigas por los prados. Ahora solo bebía y caminaba por el pueblo sonriendo a todo el mundo.

—Hombre, dichosos los ojos —exclamó al ver entrar a Pío—. Malen, dale de beber a este hombre, que tiene mucho que contarme.

Pío se sentó en un taburete bajo y exhaló un gran suspiro. Estaba agotado por la caminata, pero lo peor era el vacío que sentía en las entrañas por la falta de Julia.

—¿Dónde has andado? —preguntó Leoncio.

—En San Sebastián, con mi tía.

—Claro, algunos tienen enchufe con la Guardia Civil. Ya le podrías haber dicho que me sacaran a mí también.

—¿Cuándo has salido?

—Dos o tres palizas después que tú.

—¿Quién crees que nos delató?

—¡Ja! Cualquiera sabe. Seguramente el Abuelo.

—¿Y Zarzabul? También lo detuvieron y él ha salido sin un rasguño.

—Alguna hostia se llevó, tenía un ojo amoratado.

—Eso se lo ha hecho él para disimular. Ha sido Zarzabul, estoy seguro.

—¿Por qué no el Abuelo? Está mayor, no tiene el cuerpo para recibir palos.

Malen puso sobre la mesa una jarra de vino y dos vasos.

—Otro con la cara como un mapa —dijo al ver a Pío—. Vaya dos patas para un banco.

Leoncio sirvió el vino y esperó a que Malen se marchara hacia el mostrador. Brindó con él, dio un trago y lo miró a los ojos.

—Llevas dos días sin venir a trabajar. ¿Qué te pasa? ¿Tanto te duele?

—Estoy en la fábrica Michelin. Empecé ayer.

—¿Y eso? Puto traidor, me dejas solo.

—Se ha empeñado mi tía.

—¿Ella decide por ti? Me cago en la hostia, compañero. ¿Y qué haces en Michelin?

—Estoy de calandrista.

—¿Qué coño es eso? No te pongas pijo conmigo.

—De mecánico.

No le quiso dar detalles. Ni él mismo sabía lo que era una calandria hasta el día anterior. Un cilindro enorme, horizontal, por el que pasar el caucho para satinarlo. Una máquina ruidosa dentro de una sala ruidosa.

—Todo se está cociendo en Oria —dijo Leoncio—. Si te vas, te lo pierdes todo.

—Solo he cambiado de trabajo, no exageres.

—Yo te noto distinto. —Leoncio percibió el temblor de Pío, su gesto de desamparo, y se echó hacia atrás para golpearse los muslos con una palmada—. ¿Es por Julia? ¡No me jodas!

Pío se desahogó con su amigo. Le contó todo, que ella presenció su detención, que llevaba tiempo pidiéndole que no se metiera en política, que ya no quería saber nada de él.

—No son tiempos para el amor, compañero. Es la hora de la revolución.

Desde su taburete, Telesforo, ya borracho, soltó una risita burlona.

Dos semanas después, la tristeza de Pío no había remitido. Paseaba por Lasarte a todas horas con la esperanza de encontrarse con Julia. Sí se topó con Usubiaga, que caminaba con bastón y estaba muy envejecido. Ya no era el alcalde pedáneo, ahora se ocupaba de su huerto y no perdonaba la partida de cartas en el bar. Se cruzaba con los vecinos de siempre, pero esquivaba las miradas porque no le apetecía hablar con nadie. El padre Rosendo lo abordó una tarde:

—No te veo por misa, Pío. Deberías venir.

—Estoy muy ocupado, padre.

—Vente mañana y te confiesas. Lo necesitas más que nunca. —Le dio un golpe afectuoso en el brazo y se perdió por las calles empedradas.

Al llegar a su casa, Pío se tumbó en la cama y se quedó un buen rato mirando al techo. ¿Necesitaba más que nunca una confesión? Sus andanzas con las Juventudes Socialistas las conocían todos los vecinos, sus actos de sabotaje también. La mirada de conmiseración del cura lo había removido. Se acordó de la frase de su padre: «Este reloj es lo único bueno que he hecho en mi vida». El Incomprendido era un ejemplo de la pequeña huella que se puede dejar en el mundo.

Su compromiso político solo le había traído problemas. El rechazo de Julia, el disgusto de su querida tía, una detención y varias palizas. La amenaza de una condena de cárcel. Y para colmo, su mejor amigo

pensaba que estaba flaqueando en sus convicciones, en su adhesión a la lucha obrera. Lo único que parecía funcionar medio bien era su nuevo trabajo en Michelin. Se sentía observado por el jefe de la fábrica de neumáticos, que examinaba su desempeño con lupa. A la tercera semana le dijo que se pasara por la nave de los cocedores y le diera su impresión de cómo funcionaba el servicio. A Pío le pareció que se podía agilizar la cadena de tareas, que la máquina térmica permanecía demasiado tiempo inactiva por una simple cuestión de organización. El jefe enarcó una ceja al recibir este informe y le dijo con displicencia que volviera a su puesto. Tres días después recibió un aumento de sueldo. Ahora ganaba veinte pesetas a la semana, mucho más que en la fábrica de hilados y tejidos de Brunet. Así que por lo menos esa parte de su vida se salvaba del desastre general.

Un sábado, cuando estaba reparando en el taller un reloj de sobremesa, oyó el silbido característico de Leoncio que anunciaba su llegada. Le gustó comprobar que se ponía contento, que no le interesaba nada proteger su soledad ni rebozarse en la tristeza. Llevaba casi quince días sin verlo y ya empezaba a pensar que su amistad se estaba desvaneciendo. Leoncio venía como un pincel, todo repeinado, con una cazadora roja sobre una camisa limpia.

—Deja de trabajar, pobre de espíritu, que es fin de semana.

—¿Vienes de una boda?

Tampoco es que su atuendo fuera tan elegante, pero iba siempre tan desastrado que a nada que se atildara un poco ya llamaba la atención.

—Es San Martín, nos vamos de verbena.

—No me apetece, amigo, no estoy de humor. Si quieres damos una vuelta por aquí.

—Son las fiestas de Villabona. ¿Julia no era de ese pueblo?

Villabona. Notó un terremoto en su interior. No solo echaba de menos a Julia, sino todo lo que tuviera algo que ver con su persona. La vista del viejo molino lo ponía al borde del llanto porque sabía que a ella ese lugar le provocaba nostalgia. Pasar por una zapatería le generaba melancolía por la sencilla razón de que el padre de ella era zapatero. Y así pasaba con todo. Incluso le afectaba cruzarse con una vecina que vestía una chaqueta negra de lana porque a Julia le gustaba vestir esa prenda. En ese estado de fragilidad, visitar Villabona le podía alterar los nervios o provocarle emociones incontrolables. No solo porque era el lugar donde había nacido Julia y donde vivió hasta los veinticuatro años, sino porque, si eran las fiestas de su pueblo, probablemente ella estaría allí.

—Dame un minuto, me cambio y nos vamos.

—¡Date prisa! ¡Vamos a ligar con un par de buenas mozas!

Pío se dio cuenta de hasta qué punto necesitaba a su amigo.

En Villabona se sintieron arrollados por el alboroto popular. Un pasacalle de gigantes y cabezudos invitaba a la fiesta, amenizada por una banda de tamboriles, *txistus* y dulzainas. En la plaza del pueblo había competiciones de *bertsolaris,* bailes folclóricos y casetas con juegos de verbena. A nada que uno se apartara un poco del bullicio, percibía los ecos del ajetreo de los caseríos cercanos ocupados en la matanza del cerdo. En los prados se celebraban deportes rurales que los espectadores seguían sentados en la hierba, mientras comían rosquillas y bebían chocolate caliente. En cada calle, en cada plaza, en cada esquina, se bebía sidra, se reía y se bailaba.

Leoncio animó a Pío a bailar en la plaza del Ayuntamiento. La música tradicional daba paso, de vez en cuando, a un bailable, una polca o una canción popular. Pío se movía a un lado y otro, pero era más una pose que un baile real, pues no despegaba los pies del suelo. Buscaba a Julia por todas partes, su mirada barría el gentío y trataba

de encontrar un moño perfecto, o unos brazos como columnas trajanas, los de Socorro.

Leoncio se había puesto a bailar con una moza de mejillas sonrosadas, ataviada con un traje tradicional, que lo sometió a un buen meneo. Bebieron sidra, escucharon durante un rato el combate de rimas de los *bertsolaris,* siempre muy esperado, y se acercaron al ala norte, en la que se estaba celebrando una carrera de sacos. El público se reía mucho con los esfuerzos de los contendientes, que tropezaban, rodaban por el suelo, molestaban a los demás, que intentaban saltar por encima de ellos en una barahúnda divertida. Uno de los concursantes consiguió despertar la admiración de todos, pues siempre parecía que se iba a caer, pero nunca se caía.

Era Zarzabul.

Pío lo reconoció y le dio un codazo a Leoncio. Zarzabul llegó el primero a la meta, se liberó del saco y levantó los brazos en señal de victoria. Se acercó a saludar a alguien que lo vitoreaba entre el público. Y Pío notó que su cuerpo entero se vaciaba de vida, que su corazón dejaba de bombear y el estómago se le llenaba de un hormigueo insoportable. Era Julia. Una Julia risueña, feliz, plantando un beso en la mejilla del campeón, su héroe. Una Julia con el pelo suelto, sin moño y sin Socorro de carabina.

—¿Lo saludamos? —preguntó Leoncio y enseguida comprendió que había tenido poco tacto.

—Yo me voy a casa.

Empezó a atravesar la multitud apartando a unos y otros con gestos expeditivos. Leoncio lo siguió.

—¡Espera! Vamos a tomar algo, no te vayas así.

—Tú quédate, yo no tengo ánimo.

Leoncio trató de convencerlo, pero no hubo manera.

En el tranvía, Pío miraba por la ventanilla el paisaje envuelto ya por las sombras de la noche. Le costaba creer lo que había visto. Esa imagen festiva de Julia no le encajaba. ¿Por qué con él se mostraba tan discreta? ¿Tan aburrida era su compañía? ¿O era Socorro, la carabina, quien le imponía ese decoro? Podía ser, pero aun así no lograba integrar a esa Julia risueña y besucona en la idea que tenía de ella. Detestaba las multitudes. Dos meses atrás, en septiembre, habían ido juntos a ver la carrera de automovilismo de Lasarte. Era una competición internacional, participaban los mejores pilotos y las escuderías más punteras del mundo: Mercedes, Alfa Romeo, Maserati. Nadie se quería perder esa carrera en un circuito que recorría Lasarte, Hernani, Urnieta y Andoain, entre otras localidades.

Las carreteras se atestaban de vehículos que venían de toda España, había gente en las ventanas, en las vallas, en las tapias y hasta en los árboles. Ganó Luigi Fagioli, uno de los grandes, pero él no lo pudo presenciar porque Julia, a mitad de carrera, le dijo que se quería marchar porque la agobiaban las concentraciones de gente. Él estaba enganchado al zumbido de los motores, a la euforia general, a los adelantamientos que despertaban mucha emoción, a los percances: un accidente, un motor averiado, un bólido que se salía de la pista y creaba un instante de pánico entre los espectadores a los que pasaba rozando. Pero ella no aguantaba más y tuvo que acompañarla a su casa.

Intentaba yuxtaponer las imágenes de las dos Julias y su memoria lo llevó de los coches de Fórmula 1 a otra carrera que marcó su infancia, la de burros en el Hipódromo. Evocó a Youna, de la que se enamoró con solo diez años, y recordó el beso que ella le prometió después de aquella broma organizada por su tía Enriqueta y un jinete inglés que siempre estaba borracho. Youna le prometió un beso. Y esa tarde Julia se lo había dado a Zarzabul por ganar una carrera de sacos.

El cristal del tranvía ofrecía a Pío un reflejo deformado de sí mismo. Fuera, algunos caseríos salpicaban el paisaje con sus bombillas macilentas, como pesebres apenas iluminados.

5

Cuando cenaron en un restaurante de la Parte Vieja, Blas Echániz parecía más interesado en retomar el contacto con Enriqueta que en el lío en el que se había metido su sobrino. Aquellos actos de sabotaje le parecían tonterías de jóvenes jugando a hacer la revolución. En cambio, tener para él durante dos horas a la mujer que siempre le había gustado era un privilegio que estaba dispuesto a disfrutar. Durante muchos años se había comedido en sus atenciones porque ella era la mujer de su mejor amigo.

A cada requiebro del abogado, Enriqueta había intentado reconducir la conversación en la posible condena que pesaba sobre Pío. Pero no fue fácil. No, no fue una cena agradable. Ella estaba acostumbrada a las diversiones mundanas, entre las que ocupaba un lugar principal la seducción. Pero ese hombre le parecía repulsivo. Las orejas grandes, con algún pelito asomando por los pabellones, la nariz como una peonza clavada en medio de la cara, la lengua apareciendo una y otra vez para refrescarse los labios y ese ruidito que hacía con la saliva, chasquidos entre frase y frase, como si dentro de su boca hubiera una compuerta que se abría y se cerraba todo el rato. Los años lo habían convertido en un señor aburrido y rijoso. Solo sacó en claro que el abogado asumía el caso a cambio de llevársela a la cama. No lo dijo abiertamente, pero ella entendió los términos del intercambio con toda claridad.

Pasó una semana sin recibir noticias de él, hasta que por fin la citó en el hotel Londres para tomar una copa. Enriqueta acudió temiéndose lo peor, pero se llevó una gran sorpresa: Blas Echániz se levantó al verla llegar, la saludó con un apretón de manos y la invitó a sentarse. Sacó de su cartera de cuero el expediente del caso, que había conseguido, y lo repasó en voz alta.

A Pío lo acusaban de sabotear la línea del tranvía San Sebastián-Tolosa y de intentar volar el túnel de Usurbil, de los Ferrocarriles Vascongados. Por suerte, solo explosionó una carga de las siete que tenían colocadas, seguramente por negligencia. No hubo que lamentar víctimas ni daños materiales, más allá de un pequeño desprendimiento de arenisca en un muro. En estos dos actos lo acompañaba otro encausado, Leoncio Gárate. Según la acusación, también pretendían asaltar la estación de Lasarte y transportar explosivos desde Hernani. La policía requisó en un granero de Oria un alijo de armas y municiones: once pistolas, dos rifles, cinco revólveres, una escopeta de caza, ciento cincuenta cartuchos de fusil, otros tantos de pistola, cien cartuchos de caza, cincuenta kilos de dinamita, rollos de mecha y varios detonadores.

Blas Echániz levantó la cabeza de sus papeles y miró a Enriqueta con gravedad.

—No está mal la carrera de tu sobrino. Yo a los veintiséis años todavía estaba estudiando.

—¿Cómo lo ves?

—Mal. El fiscal sostiene el delito de auxilio a la rebelión y pide penas altas: entre doce y veinte años de cárcel.

Enriqueta exhaló un profundo suspiro.

—Yo te he llamado a ti porque eres el mejor, Blas. Ya sé que la cosa está mal, no hace falta que me lo recuerdes. Dime qué opciones tenemos haciendo la magia que sabes hacer.

—Hay que trabajar mucho en este caso. Tu sobrino tiene que parecer un pobre chico influido por los verdaderos responsables. Hay que destinar recursos económicos para ayudar al tribunal a creer nuestra versión.

—¿Cuál es nuestra versión?

—Que Pío no ha hecho nada. Que acompañó a Leoncio Gárate porque se veía arrastrado, por no ser menos en ese círculo de revolucionarios.

—¿Y eso se lo van a tragar?

—Con dinero se lo tragan todo. Pero es una defensa cara, Enriqueta. ¿Puedes afrontar una minuta alta?

Ella quiso adoptar una expresión de orgullo, casi de mujer ofendida, pero no consiguió componer ese gesto. Blas sabía que la mitad del patrimonio de su exmarido se lo había quedado ella. Y no era el momento de lamentar su vida de despilfarros, viajes y caprichos.

—¿De verdad vamos a hablar de cuánto cuesta tu defensa, Blas?

—Es importante dejar claros los términos desde el principio.

—Yo te he llamado porque eres el mejor abogado. Pero no solo por eso.

Lo cogió de la mano. Él reaccionó con un pequeño respingo. Se dejó acariciar el dorso, los dedos, hasta que la retiró un tanto cohibido.

—Es esencial que hable con Pío. Cuanto antes, Enriqueta.

Pío llevaba varios días como un alma en pena. Cumplía con su turno en Michelin, pero no hablaba con nadie en los descansos ni se quedaba a tomar unos vinos después del trabajo. Necesitaba estar solo, rumiar su tristeza, actuar como los animales que se refugian en un rincón y se lamen las heridas en silencio. Cuando Enriqueta lo vio aparecer en el piso de San Sebastián lo regañó por su desaliño y se preocupó por sus ojeras.

—¿No estás durmiendo bien, cariño?

—Poco.

—No te puedes presentar así delante del abogado, como un cerdo camino del matadero. Así que espabila.

Como no lograba llegar a él, le pidió a Patrocinio que le levantara el ánimo.

—Como si fuera tan fácil —rezongó la criada.

—No seas respondona, que no me gusta cuando te pones así.
Y habla con él, anda, a ti te escucha.

—No pasa nada por estar triste, ya se le pasará.

No le faltaba razón. Aun así, habló con Pío, le hizo alguna broma y le transmitió un poquito del cariño que siempre había sentido por él. Nada de eso consiguió mejorar su presencia de ánimo cuando se sentó a hablar con Blas Echániz en su despacho, que estaba en la avenida de la Libertad. El objetivo del abogado era conseguir la colaboración de Pío en un par de aspectos importantes de la defensa. El primero, que él solo acompañó a Leoncio en los dos actos de sabotaje que se le imputaban. Pero no serró ningún poste de la vía ni accionó el detonador en la explosión fallida del túnel. El segundo, que él no sabía nada de las armas, ni de las encontradas en el silo de Oria ni de las que había que transportar desde Hernani.

—De las armas es verdad que yo no sabía nada. Pero sí que participé en los dos sabotajes.

—Solo como acompañante, Pío. Es importante que te metas esto en la cabeza.

—Serré uno de los postes. A Leoncio le dio tiempo a serrar dos, a mí solo uno.

—Tienes que declarar que no serraste ninguno.

—Pero entonces le van a echar toda la culpa a Leoncio.

—Eso no es asunto nuestro. —Echániz se puso serio.

—Mío sí, porque Leoncio es mi mejor amigo.

—Escucha, Pío. Leoncio serró dos postes, tú no le estás echando la culpa, él mismo lo reconoce. Tú solo tienes que decir que no serraste ninguno.

—Pero yo estaba allí.

—Eso sí. Pero fuiste porque querías sentirte integrado en el grupo. No por cuestiones de ideología. Tú no quieres la revolución socialista del proletariado. ¿Eres capaz de decir eso? Me da igual lo que pienses, solo quiero que lo digas.

—Eso sí lo puedo decir, pero lo de Leoncio...

—No tienes que hablar de Leoncio en ningún momento —se impacientó el abogado—. Habla de ti. Solo te pido una mentira, que no serraste ningún poste. Porque en el túnel no hiciste nada.

—Coloqué las siete cargas.

—Pero no accionaste el detonador.

—No, eso fue Leoncio.

—Bien, tú ayudaste a disponer la escena. Pero la detonación no fue cosa tuya.

—Pero podríamos haberlo hecho al revés, que Leoncio colocara las cargas y que yo las explosionara.

—Pero no fue así, punto. No te metas en más explicaciones.

Pío, aturdido, replicó algo con una voz inaudible.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

El abogado quería meterle un poco de miedo, era imprescindible que pasara por el aro de su estrategia. No le había permitido a Enriqueta estar presente en la reunión porque lo quería tener solo para él, sin asideros sentimentales, sin aliados.

—Otra cosa. Salte de las Juventudes Socialistas.

—Eso no es tan fácil.

—Cuando pase el juicio, te afilias otra vez si te da la gana. Pero el día del juicio quiero decir bien alto que te has alejado de ese nido de comunistas. ¿Está claro?

Pío no se quería ni imaginar la reacción de Leoncio y de los demás. Una cosa era irse de la fábrica de Brunet, otra muy distinta era pegar la espantada, convertirse a ojos de todo el mundo en un hombre conformista que no lucha por un mundo mejor.

—¿Está claro, Pío? O me haces caso o te pueden encerrar veinte años.

—Vale.

—¿Vale qué? ¿Te borras?

—Me borro.

El abogado se echó hacia atrás en la silla y se aflojó el nudo de la corbata, como si el combate lo hubiera dejado exhausto.

Esa noche había quedado con Enriqueta para contarle sus impresiones. La citó de nuevo en el hotel Londres, pero esta vez

había reservado una habitación.

—Allí podemos hablar más tranquilos.

Enriqueta esbozó una sonrisa de suficiencia, para que al menos constara que advertía sus mañas de seductor y si subía con él era porque se prestaba a la emboscada. Él sirvió dos vasos de una botella de *whisky* que sacó del minibar.

—Tu sobrino es duro, no sé de dónde ha sacado esa integridad.

—¿Te refieres a que es imposible que la haya sacado de mí?

Él dio un sorbo y lo dejó sobre la mesita junto al balcón.

—No son tiempos para la gente íntegra, ahora se trata de poner el culo a salvo. Pero parece que va a colaborar.

—Me alegro, no soportaría que lo encarcelaran.

—Siéntate, querida, vamos a hablar claramente. No sé si voy a sacar a Pío de esta, pero lo voy a intentar. Y los dos sabemos que tú no puedes pagar la minuta.

—Veo que sigues en contacto con mi exmarido.

—Le sigo llevando algunos asuntos. Y me contó que le pediste dinero hace unos meses.

—Él siempre tan discreto. ¿Qué tal está? ¿Sigue persiguiendo mujeres de clase alta?

—Ya sabes cómo es Javier, podría ser. Pero sigue abriendo fábricas. Una en Bermeo, otra en Llodio.

Ella se quedó mirando la bahía bajo el cielo nublado. No quería hablar de su exmarido, de su audacia como empresario, de su falta de escrúpulos.

—Creo que Javier aceptaría pagar la defensa de tu sobrino.

—Jamás se lo pediría.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Enriqueta salió al balcón a respirar el aire de la tarde. El mar estaba en calma y emitía destellos plateados.

—¿Qué monte te gusta más? —preguntó al notar la presencia de Blas a su espalda—. ¿Urgull o Igueldo?

—No quiero que hagas nada que no quieras hacer —dijo él mientras se secaba el sudor de las manos en el pantalón.

—Voy un momento al baño —anunció Enriqueta.

Se hizo a un lado para que ella pasara. Después encendió un cigarrillo y se acodó en el balcón. El aire estaba detenido y las gaviotas graznaban en la playa. Se sintió muy triste. Le gustaba Enriqueta, su rostro, su cuerpo, su ingenio. La admiraba por su manera de encarar la vida, por haberse divorciado a pesar del estigma que la iba a acompañar el resto de su vida. Él no se atrevía a dar ese paso, solo por no arruinar su reputación en una sociedad provinciana. Muchas veces pensó en llamarla, en invitarla a cenar, pero sabía que no era correspondido.

Apagó el cigarrillo y, al volver a la habitación, oyó el rumor del agua corriendo en el lavabo. Segundos después, el ruido seco del pestillo que se descorría. Supo que Enriqueta iba a aparecer desnuda y empezó a desabotonarse la camisa.

6

«He dejado las Juventudes Socialistas y la fábrica de Brunet. Ahora estoy en Michelin. Te lo digo por si te interesa». La carta no decía nada más. Julia la había recogido en su buzón esa misma mañana. Venía en un sobre sin sello. La leyó varias veces, como si en la quinta o en la sexta lectura pudiera aparecer el remitente, o un saludo, o un beso, o un te quiero. Le parecía una nota rácana, perezosa, pero advertía en ese laconismo la desesperación de un enamorado. Primero pensó que era de Pío, pero luego torció el gesto al darse cuenta de que también podía venir de Zarzabul. Ambos militaban en las Juventudes Socialistas y compartían trabajo en la fábrica de tejidos de Brunet, así que esa información tan escueta no descartaba a ninguno de los dos.

Por un instante se sintió una casquivana, y la sola idea la horrorizaba. ¿Cómo era posible recibir una carta como esa y no saber a punto fijo quién se la mandaba? Tenía que ser de Pío. Lo había visto varias veces plantado en el jardín como una estaca, mirando hacia su ventana con ojos de cordero degollado. Aunque hacía mucho que no iba. Se había cansado. Así que la carta podía ser de Zarzabul. ¿Por qué demonios se le había ocurrido hacerle caso a un hombre tan alejado de sus gustos? Estaba tan enfadada con Pío que quería hacerle daño, no encontraba otra explicación.

Pero tampoco se había arrojado en brazos del otro. Solo le aceptó algún requiebro en las fiestas de San Martín, justo un día en el que su hermana Socorro había caído enferma y ella se sentía más libre. Estaba con sus primas de Villabona, se lo encontró por casualidad y se dejó invitar a unas rosquillas. También bebió un poco de sidra, algo que no hacía nunca, disparó con él en una caseta de feria, lo acompañó a la carrera de sacos y le dio un beso en la mejilla como si fuera su novia. Se arrepintió al instante y llevaba semanas fustigándose por ello.

Tampoco entendía por qué aceptó pasear con Zarzabul cuando, una semana después, se presentó en su casa con esa invitación. ¿Quería castigarse ella por su mala conducta? ¿Se obligaba a una compañía que no deseaba para expiar sus pecados? Aquella tarde, Socorro los acompañó.

—¿Tenemos que llevar a esa gorda pegada todo el rato? —preguntó él cuando ya habían paseado un buen trecho.

Julia se ofendió al instante.

—No la llames gorda, es mi hermana.

—Está como un tonel —añadió Zarzabul entre risas.

A la siguiente invitación a pasear, que se produjo días después, ella esgrimió la excusa de que se encontraba mal. Y un día que acompañó a su padre hasta Brunet para llevar un lote de zapatos remendados a la fábrica, lo vio coqueteando con una empleada. Ya no quiso saber más de él. Ojalá no le hubiera abierto nunca la puerta.

Pero no se podía desahogar con nadie, pues con su hermana Socorro resultaba muy difícil hablar, sobre todo desde la gripe que la había tenido en cama unos días y había afectado a su cordura. Según Socorro, en el delirio de la fiebre se le apareció una lamia y le dijo que su camino en la vida era proteger a Julia de las tentaciones. Una lamia era un personaje femenino, con pies de pato, que alimentaba las leyendas vascas más antiguas. Una especie de guía que la iba a ayudar a descubrir al demonio en cada hombre que se acercara a su hermana. A esa tarea quería consagrar su existencia. Tras el paseo con Zarzabul, le dijo que debía mantenerse alejada de él. También decía de Pío algo parecido.

Julia se lo contó a su madre, y ella habló con Socorro y le sugirió que se metiera en el convento.

—Pero, madre, si hago eso no puedo vigilar a Julia. Estaría faltando a la misión que Maripetralin me ha encomendado.

—¿Maripetralin?

—Sí, es el nombre de mi lamia.

—Que Dios nos coja confesados —resumió Marcelina al ver el cariz que había tomado la locura de su hija.

A Ramiro, su padre, no le podían consultar la cuestión del convento. Esa mañana había tenido un percance en su chiscón de zapatero. Estaba claveteando la suela de una bota y de un martillazo tremendo se metió un clavo en el dedo índice de la mano izquierda. Se lo sacó él mismo con unas tenazas y se enrolló un trapo para detener la hemorragia. Pero el dedo tenía mal aspecto y él se encontraba mal. Sudaba, temblaba, le subía la fiebre. Marcelina lo había regañado por no pedir ayuda de inmediato, pues Ramiro siguió su jornada recortando excedentes de suelas, colocando hormas en zapatos demasiado estrechos, embetunando calzados de cuero y de piel y cosiendo alpargatas. Solo paró cuando empezó a sentirse mareado. Entonces cerró el chiscón y montó en la mula para volver a su casa.

Marcelina le desinfectó la herida con alcohol y le preparó infusiones de romero. No sabía si eran eficaces, pero su madre se las daba cuando era una niña.

Al día siguiente, al retirar la venda del dedo para limpiarlo, vio que la zona se había ennegrecido. Ramiro no mejoraba, era incapaz de levantarse de la cama y la fiebre seguía siendo muy alta. La rigidez del cuello le impedía girarse hacia su hija Julia cuando le susurraba palabras de aliento.

—Hija, vete a buscar a don Pablo, estoy preocupada.

Don Pablo era el médico de la comarca. Vivía en Hernani, pero visitaba todos los pueblos casi a diario. Julia corrió al bar La Bodega, cuyo comedor funcionaba como un dispensario público donde los vecinos dejaban recado de que se necesitaba una visita a domicilio. Esa tarde, cuando don Pablo vio al enfermo, reaccionó con alarma. Ramiro se consumía en su fiebre y la infección lo estaba devorando. La necrosis del dedo herido se había extendido por el brazo. Seguramente el clavo estaba oxidado. Él llevaba en el botiquín un desinfectante que todavía no había salido al mercado. Se llamaba mercromina y lo podía administrar en situaciones de urgencia. Pero ya era tarde. Ramiro murió esa madrugada y el médico no se separó de su cama ni un instante. Le ponía paños húmedos en la frente, le daba líquidos sosteniendo la cabeza del desventurado, solo para aliviar el trance final.

Antes de esa noche fatídica, cuando el médico informó a las tres mujeres del desenlace inevitable, Julia salió a pasear para calmar sus nervios. No podía entender que un martillazo en el dedo pudiera ocasionar una muerte. Estaba convencida de que su padre bebía en secreto. Nunca lo hacía en casa y no se lo veía en los bares, así que debía de hacerlo en el chiscón, cuando estaba libre de las miradas indiscretas. Con toda seguridad, allí guardaba sus botellas o su petaca, y tal vez el accidente se produjo porque estaba borracho. No era la primera vez que volvía a casa con cortes en el pecho o en la mano.

Se dirigió al taller de su padre, un local muy pequeño junto al almacén de piensos, para confirmar sus sospechas. El lugar estaba abarrotado de zapatos y de herramientas, de trapos manchados, cepillos, tarros de crema. En su mesa de trabajo brillaban un cuchillo curvo y una espátula, quizá los últimos utensilios que sostuvieron sus manos. De un clavo colgaba un delantal hecho jirones, su uniforme. Estaba manchado de sangre. Julia buscó la botella delatora en los armarios, en los estantes, en las gavetas. Miró dentro de cada zapato por si su padre había tenido la precaución de ocultar ahí una petaca. Se quedó sosteniendo un botín de cuero lustroso,

pendiente de recogida. Llevaba pegada una etiqueta que decía: «Pío Yarza». Colocó el zapato donde estaba, con mimo. Y cuando volvía a su casa, avergonzada de su desconfianza, se preguntó si no sería una señal que los últimos zapatos que había arreglado su padre fueran los de Pío.

No derramó lágrimas esa noche, ni siquiera cuando don Pablo anunció la muerte de Ramiro. Aguantó con entereza todo el velatorio, punteado por el llanto de su madre y por las oraciones que Socorro rezaba, o más bien profería, en voz muy alta. No le parecía correcto aguardar la llegada de Pío, no era decoroso pensar en una reconciliación en esas horas de luto, pero cada vez que oía la campanita de la puerta el corazón se le aceleraba. Pío no compareció. Aunque podía ser que estuviera en San Sebastián con su tía, y que no se hubiera enterado de la noticia, su instinto le decía que si no la visitaba en un momento como ese era porque la había olvidado para siempre.

Sí lo vio en el entierro. Serio, elegante, guapo. La saludó con corrección y le presentó sus condolencias sin dedicarle más tiempo que a su madre o a su hermana. Y después desapareció. Los siguientes días fueron terribles. Socorro se comportaba como una iluminada, decía que Maripetralin se había llevado al *aita* para poner a prueba su fe en las lamias. Marcelina se vistió de negro y dejó de coser y de fabricar alpargatas, pues no estaba bien visto trabajar durante el luto. Julia se preguntaba cómo iban a salir adelante.

Una mañana, cuando estaba limpiando el chiscón de su padre y de paso buscando algún dinero que pudiera tener escondido, vio los zapatos de Pío y decidió llevárselos. Lo encontró concentrado en un reloj, inclinado sobre la mesa de su pequeño taller. La estampa le recordó a su padre: dos trabajadores callados, sosteniendo herramientas con delicadeza, encorvados sobre su tarea y confinados en un habitáculo. Sintió una profunda emoción y le dio mucha vergüenza interrumpir al artesano. Por fortuna, él levantó la

mirada y sonrió al verla, y eso actuó como un permiso para que ella se acercara.

—Los he encontrado en el taller de mi padre. Creo que ya están terminados —anunció mostrándole los zapatos. Los dejó en el mostrador.

Pío apenas dedicó dos segundos a inspeccionar sus botines.

—Gracias por traérmelos.

—Creo que son los últimos que arregló.

Él captó el alcance de lo que ella decía. Notó que el gesto se le deformaba un poco por intentar refrenar el llanto. Se acercó a ella y le sorprendió ver que no retrocedía, que no solo no rechazaba el contacto físico, sino que incluso lo deseaba. La abrazó. Después ella sonrió, porque al fin se disipaban los nubarrones entre ellos. Por primera vez en mucho tiempo, los dos se sentían felices, aunque se mantenían cautos. Eran torpes en la reconciliación, se mostraban anhelantes y a la vez tímidos, y de un modo misterioso eso convertía el momento en algo muy especial.

—¿Quieres que te prepare un té? Justo ahora iba a hacer un descanso.

—No quiero dejar a mi madre sola. ¿Me acompañas o es mucho pedir?

—Te acompaño.

Entró en la casa un instante y salió con una zamarra. Era una mañana fría de diciembre y la humedad se sentía en el aire. Las nubes bajas amenazaban con descargar en cualquier momento.

—Recibí tu nota.

Él caminaba en silencio y ella deseó con toda su alma que reconociera cuanto antes la autoría.

—Fue una tontería, no sé por qué me dio por ahí —se excusó Pío, que se sentía como esos pobres enamorados que después de una ruptura se comportan de la forma que hubiera aprobado su amor perdido. Cambian costumbres o emprenden aficiones buscando una admiración que ya no pueden obtener.

—¿De verdad has dejado la política?

—Sí, la verdad es que esas reuniones me aburrían.

—Pero tienes pendiente el juicio.

—Mi tía me ha buscado un buen abogado. Dice que me voy a librar, es optimista. No como tú —añadió para pincharla un poco.

—Yo no lo soy, ya me conoces.

—A mí me gusta cómo eres.

Empezó a llover con fuerza y corrieron a refugiarse bajo la tejavana del almacén de licores. Todavía les quedaba emprender la cuesta empinada. Julia se deshizo el moño porque tenía el pelo empapado. Se sacudió la melena y él la encontró preciosa.

—¿Has oído lo que te he dicho? Me gustas.

—Ya he oído.

—¿Y? ¿No tienes nada que decir?

—¿Qué voy a decir yo? Que se ha puesto a llover a cántaros, que estoy como una sopa.

—Quiero casarme contigo.

Ella resopló en un gesto que a él le pareció de paciencia, como si fuera la enésima vez que se lo pedía.

—Quiero cuidarte, ser tu marido, pasar la vida contigo. Dime que sí, Julia.

—Ahora no puedo, ¿no ves que estoy de luto?

—¿Cuánto dura el luto?

—Un año.

—Pues esperamos un año, no hay prisa.

—Y si te meten en la cárcel, ¿qué hacemos?

—Me visitas y me traes comida rica, que allí dan mal de comer.

—No hagas gracias, Pío, que yo no tengo sentido del humor. A mí me gusta hablar en serio.

Él le retiró el pelo empapado de la cara. Buscaba cercanía, calidez, pero ella le dio una palmada en la mano para aplacar el gesto de cariño.

—Pesimista y sin sentido del humor, menudo panorama.

—Eso es, piénsatelo bien.

—Ya me lo he pensado. He tenido mucho tiempo para pensarlo y estoy convencido. Quiero casarme contigo.

—Y me lo dices aquí, delante de una licorería. Tú muy romántico no eres.

Él aceptó el reproche extendiendo los brazos. En eso Julia tenía razón.

—Mira, ya ha escampado. ¿Quieres que vayamos subiendo la cuesta?

Ella no se movía. Se había cruzado de brazos y lo miraba con un rictus muy severo.

—¿De verdad quieres ser el marido de una mujer como yo, que no me río con nada?

—A veces hay que hacer lo que te pide el corazón, aunque los demás no lo entiendan —dijo evocando un consejo de su tía Juana que se le había grabado en la memoria.

Ella asintió en señal de desaprobación.

—Qué poco fundamento tienes.

7

Pepe Galán tenía una cinta métrica colgada del cuello y una tiza en la mano para tomar las medidas de Pío.

—¿Estás seguro de que lo quieres de lana?

Con los brazos extendidos, Pío semejaba un dios pagano abrazando al mundo entero.

—De lana, mi tía ha insistido mucho. Así me lo puedo poner todo el año.

—Pero ¿no es un traje para tu boda? —exclamó Leoncio—. Ahora resulta que va a ser tu ropa de paseo. Te has vuelto un burgués, compañero. ¡Quién te ha visto y quién te ve!

Pío se empezaba a arrepentir de haberle pedido a su amigo que lo acompañara. No era la primera pulla que le soltaba. Todo le molestaba esa mañana, que se hubiera salido de las Juventudes Socialistas, que trabajara en Michelin, que era una empresa francesa, que se fuera a casar en tiempos tan convulsos...

—No está mal vestirse bien de vez en cuando, camarada —intervino Galán—. Si todo el mundo fuera hecho unos zorros, como tú, yo tendría que cerrar el negocio.

—A ti no te faltará trabajo, la vida está llena de ricachones y de burgueses.

—Y de gente que se casa, Leoncio —dijo Pío—. Yo soy pobre como una rata, pero me hago un traje porque a una boda hay que ir guapo. Tú también te lo harás cuando te cases.

—Yo no me caso. Mis ideas no están en venta, Pío. Las tuyas está claro que sí.

—No mezclemos el tocino con la velocidad —contemporizó el sastre —. No hace falta ser un socialista revolucionario las veinticuatro horas del día.

—Para mí, sí —proclamó Leoncio—. Lo demás es no sentir la causa.

—Hay que aceptar las contradicciones que todos llevamos dentro — dijo Galán, y acto seguido un alfiler brotó de sus labios y lo prendió en una tela que tenía extendida sobre la mesa grande.

—Por lo menos vendrás a la manifestación el domingo —le planteó a Pío.

Se refería a una convocatoria para exigir la amnistía de los encarcelados por la huelga general del año anterior.

—No sé si podré ir.

—La ha organizado Astelena, vamos todos. Si no vas a eso, es que no miras ni por tu propio interés. Nuestro consejo de guerra es la próxima semana, ¿qué pasa si te condenan? ¿No quieres que los compañeros luchen por tu libertad?

—¿Puedo bajar ya los brazos? —preguntó Pío al sastre.

—Sí sí, ya tengo tus medidas. Me falta la cintura.

—Los brazos los has bajado hace tiempo, me parece a mí —dejó caer Leoncio.

—Yo sí voy a ir —anunció Pepe Galán—, pero dicen que puede haber cargas. La policía tiene permiso de arriba para reprimir las protestas con brutalidad.

—Pues si quieren pelea, la tendrán —dijo Leoncio.

—Parece que incluso la deseas —soltó Pío mientras el sastre le rodeaba la cintura con la cinta métrica.

Leoncio dejó a un lado el ejemplar de *El Socialista* que estaba hojeando, se levantó y se encaró con su amigo:

—¿Qué hostias estás diciendo?

—Que no te entiendo, que no veo la necesidad de salir a la calle para que te muelan a palos.

—Para pedir justicia. La gente que está en la cárcel no tuvo un juicio con garantías. Se les hizo un consejo de guerra, como nos hacen a nosotros la semana que viene. ¿A ti te parece bien? Eso no es un juicio, es un tribunal amañado.

—Precisamente por eso, porque te juegas la cárcel en ese consejo, no te conviene ir a la manifestación del domingo.

—A mí no me van a intimidar, compañero.

—Es cuestión de inteligencia, coño, que lo digo por tu bien.

—Ahora resulta que eres más listo que yo. —Leoncio soltó una risita despectiva—. Pues yo creo que eres un cobarde.

—Ya está bien, camarada —medió el sastre.

—¿De verdad le vas a hacer un traje a este desertor? Yo me lo pensaría dos veces. No sé ni para qué hostias he venido.

Le lanzó una mirada fría, como si de pronto se hubiera abierto un abismo entre ellos, y se marchó. Pío no se podía creer lo que había sucedido. La actitud provocadora desde el primer momento, la inquina con la que le hablaba... ¿Estaba nervioso por el consejo de guerra? Podía ser. También entendía un resentimiento de clase hacia él, que disponía de un buen abogado que le pagaba su tía. Aunque

Leoncio tampoco se podía quejar: contaba con la defensa que el partido ponía a disposición de sus afiliados, a cargo de Eustasio Amilibia, una institución.

—No le hagas mucho caso —dijo Galán—. Es impulsivo. Y estos días está que muerde. A mí me ha dado alguna que otra coz.

—Me ha llamado desertor. Eso no se lo voy a tolerar.

El sastre se subió las gafas que ya resbalaban por su nariz. Se limpió los dedos manchados de tiza en su mandil.

—A ver, Pío, un desertor sí eres, si somos rigurosos con la palabra. Has desertado de las Juventudes Socialistas. Y no sé si de tus ideas.

—De mis ideas, no. Del activismo, sí.

—Me alegro de que lo digas, porque de las ideas no se puede desertar, por mucho que lo intentes. Los que sostienen que la ideología se desinfla con la edad no buscan más que coartadas para su comodidad. Espero que tú nunca seas de esos.

—Las ideas no se demuestran enfrentándose a la policía. Eso es lo que creo.

—Hay muchas formas de demostrarlas —dijo Galán—. Enfrentarse a la policía es una muy buena.

Pío no entendía por qué ese hombre culto, inteligente y razonable justificaba la violencia, a veces incluso animaba a ejercerla. ¿Qué estaba pasando con las mentes más brillantes? No sabía poner en palabras su desconcierto ante la agresividad de Leoncio, la ambigüedad moral del sastre.

Pepe Galán recogió el hilo, guardó las tijeras, el dedal, la regla.

—Tendrás un traje precioso y tu novia se sentirá orgullosa de ti. Ya lo verás. Siempre y cuando no te manden a la cárcel, claro.

A Pío le gustó ver que Julia vestía de oscuro, pero no de negro, lo que indicaba que su madre estaba aliviando el luto.

—Me ha prometido que, si te sueltan, nos podemos casar cuando queramos.

Él resopló en señal de nerviosismo. El consejo de guerra se celebraba esa mañana, y en las puertas del tribunal se arremolinaba mucha gente. Vecinos de Oria que se habían desplazado a San Sebastián para apoyar a los encausados, policías para mantener el orden, periodistas y curiosos, un hervidero de emociones que impedía mantener la calma. Enriqueta se había vestido con elegancia, como si eso pudiera ayudar a la suerte de su sobrino.

—Mira con quién he venido —le dijo.

Pío sonrió al ver a su tía Juana, vestida con los hábitos.

—¡Tía! ¡Te han dejado salir!

—Quiero que te vean conmigo, que estás cerca de Dios y no de esos terroristas —dijo pellizcándole una mejilla.

Una veintena de acusados entraron en el edificio precedidos por su abogado, Eustasio Amilibia. Leoncio pasó junto a Pío, pero no lo saludó. Él aguardó a la llegada de Blas Echániz, que venía de hacer las gestiones finales de su defensa.

—Vamos, Pío —le dijo.

Mientras se dirigían a la sala, le recordó las claves de su estrategia. Él no serró ningún poste. Él no accionó el detonador. Él se metió en las Juventudes Socialistas por no desentonar con el grupo, en ningún caso por convicción ideológica. Él no sabía nada de las armas encontradas en un silo. El consejo de guerra lo presidía el teniente coronel De la Brena, que repasó el sumario instruido contra Andrés Zarzabul, presidente de las Juventudes Socialistas de la barriada de Oria, y otros veintiocho individuos entre los que estaban el Abuelo, Leoncio y Pío. Estaba claro que las delaciones habían arrastrado a mucha gente.

El fiscal leyó sus conclusiones provisionales: acusaba a todos de auxilio a la rebelión, el delito más grave. A Zarzabul, Eleuterio, Leoncio y Pío, de tenencia de armas. A estos dos últimos, de sabotaje y terrorismo en grado de tentativa, por el intento frustrado de volar el túnel de Usurbil. Eran los más señalados y pedía para ellos veinte años de reclusión. Era difícil no estremecerse con la lectura de los cargos. Pero, por más que Pío buscó a su amigo con la mirada, no encontró la suya. Leoncio se mantenía recto en la silla, la mirada erguida.

Juana se santiguó varias veces. A su lado, Enriqueta se abanicaba porque en esa sala hacía mucho calor.

Amilibia negó todos los cargos, uno por uno. Se esmeró en desligar los actos de sabotaje de la huelga de octubre del 34, un suceso, explicó, eminentemente asturiano y catalán, que salpicó a otras partes de España con muy poca intensidad. No reconoció los actos de sabotaje, aunque admitió que el descontento social y la enorme conflictividad que se vivía en España podía inducir a cualquier ciudadano a cometer un acto de protesta. Y eso en ningún caso se podía considerar una ayuda a la revolución. Y respecto a la tenencia de armas, que también negaba, mostró su estupor ante la petición de penas del fiscal, que pedía que no se juzgara conforme a la ley de octubre del 34, cuando se cometieron los hechos, sino según la

reforma reciente que endurecía las penas por ese delito. A Pío le pareció un alegato brillante.

Blas Echániz abundó en la misma idea y desvinculó los sucesos de Oria de los de Asturias, una relación construida por el fiscal de forma falaz para sustentar el delito de auxilio a la rebelión. Y también recordó que la nueva ley no era de aplicación en cuanto a la tenencia ilícita de armas, delito por el que su defendido no debía responder, pues el sumario no consideraba probada su participación en él. Se centró a continuación en el sabotaje. Sostuvo que Pío no serró ningún poste del tranvía de Tolosa, que ese trabajo lo hizo Leoncio Gárate, quien también accionó el detonador de las cargas que no explotaron en el túnel. Recordó que Pío Yarza había pertenecido a las Juventudes Socialistas poco tiempo, que ya se había borrado, y que también había abandonado la fábrica de tejidos de Brunet por estar radicada en Oria, un barrio muy sensible a la ideología izquierdista en la que él no quería militar.

Ante este alegato, el fiscal interpeló a Pío:

—Póngase en pie, por favor —le pidió con autoridad.

Él se levantó.

—¿Participó usted en los actos de sabotaje que se le imputan o fue un mero acompañante de Leoncio Gárate?

Ahora sí, Pío notó, sin necesidad de girarse hacia él, la mirada de su amigo clavada en él. Su tía Juana bisbiseaba una oración. Enriqueta había detenido el meneo del abanico. Julia se había inclinado hacia delante y aguardaba su respuesta.

—Fuimos los dos.

Un murmullo recorrió la sala.

—Entonces, ¿su abogado miente?

—No miente, hace su trabajo. Pero es verdad que no estábamos ayudando a ninguna rebelión. Eran actos de protesta, las cargas del túnel no iban a explotar. Ni siquiera sabíamos detonarlas.

—Pero él dice que usted no participó en esos actos.

—Fuimos los dos.

Echániz meneó la cabeza. Sor Juana mordisqueaba el crucifijo de madera, Enriqueta se empezó a abanicar con furia y Julia estaba desolada. Pero de todas las miradas, Pío se fijó en la de Leoncio. Su orgullo se desmoronó en un instante y parecía que se iba a levantar para darle un abrazo. Juntos hasta el final, como dos buenos amigos, parecían decir sus ojos emocionados. Los de su novia, en cambio, estaban cargados de reproche.

8

Julia igual le arrancaba la cabeza, pero él hizo lo que creía que debía hacer. Nunca le gustaron las mañas de Blas Echániz. Odiaba a la gente marrullera, y su abogado lo era. Pero en el juicio demostró que sabía crecerse ante la adversidad. A partir de la declaración de Pío, se fajó de lo lindo para desmontar las acusaciones de sabotaje y de terrorismo en grado de tentativa. Y pidió un receso para que el fiscal considerara su propuesta.

Enriqueta se dio cuenta de lo que iba a suceder en ese descanso. Un café con el fiscal, con un poco de azúcar y otro poco de dinero para ayudarlo a aclarar las ideas. El juicio se reanudó y el fiscal rectificó su acusación y la rebajó a los delitos de vandalismo y desorden público. Eso equivalía a un arresto de cuatro meses y un día. Pío no estaba autorizado a salir de su pueblo durante ese tiempo, pero mantenía el trabajo en Michelin y podía casarse con Julia, a la que su madre le retiró el luto de inmediato.

La boda se celebró en agosto, oficiada por el padre Rosendo y con la presencia de todo el pueblo, incluida sor Juana, a la que la madre superiora concedió otra dispensa. También acudió el tío Fabián, que fue su primer maestro en el oficio de mecánico. Al novio, el traje de Pepe Galán le quedaba perfecto. Julia iba preciosa con un vestido sencillo de algodón, azul oscuro, para no desvirtuar demasiado el luto reciente, con estampados florales y botones desde el cuello hasta el vuelo de la falda.

A la salida de la iglesia, los novios fueron homenajeados con un aurresku, la danza tradicional. La merienda se celebró en el hotel Central, que disponía de taberna, restaurante y jardín. Esa tarde se bailó y se bebió hasta altas horas. Incluso sor Juana se consintió dos vasos de anís.

—Tía, ¿qué va a pensar el Señor de que estés bebiendo? —bromeó Pío.

—Un día es un día, eso es lo que va a pensar.

—Vas a volver borracha al convento.

—Borracha no, pero un poco piripi, sí. Es que estoy muy feliz por ti. Ven, dame un beso.

Pío le plantó un beso sonoro en cada mejilla.

Leoncio era el que más bailaba. Estaba feliz por su amigo y lo abrumó a base de palmadas y abrazos. Incluso intentó bailar con Socorro, pero topó con un muro, porque ella decía que ese hombre también era el diablo.

Enriqueta no encontraba un compañero de baile adecuado en ese paisanaje rústico. Pero hizo migas con Higinio Lanús, el propietario de la fábrica de salazones y escabeches, un viudo que era amigo de Marcelina y su difunto marido y andaba por la fiesta tan despistado como ella. Le preguntó por el despliegue de Blas Echániz en el juicio, pues en la prensa se había glosado su figura con admiración. Fue la comidilla de la boda.

En el barrio se estuvo hablando durante mucho tiempo del consejo de guerra. Zarzabul, el Abuelo y cuatro sindicalistas de la fábrica de Brunet habían ingresado en la cárcel, pues sus condenas superaban los ocho años. Los acusaban de organizar un grupo armado revolucionario que estaba preparado para pasar a la acción, si bien no lo habían hecho todavía (al margen de los sabotajes rebautizados como «actos de vandalismo»). Era un ejemplo de la represión con la que el Gobierno combatía las protestas obreras. En Oria se organizó una cadena humana para impedir que se practicaran las detenciones. Hubo cargas policiales, varios heridos y mucha tensión.

La conflictividad social iba en aumento semana a semana. El monte Buruntza podía marcar una frontera geográfica en ese valle y convertirlo en una burbuja, pero lo que allí sucedía no era más que una muestra pálida de lo que estaba pasando en toda España. Enriqueta lo comprobó al viajar un fin de semana a Vizcaya. Su acompañante, claro, era Blas Echániz, que quería cobrar en carne la minuta de su trabajo. Visitaron Bilbao, donde había manifestaciones obreras y cargas policiales a diario. Se alojaron en la casa que el abogado tenía en Gernika y celebraron una cena con dos amigos del abogado, metidos en política, que estaban muy asustados con la deriva del país.

Algo se mascaba en el ambiente. Fueron a la costa y navegaron en el yate del abogado en un día de perros. En el ulular del viento se detectaba una nota trágica. En el cielo plomizo brillaban augurios, las nubes negras estaban preñadas de desastres. Pero ellos bebieron champán, cenaron como reyes e intercambiaron intimidades, pues Enriqueta advirtió muy pronto que él no se sabía desenvolver en la conversación frívola. Resultó ser un hombre tristón, depresivo, que rompía a llorar al hablar de sus dificultades para sentirse feliz. Detestaba a su mujer, y a la Galardi le pareció que tampoco disfrutaba mucho de su trabajo. Era un marrullero moralista que se fustigaba por sus fechorías. Un cura sin vocación o un soldado sin coraje, eso parecía. A ella no le gustaban los llorones, prefería al dandi o al burgués que se rebozaba en los placeres mundanos, pero le sorprendió la faceta oculta de Echániz y se dijo a sí misma que lo había juzgado mal.

Cuando regresó a San Sebastián, Patrocinio la encontró muy contenta, lo cual era extraño, pues había rezongado mucho la víspera de ese viaje. Enriqueta le pidió que le preparase un baño de sales y le contó que se lo había pasado muy bien, que el abogado no era tan ogro, ni tan torpe ni tan baboso como ella se había imaginado. La criada le contó que Pío se había llevado toda su ropa. Era normal, se había casado y su lugar ahora estaba en la casa de Lasarte junto a su mujer. Pero al ver los armarios vacíos sintió un

nudo en el estómago y el contento que traía se desvaneció de golpe. Decidió visitar a los novios al día siguiente. Necesitaba ver a su sobrino, comprobar con sus ojos, ahora que habían pasado unos meses desde la boda, que todo marchaba bien.

La casa estaba muy cambiada. Julia se había afanado en adecentarla, pues la había encontrado destartalada. La vieja cocina de carbón había sido reemplazada por una que funcionaba con queroseno. El viejo dormitorio de Pío se había convertido en una despensa espaciosa, con estantes y armarios. Las escaleras que bajaban al sótano, que siempre habían sido empinadas y resbaladizas, eran ahora más practicables. Y Julia había vaciado la casa de trastos. En el dormitorio había un lavabo con espejo que le había regalado Pío. El Incomprendido marcaba el ritmo del día a día junto a la chimenea, su nueva ubicación. El suelo baldeado relucía cada mañana, las paredes habían sido revocadas y pintadas.

Julia tenía un guiso en el fuego que olía muy bien. Cuando vio entrar a Enriqueta, se limpió las manos en el delantal.

—Pío está en la fábrica, pero come en casa. No tardará en llegar. ¿Te quedas a comer?

—No, solo era una visita rápida. Tengo muchas cosas que hacer.

—Quédate, anda —la animó con una sonrisa.

Tanta amabilidad resultaba extraña, porque no se llevaban bien. Para Julia, una aldeana de vida sencilla, ella era una especie de otra galaxia. Y para Enriqueta, esa mujer representaba el conformismo de la vida, la falta de ambición de su sobrino a la hora de buscar una pareja en condiciones. Pero, por alguna razón, Julia le hacía guiños cómplices, le mostraba una botella de sidra que había comprado en el almacén de Tellería y quería compartir su felicidad con ella.

Antes de que soltara la noticia, Enriqueta la intuyó: Julia estaba embarazada. Y muy contenta, porque ella había nacido en invierno y

su madre le había contado horrores sobre el frío que pasaron.
Y Socorro había nacido en primavera y era un desastre pasear a la niña bajo la lluvia. No iba a ser el caso, ella tenía más suerte.

Había hecho sus cuentas y el niño nacería en el verano del 36.

9

Enriqueta pensaba que San Sebastián, ciudad balneario a principios de siglo y lugar predilecto de veraneo de aristócratas y reyes, era una burbuja protegida de los males del mundo. Por eso le costaba sumarse a la alarma general por las noticias de la sublevación militar en el Marruecos español. Ese lugar quedaba muy lejos y no eran infrecuentes las asonadas, los motines, las revueltas. Patrocinio le preguntó si era seguro quedarse en San Sebastián y ella la tranquilizó, pero en cada café se conspiraba, en el Parlamento se hacían llamamientos a la insurrección violenta, a la revolución obrera, era el pan nuestro de cada día. Estaba más que acostumbrada a las bravatas de hombretones que inflamaban sus discursos. Pero enseguida llegó la noticia de que el general Mola se había levantado contra la República en Navarra. Ahora sí que era imposible mirar para otro lado. Pamplona estaba muy cerca. Demasiado cerca.

Bajó al bar Beni Etxea, que tenía teléfono, y pasó una hora entera llamando a Fernando Illarreta. Necesitaba información fiable. Pero no recibió respuesta. Optó por dirigirse a su casa, en el barrio de Amara. En las calles había gente corriendo, un grupo de jóvenes enardecidos lanzaba vivas a la República. En la ribera del Urumea había un trasiego inusual. Los trabajadores habían salido de las fábricas y formaban corros organizados por algún líder que les daba instrucciones. Al pasar por la Tabacalera, Enriqueta vio a un obrero asomado a una ventana empuñando un rifle. No sabía si estaba desafiando al mundo con el arma en ristre o si era un francotirador, pero apretó el paso de todas formas.

El jardín de la casa de Illarreta estaba atestado de maletas, baúles, cestas y algún mueble pequeño. Llamaba la atención un espejo ovalado de cuerpo entero, con un marco de madera de ébano. Varias criadas iban y venían llevando objetos variopintos, jarrones,

candelabros, un perchero, un cajón con la cubertería de plata. La mujer del político repartía instrucciones, regañaba a su hija Mikela, que se solazaba en la hamaca como si la mudanza no fuera con ella, y hacía anotaciones rápidas en una libreta, en la que parecía llevar el recuento del zafarrancho.

—Lourdes —la saludó Enriqueta tras empujar la cancela—, ¿os vais?

—Enriqueta, querida. —Le dio dos besos—. Nos vamos a Hendaya. Mi marido dice que la cosa está mal y que nos tenemos que ir pitando.

—¿Dónde está? Necesito hablar con él.

—En su despacho, lleva toda la mañana colgado del teléfono. Espera, que lo aviso. Pasa, busca una silla en la que sentarte, no es fácil.

No era fácil porque casi todos los muebles estaban cubiertos por mantas, sábanas y lonas. Una criada forraba un canapé entre resoplidos. Lourdes subió las escaleras y Enriqueta encontró una silla en la que esperar. Un mayordomo que llevaba guantes blancos descolgó un cuadro del salón, el del padre de Illarreta a caballo, lo protegió con un envoltorio de seda y lo sacó al jardín. Así que se llevaban los objetos de valor para ponerlos a salvo de bombardeos o de actos de pillaje. La situación era muy grave, no cabía mirarla con optimismo.

El político bajó las escaleras, cogió una silla y se sentó sobre la sábana que la envolvía. Sudaba profusamente y estaba muy nervioso.

—Enriqueta, no tengo mucho tiempo. Ya ves cómo estamos.

—Así que te marchas.

—Mi familia, yo me quedo. Pero la cosa está mal, deberías irte cuanto antes.

—Quiero información, Fernando. ¿Qué dice el Gobierno Civil?

—Se mantiene fiel a la República. Y la Guardia Civil, la de Asalto, la Policía, todos fieles. Pero hay ruido de sables.

—¿En los cuarteles?

—Puede saltar en cualquier momento. Álava se ha rendido, Navarra también... El general Mola acaba de declarar el estado de guerra en Guipúzcoa.

—¿Qué dices?

—Los sindicatos le han pedido al Gobierno armas para sus afiliados. Se están movilizando.

—Lo he visto cuando venía.

—Van a mandar tropas leales a Vitoria, para defender la República.

—¿Cuál es vuestra postura?

—El PNV apoya a la República. No podemos hacer otra cosa, los falangistas vienen a por nosotros, nos tienen enfilados.

—¿Y qué pasa si conquistan la ciudad? Te van a matar, Fernando. ¿Por qué no te vas?

—Me tengo que ir a Vizcaya, hay reunión de urgencia. Puedo quedarme allí. Pero cuando entren en Bilbao, ¿adónde voy? ¿Adónde vamos los nacionalistas vascos?

Un estrépito de cristales interrumpió la conversación. En el vestíbulo, una criada había roto una copa de balón. Illarreta hizo el amago de levantarse, pero se quedó sentado y extravió la mirada.

—Seremos nómadas, los vascos. Un pueblo sin patria.

—No van a entrar —trató de animarlo—. Confía en tu pueblo.

—Todo es frágil, Enriqueta. Mi consejo es que te vayas a Biarritz o a Hendaya. Cruza la frontera, y hazlo cuanto antes.

Se levantó y se dirigió a buen paso hacia la escalera. Parecía que su intención era amonestar a la criada, pero lo que hizo fue subir los escalones de dos en dos.

Mientras regresaba a su piso, pensaba en las palabras que acababa de escuchar. Vete cuanto antes. Hay ruido de sables. Fernando había sido muy claro, y eso que él, como buen político, siempre callaba la mayor parte de lo que sabía. El indicio más claro del desastre era que su amigo pusiera a resguardo el cuadro de su padre. Se lo había enseñado con orgullo la primera vez que lo visitó en su casa. Para él, se trataba de una posesión muy preciada. Se había situado en el peor escenario posible, el de las bombas, los combates y la destrucción. El de la guerra.

En Ondarreta todo estaba en calma. El mar brillaba en la bahía, un anciano se estaba dando un baño y un perro jugaba con las olas. Pero no había tiempo para dudar. Primero debía hacer unas llamadas, gestionar una invitación a Biarritz, donde mantenía la amistad del marqués de Tena, que había enviudado recientemente. Después debía organizar el traslado y preparar sus baúles. Viajaría con Patrocinio.

Le costó mucho dar con el marqués, pero por la noche consiguió hablar con él. No puso pegas, la alojaría encantado en su casa de Biarritz. También le costó contratar un coche, pues la demanda se había disparado. Patrocinio la ayudó con el equipaje: los vestidos, alguno de ellos de fiesta, los sombreros, los objetos de tocador.

A la mañana siguiente el coche no aparecía. Enriqueta bajó al Beni Etxea para llamar por teléfono, pero el bar tenía la persiana bajada.

La única opción era personarse en la oficina, en el Boulevard. Ordenó a Patrocinio que dejara todo preparado, que ella volvería cuanto antes con el coche. Se dirigió al centro por el paseo marítimo y tuvo la sensación de estar atravesando una ciudad abandonada. Las calles estaban desiertas, las tiendas cerradas, los postigos echados. Frente a la sede del Gobierno Civil había dos piezas de artillería que a ella le parecieron obuses o cañones. Una guarnición del Ejército imponía su presencia, los soldados se habían esparcido por la plaza, preparados para el asalto. Por una puerta lateral del edificio, varios hombres vestidos con traje, políticos o funcionarios, huían a la carrera cubriéndose las cabezas con las manos.

Era imposible llegar al Boulevard. Una milicia obrera abrió fuego desde una calle lateral y comenzó un tiroteo. Dos mujeres cruzaron la calle despavoridas. Enriqueta estaba buscando dónde refugiarse, pero se quedó parada, atónita, al ver que una de esas dos mujeres estaba embarazada. Era Julia. Una columna de milicianos la arrolló mientras ganaba posiciones cerca de la sede gubernamental. Marcelina ayudó a su hija a levantarse. Estaban confusas, desorientadas.

—Venid conmigo —dijo Enriqueta—. ¡Hay que salir de aquí, vamos!

Cogieron una calle lateral hacia el río.

—En el hotel estaremos tranquilas.

Se refugiaron en el María Cristina, que era un oasis de paz. Los cortinajes de terciopelo, los sofás ingleses, las obras de arte, las molduras de escayola y el suelo de damasco creaban un remanso de elegancia en el que no podían entrar los cañonazos. Se sentaron en unas butacas y poco a poco recobraron el aliento.

—¿Qué hacéis aquí? ¿A quién se le ocurre venir a San Sebastián? —preguntó Enriqueta.

—Julia se encontraba mal. Ha sangrado un poco, estábamos preocupadas.

—¿El bebé está bien?

—Sí, nos ha visto un médico, a Lasarte no venía ninguno, con todo el jaleo.

—Creía que había perdido el niño —dijo Julia poniéndose las manos en una hermosa barriga de más de ocho meses. Sobre ella, una cinta bendecida se ceñía a su cuerpo. Se la había regalado sor Juana.

—¿Qué médico os ha visto?

—Uno en el Antiguo.

—¿El doctor Gayarre?

—Creo que sí.

—Es muy bueno.

—Ha oído el latido del niño —sonrió Julia.

Un hombre pasó corriendo por el vestíbulo. De pronto había un revuelo en la recepción, en el bar, en los salones. Julia tenía calor y se abanicaba con un cojín. Enriqueta hurgó en su bolso y encontró un abanico. Se lo tendió con un gesto mecánico, pendiente de lo que sucedía en la entrada del hotel. Un camarero cruzó también con apremio.

—¡Perdone! —lo llamó—. ¿Qué está pasando?

—No lo sé —dijo sin detenerse.

Marcelina la miraba con aprensión. Enriqueta se acercó a la entrada. En la calle, guardiaciviles y migueletes, la policía de la Diputación,

formaban un cordón para impedir el avance de los militares sublevados. En el vestíbulo había curiosos mirando, bajo la enorme lámpara de araña. Se inició un intercambio de disparos, el aire se llenó de humo y de olor a pólvora, un cristal de la puerta estalló por un balazo y en cinco segundos no quedaba nadie. Todos habían corrido a esconderse. Enriqueta reconoció a un conde con el que había navegado en una ocasión. Estaba tumbado debajo de un sofá. En la calle, la escaramuza se estaba cobrando víctimas. Había hombres en el suelo, abatidos, se oían gritos de ayuda y de ánimo, invitaciones al ataque y a la resistencia. Se giró hacia Julia. Estaba en la butaca, sentada, el cuello erguido y tenso, agarrada a la mano de su madre.

Por las escaleras bajaban decenas de huéspedes, veraneantes sorprendidos por la refriega. Extranjeros acomodados, bien vestidos, asustados, mientras un empleado les indicaba la salida trasera. El hombre que coordinaba la operación se acercó a ellas.

—El director del hotel ha ordenado la evacuación del edificio. Hagan el favor —las conminó con evidente nerviosismo.

Enriqueta se giró hacia Julia. Con ese gesto estaba consultando su energía, su capacidad para levantarse y salir al exterior, donde reinaba la locura. Ella asintió. En ese momento decenas de militares entraron en tropel. Soldados armados que apuntaban en todas direcciones, buscando posibles enemigos. El regimiento lo comandaba el coronel León Carrasco, que pidió a todo el mundo que abandonara el edificio. Lo convertía desde ese instante en el centro de operaciones de las tropas sublevadas.

En los aledaños del María Cristina se vivían momentos de pánico. Algunos huéspedes habían salido a la calle en bañador, incluso en pijama, no habían tenido tiempo de adecentarse. Julia miraba ese pandemónium y temblaba de miedo. Con las manos sujetando su barriga, exclamaba que quería volver a casa, que necesitaba descansar en su cama. Estaba cerca del ataque de pánico. Su madre

le pidió que aguantara un poco. Angustiada, le preguntó a un hombre que se había refugiado bajo la cornisa de la fachada cómo podían llegar a la parada del tranvía. La respuesta las dejó consternadas: las comunicaciones estaban interrumpidas. No había tren, ni autobuses ni tranvía. Solo se podía salir de la ciudad en coche, pero resultaba casi imposible conseguir uno, como había comprobado Enriqueta.

—Vamos a mi casa —propuso.

—¿Está muy lejos? —preguntó Julia, casi paralizada.

—Un poco, pero no hay más remedio. ¿Puedes caminar?

—No lo sé.

—Sí puedes, hija —dijo Marcelina con resolución—. Agárrate a mi brazo. Vamos a salir de aquí.

—Lo importante es escapar del centro. En Ondarreta está todo tranquilo —dijo Enriqueta, que se convirtió en la guía del grupo para encontrar la salida del guirigay.

Tuvieron que agacharse varias veces al oír el silbido de las balas, se ocultaron tras unos arbustos para aguardar el paso de un pelotón, reanudaron la marcha y fueron atropelladas por hordas de vecinos que corrían despavoridos. Julia lloraba de miedo, su madre hacía lo imposible por tranquilizarla, Enriqueta se concentraba en encontrar los atajos, las rutas más seguras, el camino milagroso que las llevara hasta Ondarreta. Fueron treinta minutos de angustia que a las tres se les antojaron mucho más largos.

En efecto, alejarse del centro era ingresar en la calma, en una normalidad que en esa mañana de locos se había convertido en irreal. Poco a poco, Julia se fue serenando. El último tramo, por el paseo de la Concha, lo recorrieron aspirando la brisa y mirando el mar, que parecía una balsa de aceite. En el piso aguardaba

Patrocinio, que estaba de los nervios. La criada entendió el cambio de planes y ayudó a las invitadas a instalarse en el ático. A Julia le asignó el dormitorio de Pío, y a ella le gustó mucho tumbarse en la misma cama en la que él había pasado tantas noches. Necesitaba hablar con él, pero no sabía cómo. Enriqueta le aconsejó que descansara un poco. Después bajaría con ella al Beni Etxea para llamar por teléfono, si es que estaba abierto. Se dirigió a la habitación de invitados para comprobar que Marcelina se encontraba bien. La mujer estaba desencajada por el miedo, por la salud de su hija, por todas las emociones que se agolpaban a cada minuto. Enriqueta le ofreció una infusión y le pidió a Patrocinio que la preparara.

En el bar, que sí abrió por la tarde, algunos parroquianos exaltados repasaban los hechos de la jornada. La sublevación se había originado en el cuartel de Loyola. Algunas facciones de la Guardia Civil la habían secundado y, según un testigo, estaban atrincheradas en el Gran Casino. Otros edificios de la ciudad habían sido tomados por los rebeldes. Pero el grueso del Cuerpo se mantenía leal a la República, junto a la Guardia de Asalto, los carabineros y los migueletes.

—Pero se han ido a pelear a Vitoria —decía uno—. Nos han dejado solos.

—Las milicias obreras están montando barricadas en la Parte Vieja —anunciaba otro que venía de la calle.

Julia trataba de mantenerse aislada de esa avalancha de noticias y rumores. En un rincón del local, con el auricular agarrado con fuerza, llamaba a la fábrica Michelin y rogaba a Dios que le pasaran con su marido. Lo consiguió al cuarto intento. La voz de Pío comunicaba premura, angustia, pero también mucha felicidad por saber de ella. Las cosas estaban tensas en Lasarte.

—Muchos obreros se han afiliado a las milicias, ha habido tiros, se ha formado una junta local dirigida por los comunistas. Aquí queda poca gente para sacar el trabajo adelante. Me voy a quedar al turno de noche para echar una mano.

—A ti no se te ocurra irte con las milicias, que vas a ser padre.

—No te preocupes.

—He visto un muerto en la calle. Tenía sangre en la cara.

—No salgas de casa, Julia. Voy a verte.

—No hay manera de venir. Cuando abran, ya voy yo.

—No quiero dejarte sola, necesito estar contigo.

—Estoy bien atendida.

—No soporto que estemos separados. Tenía que haberte acompañado al médico.

—Quién iba a saber lo que iba a pasar.

—Ya, ya lo sé. Pero ¿qué hago?, me voy a volver loco.

—Tengo que colgar. Aquí hay gente que necesita el teléfono.

—Un beso, Julia. ¡Te quiero!

Ella colgó sin decirle lo mucho que lo quería y lo echaba de menos. Nunca le salían esas efusiones.

A Ondarreta llegaba el eco de los disparos lejanos y los combates. Pero dentro del piso se sentían a salvo. Fueron días extraños, casi irreales. Patrocinio cocinaba para todas, Enriqueta se comportaba como una anfitriona perfecta y ofrecía remedios caseros para cualquier malestar y entretenimiento para matar el paso del tiempo.

Jugaban mucho a las cartas, y a Julia no dejaba de admirarle lo bien que congeniaban su madre y su tía política, que rivalizaban en las partidas, se soltaban pullas amistosas y disfrutaban de compartir un rato juntas pese a ser tan distintas.

También a Enriqueta le sorprendía lo bien que se llevaba con la madre de Julia. Marcelina tenía una conversación amena, que regaba con sentido del humor, y a cada rato dejaba caer una perla de sabiduría popular, a veces por medio de un refrán y a veces poniéndose seria y soltando una reflexión certera como un golpe de azada en la tierra. A esas horas, ella debería estar retozando en Biarritz, lejos de la contienda, comiendo ostras y bebiendo licores con un marqués envejecido que mantenía su lado seductor. Y, sin embargo, no le pesaba nada el giro que el destino le había deparado.

Las noticias iban llegando con cuentagotas. Patrocinio traía la prensa todos los días, y también comentarios captados en el mercado. Y la propia Enriqueta bajaba al Beni Etxea todas las tardes a beberse un coñac y charlar con la parroquia. Debía de ser el único establecimiento que permanecía abierto en toda la ciudad, y eso se debía a la cabezonería de Felipe, el dueño, un hombre orondo y canoso que pretendía morir con las botas puestas. O, en su caso, con las sidras servidas. Es verdad que en Ondarreta no se combatía en aquellos momentos, pero abrir el negocio no dejaba de ser una demostración de valentía o de temeridad.

Felipe contaba que las fuerzas leales a la República se habían organizado, con la ayuda inestimable de las milicias obreras. El coronel León Carrasco, líder de los rebeldes, había desalojado el María Cristina al ver que el levantamiento no estaba prosperando. El Gran Casino y el resto de los edificios públicos tomados por asalto habían sido reconquistados. Se inició el asedio al cuartel de Loyola para neutralizar la rebelión de una vez por todas. Los soldados allí guarnecidos contaban con un arsenal tremendo, pero el ánimo flaqueaba. En cambio, la determinación de los comunistas armados

carecía de fisuras. A ellos se unieron simpatizantes del PNV, guardias de asalto, migueletes y guardiaciviles que engrosaron el cerco. Al cabo de unos días, los rebeldes se rindieron. San Sebastián había resistido el ataque.

Aun así, el ambiente en las calles estaba agitado y no era prudente moverse. Habían trasladado a los golpistas a la cárcel de Ondarreta, cercana al piso en el que se alojaban, y en los aledaños se concentraban milicianos con sed de venganza. Allí dentro estaban los sublevados, oficiales del Ejército y derechistas de todo jaez. La tensión se podía mascar, a la policía le costaba mantener el orden, de vez en cuando lanzaba un tiro al aire como aviso, un porrazo a uno que trataba de violentar la puerta, una carga para dispersar a un grupo demasiado belicoso. Incluso un hombre tan poco impresionable como Felipe bajó la persiana del Beni Etxea. Enriqueta decidió que lo mejor era esperar unos días para salir a la calle.

Pero Julia no podía más. Quería ver a Pío, añoraba su casa, su cama, sus queridas rutinas. Los transportes estaban ya restablecidos y no había razón para demorar más el regreso. Enriqueta las acompañó al tranvía. Se cruzaron con una turbamulta armada que se dirigía a la cárcel. Asustadas, caminaron deprisa hasta la parada. Enriqueta se despidió de Marcelina con un gran abrazo. También se lo dio a Julia. Le daba mucha pena separarse de ellas, habían sido sus extrañas compañeras en esos días de encierro.

A Julia la esperaba una buena noticia al llegar a Lasarte. Pío había doblado turnos varios días para compensar la falta de personal y su buena actitud no había pasado desapercibida. Lo habían ascendido a jefe de personal. Se abrazaron felices.

—A este niño no le va a faltar nunca un garbanzo que echarse a la boca —dijo el futuro padre.

Al día siguiente, la prensa recogía la escabechina que se había producido en Ondarreta. Un grupo de milicianos armados había

irrumpido en la cárcel y había matado a decenas de sublevados.

Julia no le quiso contar a Pío algo que la estaba amargando. Algo que había visto en San Sebastián, cuando se dirigían al tranvía. Uno de los milicianos armados que entonaban cantos rabiosos camino de la cárcel, uno de los asesinos de los presos, era Leoncio.

10

Un obús cayó en el huerto del convento. Sor Juana achinó los ojos hacia el cielo nublado al oír el silbido y un golpe seco, como el de una manzana al caer del árbol, la ayudó a localizar el objeto. Reposaba, caliente, a dos metros de ella, entre el surco de las patatas y el de los calabacines. Se quedó quieta, con una azada en la mano, aguardando la explosión. Pero no se produjo. Conteniendo el aliento, y todavía con el susto dentro del cuerpo, decidió informar a la madre superiora.

—Madre, hay un obús en el jardín —dijo al tiempo que se santiguaba.

La madre superiora levantó la mirada de unos papeles y enarcó una ceja.

—Que se lo lleven de inmediato —ordenó.

Sor Juana enfiló el largo corredor abovedado preguntándose quién demonios se podía llevar una bomba cargada. Compartió el problema con otras hermanas. Una pensaba que había que ir a la policía, otra ponía la pega de que no podían salir a la calle, una tercera, la más nerviosa de todas, consideraba que el convento debía ser evacuado con urgencia. Estaba claro que la madre superiora no había advertido la gravedad de la situación. Tal vez ni siquiera sabía lo que era un obús y por eso reaccionaba como si alguien se hubiera dejado una botella de vino en el jardín. En la sala del torno se encontraron con la Jorobadita. Sor Juana le contó la novedad. Le parecía que sor Eufemia era una buena candidata para ir a pedir ayuda, pues no era una monja de clausura. Y la apremiaron para que fuera al cuartelillo cuanto antes.

—Quiero ver ese obús —dijo, sin embargo.

La condujeron al huerto y ella contempló la bomba a un metro de distancia, agachándose para percibir mejor los contornos ocultos. A sor Juana le parecía que se estaba comportando de forma temeraria, pero en sus años de misionera había vivido guerras y epidemias en países remotos y estaba acostumbrada al peligro. Para estupefacción de las monjas que habían salido al huerto, la Jorobadita cogió el obús, le quitó la espoleta, arrastró un plato de arcilla sobre el que descansaba una maceta, lo colocó bajo el artefacto, tomó la azada y forzó la abertura hasta vaciar la bomba de su explosivo, un polvo amarillo que fue cayendo en el plato como una lluvia de estrellas.

—Esto es muy bueno para encender los fogones —dijo cuando dio la tarea por terminada.

El obús ya desactivado se lo llevó Telesforo para tirarlo en la escombrera. Con el inicio de la guerra no había recadista que pasara por el convento, pero el viejo lunático se ofrecía a hacer todo tipo de mandados. El incidente generó una corriente de nervios entre las monjas, que no se sentían seguras ni cobijadas por esos muros tan queridos. En Lasarte no se combatía por las calles, pero sí había escaramuzas, y de vez en cuando pasaban aviones del Ejército sublevado y soltaban bombas. La calle Nagusia había sido ya el escenario de un bombardeo, y ese artefacto en el huerto podría haber causado una desgracia en el convento.

Sor Juana se distraía fabricando un escapulario para el bebé de su sobrino. Dentro pensaba introducir un pasaje del Evangelio dedicado a la Virgen del Consuelo y de los Afligidos. Estaba ensimismada en su trabajo, apenas se oían los trinos de algún pájaro en el jardín. Y de pronto el ruido de una puerta abriéndose de un fuerte embate, las pisadas de unas botas, las voces varoniles y los chasquidos de las armas.

Sor Juana corrió a esconderse en su celda. Se topó con otras hermanas que parecían tan asustadas como ella. Oyeron voces,

carreras, gritos. La madre superiora había salido de su aposento y estaba haciendo frente a la milicia anarquista que había irrumpido allí. No era fácil distinguir lo que decían. Pero a los pocos minutos sonaron las campanas que llamaban a todas a reunirse en el patio de la alberca. Allí la madre superiora les informó de la situación. Los anarquistas no habían venido a dañar la iglesia ni a destruir imágenes religiosas. Tampoco pretendían violar a nadie.

—Lo que quieren es utilizar el convento como cuartel general.

—Madre, esto es un lugar sagrado —dijo sor Juana—. ¿No hay más sitios para eso?

—Parece ser que no. El Lirio es su centro de reuniones, pero es pequeño. Estamos en guerra, hermanas. Nos tenemos que marchar.

—¿Adónde? —preguntó una monja.

—Tengo que hacer unas llamadas. La intención es irnos mañana mismo. Por favor, todas en sus celdas, hoy no se cena. No quiero contacto con los soldados.

Al día siguiente se organizó el viaje. Sor Juana le pidió a Eufemia que le entregara una nota a su sobrino. A Pío le sorprendió la visita de la Jorobadita, a la que recordaba bien de los tiempos de la viruela. Entonces ella se había comportado como un ángel.

Por la tarde, cuando las monjas metían sus exiguos equipajes en el maletero de un autobús, Pío se presentó en la estación.

—Tía, ¿entonces es cierto que te vas? —le preguntó a Juana.

—Sí, nos han ocupado el convento. Nos vamos al de Santa Cruz, en Azkoitia. Me quería despedir de ti y desearte mucha suerte con el niño. Me da mucha pena no poder estar para el nacimiento, pero rezaré por ti y por Julia todos los días.

—Gracias. Me ha dicho sor Eufemia que querías darme algo.

—Así es... —Se metió la mano en el bolsillo del hábito y sacó el escapulario—. Es para el niño, esto lo va a proteger. Ahora lo necesita más que nunca.

—La Virgen del Consuelo —dijo Pío tras examinar el escapulario. Sonrió con gratitud.

—Y de los Afligidos. Es buenísima. El niño va a estar bien, por mucha guerra que haya.

—Ojalá, tía —dijo tratando de contagiarse de esa corriente optimista. Él no era religioso, pero deseaba encomendarse a esa Virgen para que su hijo saliera adelante en tiempos tan turbulentos.

La madre superiora empezó a dar voces para que las monjas espabilaran. Le costó conseguirlo, eran cuarenta.

—Yo me voy, dale un abrazo fuerte a Julia. —Le dio un beso en la mejilla que a Pío le pareció insuficiente.

—Tía, quiero que me des un beso como los que me dabas cuando era un niño.

Ella sonrió, desconcertada.

—Pero es que ya no eres un niño. Vas a ser padre, te has hecho un hombre.

—Me da igual.

Juana lo agarró de la barbilla, le inclinó la cara para tener acceso directo a la mejilla derecha y allí le plantó un beso que en realidad era una cadena de pedorretas salivosas que sonaban como si estuviera sorbiendo sopa.

—¿Mejor? —preguntó separándose.

—Mucho mejor, es lo que quería. Gracias, tía.

Ella soltó una lagrimita de emoción y se dejó arrastrar por la madre superiora. Pío se quedó hasta que partió el autobús soltando un humo muy denso por el tubo de escape. Buscó con la mirada a su tía, pero no era fácil encontrarla porque todas vestían el hábito negro. Pero por fin la vio, le decía adiós con la mano desde su ventanilla. Pío soltó también unas lagrimitas. La que bajaba por su mejilla derecha se juntó con la saliva de Juana que todavía tenía pegada a la piel.

El Lirio, el centro republicano de la CNT, que se usaba como bar y como sitio de reuniones, hervía de tensión. A Pío ya le había sorprendido el fervor colectivo cuando allí se festejó, en febrero, la victoria del Frente Popular en las elecciones. Una de las primeras medidas del nuevo Gobierno fue indultar a los encarcelados por la huelga del 34, y eso incluía a Zarzabul, al Abuelo y a los otros compañeros de Oria. Aquello también se celebró en El Lirio con un gran jolgorio. Pero ahora el ambiente estaba cargado de algo más: a las emociones primarias de rabia, odio o alegría se agregaba un ramalazo espiritual, un misticismo que él no había percibido antes en ninguno de los encuentros con los revolucionarios. Esa mezcla les otorgaba a todos una sensación de éxtasis que le recordaba a algunas miradas de su tía Juana, la monja, y también a algunas de Socorro, que escuchaba y miraba con una angustia latente que parecía siempre a punto de explotar, y se movía con cautela, con avances perezosos, como aplastada por la luz de un rayo muy poderoso.

Había querido asistir a esa convocatoria para palpar el sentir general, para hablar con Leoncio y enterarse bien de qué se podía esperar en el pueblo en los próximos días. Su preocupación tenía

sentido, ya que Julia había salido de cuentas, pero a ella no le gustaba que él acudiera a esas reuniones, le daba miedo que lo captaran para sus filas. Ciertamente, allí estaban llamando a sumarse a la causa. Había voluntarios que se alistaban en las milicias obreras, y Astelena les entregaba una escopeta de caza que no sabían ni cómo sostener. No habían disparado en toda su vida. Mucha gente llevaba un pañuelo rojinegro. Habían colgado carteles enormes animando a la lucha. En uno de ellos, bajo el logo de la CNT, un obrero levantaba un rifle. Otro, más explícito, decía: «Camarada, trabaja y lucha por la revolución». Así que no eran cosas excluyentes. Se podía mantener las jornadas en la fábrica y después coger el rifle y unirse a una columna. Aunque él no veía cómo congeniar ambas tareas. Pío se sentía abrumado.

El día anterior, el acorazado España había bombardeado San Sebastián desde la bahía de la Concha. Cuatro muertos y treinta y ocho heridos. El crucero Cervera también había participado en esa acción.

—Han atacado el fuerte de Guadalupe —decía uno—. Para abrir ese flanco.

—Y San Marcos y San Marcial, se han ensañado con los tres baluartes —añadía otro.

—No solo los fuertes, compañeros, han caído bombas en las obras del hospital nuevo, al lado del asilo Zorroaga —informaba Astelena desde la mesa en la que repartía las armas—. Hay niñitos ahí, hostias, son unos desalmados.

—¡Unos hijos de puta! —se elevó la voz de Leoncio.

A Pío le sorprendía la ferocidad de su amigo en esas asambleas. Y le parecía siempre que su tibieza quedaba más al descubierto por el contraste con el compromiso monolítico de su compañero de juegos y de fechorías.

Eleuterio, el Abuelo, fumaba en cadena y pedía la palabra de cuando en cuando. Un hombre de unos cuarenta años, casi calvo, de piel muy morena, se abrió paso entre la multitud. Zarzabul lo presentó como Victorio. Había formado un batallón de trescientos combatientes en Oria. Venía a relatar su experiencia y a aconsejarlos a ellos, que pretendían crear un batallón de unas doscientas personas. En Hernani, en Urnieta y en Usurbil las milicias también se estaban organizando. Las armas llegaban desde Francia, por eso las tropas sublevadas estaban asediando Irún, para controlar la frontera y cerrar el suministro. Pero Irún resistía. Arrumbadas en varios rincones había cajas con morteros, dinamita y proyectiles. Sobre la mesa, rifles. A Pío le impresionaba ese arsenal, y Victorio les informó de que estaba en camino un envío de ametralladoras y cañones.

No había conseguido hablar con Leoncio, pero desistió. Le parecía que su posición era cada vez más difícil de defender, que ni siquiera la llegada inminente de su hijo podía esgrimirse como excusa para no arrimar el hombro en una causa tan importante. Se escabulló sin que nadie lo notara y, nada más salir a la calle, vio a un vecino disparando a un avión que volaba bajo. La sirena de la fábrica Michelin, que avisaba de los ataques aéreos, empezó a sonar. Corrió a casa. En el patio había un perro blanco moviendo la cola. Le faltaba una pata delantera. El animal lo miraba con ojillos suplicantes, pero Pío no tenía tiempo para dejarse engatusar. Empujó la puerta de la entrada y bajó con Julia al sótano, que utilizaban como refugio. Allí se quedaron, acurrucados en un rincón.

—Yo he hablado con María Yurrita —dijo Julia—. Tiene un hijo en cada frente, se pueden matar entre ellos.

—¿Cuándo la has visto? Creía que se habían ido.

—Se han ido todos, pero ella se queda para evitar robos en la casa.

—Todo el mundo se está alistando.

—Tú no te vayas al frente, ¿eh? Ten un poco de fundamento, que viene un niño en camino.

Se tumbaron en el colchón que habían bajado y él le acarició esa barriga que parecía a punto de estallar.

—Había un perro en el patio —se acordó Pío—. ¿De dónde ha salido?

—Yo qué sé. ¿Tenía collar?

—No. Le faltaba una pata.

—Le habrá caído una bomba. O una bala perdida, cualquiera sabe. Pero no estamos para perros, que te conozco.

Las explosiones sonaban en sordina. Más tarde se enteraron de que en ese ataque aéreo habían bombardeado el puente del Hipódromo.

La lluvia no dio tregua durante toda la semana. El trabajo se acumulaba en la fábrica, cada vez más desabastecida de mano de obra. Un pelotón se había desplazado a la capital para atacar a los sublevados por la retaguardia. Pero las aguas se habían calmado y no entraron en combate. Otro batallón había formado un frente en la cima del Txaldatxur, en los Altos de Zubieta, para contener el avance de las tropas sublevadas, que habían tomado posiciones en el monte Buruntza. Era imprescindible organizar la defensa del valle del Oria. Se combatía desde Hernani, desde Urnieta, desde la barriada de Oria y también desde Lasarte.

Una mañana, al alba, cuando Pío estaba desayunando un café y un trozo de pan, Julia empezó a tener contracciones. Él quiso ir enseguida a buscar a la comadrona, que vivía en una casita en las afueras, cerca de la fábrica de salazón. Pero Julia le dijo que no

había prisa, que el parto podía ser largo, que avisara primero a su madre y ella se encargaría de ir midiendo los tiempos.

Pío atravesó las calles fantasmales, la plaza desierta. Su suegra se desplazó a la casa junto a Socorro, que se ocuparía de dar el recado a la comadrona cuando se acercara el momento. Él les recordó dónde tenía apuntado el teléfono de Michelin.

—Me llamáis sin falta, quiero estar presente. Os acercáis a la telefónica de María Iradi y me pasan la llamada.

Las comunicaciones no estaban interrumpidas, pero no era fácil llamar porque la centralita se colapsaba. Eso siempre y cuando la familia Iradi no se hubiera largado de Lasarte a Francia o a alguna provincia menos expuesta a las bombas. En momentos como ese, no tenía más remedio que cruzar los dedos.

Cubrió de besos la cara de Julia, la frente, las mejillas, incluso la nariz, y se fue a trabajar. Era un día importante en la fábrica, había citado a los jefes de taller para reorganizar la cadena, en vista de las bajas. En un descanso llamó a su tía Enriqueta para contarle que el trabajo de parto había comenzado. El niño nacería ese mismo día.

—Qué alegría me das, Pío —dijo Enriqueta—. A ver si puedo ir a Lasarte, hoy el barco está lanzando bombas otra vez.

—Otra vez no, tía, no me digas eso. ¿Tú estás bien?

—Sí, por mi casa no ha caído nada. Que se atrevan —dijo desafiante —. Han caído en Miraconcha y en Aldakonea. Ahí está la Maternidad, ojalá no haya pasado nada grave.

—Tú no salgas de casa. No te preocupes por Julia, está bien atendida. Y al niño ya lo conocerás.

—Ayer un avión tiró papeles por todas partes. Nos dicen que nos vayamos o destruirán la ciudad. Pero de aquí no se puede salir,

como no sea por mar.

—Pues coge un barco, tía.

—Yo no me voy, quiero conocer a tu hijo.

Pío volvió al trabajo y mantuvo una conversación larga con su jefe, que estaba preocupado. El puerto de Pasajes sufría un bloqueo, no llegaban materias primas. Tan solo podían utilizar las que quedaban en el almacén. Lo conminó a permanecer al mando de los talleres durante la guerra.

—Está naciendo mi hijo, Tomás —le informó Pío.

—Ahora no podemos prescindir de ti, a ver cómo te apañas —contestó él.

Pío hizo la ronda por todas las naves de la fábrica. Quería asegurarse de que no se avecinaban nuevas bajas, por lo menos en los puestos esenciales. En el taller de preparadores no había problemas. En el de confeccionadores, donde trabajaban más mujeres, tampoco. Le preocupaba el de cocedores. Esa mañana faltaban tres operarios que se habían alistado. Con siete personas no se podía sacar adelante el trabajo. Se encerró en su oficina y extendió la planilla del personal. Era imperioso trasladar manos al taller de cocedores, pero no era un oficio que pudiera desempeñar cualquiera. Tal vez algún calandrista. También se imponía la necesidad de doblar turnos, una medida siempre impopular. Un cincuentón que trabajaba en la secretaría le dijo que tenía una llamada de teléfono. Pío corrió hacia el pabellón donde estaban las oficinas de administración. Era Socorro. Su hijo acababa de nacer.

—¿Julia está bien?

—Sí, está agotada, pero bien. Quiere verte.

—¿Es niño o niña?

—Es niño.

Pío sonrió. Se prometió a sí mismo que ese niño no sería relojero.

—Dile a Julia que voy para allá.

Regresó a su despacho, cogió la planilla, garabateó los cambios operativos que consideraba urgentes y le llevó el informe a su jefe. Pensaba decirle que completaría el trabajo en su casa, porque acababa de nacer su hijo. Pero un alboroto interrumpió la conversación. Un grupo de milicianos comandado por Zarzabul había irrumpido en la fábrica y exigía a los obreros que salieran a la calle. Había que montar barricadas en los accesos a Lasarte y defenderse de un ataque inminente de los sublevados. En las naves resonaban los gritos de los milicianos, los vivas a la República amplificados por los altísimos techos. Los obreros iban saliendo en fila y recibían palmadas de los milicianos. Pío cruzó la nave para salir por una puerta lateral. Su mirada esquiva notó como un flechazo la de Zarzabul, pero no disponía de tiempo para pensar en las implicaciones de su huida. Quería ver a su hijo y estar con su mujer, esa era la misión que en esos momentos le ponía la vida por delante.

Impresionaba ver a Julia yaciendo sobre las sábanas ensangrentadas, como una víctima en el campo de batalla. Pero en esa cama se abría paso la vida. En el pecho sudoroso de Julia se acurrucaba un bebé tan pequeño que parecía mentira que fuera un ser humano. La sonrisa de ella en su rostro demacrado por el esfuerzo resultaba conmovedora.

—¡Julia! —exclamó Pío irrumpiendo en la habitación—. ¿Qué tal estás? ¿Cómo ha ido todo?

A Julia le costaba hablar, pero contestó con hipidos de emoción y abriendo un brazo para acoger a su marido. Pío la abrazó con torpeza, pues no era fácil hacerlo sin abrumar al bebé.

—Es un niño igualito a su padre —dijo Marcelina, que se había situado en un segundo plano para dejarles un poco de intimidad.

—Cógelo —pidió Julia—. Es tu hijo.

—Me da miedo, se me va a caer.

Pío le hizo una carantoña en la barbilla, muy suave, con el índice, como para comprobar que esa personita existía de verdad.

—Hola, Andoni —le dijo al recién nacido—. Ya estás con nosotros.

Se puso a llorar de emoción y, más tarde, cuando ya habían pasado las primeras efusiones, cayó en la cuenta de que era la primera vez que lloraba de alegría en toda su existencia.

En otras circunstancias, durante toda la tarde se habrían sucedido las visitas. Pero las tropas sublevadas estaban muy cerca de Lasarte, se oían los cañonazos como si un carro de combate estuviera disparando desde la plaza. Apenas se dejaron caer por allí unas pocas vecinas. Malen, la tabernera, trajo una gallina para hacer un caldo que ayudara a la madre a recuperar fuerzas. Marcelina se remangó y anunció que iba a prepararlo. En la casa se respiraba una felicidad teñida por la guerra. Pero nadie hablaba del presente ni del porvenir, como si se hubieran conjurado para preservar la pureza de esos momentos. Una tregua que los protegía de los disparos que retumbaban en el valle.

Diez días después del parto, Socorro informó a Julia de que debía someterse a la entrática, la ceremonia de purificación.

—¿Te parece que soy impura o qué? —preguntó Julia.

—Lo eres, el parto te convierte en impura. Por eso hay que limpiarte. Ya he hablado con el cura, yo te acompaño.

—¿El cura no se había ido?

—Sí, y le saquearon la casa y la parroquia. Así que ha vuelto.

A Pío, esa ceremonia le parecía una estupidez y se negó a ir. Tampoco Marcelina mostró mucho interés en perpetuar esas costumbres arcaicas. Pero Socorro lo tenía muy claro. Y entonces Julia comprendió por qué su hermana no había pasado a verla en todo ese tiempo. No quería estar junto a una mujer impura.

—Exacto, no se debe acercar una mucho. Vamos, ponte una toquilla, que ha refrescado.

Tontería o no, Julia no tuvo más remedio que prestarse a la ceremonia. Se acicaló en el lavabo con espejo, que era su mueble favorito de la casa, cogió al niño y se dispuso a pasar el trance. El padre Rosendo las esperaba en la puerta del templo con un frasco de agua bendita. Roció a Julia con ella y una vez dentro, se acercó al altar y ofreció el niño a la Virgen, cuya figura había perdido un brazo en el allanamiento.

—Ahora queda lo mejor —dijo el padre Rosendo—. La merienda. Venid conmigo.

Socorro explicó a su hermana que la entrática siempre finalizaba con un agasajo por parte de la Santa Iglesia: un chocolate con picatostes que el cura preparaba en una salita anexa a la sacristía. Allí encontraron la jarrita de porcelana, las tazas, la fuente con el pan tostadito. Se sentaron a merendar, Julia sin soltar al niño.

—Vaya momento ha tenido para nacer este pequeñín —dijo el cura.

—Cuando algo puede salir mal, sale mal, padre —esgrimió Julia su pesimismo.

—Habrá que pedirle ayuda a una lamia —opinó Socorro.

El cura detuvo su taza en el aire. Conocía las leyendas vascas, era un hombre culto.

—¿No sería mejor pedírsela a una Virgen, o directamente al Señor?

Ella se lo pensó unos instantes, mientras masticaba.

—También puede ser.

—Nos va a hacer falta ayuda a todos. Irún no va a aguantar el asedio —contó el padre Rosendo con un suspiro.

—¿Y eso qué significa? —se alarmó Julia.

—Que se cerrará la frontera, que ya no van a llegar armas de Francia, que las milicias republicanas están más que jodidas. Oria ya se ha despoblado, la gente ha huido. Las tropas del general Mola bajarán hacia San Sebastián sin apenas resistencia.

—San Sebastián ha resistido ya dos veces —dijo Socorro.

—Esto es el final, queridas —sentenció el cura mojando un picatoste en el chocolate.

11

Oyó ruidos en la entrada y se asustó. No quería levantarse en ese momento, justo cuando el niño estaba bien agarrado a la teta. Pero había alguien acechando ahí fuera. Pío tenía turno de noche en la fábrica, no lo esperaba hasta las siete de la mañana. Palpó en la mesilla en busca del reloj de pulsera que él había fabricado. Las tres de la mañana. Alguien golpeaba la puerta con cuidado. Golpecitos con un nudillo, quedos, como para no despertar a la casa entera. Julia dejó en la cuna al niño, que empezó a berrear, hambriento. Se asomó por la ventana y vio a Leoncio en el jardín.

—¿Qué haces aquí? Es muy tarde.

Él miró a un lado y al otro con gestos furtivos, después entró en la casa.

—Tengo que hablar con Pío.

—Está en Michelin, ¿qué ha pasado?

—Tiene que irse ya, díselo.

—¿Por qué? Él no se mete con nadie.

—Iros los tres. Esta misma noche, Julia. Hazme caso.

—¿Adónde voy a ir yo con un bebé?

—Díselo.

—Yo no le voy a decir nada. Qué poco fundamento. Márchate, anda.

Lo cogió del brazo y lo empujó al exterior. Leoncio la dio por imposible. Julia era dura de pelar, una mujer terca como una mula.

Los berridos del bebé lo acompañaron buena parte del camino. Resonaban en el valle. O tenía buenos pulmones o se le habían quedado alojados en el cerebro. Se dirigió a los solares del Hipódromo en los que habían construido la fábrica de neumáticos. Un vigilante le impidió el paso, pero al menos Leoncio consiguió que avisaran a Pío Yarza para que saliera a su encuentro.

—Es el jefe de personal, tengo que darle un mensaje muy importante.

El centinela hizo una llamada y, al cabo de unos minutos, Pío se reunió con él junto a la valla que delimitaba el perímetro. Leoncio se mostró imperativo, vehemente, igual que con Julia. Tenía que irse de Lasarte esa misma noche.

—Confía en mí, que soy tu amigo. Haz un petate y lárgate.

—¿Y mi familia? ¿Y mi trabajo?

—Te los llevas contigo si quieres. O los dejas aquí, a ellos no les va a pasar nada.

—No te entiendo, Leoncio. ¿Por qué yo? ¿No eres tú el que tiene que esconderse?

—Yo me voy al frente, voy a seguir luchando por la República. Ya no me vas a ver más. Pero te quería avisar.

—¿Por qué me van a hacer algo a mí los sublevados? Yo no he combatido contra ellos, me he limitado a trabajar.

—No son ellos los que van a por ti.

—¿Entonces quiénes? —preguntó mientras un sudor frío le recorría el cuerpo.

Leoncio tragó saliva.

—Nosotros.

Pío advirtió que le costaba mantenerle la mirada. Sentía vergüenza, rabia, desolación. Ese era Leoncio, todas las emociones se le dibujaban en la cara, como si formaran un mapa, no era capaz de disimularlas. El farol de la entrada creaba claroscuros en su rostro.

—Zarzabul te vio escapar de la fábrica, lo ha contado en El Lirio. Que no querías unirte a las milicias.

—Acababa de nacer mi hijo.

—Escucha, los anarquistas van casa por casa. Ya han cogido a Loren, el de la serrería. Y a Higinio lo han sacado de la cama con una pulmonía, solo porque es el patrón de la fábrica de escabeches. Tú eres jefe aquí.

—Y Zarzabul me vio escapar como un cobarde...

—Tienes que irte.

—Menudo cabrón con pintas es ese tío...

—Esta misma noche. Prométemelo.

Pío sonrió, porque nunca le había visto una mirada tan tierna y tan patética. La noche era clara y el aire estaba detenido. El manto del río brillaba con un releje de luna. Le dio un abrazo y le pareció que su amigo ahogaba las lágrimas. Leoncio ya no lo miró más y se alejó campo a través, hacia el puente de Zubieta.

Al alba, cuando volvió a su casa, Pío se acurrucó en la cama junto a Julia, que lo acogió con un gemido soñoliento. Durmió a pierna suelta, algo que lo dejó desconcertado la mañana siguiente. De la cocina venía un olor agradable a guiso casero. Deseó con todas sus fuerzas que su mujer estuviera preparando patatas con costilla, su plato favorito.

—Tu amigo vino anoche —le dijo al verlo aparecer en la cocina.

—Ya he hablado con él.

—¿Y? —Removía el guiso, aparentaba tranquilidad.

—Es un exagerado, se pasa de alarmista. Ya lo conoces.

El bebé se puso a llorar.

—Cógelo, que se me pegan las patatas.

Él la abrazó por detrás, olfateó su cuello, su piel. Le dio un beso en la mejilla.

—Yo lo remuevo.

Julia regresó poco después con el niño. Lo acunaba en sus brazos y le cantaba una canción vasca para que se calmara.

—¿Por qué nunca lo coges?

Él no contestó. No lo sabía, le daba miedo que se le cayera, era muy torpe. Ella reanudó la canción. Después de comer, Pío le dijo, con aire de misterio, que tenía que salir. Ella conocía esa coraza impenetrable y no le preguntó adónde iba. Había milicias por el pueblo, se oían disparos en la lejanía.

Las calles estaban desiertas. Pío notó que el perro blanco lo seguía a varios metros. Le daba pena verlo caminar con esa cojera, había algo patético en su empeño. Pero no tenía tiempo para hacerle caso. Vio la torre de la iglesia al fondo, elevándose sobre los tejados de las casas bajas. Sus pasos lo condujeron hasta allí. Empujó la puerta y agradeció el frescor del templo. No había nadie dentro. Hasta que el padre Rosendo asomó por un extremo del altar.

—Un día me dijo que necesitaba una confesión, padre. —Le sorprendió cómo resonaba su voz entre las bóvedas.

El cura señaló el confesionario con un gesto tranquilo de la mano. Pío se arrodilló en el reclinatorio. Aguardó unos segundos hasta que el padre Rosendo se colocó al otro lado de la celosía.

—Ave María Purísima —dijo entre toses.

—Padre, ¿usted no tiene miedo? —soltó Pío a bocajarro.

El cura dejó pasar unos segundos antes de contestar.

—Todos los días.

—Están matando a curas por todas partes. Están quemando iglesias. Podrían entrar ahora mismo.

—Así es, hijo. Pero no podemos oponer ninguna fuerza a los designios divinos.

El petardeo de un avión los interrumpió. Ambos aguardaron el bramido de las sirenas, pero no se produjo. Pío tomó aire.

—Yo también tengo miedo.

—El miedo no es un pecado. Es algo con lo que venimos al mundo. Nos acompaña toda la vida, es como un manto con el que protegerse.

—Soy cobarde. No me he alistado, no lucho por la República ni por la revolución obrera.

—Eso tampoco es un pecado.

Las palabras del padre Rosendo, cavernosas, pausadas, sonaban irrefutables. Había algo tranquilizador en la cercanía del cura, en su aliento acre que desprendía alguna nota de vino.

—Soy poco cariñoso. Con mi tía, con mi mujer... Con mi hijo.

—Eso tiene arreglo. Basta con una palabra amable cada día. Con una caricia.

—Hasta eso me cuesta.

—Pero tampoco eso es un pecado.

—No creo en Dios —dijo en un arrebato, como si la revelación lo estuviera abrasando—. Lo siento, padre, nunca he creído.

Pío pensaba que esa afirmación pondría fin a la charla o, por lo menos, acabaría con la calma del cura.

—A veces es difícil creer, sobre todo en tiempos como estos. Pero él sí cree en ti. Te está esperando. Y nunca dejará de esperarte, porque la paciencia de Dios es infinita.

—Usted..., ¿de verdad cree en Dios? No le pega nada. Siempre me ha parecido que finge la fe.

El padre Rosendo soltó una risita que camufló con un carraspeo.

—Lo piensas porque me ves cercano, como un vecino más. La fe no tiene que ser distante. Claro que creo. Es lo más precioso que tengo. Me ayuda a soportar el miedo.

Pío agachó la cabeza. Había estado solo un rato con el cura, pero se sentía agotado, como si la confesión lo hubiera vaciado por dentro. ¿Tanta ligereza provocaba la absolución de los pecados? Salió de la iglesia a la intemperie. Enfrente, en el convento de las Madres Brígidas, permanecían los anarquistas. Avivó el paso hasta la Casa Arrieta. En el primer piso, el servicio de telefonía estaba abandonado. Empujó la puerta, que cedió fácilmente. Allí estaba la centralita de María Iradi, su silla, sus cascos, su libreta, su lapicero. Pretendía llamar a su tía Enriqueta, pero ya no era posible. Sintió el impulso de escribirle una carta. Se sentó, arrancó una hoja de la libreta y encabezó la carta: «Querida tía».

Le contó que las cosas andaban revueltas en Lasarte, que se había montado un frente en las afueras, que la fábrica estaba desabastecida por el bloqueo marítimo, que el niño comía bien y dormía mal. De pronto, se sorprendió a sí mismo dándole las gracias por haberlo rescatado de la furia de su padre y por consolarlo tras la muerte de Sabina, de su querida madre. Repasó también los momentos estelares de su vida juntos. Nada especial, vivencias cotidianas que, por alguna razón, se le habían alojado en la memoria. Anécdotas divertidas, lances corrientes que formaban una relación de mucho amor. Le pidió que saludara de su parte a Patrocinio, a la que también tenía un cariño especial. Se iba a despedir con un beso, pero algo lo hizo dudar. Una palabra amable al día, le había dicho el padre Rosendo. No era fácil, pero había que intentarlo.

«Te quiero», escribió. Y luego añadió: «Te quiero mucho».

Desde su escritorio, a través de la ventana, se divisaban fogonazos en el monte Buruntza. Había gente corriendo aquí y allá, movimientos de tropas. Guardó la carta en el bolsillo y volvió a casa dando un rodeo para no pasar por El Lirio, donde a buen seguro se estaban discutiendo los próximos pasos a dar: cómo mantener viva la lucha obrera, cómo organizar la resistencia, cómo liberar San Sebastián de las garras de los requetés.

Esa noche, después de cenar, se vistió para ir a trabajar. Julia ya se había acostado y él bebía una taza de café mientras fumaba un cigarrillo. De pronto, notó un silencio extraño en la casa. El bebé respiraba, dormido. El viento soplaba fuera y la lluvia repiqueteaba en el tejado. Pero había algo peculiar en el silencio. Era el Incomprendido, que se había parado. Faltaba el tictac que marcaba sus días, que llenaba la casa con su ritmo incansable desde tiempo inmemorial. Al día siguiente tendría que darle cuerda al reloj. Se ajustó la corbata roja con la que adornaba siempre su uniforme y salió a la noche. La lluvia arreciaba, iba a necesitar el paraguas. Antes de volver para cogerlo, vio los faros de un vehículo que se

acercaba por el camino. Era uno de los camiones de transporte de ganado que usaban las milicias anarquistas.

Entró en el dormitorio y contempló a Julia dormida. Roncaba suavemente. En la cunita yacía su hijo, tan pequeño. Lo cogió en brazos. Era la primera vez y se sintió en un momento único. Le tocó el pie arrugado, aspiró el olor de su piel, con una nota rancia, entre el cuello y el pecho, le acarició la mejilla. El bebé despegó los ojos con esfuerzo y lo miró a través de las dos rendijitas bajo los párpados. Su cabeza estaba registrando un rostro nuevo, que a esa distancia sí podía ver. El de su padre. Cuando sonaron los golpes en la puerta, lo depositó en la cuna con mimo. Julia se incorporó asustada.

—¿Quién es a estas horas?

Pío abrió la puerta. Dos milicianos con los fusiles colgando del hombro flanqueaban a Astelena, al que conocía bien de las reuniones en la mercería.

—Te vienes con nosotros —dijo su antiguo compañero.

Julia, que se había levantado, se abrió paso hasta encarar a los intrusos.

—¿Por qué se lo llevan?

Ninguno le contestó.

—No te vas con ellos, Pío —le dijo—. Tú no te vas. A mí no me dejas sola.

Encadenaba súplicas y protestas con la voz más y más quebrada. Pío la agarró de los dos brazos, la miró a los ojos.

—Todo va a ir bien. Acuéstate.

Se quitó el reloj de pulsera y se lo dio. Tenía la correa de oro, un regalo de su tía Enriqueta para que fuera más elegante por la vida. «¿Le regalas un reloj a un relojero?», le había preguntado él. Y ella lo llamó bruto y aldeano; sabía que nunca se fabricaría un reloj para sí mismo, y había que llevar uno porque era un símbolo de distinción. Eso le dijo. Le señaló a Julia una carta que había dejado en el aparador.

—Es para mi tía. Mándasela.

Se quitó también la corbata roja y la colgó alrededor del cuello de Julia. Luego le acarició la barbilla y le sonrió con ternura.

—Te quiero —susurró Julia, que estaba llorando con suavidad, como en un canto resignado, y no parecía importarle decir algo así en presencia de los intrusos.

—Te quiero —contestó él. Le dio un beso en los labios.

Los que aguardaban fuera se estaban empapando. Pío salió sin coger el paraguas y se subió a la trasera del camión. Allí había tres personas más, custodiadas por milicianos armados. Uno de ellos le sonaba, quizá de la fábrica de Cementos Rezola. A los otros dos no los conocía. Astelena se montó delante, sacó su petaca del bolsillo y dio un buen trago. La pareja armada subió también con los prisioneros. A Pío le pareció ver que se encendía una luz en el interior de su casa. Tal vez Julia había prendido una vela. También entrevió un bulto blanco en la oscuridad. Era el perro cojo, que había abandonado su escondite de ramas y se sometía al aguacero para acercarse a él. Lo miró con ojos desamparados, chorreantes de lluvia. Cuando el vehículo se puso en marcha, el perro empezó a correr tras él. Pero desistió muy pronto, Pío dejó de verlo después de la primera curva y el camión siguió traqueteando hacia las afueras del pueblo, camino a ninguna parte.

12

Colocó al bebé en una cesta, entre almohadones. Lo amarró a la bicicleta y pedaleó hasta la casa de su madre.

—Quédate con el niño, luego vengo a por él.

—¿Adónde vas, hija?

—A buscar a mi marido.

Marcelina esbozó un gesto de terror; ya se le había demenciado una hija, no quería que le pasara lo mismo a la otra. No sabían nada de Pío desde la noche de su detención. Había transcurrido una semana. No cabía albergar esperanzas. Enriqueta había recorrido todas las oficinas policiales de San Sebastián en busca de noticias. Registros de presos en las cárceles, listados de bajas. Nada. El nombre de Pío Yarza no figuraba en ningún informe de guerra. Lasarte estaba lleno de viudas y de madres que lloraban la desaparición de sus hijos.

Pero Julia no se había vuelto loca. Su pesimismo le susurró la primera noche que no iba a volver a ver a Pío, y esa certeza la acompañaba desde entonces. Lo que quería era encontrar sus restos. Se dirigió en primer lugar al cementerio de Lasarte, detrás de la iglesia de San Pedro. Allí, según se decía, fusilaban a algunos detenidos y tiraban los cuerpos a una fosa común. La pared grisácea tenía restos de sangre. Pero no había rastro de zanjas, no veía la tierra removida por ninguna parte, ni en el bosquecillo de castaños ni en las orillas del Mendaro. Se dirigió después al caserío de Sausta Txiki, que estaba abandonado. Trini, la del caserío de Lasa, que había perdido a un hijo en el frente, le dijo que en ese paraje se habían oído los gritos angustiosos de los detenidos precediendo a los disparos. Tampoco allí encontró nada.

Lo intentó también en los aledaños de la ferrería Legorreta, donde hacía unas semanas un pastor se había topado con un cadáver. Allí sí vio un montoncito de arena cubierto de palos y heno. Lo removió con los pies, cogió un palo y una piedra afilada y se puso a excavar bajo el pequeño montículo. Al cabo de una hora desistió entre lágrimas, con dolores por todo el cuerpo. No era capaz de cavar en ese terreno endurecido. Necesitaría un pico y una pala, y no tenía fuerzas para ir a buscarlas.

Cuando volvía a su casa, tras haber recogido de casa de su madre a Andoni, al que llevaba en la cestita, se cruzó con una columna de requetés que marchaban entonando cánticos marciales. Lasarte se había rendido. Se refugió en su hogar y lamentó que las tropas sublevadas no hubieran llegado antes. Tal vez así Pío se habría salvado. Se preguntaba si no deberían haber huido, si podrían haber labrado un futuro en otro lugar, incluso llevando a cuestas un bebé de apenas un mes. Su respuesta era que tenían que permanecer allí, su marido se había comportado de la mejor manera posible. Había evitado posicionarse, no se dejó contagiar por los efluvios patrióticos, colocó a su familia en el primer lugar de sus preocupaciones. No se merecía un desenlace tan trágico. ¿Había sido mala suerte? Podía ser, ella creía firmemente en la mala suerte.
O quizá lo detuvieron por alguna clase de venganza cuyos contornos no conseguía perfilar.

El bebé lloraba, hambriento. Ella no tenía leche, se le había cortado por los nervios, por la angustia intolerable, por la infelicidad. Cogía un poco de la fresquera y se mojaba los dedos para que el niño los chupara. Era difícil, desesperante para ambos.

Al día siguiente, vio un camión de carlistas navarros cargado de muebles, enseres, cuadros, ropas, libros. Estaban saqueando las casas. Pidió a Dios que solo se estuvieran cebando con las vacías, pero esa tarde irrumpieron en la suya y se llevaron mantas y alimentos, incluyendo la leche con la que alimentaba a su hijo. También se llevaron el lavabo con espejo que le había regalado Pío

cuando se casaron. Se quedó sentada en el hueco del lavabo durante horas, abrazada a sus piernas, temblando de rabia y de tristeza.

De pronto, se acordó del Incomprendido. Se levantó, se acercó a la pared de la chimenea. Allí estaba, parado, como si la vida se hubiera detenido para ella. Los requetés no se lo habían llevado. Nunca le había gustado ese reloj, pero Pío le tenía mucho cariño. Lo descolgó y lo bajó al sótano. Disimuló la trampilla con una esterilla de paja.

Por la mañana se acercó con el niño al caserío de Lasa. Trini había perdido a uno de sus hijos en el frente de Guipúzcoa. Del otro no tenía noticias. Los carlistas habían saqueado también su casa, pero no se habían llevado la vaca. La ordeñó, hirvió la leche y le dieron al niño un buen desayuno con el biberón que usaban para alimentar a los terneritos recién nacidos. Julia volvió a su casa con el biberón lleno de leche. Debía dosificarlo a lo largo de toda la tarde y la noche. Al día siguiente volvería para rellenarlo. Trini agradecía la visita, pues estaba muy sola. Y Julia, aunque nunca le había caído muy simpática esa mujer, también disfrutaba de la compañía. Los días se le hacían muy largos.

En el Hipódromo, cerca de su casa, aterrizaban aviones de guerra. Una tarde, cuando se dirigía a casa de su madre, vio aviadores italianos en el bar Central. Su madre insistió, una vez más, en que Julia se mudara con ella. No entendía por qué vivía sola en esa casa desangelada, con la ausencia de su marido reverberando en cada rincón. Ni siquiera ella misma entendía su terquedad, pero necesitaba vivir en el hogar que había formado con Pío, era una forma de mantenerlo con vida.

Socorro le arrancó un pelo de la cabeza y explicó que se lo había pedido la lamia Maripetralin, para poder protegerla. Julia se enfadó con ella. Estaba harta de sus locuras. Bien se veía que a Marcelina tampoco le quedaba mucha paciencia. Lamentaba que su padre les hubiera contado tantas leyendas vascas de lamias cuando eran

pequeñas. Entonces le parecía bonito, pero no se podía imaginar el daño que le iban a causar a su hija mayor. Le rogaban que se dejara de tonterías y ella las compadecía por estar tan perdidas y, entre suspiros, se encerraba en su habitación.

Cuando estaba aparcando la bicicleta en el patio de su casa, Julia vio a Enriqueta apoyada en el quicio de la puerta. La encontró envejecida, desencajada. Se acercó a ella como una sonámbula y le dio un gran abrazo. Durante unos segundos permanecieron así, acompasando sus respiraciones.

—Qué desgracia —musitaba Enriqueta—. Qué desgracia, querida, qué desgracia.

—Me lo han matado —sollozaba Julia—. Me lo han matado, ¿qué voy a hacer ahora?

Enriqueta, que siempre tenía algo que decir, no encontró esta vez las palabras. Se limitó a abrazarla de nuevo. Realmente pensaba que la tragedia iba más allá de lo soportable y que en esos tiempos horribles había que callar y sobrevivir. No había frases de aliento que pudieran sacar a esa mujer de la desesperación. Fue Julia quien rompió el silencio con voz fatigada:

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has venido?

—Han abierto el tranvía. Ventajas de la rendición de San Sebastián. ¿Me dejas conocer a mi sobrino nieto?

Julia se lo tendió y ella, al cogerlo, empezó a aspirar grandes bocanadas de aire, como si le costara respirar. Las lágrimas caían de sus ojos como una cascada.

—Se parece a su padre. Espero que no te moleste.

—Yo no le encuentro ningún parecido. Es muy pequeño todavía.

—Es precioso. Hola, Andoni...

Entraron en la casa. Enriqueta se sentó en una silla con el niño en brazos. Quería saber los detalles de la detención. Julia se los contó. También le dijo que había buscado sus restos, sin éxito.

—A muchos detenidos de Lasarte y de Oria los llevan al cementerio de San Sebastián. Igual lo fusilaron allí.

—Dejó una carta para ti —se acordó Julia, abrió un cajón de la alacena y le tendió el papel con las últimas palabras que Pío escribió en su vida.

Enriqueta leyó la carta tratando de contener las lágrimas. Pero al acabar la lectura lloró de todos modos. No eran tiempos para racanear las emociones.

—Es como si se estuviera despidiendo.

—Él sabía que lo iban a matar.

—Os teníais que haber ido, Julia.

—Nos hubieran matado en el monte, o en cualquier parte. No sé, Enriqueta. Él quería quedarse. Y yo también.

En aquellos momentos, ninguna solución era fácil. También ella debería haber huido de la ciudad, y sin embargo se había quedado. Había presenciado los estertores de la resistencia, la orden de evacuación de la Junta de Defensa, la desbandada general, gente cargando con sus pertenencias, algunos llevándose bajo el brazo una cazuela o un arcón, unos arrastrando maletas de cuero y otros con un simple hatillo. Niños de mirada triste emprendiendo la retirada, camino del exilio o de un trozo de tierra sin bombas. Un centenar de *gudaris* permaneció en la ciudad para evitar los actos de pillaje, pero también ellos terminaron embarcando en el puerto para poner pies en polvorosa. Enriqueta se sentía como el único testigo

de la caída de San Sebastián. Vio desfilar a los requetés del tercio de Artajona y la imagen se le clavó en el corazón.

—¿Y Patrocinio?

—Se marchó a su pueblo, en Cuenca. Allí vive su familia. Pero no sé si habrá llegado, le pedí que me escribiera.

Esa tarde Enriqueta fabricó un jergón con pajas y heno y lo forró con un saco grande de herramientas que sacudió para quitarle el polvo. Le había dicho a Julia que quería dormir bajo el mismo techo que ella y el niño, y como no había camas, tuvo que agenciarse esa solución. Después salió a pedir comida por los caseríos que todavía estaban habitados. Regresó con una mazorca de maíz, un nabo y un puñado de habas.

Al día siguiente visitaron a Marcelina, que se puso muy contenta al ver a Enriqueta. Charlaron durante varias horas. Un arriero había traído noticias de la caída de Oria, el barrio vecino. La Pequeña Rusia estaba casi vacía cuando las tropas rebeldes se decidieron a bajar del monte. Temían una resistencia feroz, por las noches se distinguían las casas iluminadas y eso indicaba que en el pueblo nadie estaba dispuesto a rendirse. Pero era un subterfugio de los dos ancianos que se quedaron de guardia: dejaban las luces encendidas y tocaban las campanas de la iglesia para engañar al enemigo.

Los saqueos no se hicieron esperar y en uno de ellos encontraron a un hombre escondido en un granero. Era Pepe Galán, el sastre. Lo mataron allí mismo, sin preguntarle siquiera el nombre. La fábrica de hilados y tejidos de Brunet se dedicaba ahora a confeccionar tela azul y blanca para colchones, una de las principales necesidades del Ejército.

Socorro seguía en su mundo, pero se sumó a la conversación de las tres mujeres y a veces parecía haber recuperado la cordura. Afrontaban tiempos muy duros. Pero en momentos como ese, en

una conversación amena, cuando se miraban a los ojos y se tocaban, les asistía la sugestión de que iban a salir adelante. Se tenían que ayudar entre todas.

Las monjas regresaron en octubre. Enriqueta se presentó en el convento y pidió hablar con su hermana. Le tocó comunicarle la muerte de Pío. Sor Juana se santiguó varias veces antes de hablar.

—Se la tenía que haber dado a él.

—¿El qué?

—La Virgen del Consuelo. Se la di para que protegiera a su hijo. Pero el que necesitaba protección era él.

—No habría servido de mucho, querida —dijo Enriqueta con impaciencia.

—¿Y el niño?

—Está bien. Pasa hambre. Como todos.

—¿Me lo vas a traer un día? Quiero conocerlo.

—Se lo diré a su madre. Vivo con ella. He decidido quedarme aquí y ayudarla en lo que pueda.

Sor Juana sacó un pañuelo de un bolsillo del hábito y se sonó la nariz ruidosamente.

—No me puedo creer que lo hayan matado. A lo mejor está escondido en alguna parte.

Lo decía por agarrarse a un hilo de esperanza. Enriqueta la tomó de la mano mientras meneaba la cabeza. Y Juana comprendió con la mirada anegada.

—Voy a rezar por él. ¿Tú cómo estás? —preguntó Juana.

—Ufff, no sé qué decirte. Lo mejor es que reces también por mí. Y por Julia. Reza por cada uno de nosotros.

No había suficientes oraciones para todos los que las necesitaban. Los lamentos recorrían el valle, los duelos se multiplicaban y el miedo se palpaba en las calles, se aspiraba en el aire, se olía en el humo de las chimeneas. Algunos vecinos, los que no temían represalias, volvieron a Lasarte. En el otoño del 36 comenzaba la posguerra en Guipúzcoa cuando en casi toda España se seguía combatiendo. Pero eran tiempos de represión, de arrestos infundados, de purgas. También de hambre y de privaciones. Julia vio una mañana a la pescatera baldeando la entrada de su local, aunque solo vendía salazones, pues en esos días no se faenaba. También regresó don Pablo, el médico, que recorría toda la comarca para visitar a los vecinos. No necesitaba que lo avisaran por una enfermedad, él consideraba que todos, en todas partes, padecían al menos hambre y necesidades higiénicas. En los casos extremos, administraba pastillas con lactosa o con vitamina B. Cada diez días, Julia y Enriqueta esperaban su visita. Examinaba al bebé y lo veía bien. No tenía forma de pesarlo, pero hacía sus cálculos a ojo de buen cubero. Le apretaba un brazo, comprobaba los reflejos en las piernas, le examinaba boca y oídos y le miraba la piel.

—El niño está estupendo. —Era siempre su diagnóstico.

A Julia le preocupaba que le sentara mal la leche de vaca, ya que ella no podía amamantarlo.

—¿La vomita?

—No. Alguna vez un poco.

—Eso es normal. ¿Tiene cólicos?

—No.

—Si los tiene, rebajas la leche con un poco de agua. Pero yo diría que la está tolerando. Este niño tiene un buen estómago.

Después las examinaba a ellas, les preguntaba por su dieta, que era escasa y poco equilibrada. Estudiaba su piel en busca de ronchas, granos o escaras.

—He visto casos de pelagra, por consumo excesivo de maíz.

Ellas también comían mucho, en ese valle había maizales esplendorosos. Pero la piel no se les había desecado.

Se acercaba el invierno y había que calentar la casa. Enriqueta encontró un hacha en el sótano, entre las herramientas oxidadas de Domingo. Se fue al bosque y pasó la mañana cortando leña. La metió en un capazo y emprendió el regreso hasta Lasarte. A la altura de los campos del Hipódromo, una pareja de guardiaciviles le dio el alto.

—¿Adónde va con eso?

—Es leña, para calentarnos.

—¿Dónde vive?

—En la revuelta, en la casita blanca.

—¿Me enseña la documentación?

—No la llevo encima. Soy Enriqueta Galardi.

Los dos guardias se miraron.

—¿Galardi? Suena a apellido de rojos.

—No somos rojas, mi hermana profesa en el convento de las Brígidas.

—No se puede coger leña del bosque, nos vamos al cuartel de Torretxe.

—No me detengan, por el amor de Dios. Tengo un bebé a mi cargo que se muere de frío.

—Nadie la está deteniendo, pero esa leña nos va a servir para calentarnos. El cuartel es una nevera. Andando.

Enriqueta caminó cinco kilómetros hasta el cuartel custodiada por los guardiaciviles, que iban detrás en el coche, a paso de cortejo fúnebre. Llegó exhausta.

—Déjela ahí. Y dé gracias, la próxima vez que la veamos por el bosque se viene detenida.

Regresó a casa con lágrimas en los ojos. Y totalmente molida. Le contó a Julia lo que había pasado y se tumbó en el jergón. Julia le pasó paños húmedos por el cuerpo para aliviarle los dolores.

A los pocos días, Marcelina enfermó. Tenía tos, fiebre, escalofríos. Podía haber contraído una pulmonía. Cruzaban los dedos para que no fuera tuberculosis. Don Pablo no pasaría por allí hasta dentro de unos días. Enriqueta fue al convento y le pidió medicinas a su hermana Juana. Suponía que las monjas debían de tener un botiquín. Juana le recomendó tisanas, que con las enfermedades pulmonares resultaban eficaces. Se resistía a asaltar el botiquín. Enriqueta le rogó que le diera algún medicamento para bajar la fiebre. La monja se mordió el labio, se ausentó unos minutos y regresó con algo envuelto en un trapo. Cuatro pastillas, solo cuatro, pero era más que nada. Con esas medicinas, Marcelina mejoró.

Se ayudaban entre ellas, las unas a las otras.

Una mañana, cuando Julia bajó hasta el caserío de Trini, encontró allí a un soldado sentado en una silla con los pies sobre la mesa, las botas enormes y embarradas. La postura indicaba que había tomado posesión de la casa. En la cuadra, la vaca mugía tristemente.

Más tarde, Enriqueta se enteró de que a Trini la habían detenido por roja. La habían llevado a Villa Mirentxu, la casa de los Urreta, que las tropas sublevadas habían confiscado para convertirla en un cuartel. Allí interrogaban a los detenidos, y muy pocos salían con vida. Trini no tuvo suerte. A Julia no le constaba que ella fuera de izquierdas, pero sus hijos sí se habían alistado en las milicias republicanas. Nunca más la volvieron a ver.

Había perdido el acceso a la vaca que estaba alimentando a su hijo y no tenía ni la más remota idea de cómo conseguir leche. Enriqueta, por su parte, se preguntaba cómo iban a pasar el invierno si no podía ir al bosque a acopiarse de leña.

Se tenían la una a la otra, pero empezaban a pensar que eso no era suficiente.

13

Fue el invierno más largo de sus vidas. Se calentaban con algo de leña que cortaban en el hayedo cercano. Ambas adquirieron pericia con el hacha y se volvieron rápidas para arañar cortezas y virutas de los árboles. Metían piñas en la chimenea, cartones que encontraban por ahí. Serraron la mesa de la cocina y la dividieron en tablas pequeñas para alimentar el fuego. La dejaron reducida a una mesilla para poder sentarse a comer. Julia envolvía a Andoni en sus jerséis y por las noches le ponía un abrigo por encima.

La guerra se alargaba y parecía que no iba a terminar nunca. La solidaridad de los vecinos, que en los primeros meses compartían su huerta y su pan, se había desvanecido. Ahora la norma general era guardar para el día de mañana.

Más de una vez, Julia saltó la tapia del convento para robar peras. Sabía que se arriesgaba a un buen escarmiento si la pillaban, pero no tenía más remedio. A veces llegaba hasta la plaza un camión con algunas vituallas. Tenían que estar muy atentas, porque no traían mucha comida y se terminaba enseguida. Julia recibía una lata de leche condensada, que rebajaba con agua y se la ofrecía al niño. La leche se había convertido en un artículo de lujo. También le daban un saquito de arroz, repollo, habas y pan negro. Eso en los días buenos. En los malos, volvía a casa con unos curruscos duros como piedras y un puñado de lentejas ennegrecidas.

La llegada de la primavera alivió un poco su situación, pero seguían pasando hambre. Enriqueta cogía el tranvía un par de veces a la semana y se iba a San Sebastián. No lo hacía por visitar su casa de Ondarreta, que había sido desvalijada, sino porque pensaba que allí sería más fácil conseguir comida. Felipe, el dueño del Beni Etxea, tenía el bar abierto y ofrecía viejos licores y sidra. Comida no tenía. Le dijo que había dos modos de conseguirla: hacer la cola en la

Beneficencia, que daba prioridad a niños, ancianos y enfermos, o acudir al almacén de Dámaso, un comerciante de chacinas que había montado un negocio clandestino. Si le interesaba, le podía facilitar las coordenadas y la contraseña para llamar a la puerta, siempre de noche y burlando la vigilancia de los guardias. Pero era caro. Vendía una botella de leche al cuádruple de su valor, y alimentos como el café o el chocolate resultaban prohibitivos. En esos tiempos, había que beber achicoria y chupar el paloduz.

Enriqueta le agradeció la información. Pero eran pobres como ratas. No era fácil encontrar trabajo y, además, Julia estaba obstinada en mantener el luto. A ella no se le caían los anillos por remangarse y trabajar en lo que fuera, pero nadie iba a contratar a una mujer de casi cincuenta años. Preguntó en la fábrica de neumáticos Michelin por si acaso sonaba la flauta. La población en Lasarte había menguado considerablemente, igual tenían problemas de plantilla. Las tropas rebeldes la habían militarizado y en esos momentos se dedicaba a diseñar motores a gas para camiones y autobuses. El gasauto, que así lo llamaban, era un encargo de los militares para paliar la carestía de gasolina. Producían el gas con carbón vegetal. No parecía un destino que se ajustara a las capacidades de Enriqueta.

En San Sebastián abundaban los comercios cerrados. Muchos escaparates habían sido apedreados por los saqueadores y nadie se había molestado en sustituir las lunas. En la ciudad se respiraba apatía, resignación, hambruna. Enriqueta no sabía qué hacer. Todo lo que había conseguido en su vida había sido por medio de la seducción. Una cena gratis, una invitación a un baile, un viaje a un lugar distinguido. Se le ocurrió que todavía estaba en disposición de desplegarla. Podía contactar con alguno de sus viejos amantes y pedirles un préstamo para salir del apuro. La mayoría se negaría, con toda seguridad, pero bastaba con que uno vislumbrara el brillo de un posible coqueteo otoñal en tiempos tan oscuros.

Felipe le alcanzó el teléfono, le sirvió un aguardiente por cuenta de la casa y ella pasó tres horas haciendo llamadas. El marqués de Tena se mostró ofendido por el último plantón y no quiso descender a regateo alguno. El conde de Argüeso le dio calabazas sin contemplaciones. Julio Arregui, un armador vizcaíno, se mostró cariñoso con ella hasta que mencionó el préstamo. En ese instante colgó sin pronunciar palabra. No consiguió localizar al diplomático, al que tenía por un gran vividor, ni al médico con el que había retozado tantas tardes en Hendaya. Ya solo se le ocurría Blas Echániz, el abogado de su exmarido que había sido su último amante, aunque las circunstancias que originaron su breve romance fueran desagradables. Habían hablado por teléfono un par de veces, pero él parecía arrepentido de su fechoría y no dio pie a ninguna cita más. Aun así, lo llamó. El teléfono lo cogió su mujer y no fue muy amable con Enriqueta.

—Por tu culpa se ha tenido que esconder. No sabes cuánto daño le ha hecho defender a un rojo.

—Mi sobrino no era rojo, se había metido en problemas.

—Déjate de tonterías, estaba con los anarquistas de Oria. Y mi marido ahí, poniendo la cara en ese consejo de guerra, llevándose titulares en los periódicos. Con lo vanidoso que es, lo habrá disfrutado. Pero lo van a fusilar en cuanto lo vean. Por tonto.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

—Ni idea.

—Por favor, para mí es una cuestión de vida o muerte.

—Y para él también —dijo la mujer con aspereza—. Para todos es cuestión de vida o muerte. Cada paso que damos es cuestión de vida o muerte.

—Te lo suplico...

Enriqueta oyó un resoplido al otro lado del teléfono.

—Búscalo en la casa de Gernika. No creo que te abra la puerta, está escondido.

—Gracias.

Sí le abrió la puerta. Estaba envejecido, pero la sonrisa lo rejuvenecía y ese fue el primer gesto que le dedicó al verla en el umbral.

—¡Enriqueta! Pero qué sorpresa. Pasa, pasa, qué alegría verte. ¿Cómo me has encontrado?

Ella le relató la conversación con su mujer y la odisea de su viaje, en dos trenes y un autobús, para llegar a Gernika. Atravesó una Guipúzcoa fantasmal, rendida al Ejército sublevado, pero al cambiar de tren y adentrarse en Vizcaya presenció tropas acuarteladas, trincheras, nidos de ametralladoras, carreteras cortadas con muros de cemento y hierros. Un paisaje bélico que encogía el corazón. Los rostros de los pasajeros eran tristes, marcados por el miedo, la desesperanza y la falta de higiene. Había exiliados guipuzcoanos que buscaban refugio en alguna localidad vizcaína, mujeres con niños en el regazo, enroscados en sus piernas, ancianos con la mirada extraviada, como buscando un porvenir esquivo y más incierto que nunca. Después de ese periplo, costaba mucho adaptarse a la tranquilidad que transmitía Gernika en esa mañana tan soleada.

Blas escuchó su relato con interés y le preguntó, sin más preámbulos, por el motivo de ese viaje tan peligroso. Ella se sinceró. Él reaccionó lentamente a sus necesidades económicas; sentía más curiosidad por la detención de Pío, la rendición de San Sebastián y la vida en el valle del Oria. Sacó una botella de sidra, sirvió dos vasos y

brindó con ella por la República y por la autonomía del pueblo vasco, que ahora se tambaleaba.

Como era la hora del almuerzo y no tenía nada que ofrecer, le propuso ir a tomar algo a una taberna. A Enriqueta, que llevaba meses viviendo en territorio ocupado, sin bares, sin fiestas, sin diversiones, le sonó a música celestial. Blas fue a su dormitorio y regresó con un fajo de billetes. Se lo tendió a su amiga.

—Esto es para el pequeñín, no lo despilfarres, que nos conocemos.

Ella le dio un abrazo, nunca olvidaría su generosidad.

—Bueno, bueno —dijo él—. Son tiempos difíciles, hay que ayudarse.

Enriqueta guardó el dinero en una bolsita de tela que escondió en su refajo. Se dirigieron a la plaza y a ella le sorprendió la muchedumbre.

—Los lunes está siempre así, es día de mercado —explicó Blas.

Dieron una vuelta por los puestos de productos de la huerta, legumbres, frutas..., manjares que a ella le habían sido vedados. Le daban ganas de sacar el dinero y empezar a comprar. Se imaginaba la cara de Julia al verla llegar con una cesta cargada de comida.
A un lado de la plaza se asoleaban soldados del Ejército Vasco. Uno se apoyaba en unas muletas, a otro le faltaba un brazo.

—Vinieron del frente. Esto está lleno de refugiados guipuzcoanos.

Un arriero vendía hortalizas mientras el burro espantaba moscas con el rabo. Encontraron una taberna cerca de la estación. Allí, en una mesa con un mantel a cuadros, Enriqueta bebió vino y comió embutidos, verduras de la huerta y huevos fritos. Le gustaba notar que Echániz disfrutaba de su compañía. Él le contó su itinerario en barco para sortear el frente de Guipúzcoa.

—Ando solo todo el día, mis amistades se han exiliado. Pero al menos estoy lejos de mi mujer —bromeó.

Acabaron la botella de vino y Blas propuso tomar un par de licores. A Enriqueta le pareció una gran idea. Charlaron sobre la guerra, sobre el Estatuto de Autonomía que tanto había costado conseguir y que se había firmado en Gernika, junto a su roble sagrado. Se encontraban en el lugar que simbolizaba las libertades y derechos de todo un pueblo. Nómadas sin patria, había augurado Fernando Illarreta, el político. ¿Qué sería de él?

—El café lo vamos a tomar en una pastelería que te va a encantar.

Enriqueta consultó su reloj. Eran las cuatro y media. Sabía que el viaje de vuelta podía ser largo, que algunos trenes no paraban en las estaciones porque iban llenos de soldados, que las comunicaciones se interrumpían sin previo aviso. Llegaría a Lasarte de noche, pero Blas había sido muy amable y no quería contrariarlo. Un zumbido puso en guardia al abogado. Señaló hacia arriba con el índice. El zumbido se convirtió en la alarma estridente de las fábricas que avisaba de un ataque aéreo. Un parroquiano salió corriendo, la silla que ocupaba cayó al suelo por el impulso, el camarero y la cocinera también huyeron al exterior.

—Hay que ir a un refugio —dijo Blas levantándose—. ¡Vamos!

Enriqueta comprobó, palpándose la cadera, que la bolsita con el dinero seguía en su sitio. Siguió a Blas hasta la acera, donde había un revuelo de carreras. Miraron hacia la estación, donde un hombre se había escondido bajo un tren.

—¿A la estación?

—No, hay túneles en el paseo.

Una bomba cayó sobre el vagón que cobijaba al pobre desventurado. Enriqueta se quedó hipnotizada con la bola de polvo y

fuego en la que se había convertido. Corrió detrás de Echániz hacia la plaza del mercado, que estaban recogiendo a toda prisa. De allí salía una calle ancha en la que habían construido túneles a modo de refugio. Decenas de aviones surcaban el cielo y lanzaban bombas sobre el centro del pueblo, convertido en un enjambre de personas corriendo, tropezando y gritando. Había niños que buscaban con angustia a su madre, a la que habían perdido en la marabunta, y madres gritando el nombre de sus hijos extraviados.

Blas asió la mano de Enriqueta y tiró de ella hasta el túnel. Una pila de sacos terreros protegía el acceso de los impactos de la metralla. No era fácil entrar, estaba abarrotado. Pero no necesitaron empujar a nadie para hacerse un hueco porque fueron empujados por los que venían detrás. Allí dentro no se podía respirar. La oscuridad era absoluta. Algunas personas encendían un fósforo que creaba durante un segundo un resplandor de cabezas muy juntas, de bocas secas, de miradas aterradas. Enseguida se apagaba la llama por la falta de oxígeno.

—Tengo claustrofobia, Blas —le susurró ella—. No puedo estar aquí.

—No durará mucho, tienes que aguantar.

Una ráfaga de aire caliente los golpeó. Era la onda expansiva de una bomba que había caído muy cerca. Durante unos segundos espantosos, el túnel se convirtió en un horno crematorio. El techo sonaba como si un ejército de termitas estuviera corroyendo las vigas de madera.

—Blas, no puedo.

Él le agarró la mano con más fuerza.

—Respira hondo.

Lo intentaba, pero no le entraba el aire. Sentía la garganta seca y en los labios se le abrían cráteres. Otra cerilla iluminó el túnel y

Enriqueta vio a una mujer lamiendo las paredes húmedas. Cuando llegó otra bocanada ardiente, pensó que era el final. El techo rugía, parecía estar a punto de venirse abajo. Un cura elevó la voz desde el fondo del refugio:

—Vamos a rezar el «Señor mío, Jesucristo».

—¡Quiero salir de aquí! —gritó alguien, y Enriqueta se preguntó si no habría sido ella misma.

El cura emprendió la oración, que fue recitada por muchos. Incluso Blas Echániz se sumó a la parte final, y a Enriqueta le pareció muy mala señal. Diez minutos después una voz ronca se hizo audible desde el exterior:

—Podéis salir, ya pasó todo.

Como habían entrado casi los últimos, fueron de los primeros en ganar el exterior. Enriqueta se puso a inspirar con fuerza, en busca de oxígeno, mientras a su alrededor se dibujaba un paisaje de destrucción como no había visto en su vida. Cascotes por todas partes, edificios derruidos, muchos envueltos en llamas, cadáveres semienterrados, un burro con las tripas fuera. Una joven con el uniforme blanco de la Cruz Roja, ensangrentado, socorría a los heridos. El aire olía a quemado, los gritos que venían de cada esquina formaban un coro espantoso.

—¿Estás bien? —le preguntó Blas.

Contestó con varias toses seguidas. Él la cogió del brazo y bajaron hasta la plaza, que se había convertido en un cráter lleno de polvo. Había gente saliendo del ayuntamiento, se habían refugiado allí. La iglesia de San Juan estaba ardiendo, la cruz de hierro rodeada de llamas, en lo alto de la torre.

—Están usando bombas incendiarias —dijo Blas.

—Son aviones alemanes —dijo un *gudari.*

Enriqueta se fijó en el cadáver de un hombre junto a sus muletas. La estación estaba derruida. El escaparate de una pastelería ardía y el aire olía a chocolate. Ella se preguntó si sería ese el sitio en el que Blas quería merendar. No se lo preguntó, no se veía capaz de hablar. Se dejaba llevar por su amigo sin saber adónde iban. Le pareció que tampoco él lo sabía. Solo quería alejarse de las llamas, del humo, del horror.

Sonó de nuevo la alarma y las cabezas se elevaron hacia el cielo. Una bandada de aviones alemanes se acercaba en formación. Blas trató de orientarse y eligió una calle que partía en diagonal. Al fondo vieron unos árboles. Los aviones empezaron a soltar bombas que emitían en su caída un silbido agudo, estremecedor. Llegaron a la calle Santa María, en la que había un refugio al aire libre. Ella comprendió las dudas de Echániz al oír la sirena: su cabeza buscaba a toda prisa un lugar que no la sometiera a otro ataque de claustrofobia.

Decenas de personas se habían metido allí. Sacos terreros formaban las paredes, una chapa rectangular cubría el techo de madera. Enriqueta no se consideraba a salvo del agobio, pero al menos no estaba bajo tierra. Los aviones rugían, debían de estar muy cerca. Se acercó a la puerta para respirar mejor y vio, en el suelo, junto a una piedra, su saquito de tela con el dinero. Se palpó el refajo. En efecto, se le había caído. Salió a por él, estaba solo a dos metros. Blas le gritó que volviera, que si se había vuelto loca.

Una bomba cayó sobre el refugio y el techo se desplomó sobre los que se guarecían. Enriqueta no se lo podía creer: la construcción que la cobijaba hacía cinco segundos ya no existía. Donde había una caseta solo quedaba una nube enorme de humo. A través de él surgían siluetas que luego se definían como supervivientes, escapaban de la trampa mortal cojeando, reptando, algunos afortunados corriendo. Salieron diez, veinte personas. Ninguna de

ellas era Blas. Enriqueta se acercó al montón de escombros, al pandemónium de polvo y fuego. Otra bomba cayó muy cerca. Retrocedió. Un avión volaba muy bajo, rozaba casi los tejados, y ametrallaba a los que huían del refugio destruido. Un hombre destapó una alcantarilla para esconderse en su interior. Lo ametrallaron cuando ya tenía medio cuerpo dentro.

Blas Echániz no aparecía. Enriqueta se alejó hacia la plaza. Allí, la cruz de hierro de la iglesia se tambaleaba engullida por el fuego. Nuevos aviones surcaron el cielo. Se aproximaban. Algunos, entregados ya a lo que el destino quisiera hacer con ellos, seguían el acercamiento entre hipnotizados e incrédulos. Un ataque de esa magnitud contra la población civil no se había visto nunca. Las sirenas sonaban en una frecuencia continua, ahogada por los motores, por las explosiones y por los disparos de las ametralladoras.

Uno de los aviones se acercó a la plaza volando tan bajo que Enriqueta distinguió las gafas del piloto. Abrió fuego y ella sintió un ardor insoportable en el pecho, como si su corazón fuera el yunque al rojo vivo de un herrero. Se arrodilló y trató de masajearse el pecho. Vio sus manos llenas de sangre, la herida abierta. Otra ráfaga le alcanzó una pierna y quedó tendida boca arriba por el latigazo. Veía los aviones sobrevolando su cabeza, y la cruz de hierro en lo alto de la torre, balanceándose cada vez más, hasta que se precipitó al vacío y se estrelló junto a Enriqueta con un gran estrépito. Todavía pensó, en un ramalazo final de humor negro, que había tenido suerte: «Un poco más y la cruz me descalabra».

A pocos metros yacía un perro moribundo, las pupilas brillando como dos puntitos negros y la lengua fuera de la boca, azulada y jadeante. Esos ojos angustiados del animal, incapaces de entender lo que pasaba, fueron los últimos que ella vio.

14

Cuando acabó la contienda y se inició la posguerra en España, Julia les llevaba a todos tres años de ventaja. Su vida en Lasarte no cambiaba nada, a menos que se pudiera considerar un cambio que se hubieran decretado con un aire casi oficial el hambre, la enfermedad y el miedo. Le habían asignado una cartilla de racionamiento que apenas le permitía esquivar la muerte por inanición.

Su hijo, que solo había conocido la escasez, iba cumpliendo años sorteando enfermedades y sin acusar retrasos en el crecimiento. Dormían en la misma habitación, en una cama pequeña que le había cedido su madre. Andoni era un niño curioso, despierto, vivaz, con ganas de ingresar en la escuela para que le enseñaran a leer y a escribir. A don Pablo, el médico, que lo examinaba de vez en cuando, no dejaba de admirarle la buena salud de ese chico.

Con el paso de los años, algunos vecinos que se habían marchado fueron regresando al hogar que los había visto crecer. Reabrieron algunas tiendas, retomaron oficios y surgieron negocios más adaptados a los nuevos tiempos. La fábrica de sedas se convirtió en una de piedras abrasivas para afilar guadañas y otras herramientas. Las distribuían bajo la marca Dogo. El valle parecía cubierto por una niebla densa que nunca clareaba. Había perdido la alegría. La gente caminaba en silencio, cabizbaja. En esa tierra de sidrerías, solo quedaban dos, la de Añorga y la de la viuda de Yurrita. Ya no cantaban canciones vascas en los caseríos, ni en las casas, ni en las meriendas al aire libre, porque el euskera estaba prohibido.

Los vecinos que regresaban debían pasar por Villa Mirentxu, el temible cuartel de los franquistas. Allí los sometían a un interrogatorio largo, duro, del que no todos salían con vida. Pero nadie levantaba la voz si a algún detenido no se lo veía más, las

tragedias eran sordas, eran ciegas, eran mudas. Nadie se atrevía a deslizar un solo comentario político. Nadie protestaba.

En el pueblo todos representaban una apariencia de vida normal. El padre Recondo proyectaba películas para jóvenes en un local de la iglesia. El Lirio, la sede de la Confederación Nacional de Trabajadores, se había convertido en un centro social. En la taberna de Juanito se jugaba al dominó. Estaba situada junto a la barbería, que también llevaba él, y junto a la tienda de ultramarinos que regentaba su mujer, Paquita Mendizábal. Muchas veces, cuando la cartilla de racionamiento no daba para mucho, Julia le pedía a Paquita algo de comida a crédito y ella le fiaba y lo hacía con una sonrisa.

—¿Qué tal está tu madre? —le preguntaba siempre.

—No sale, Paquita, de esta no sale.

—Eso dijiste las otras dos veces y luego siempre sale. No me seas ceniza —la regañaba Paquita.

Marcelina había enfermado y languidecía en su cama, bajo los cuidados dudosos de Socorro. Como no se fiaba de su hermana, que le había confesado que ponía la curación en manos de la lamia Maripetralin, Julia le había pedido a don Pablo que le hiciera una visita. Julia cogió la bicicleta y se presentó en casa de su madre justo cuando el médico estaba llegando.

—Antes de entrar, Julia, cuéntame los síntomas —pidió él.

—Empezó con dolores de cabeza y en las articulaciones. Y fiebre, mucha fiebre.

—¿Algún episodio delirante?

—Eso mi hermana, que está todo el rato hablando de lamias.

El médico sonrió.

—¿Tu madre no?

—Un poco desorientada, una tarde no sabía dónde estaba. Pero delirios, no sé...

—¿Erupciones cutáneas? ¿Sabes cómo tiene la piel?

—Llena de granos.

Socorro se asomó a la ventana del piso de arriba.

—Don Pablo, suba, que le estamos esperando.

—Ya voy. —Se giró hacia Julia—: Es mejor que no entres, espera aquí fuera.

—¿Cómo no voy a entrar? Yo también quiero ver a mi madre.

—Escucha, Julia, hay una plaga de tifus exantemático. Lo transmite el piojo verde y es muy contagioso. He visto muchos casos este mes. Y por los síntomas que me cuentas...

Julia se cubrió la boca con la mano.

—¿Tifus?

—Hay una epidemia. También de viruela, de difteria, de paludismo...

—Pero ¿tiene cura?

—Déjame que pase a verla. Tú espera aquí.

Marcelina estaba tumbada entre dos almohadones, la cabellera blanca desparramada por la cama. El rostro, moteado de granos purulentos, también el cuello, los brazos, las piernas. Don Pablo se

quedó impresionado al verla. De todos los casos de tifus que había presenciado últimamente, este era de los peores.

—Marcelina, ¿cómo se encuentra?

Ella espantó la mirada. En su delirio, debía de estar viendo a la misma muerte con la guadaña. El médico le cogió una mano con suavidad y comprobó que la palma estaba libre de erupciones. Lo mismo sucedía con las plantas de los pies. Ese era el indicio definitivo. La bacteria que inoculaba ese piojo en la sangre provocaba una mortalidad muy alta. La propaganda del Régimen la empezaba a llamar la enfermedad del piojo rojo, para insinuar la falta de higiene de los republicanos.

Marcelina tenía los labios resecos y respiraba con dificultad. Don Pablo salió al pasillo y habló con Socorro:

—Está muy grave, me temo que tenéis que poneros en lo peor.

—¿No se puede hacer nada?

—La infección la ha devorado.

Socorro se quedó mirando a su madre.

—Pobrecita.

—Os puedo traer un poco de ácido bórico. Son polvos, le aliviarán el ardor de las erupciones.

—Mamá...

Se lanzó a la cama en la que Marcelina entrecerraba los ojos.

—Es muy contagioso, Socorro. No te acerques mucho.

—Pero si llevo quince días a su lado... Ya qué más da. —Le cogió la mano y se la cubrió de besos.

Don Pablo salió al jardincito. Allí aguardaba Julia, preocupada. Le transmitió las noticias y luego la regañó:

—Tu hermana dice que lleva dos semanas así. ¿Cómo habéis tardado tanto en llamarme? Si la llego a ver antes, podríamos haber hecho algo...

Julia sentía tanta rabia que no era capaz de contestar.

—No olvidéis que el tifus se contagia por la proximidad física. El piojo salta a tu cabeza o a tu piel.

—Puede que mi hermana esté contagiada.

—Limita el contacto con ella. Y cuando llegue el momento, lavad las sábanas varias veces.

Julia no tardó mucho en contradecir las recomendaciones del médico. Nada más verlo marchar, subió a hablar con su hermana. Socorro estaba llorando junto al lecho de la moribunda.

—¿Mejor la lamia que el médico? —le dijo desde la puerta—. ¿Eh, Socorro? ¿Por qué no dijiste nada cuando todavía estábamos a tiempo?

—Creía que mis amigas me iban a ayudar —dijo entre sollozos.

—¿Tus amigas?

—Maripetralin viene a veces con amigas.

Julia notó una tensión en los hombros. Los labios crispados le empezaban a doler.

—Ya no vengo más. Avísame cuando se muera.

Tardó en hacerlo dos días, en los que Socorro no se separó de ella. Como el médico le dijo que debía guardar quince días de

cuarentena, ni siquiera pudo ir al entierro. Julia aguardó con su hijo Andoni junto a la tumba para recibir el pésame de todo el pueblo. La guerra se había llevado a su marido y a Enriqueta. La posguerra se llevaba a su madre. De nuevo se veía obligada a vestir el luto. No desentonaba mucho en ese valle lleno de mujeres de negro, como almas en pena.

El único consuelo en su vida era Andoni. Había empezado en la escuela y el profesor hablaba maravillas de él. Era muy listo con las letras y también se le daban bien los números. Y dibujaba con destreza. Por las noches, Andoni le pedía a su madre que le leyera un cuento. Cuando era más pequeño, era Socorro quien lo hacía, pero solía escoger leyendas de lamias, que poblaban de pesadillas los sueños del niño. Julia prefería leer historias amables, cuentos infantiles con moraleja, y cuando ya lo estaba venciendo el sueño, le cantaba una canción en euskera muy bajito. Cada noche le dejaba preparada la ropa para la escuela. Le daba mucha pena ver sus zapatos viejos, con las suelas descosidas.

Una mañana pedaleó hasta la fábrica Michelin. Había oído que estaban buscando personal y preguntó por la oficina de admisión. No tenía ni la menor idea de en qué consistía una cadena de producción de neumáticos, pero aspiraba a conseguir un puesto de secretaria o de administrativa. La entrevistó Tomás, el que había sido jefe de Pío. Al enterarse de que ella era su viuda, comenzó a tratarla con afecto.

—Mierda de país, mierda de guerra —masculló.

Le preguntó qué sabía hacer y ella dijo con sencillez que nunca había trabajado, pero se veía desempeñando tareas de organización. Tomás le ofreció un puesto en la oficina de gestión salarial. Se encargaría de verificar a qué hora fichaba cada operario, de los días de baja de cada uno, de las vacaciones, de pagar los jornales. Su sueldo sería de treinta pesetas semanales.

—Si quieres, te lo piensas y me das una respuesta esta semana.

—No tengo nada que pensar. Acepto —contestó disimulando su felicidad.

—Perfecto. Pues, si te parece, te voy a enseñar las instalaciones. Esto es muy grande.

Le mostró los talleres, las naves, los almacenes, la zona de la cooperativa de consumo, en la que había un economato, una taberna y otros servicios frecuentados por las familias de los operarios. Gestionaban además una escuela de niños y una de niñas. A Julia le impresionó el tamaño de la fábrica. Los vastos campos que abarcaba.

—Qué sorpresa, mira quién está aquí.

Julia se giró hacia la voz afable. Se trataba de Andrés Zarzabul, vestido con gorra y mono de trabajo. Lucía un bigotito que lo hacía parecer algo mayor y que, de paso, lo mimetizaba con la moda del Régimen.

—Veo que os conocéis. Andrés es el supervisor de los talleres. Julia se va a incorporar a la plantilla —anunció Tomás.

—Me encantará verte por aquí —dijo Zarzabul.

Julia ni siquiera se esforzó en sonreír. Ante ella estaba el amigo íntimo de Astelena, el hombre que detuvo a Pío la última noche que lo vio. No hacía falta ser muy lista para saber quién lo había traicionado. Daba asco verlo ahora con ese bigote franquista, como jefe en una fábrica grande que había recibido un premio del Régimen por su contribución a la «causa nacional». Así le agradecieron a Michelin la producción del gasauto.

—Te voy a enseñar ahora el cubil en el que vas a trabajar. —Tomás la guio escaleras arriba, hacia la zona de las oficinas.

—Tomás, me vas a tener que perdonar, pero no me encuentro bien.

Julia se echó una mano a la frente. Se sentía mareada.

—¿Qué te pasa? Siéntate, ¿te traigo un vaso de agua?

—No te quiero hacer perder más tiempo. Ha sido muy mala idea venir. Adiós.

Tomás, desconcertado, la vio bajar las escaleras a paso vivo.

Julia se montó en la bicicleta con la sensación de que le iba a dar un infarto. Pedaleó con el corazón desbocado. Una bocina estruendosa la sobresaltó. Un camión había pegado un volantazo para no atropellarla. Se alejó a toda prisa para dejar atrás los insultos del conductor.

Al llegar a su casa, se tumbó en la cama. Le dolía la cabeza y notó que llevaba un buen rato apretando los puños. Le interesaba el sueldo, no tenía dinero, pero no podía compartir el espacio con uno de los asesinos de su marido. Por la tarde fue a buscar al niño a la escuela y lo abrazó con fuerza.

Días después, Socorro le anunció que había encontrado trabajo en el economato de la fábrica Michelin. Julia se enfadó con su hermana. No se veían casi nunca, le había cogido tirria, no aguantaba sus extravagancias con las lamias, que todavía la acompañaban, y además la culpaba de la muerte de su madre.

—No puedes trabajar allí. Está Zarzabul.

—Ya lo sé, me ha saludado.

—Socorro, ese hombre traicionó a mi marido. ¿No tienes fundamento o qué?

—Lo que tengo es hambre. O gano algo de dinero o me entierras a mí también.

—Tienes que irte de allí, hazlo por mí. Me enferma saber que ves a ese hombre todos los días.

—Julia, voy a ganar un jornal para ti y para mí. Te lo prometo. Compartiré el salario contigo y con el niño.

Esa noche no pegó ojo. Las cosas se complicaron al final de la semana. Socorro la visitó de nuevo con lágrimas en los ojos y le contó las novedades. Zarzabul la había abordado en un descanso y le había dicho que si Julia no aceptaba el trabajo que le habían ofrecido, ella perdía el suyo.

—Las dos hermanas o ninguna. Eso me ha dicho.

—Qué hijo de puta, con perdón.

—Tienes que aceptar, Julia. No tenemos más remedio. ¿Quieres que nos muramos de hambre?

—No voy a aceptar.

—Piensa en Andoni.

La frase de Socorro coleó en la mente de Julia durante todo el fin de semana. El lunes fue a recoger su ración de comida. Una botella de leche, tres huevos, un saco pequeño de arroz, lentejas podridas y un trozo de tocino. Con eso no podía alimentar a su hijo. Fue a la tienda de Paquita Mendizábal para añadir algo a la cesta. Una vez más, necesitaba que le fiara. Se quedó helada al cruzarse con la madre de Astelena, que se llevaba su compra. Paquita notó su disgusto.

—Han vuelto hace tres días.

—No puedo soportarlo —se derrumbó Julia.

La tendera le cogió la mano con calidez.

—Tenemos que hacer un esfuerzo. Sé que es duro, pero hay que cerrar las heridas. Nuestra única red es la comunidad.

—Yo no puedo, Paquita.

—Hay un montón de casos en el valle. No eres la única, Julia. Ha sido una guerra muy dura para todos.

Como no la consolaba con palabras, empezó a poner viandas sobre el mostrador. Carne, verduras, embutidos.

—Toma, con el estómago lleno verás las cosas mejor. Y con esto ahogas las penas. —Añadió al lote una botella de vino.

Esa noche abrió la botella y se sirvió dos vasos. El vino atenuó la angustia, pero no el orgullo.

15

A veces, cuando paseaba por el pueblo con Paquita Mendizábal, sentía que alguien la estaba siguiendo. Se volvía para comprobarlo, se detenía escamada. Su amiga le preguntaba qué le pasaba y Julia respondía que había alguien acechando.

—¿Quién va a estar acechando? Tienes que descansar más, Julia.

Un día, cuando volvía de la iglesia llevando a Andoni de la mano, se giró de golpe y sorprendió a Zarzabul tratando de esconderse tras un roble. No eran paranoias, ese hombre la seguía. Estaba obsesionado con ella.

—Ten cuidado con ese, es un chivato del Régimen —la previno Paquita en voz baja.

La había sondeado acerca de Zarzabul porque estaba preocupada. La miraba con ojos de loco, brillantes, intensos. Tenía miedo.

Ese viernes, al llegar a casa, vio que la puerta del cobertizo estaba abierta. Era raro, porque siempre la dejaba cerrada. ¿Se le había olvidado hacerlo al sacar la bicicleta por la mañana? Se asomó al interior de la caseta. No había nadie. Metió la bici, cerró la puerta y antes de entrar en su casa notó una sombra que se movía al otro lado de la ventana. Había alguien dentro. Tomó aire, pensó si debía enfrentarse al intruso o pedir ayuda. Su carácter decidido resolvió la cuestión en un segundo. Metió la llave en la cerradura y empujó la puerta.

—¿Quién anda ahí? —gritó desde el umbral.

El silencio lo rasgó un chistido suave que alguien emitía desde un rincón.

—Voy a llamar a la Guardia Civil. —Le salió un gallo al proferir la amenaza.

—Cierra la puerta. Por favor —susurró alguien desde las sombras.

Ella obedeció. Avanzó con pasos lentos, precavidos, hasta el dormitorio. Allí, acurrucado en el suelo, envuelto en la penumbra, pues los postigos estaban echados, se ocultaba Leoncio. Llevaba el uniforme de miliciano y la miraba con ojos suplicantes que resaltaban en su rostro demacrado, cubierto por una barba larga y sucia.

—¿Leoncio? —Le costaba reconocerlo con ese aspecto harapiento.

Él se levantó y su boca reseca se descosió en lo que pretendía ser una sonrisa.

—Hola, Julia.

No quedaba nada del joven atlético que había conocido. Su vehemencia, su empuje, su idealismo siempre zumbón, todo había desaparecido. Era una piltrafa.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito ayuda. Tienes que esconderme unos días.

—Márchate ahora mismo.

—Están batiendo el monte, mis compañeros han caído, no tengo adónde ir.

—Pero ¿qué compañeros? ¿Tú no sabes que la guerra ha terminado hace años? ¿En qué andas metido todavía?

—Se han formado grupos de resistencia. Hacemos guerra de guerrillas.

—¿Estás tonto o qué?

—Esto no ha acabado, Julia. Eso es lo que os cuentan, pero no ha acabado. Nosotros no nos cruzamos de brazos.

—Leoncio, o te vas al exilio o vuelves al pueblo y a la represión que hay aquí. Pero seguir pegando tiros no tiene sentido.

—Me fusilarían si vuelvo.

—A algunos sí y a otros no. Pero por el cuartel sí que pasas, eso seguro.

—Por Villa Mirentxu. Ya he oído hablar de lo que están haciendo allí. Palizas, torturas, asesinatos.

—¿Prefieres andar por el monte hasta que te cojan?

—Solo necesito unos días, hasta que las cosas se calmen. Luego me echo al monte y me uno a los maquis del Deva, que están activos.

—Aquí no te puedes quedar, tengo un hijo. Si me pillan escondiendo a un prófugo me fusilan.

Guardó el bolso en un cajón, se quitó la chaqueta, se fue a la cocina y sacó un cazo para hervir agua. Quería prepararse un té. Y también quería ocuparse en tareas cotidianas para indicarle a Leoncio que el asunto estaba zanjado. Él la siguió.

—A mí también me podrían haber fusilado por venir a avisar a Pío.

—Mira de lo que sirvió —contestó ella, que no estaba dispuesta a dejarse llevar por un chantaje emocional como ese. Encendió el fogón y puso el cazo sobre él. Cogió una taza, solo una, para que el otro no se sintiera incluido.

—Porque no me hizo caso. Y tú tampoco.

—Sus propios compañeros lo mataron. ¿Tú lo sabías?

—Claro que lo sabía. Astelena lo enfiló porque no se alistaba.

—¿Y Zarzabul?

—A ese hijo de puta ni me lo menciones. Tenía razón Pío, fue el que nos delató en la huelga del 34. Y en la guerra se cambió de bando, después de señalarnos a todos, claro. Menudo cabrón con pintas.

—Está en Michelin, quiere que yo trabaje allí con él.

—¿En serio?

—Y no me deja en paz, me pretende todo el rato. Y me sigue. Puede que ahora mismo esté ahí fuera.

Leoncio se rascó la barba con un gesto nervioso.

—Compruébalo. Yo no me puedo asomar, mira a ver si está, Julia. Si ese hombre me ve, estoy muerto.

Julia movió el postigo unos centímetros. Una ranura de luz penetró en la estancia. No parecía haber nadie fuera.

—Espera aquí, voy a salir. Escóndete.

Se dirigió a la entrada. Llenó un barreño de agua, salió al patio y lo baldeó. Necesitaba componer una actitud por si el otro estaba espiando. Pero no lo vio. Cuando regresó junto a Leoncio se dio cuenta de que al tomar esas precauciones ya se había resignado a ayudarlo. También lo entendió él así, porque la esperaba con una mirada de gratitud.

—Yo me meto en el sótano y no salgo en cinco días. Luego me voy.

Ella suspiró y cogió del estante una segunda taza.

La presencia de Leoncio suponía una boca más que alimentar. Por las noches, cuando el niño estaba durmiendo, le bajaba los restos de la cena, una sopa de ajo, algo de verdura cuando tenía, rara vez un trozo de carne seca. Por las mañanas, después de dejar a Andoni en la escuela, le ofrecía un tazón de leche y un poco de pan. En esas ocasiones, él salía de su escondite y paseaba por la casa en penumbra.

—¿El niño no sabe que estoy aquí? —preguntó la segunda mañana.

—No le he dicho nada, y es mejor que no lo sepa. Es muy pequeño, se podría ir de la lengua en la escuela.

—Si le decimos que no diga nada, seguro que no abre la boca.

—Tiene seis años, ¿te vas a fiar?

—Me fío más de un niño que de un adulto.

Ella consideró la frase con un gesto de aprobación. En tiempos de delaciones, no te podías fiar de nadie.

—Me gustaría conocerlo —añadió Leoncio.

¿Era un deseo real, un tributo al amigo asesinado? ¿O una necesidad de relacionarse con alguien más aparte de ella? No lo sabía y no se lo preguntó, pero cualquiera de las dos razones le parecía válida.

Esa tarde Julia le contó a Andoni que tenían un invitado en casa, un amigo del *aita.* Pero nadie debía saber que estaba allí.

—¿Serás capaz de guardar el secreto?

El niño asintió. Leoncio demostró tener buena mano con él: sabía despertar su interés con la conversación, con algún juego que improvisaba, con historias de su padre. Julia advertía que sus anécdotas añadían pinceladas al cuadro, tal vez un poco parco, que ella había dibujado de Pío. Mostraban a un hombre divertido, gran contador de chistes, bromista, bailarín. La imagen que ella le había dado de su padre era la de un trabajador formal y un buen marido. Un hombre serio, en definitiva. El niño debía de estar pensando que su padre era una cosa y la contraria. Pero a Julia no le importaba, quizá esa era la definición más ajustada a la realidad.

Cenaron los tres juntos, y la voracidad de Leoncio y el ansia con que rebañaba su plato la convencieron de que necesitaba traer más comida a casa. Pero le daba vergüenza pedirle a Paquita que le volviera a fiar. Le debía mucho dinero, no podía seguir engrosando la cuenta sin enjugar primero una parte de la deuda. Tal vez estaba especialmente sensible esa noche, pero al preparar la ropa de Andoni para el día siguiente la encontró muy raída. Y los zapatos, al borde de la desintegración. Decidió empeñar algunas joyas, una sortija de su abuela con una piedra engastada, un collar de perlas que había heredado de su madre. No sabía cuánto le podían dar por esa morralla.

Cuando bajó al sótano por la mañana para despedirse de Leoncio, vio el Incomprendido arrumbado en un rincón. Con ese reloj sí podía sacar un buen pellizco. Lo cargó en brazos y se montó en el tranvía camino a San Sebastián. Tenía la dirección de una casa de empeños en el centro, y allí se plantó con su mercancía. El dependiente examinó las tres piezas y le ofreció una miseria. La cara de desolación que puso Julia lo decía todo.

—No te puedo dar más. Otra cosa es que vendas el reloj, hay un anticuario dos manzanas más abajo. Se llama Goenaga.

—Pero no es una antigüedad, es de hace treinta años.

—Ve a verlo. Te hará una buena oferta.

Salió de la casa de empeños caminando despacio. Se sentía frustrada. A ella nunca le había gustado ese reloj, pero Pío le tenía cariño. Lo había fabricado él junto a su padre cuando era solo un niño. Le parecía una traición desprenderse de él. Iba rumiando este pensamiento cuando pasó por delante del escaparate de Goenaga. Se quedó un rato allí plantada, mirando un butacón del siglo XIX, un espejo con el marco dorado, un cuadro pequeño, oscuro, que mostraba una tempestad. Necesitaba dinero. Su hijo no tenía ropa, pasaban hambre. Entró en la tienda.

Tras el mostrador, un hombre entrado en años, enjuto, vestido con pantalón negro, camisa blanca y un cintillo negro a modo de corbata, la saludó con mucha ceremonia. Ella puso los objetos en la mesa, con timidez. Goenaga escudriñó la sortija con una lente que se ponía en el ojo y que parecía un dedal. Después hizo lo mismo con el collar. Los apartó de un manotazo, como descartando el rastrojo, y se quedó observando el reloj.

—La bisutería no me interesa. Por el reloj te doy trescientas pesetas.

—Te está engañando —dijo alguien a su espalda.

Ella se giró y le salió un gesto de hastío al ver a Zarzabul.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, aunque conocía la respuesta. La había seguido.

—Te he visto por casualidad y me ha parecido que ibas a necesitar ayuda. Este reloj vale mucho más de trescientas pesetas.

—Caballero, con todos mis respetos, estoy hablando con la señorita —dijo el anticuario.

—¿Sabe usted que este reloj es el Incomprendido? —preguntó Zarzabul poniendo los brazos en jarra.

—No sé de qué me habla. —Goenaga enarcó una ceja.

—Sí lo sabe. Este reloj vale el doble, incluso el triple de lo que está ofreciendo.

—Caballero, le ruego que no me falte al respeto, y mucho menos en mi negocio. Faltaría más.

—Vámonos, Julia.

Zarzabul la arrastró hasta la calle. Ella se guardó el collar y la sortija en el bolso.

—Conozco un tasador que te puede decir cuánto vale. No te dejes timar, hazme caso.

—No te he pedido que me ayudes.

—Ya lo sé. Pero lo voy a hacer. En un par de días me pasaré por tu casa con el tasador. La tasación la pago yo, no te preocupes por eso.

—No quiero que vengas a mi casa.

—¿Por qué no? Es más cómodo. ¿Vas a andar con este trasto de un lado a otro? No sé cómo no te has deslomado trayéndolo a cuestas.

Julia trató de pensar deprisa. No podía meter a ese hombre en su casa, eso equivalía a poner en peligro a Leoncio. Pero negarse en redondo a algo tan razonable podía levantar sospechas.

—Está bien, pero avísame con antelación, no siempre estoy en casa.

—Lo haré, palomita.

Sintió grima ante ese apelativo. Era la primera vez que lo empleaba y le daba la impresión de que no iba a ser la última. Todo lo que venía de Zarzabul le daba grima. Su sonrisa, el tono de su voz, ligeramente gangoso, sus modales. No tuvo más remedio que

soportar su compañía hasta Lasarte. Por supuesto, él insistió en acompañarla a casa. Julia cruzó los dedos por que Leoncio no se hubiera relajado y anduviera por el comedor con su camiseta de tirantes. Cuando llegaron, él quiso entrar para colocar el reloj en su sitio.

—No hace falta, eso lo puedo hacer yo.

—Pesa como un muerto, no me cuesta nada, palomita.

—No me llames palomita —saltó ella. Y, aprovechando el enfado que le había nacido, le arrebató el reloj—. Avísame cuando vengas con el tasador.

Él sonrió con chulería y no se dio media vuelta hasta que ella abrió la puerta y la cerró en sus narices. En la casa, todo estaba en orden. Esperó un buen rato por si acaso Zarzabul husmeaba por alguna ventana. Después bajó al sótano y le contó a Leoncio las novedades. Él se resignó a permanecer en su escondite; ya no pasearía por la casa ni se inventaría juegos para entretener al niño. Viviría unos días como un topo.

Al día siguiente Socorro se bajó de su bicicleta, llamó a la puerta de Julia y le entregó un mensaje de Zarzabul. La cita sería ese mismo día a las ocho y media de la tarde.

—¿Te manda a ti con el recado?

—Me ha dicho que quieres vender el reloj. ¿No sería mejor trabajar en la fábrica?

—Tú déjame a mí, que yo sé lo que hago.

Cerró la puerta, bajó al sótano y avisó a Leoncio para que no hiciera el menor ruido. Después cogió al niño y lo llevó a la tienda de Paquita Mendizábal. Intuía que la visita podía ser desagradable y no quería que su hijo estuviera presente.

—Pero qué niño más guapo —exclamó Paquita al verlo entrar. Estaba terminando de atender a Maribel, una vecina que no se llevaba bien con Julia. Era amiga de la madre de Astelena.

—¿Lo puedo dejar aquí esta tarde? A las nueve o así vengo a por él.

—No hay problema. ¿Te quedas conmigo, Andoni? Ya verás qué bien lo vamos a pasar.

—Pórtate bien, ¿eh? —le dijo al niño. Le dio un beso, le hizo una carantoña en el pelo y se fue.

Limpió un poco la casa, le daba igual lo que pensara Zarzabul, pero quería causarle buena impresión al tasador. Se quedó mirando el reloj. ¿De verdad ese armatoste tenía valor? Notaba en sus entrañas la expectación, o igual era un mal presentimiento. A las ocho y veinte llamaron a la puerta. Zarzabul venía solo.

—¿Y el tasador?

—Ahora vendrá.

Curioseó en la cocina, abrió un armario, deambuló por el comedor.

—¿Y el niño?

—No está.

—¿Dónde lo has dejado?

—Eso no es asunto tuyo.

Él esbozó una media sonrisa. La situación se había puesto tensa desde el principio y Julia no conseguía entender por qué.

—¿No me invitas a una sidra?

—No tengo sidra.

—Pero sí que tienes vino. —Señaló la botella terciada que le había regalado Paquita.

—¿A qué hora llega ese hombre?

—Relájate, Julia, ya vendrá. ¿Por qué no tomamos un vino?

—No hemos quedado para beber.

Él cogió dos vasos y sirvió un poco de vino en cada uno. Le tendió uno a ella.

—No me apetece. Solo quiero saber a cuánto puedo vender el reloj. ¿Lo entiendes?

Zarzabul vació el vaso de un trago. Se acercó a la ventana de la cocina y miró hacia el exterior.

—Mmm, se está retrasando. Me da a mí que este hombre no va a venir.

—No conoces a ningún tasador, ¿verdad? —dijo ella.

Él le lanzó una mirada traviesa.

—Pero qué lista eres.

—Márchate, anda.

—Solo quiero estar un rato contigo. Como no me haces caso, me tengo que inventar excusas.

—Tengo que recoger al niño, márchate.

Abrió la puerta de par en par. Con un gesto de la cabeza le indicó que saliera. Él cerró la puerta y ella sintió un acceso de pánico.

—¿Qué haces? Vete, por favor. Voy a llamar a la policía como no te vayas. Te juro que la llamo, Andrés.

Él la cogió de la nuca y trató de besarla. Ella le mordió la lengua y él soltó un aullido de dolor. Soltó un escupitajo de sangre que se estampó contra el suelo, cerca de sus pies. Julia retrocedió porque veía venir el bofetón. No pudo esquivarlo.

—Me vas a hacer caso por las buenas o por las malas.

La agarró del cuello y apretó con fuerza. Cuando aflojó la presión, trató de besarla de nuevo.

—¡Leoncio! —aulló Julia.

El grito retumbó en la casa y durante unos segundos se hizo el silencio. Él la miró con asombro y ella no sabía qué hacer, la llamada de auxilio le había salido de dentro.

—¿Cómo que Leoncio?

Antes de que pudiera encajar las piezas, la trampilla del sótano se abrió de golpe. Leoncio sostenía una pistola. Le disparó dos veces, una en el pecho y otra en la tripa, cuando ya estaba tendido en el suelo.

—Hijo de puta.

Zarzabul regurgitaba sangre. Julia se había sentado y su cuerpo se sacudía en un ataque de llanto. Leoncio parecía hipnotizado por los estertores de su antiguo compañero, que enroscaba una pierna en la otra como si intentara levantarse. Y de pronto dejó de moverse. Sus ojos abiertos parecían mirar al Incomprendido, en éxtasis.

16

Julia dejó al niño en la escuela, cogió la bicicleta y aparcó en la entrada de la fábrica Michelin. Habló con Tomás y le preguntó si estaba a tiempo de aceptar el trabajo. El gerente recibió su cambio de parecer con los brazos abiertos.

Se encargaba de pagar a los trabajadores. Guardaba el dinero en una caja de hojalata con diseño modernista, que permanecía en un cajón bajo llave. Como no quería fallar en su primera semana, preparó los sobres con antelación. Escribió el nombre de cada operario con una caligrafía pulcra y los ordenó por orden alfabético. El último era Zarzabul, cuyo nombre todavía figuraba en la lista. Le entró un sudor frío. Habían pasado cinco días desde su muerte.

En la fábrica lo echaban de menos, nadie conocía su paradero. Una pareja de la Guardia Civil había ido a preguntar por él. Julia tenía miedo de que encontraran el cadáver, aunque no sabía dónde estaba, no se había querido enterar de qué había hecho Leoncio. Ella se había ocupado de limpiar las manchas de sangre. Había conseguido un poco de sosa cáustica en la jabonería, la había diluido en un barreño de agua y se había tirado toda la mañana frotando el suelo. Desde aquella tarde infausta, no había pegado ojo.

Vivía con el corazón desbocado, con un nudo en el estómago y con terribles jaquecas. Intentaba distraerse con el trabajo. El viernes se puso de buen humor. Era día de pago, y los operarios recibieron el sobre con una sonrisa fatigada. Aunque su puesto era irrelevante en la cadena de producción en aquella fábrica mastodóntica, en ese momento se sintió poderosa, una benefactora. El último sobre que quedaba era el suyo, Julia Fernández. Se lo guardó en el bolso, cerró con llave la puerta de su cubil y se marchó en su bicicleta, feliz.

En la casa, Andoni estaba jugando con Leoncio, que había armado unas marionetas con trapos, calcetines y botones.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás en la escuela?

—El maestro se ha puesto malo.

—¿Y has venido solo hasta aquí?

El niño asintió. Era una caminata de diez minutos, no era para tanto. Todos los vecinos conocían a Andoni. Pero no le gustó. Era demasiado pequeño para andar solo por ahí. Tampoco le gustaba la estampa lúdica que tenía delante de sus ojos. Su hijo reaccionó con una carcajada a una broma de una de las marionetas.

—Cómo te pareces a tu padre cuando te ríes.

—¿Puedes venir un momento, Leoncio? —pidió Julia. Se lo llevó a un aparte y le habló en voz baja y severa—: Bájate al sótano, anda. Quiero estar a solas con el niño.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa, Julia?

—No quiero que juegues más con él.

Él dejó escapar una risa de incredulidad.

—¿Por qué? ¿Porque tengo las manos manchadas de sangre? ¿Quién no las tiene en este país?

Ella se limitó a mirarlo con un rictus amargo. Él abrió la trampilla y se perdió escaleras abajo.

El sábado se le hizo eterna la jornada en la fábrica. Un investigador, ataviado con sombrero y gabardina, andaba haciendo preguntas. Tomás le contó que estaba hablando con operarios de todos los talleres, por si alguno tenía información sobre Zarzabul.

—Parece ser que era su chivato en la fábrica, por eso están removiendo tanto.

Julia trató de aparentar tranquilidad. Antes del descanso para comer, le llegó su turno. El hombre tocó en el cristal y empujó la puerta. Se presentó como el inspector Esnaola. Un hombre atractivo, de unos cincuenta años, de maneras educadas.

—Julia Fernández, ¿verdad? —dijo señalándola con el índice—. Estoy intentando averiguar qué le ha podido pasar a un trabajador de Michelin, Andrés Zarzabul. ¿Usted lo conocía?

—Sí, paraba mucho por Lasarte.

—Pero no ha llegado a coincidir con él en la fábrica, ¿verdad? Tengo entendido que usted solo lleva una semana.

—Desde el lunes.

—Él desapareció el viernes pasado. ¿Tiene idea de dónde puede estar?

—Yo qué voy a saber.

—¿No había quedado con usted el viernes?

Julia empalideció. El hombre sonreía, como si después de soltar esa bomba que acorralaba a la testigo quisiera ganarse su simpatía. Se quitó la gabardina y la dejó colgada del brazo de la silla en la que se sentó. El sombrero lo tenía en el regazo y jugaba con el ala. Llevaba el pelo repeinado, como adherido al cráneo, y desprendía un fuerte olor a colonia.

—¿Quién le ha dicho a usted eso?

—No me acuerdo, tendría que revisar mis notas. —Palpó su gabardina y sacó del bolsillo una libreta llena de anotaciones—. He

hablado con mucha gente.

—Me dijo que iba a venir a mi casa a las ocho y media. Pero no vino.

—Así que la dejó plantada. Eso no está bien, nada bien. No me gustan los plantones.

La miró esperando que ella se sumara a esa reflexión. Pero Julia estaba pensando deprisa, tratando de encontrar la salida del laberinto. Qué decir, qué callar, cómo evitar las mentiras fáciles de descubrir, qué parte de la historia reconocer para proteger el secreto final.

—¿Para qué iba Zarzabul a su casa esa noche? Si no es indiscreción —añadió guiñando un ojo.

—Me iba a ayudar a vender un reloj. Dijo que iba a venir con un tasador.

—¿Usted quería vender un reloj?

—Sí.

—¿Y por qué le ofreció él su ayuda? ¿Eran amigos?

—Solo conocidos.

—Pero se enteró de que usted pretendía vender el reloj. ¿Se lo contó usted?

—Sí.

—¿A un simple conocido le cuenta que es usted tan pobre que necesita vender un objeto valioso?

—Me lo encontré en el anticuario por casualidad.

—¿Qué anticuario? Aquí no hay ninguno, que yo sepa.

—En San Sebastián.

—¿En Goenaga? —inquirió Esnaola.

—Sí.

—Muy buena tienda. Hay quien dice que Goenaga es un usurero, pero a mí me da confianza.

De nuevo la miró esperando un comentario al respecto. Pero Julia se mantuvo seria. Empezaba a sentir que había contado demasiado.

—Muy bien, se encuentran en la tienda de antigüedades por casualidad, él la pilla en el momento indecoroso de vender el reloj. Pero usted no lo vendió. ¿Por qué?

—Él me dijo que Goenaga me estaba timando, que el reloj valía más. Ofreció ir a mi casa con un tasador. Dijo que el viernes a las ocho y media. Pero no vino.

—Comprendo. ¿Notó usted raro a Zarzabul ese día?

—¿Raro?

—Sí, nervioso... O preocupado por algo. Pasaron un buen rato juntos, igual le contó algún problema.

—No, no noté nada.

—¿Lamenta su muerte?

El esquema que la cabeza de Julia había preparado a toda prisa no incluía una pregunta personal. La pilló desprevenida. Esnaola la miraba ansioso, como exigiendo una respuesta.

—Si le digo la verdad, no.

—¿No? ¿Ni siquiera porque se ha quedado sin la tasación del reloj?

—He enterrado a mucha gente estos años. Supongo que me he endurecido.

—Claro, eso es muy natural. Gracias por su tiempo, Julia.

Se levantó, se caló el sombrero y salió con la gabardina bajo el brazo. Julia volvió a sus papeles, pero no era capaz de leer ni una sola línea. Sentía náuseas, no lograba entender cómo había logrado mantener el tipo. El interrogatorio le había quitado el apetito, así que se conformó con beber una tila en el bar. Al pasar por el economato, vio a Socorro atendiendo a un operario de la fábrica, que había comprado una barra de pan y un poco de fiambre. Socorro saludó a Julia y le hizo un gesto de que enseguida la veía.

Se pasó por su despacho en el rato de descanso.

—¿Esa es tu comida?

—Me ha interrogado el señor ese de la gabardina.

—A mí también.

—¿En serio? ¿Qué le has dicho?

—Me ha preguntado cuándo fue la última vez que vi a Zarzabul. Y le he dicho que el viernes, cuando me dio una nota para ti.

—¿Le has dicho que me trajiste una nota?

—Claro, me ha preguntado. ¿Era un secreto o qué?

—Y le has dicho que habíamos quedado a las ocho y media en mi casa.

—Sí.

Julia trató de sofocar su enfado. Le costaba.

—¿Qué más le has dicho?

—Nada más, que yo recuerde.

—¿No le habrás dicho que Andoni durmió en tu casa ese viernes?

—No. No se lo he dicho. No me lo ha preguntado.

—Si te lo pregunta, no se lo digas. ¿De acuerdo?

—Vale. ¿Por qué estás tan nerviosa?

—Socorro, si te vienen con preguntas, hay que mantener la boca cerrada. Eso es así de toda la vida. No se habla. No se cuentan intimidades.

—Yo también estoy nerviosa —dijo avergonzada.

—¿Tú por qué? ¿Qué te pasa?

—La casa de *ama,* me echan. No me renuevan la renta, y eso que el dueño es pariente nuestro. Un tío segundo o tercero, no sé... Bueno, el caso es que quiere vender el terreno, no sé qué van a edificar en el barrio. A ver dónde me meto yo ahora.

—Pues en mi casa. ¿Adónde vas a ir?

—Tú y yo discutimos todo el rato.

—Socorro, te vienes a mi casa. No se hable más del asunto.

No le apetecía hablar más porque era incapaz de proyectarse al futuro. Ni siquiera sabía si cuando echaran a su hermana de la casa ella iba a estar viva. Tenía ganas de llorar, pero no quería hacerlo en público.

Por la tarde no consiguió concentrarse en nada. Solo deseaba que Tomás, el gerente, no entrara en la oficina y la sorprendiera mano

sobre mano. Cuando salió de la fábrica, caía un sirimiri que ella ni siquiera percibió. Pedaleó en su bicicleta hasta la tienda de Paquita Mendizábal, en la que había dejado a Andoni. Pero la tienda estaba cerrada.

Había una multitud en la plaza de la iglesia. Una compañía ambulante de artistas representaba un número circense. Un payaso fingía resbalones y batacazos mientras otro mantenía el equilibrio sobre un monociclo enorme. Entre los niños que se reían de las trompadas estaba Andoni. Pero él no se fijaba solo en el espectáculo. Se giraba a un lado y al otro estudiando las reacciones de la gente, y daba la impresión de estar hechizado por la alegría general. Era como si su cabecita infantil estuviera comprendiendo el efecto sanador de la risa. Eso le pareció a Julia, que se quedó mirándolo un rato. Paquita la vio y se acercó a ella.

—No te he podido avisar, han venido los cómicos y Andoni quería verlos. Se ha portado muy bien, es un cielo de niño. Ha estado dibujando con unos lápices de colores. ¿Sabes que lo hace muy bien?

—Sí, se le da bien.

—Más que bien, me parece que tiene un don. Por cierto, ha venido un señor a la tienda a hacerme preguntas.

Julia notó una opresión en el pecho. Se sentía cercada por una jauría de sabuesos.

—¿Uno con gabardina?

—Sí. Quería saber por qué me dejaste al niño el viernes pasado y a qué hora lo recogiste.

—¿Cómo sabe que te dejé al niño?

—Ha estado toda la tarde haciendo preguntas por el pueblo. Se lo habrá contado Maribel, estaba en la tienda cuando tú llegaste.

—Ya, eso seguro. Maribel es muy lagarta, cotilla como pocas.

—Lo que no entiendo es qué le importa a ese hombre lo que hagas o dejes de hacer.

—Yo tampoco, Paquita.

Andoni vio a su madre y corrió a su encuentro. Ella se agachó para recibirlo. Ese era siempre el mejor momento del día, el abrazo de su hijo, y en esos momentos lo necesitaba más que nunca.

Esa noche tampoco logró conciliar el sueño. En una de las muchas vueltas que dio en la cama buscando la postura milagrosa, vio a Leoncio en el umbral. Solo tenía puestos unos calzones y la camiseta interior.

—¿Puedo meterme en la cama contigo? —preguntó en un susurro.

Julia se incorporó atónita. Echó una mirada a la cama de Andoni, que estaba dormido.

—Lo necesito. Necesito un poco de calor humano.

—Qué poco fundamento tienes, Leoncio.

La proposición la había pillado por sorpresa y le resultaba inconcebible.

—Necesito abrazarte, Julia. Aunque solo sea eso.

—¡Basta ya de tonterías! Me dijiste que te quedabas cinco días y llevas más de diez.

—Está bien. Recojo mis cosas y me voy.

Se quedó unos segundos en el umbral, como esperando un cambio de opinión por parte de Julia. Pero no se produjo. Ella oyó sus pasos en la escalera. Después se impuso un silencio denso. Transcurrió media hora y Leoncio no subía. ¿Qué estaba haciendo? No había mucho que recoger, apareció con lo puesto y una pistola. Ella le había dejado algo de ropa de Pío para que se pudiera cambiar. ¿La estaba metiendo en un hatillo?

Unos golpes en la entrada atormentaron la quietud de la casa. Julia supo al instante que venían a por ella. Se vistió a toda prisa, no quería que la vieran en camisón. Los golpes se hacían más frecuentes, una voz varonil amenazaba con echar la puerta abajo.

—Mamá, ¿qué pasa? —Andoni se había despertado y tenía miedo.

—Vístete, hijo.

—¿Para qué?

—Por favor, vístete. —Le acarició la mejilla.

El niño obedeció y Julia se dirigió a la puerta. La abrió.

—¿Julia Fernández? —preguntó el primer guardiacivil—. Tiene que acompañarnos.

—No puedo dejar solo a mi hijo.

—¿Cuántos años tiene?

—Seis. Tengo que llevárselo a mi hermana. Pilla de camino.

—¿De camino? Si no sabe adónde vamos.

—A Villa Mirentxu.

Andoni asomó por detrás de su madre. Ya se había vestido. Tenía lágrimas en los ojos.

—Vamos —ordenó el guardiacivil.

Villa Mirentxu era una casa de piedra con cubierta a dos aguas, situada en una parcela idílica. Robles, hayas y abetos daban sombra al jardín, que disponía de asador, gallinero, frontón y hasta un colmenar. Se accedía por la carretera que partía del Club de Golf. El lugar de descanso y recreo, orgullo de la familia Urreta, había sido convertido en un cuartel temible. Desde la silla en la que aguardaba, Julia podía ver las ramas de un abeto azotadas por el viento. El inspector Esnaola entró en la sala y se sentó. Vestía una camisa y tirantes. Ni rastro del sombrero ni de la gabardina. Se había remangado y dejaba ver dos brazos velludos.

—Voy a ir al grano, Julia. Una vecina vio entrar a Zarzabul en tu casa el viernes a las ocho y media. ¿Por qué me has mentido?

—¿Quién dice que lo ha visto? Es imposible.

El viento golpeaba los cristales con fuerza.

—¿Entró o no entró en tu casa? Di la verdad.

—No entró.

Él resopló y se echó hacia atrás en la silla, como si le costara mantener la paciencia.

—¿Por qué dejaste a tu hijo con Paquita Mendizábal?

—No sé.

Se arrepintió de su respuesta. Pero estaba agotada, llevaba días sin dormir y no conseguía pensar con claridad.

—¿No lo sabes? ¿Vas dejando al niño en casas ajenas sin saber por qué?

—Yo creía que venía el tasador. Quería estar tranquila, el niño es muy revoltoso.

—Esa es una buena razón, Julia. ¿Por qué me has dicho que no lo sabías?

—Lo recogí a las nueve, Paquita ya le habrá contado.

—A las nueve, sí. ¿Qué pasó en esa media hora?

—Estuve esperando a Zarzabul y al tasador. Pero no vinieron.

—Y ¿qué hacemos con la vecina que lo vio entrar? ¿La dejo en el calabozo por mentir?

Julia apretó los labios. Tenía ganas de llorar.

—¿Por qué no confiesas, Julia? Los dos tenemos sueño y estamos muy cansados. ¿Por qué no acabamos ya con esto?

—Yo no he hecho nada. Lo juro por mi hijo.

Esnaola empezó a dar vueltas por la sala y se paró detrás de Julia. A ella se le erizó el vello. No le puso la mano encima. Pero oyó su voz muy cerca:

—Zarzabul colaboraba con nosotros. El castigo por matar a un buen franquista es la pena de muerte. —Suspiró, como si le diera mucha lástima toda la situación. Volvió a sentarse frente a ella—. Es mejor que confieses el crimen y nos digas dónde está el cadáver. Ese hombre se merece recibir cristiana sepultura.

Julia se puso a llorar suavemente. El cuerpo le temblaba.

—Lo sabemos todo, Julia. Sabemos que él estaba prendado de ti, que tú lo rechazabas. Mucha gente me ha contado el tira y afloja que se traía contigo. Eso forma parte de la vida, pero no se puede matar a un hombre a sangre fría, y menos a un buen español.

Ella supo que ya no valía la pena decir nada.

—No me vas a contar dónde está el cadáver, de acuerdo. Cuéntame al menos quién te ayudó. No me creo que lo hayas hecho tú solita.

Julia se mantenía enroscada en su mutismo y Esnaola dio una palmada en la mesa. Ella reaccionó con un respingo, pero no abrió la boca. Él abrió la puerta y al instante entraron los dos guardias que la habían detenido.

—Bajadla al calabozo y os vais preparando. Quiero que lo hagáis esta noche.

Al otro lado de la ventana rugía el viento y el abeto se combaba en una danza aterradora.

El calabozo era un vestuario deportivo que había sido vaciado para su nueva función. Pero mantenía un banco corrido de madera y un lavabo. La encerraron bajo llave. Julia se lavó la cara. Apenas salía un hilillo de agua por el caño. Se sentó en el banco. Quería afrontar los últimos momentos con gallardía. Pensó en su hijo y deseó que a esas horas estuviera dormido. Le pidió a Dios que su hermana Socorro lo sacara adelante, con paciencia y con mucho amor. Recordó a Pío y sintió un acceso inesperado de nostalgia. Cómo lo amaba todavía, qué barbaridad. Pero no estaba segura de habérselo demostrado. Al repasar su vida, le parecía escuálida como la espina de las sardinas que tanto le gustaban.

Permaneció dos horas oyendo el goteo rítmico del grifo. Le recordó el tictac del Incomprendido. Cuando los guardias descorrieron el cerrojo se sentía ligera y tranquila. La escoltaron hasta el piso superior. Allí estaba Leoncio, sentado en una silla, esposado. Julia no entendía qué estaba haciendo allí. Él le pidió perdón con la mirada, desoladora y tierna. La condujeron al exterior y la subieron al coche. Se preguntó en qué tapia o en qué descampado pensaban fusilarla. Un golpecito en su ventanilla la sobresaltó. Al otro lado estaba el inspector Esnaola. Ella bajó el cristal.

—Le quiero pedir disculpas, Julia. Tenemos al asesino. Se ha entregado y nos ha señalado dónde está el cadáver. Parece que tenía cuentas pendientes con Zarzabul.

Julia se cubrió el rostro con las dos manos.

—Lo siento mucho. Llevadla a su casa.

—A la de mi hermana, por favor —dijo con gran esfuerzo.

La dejaron en casa de Socorro, que tardó un buen rato en abrir la puerta. Debía de estar profundamente dormida. Julia la abrazó. Después se acurrucó junto a Andoni, que dormía en una cama demasiado grande para él. Lloró en silencio durante un buen rato. Cuando se sintió más tranquila, empezó a acariciar el pelo del niño.

—Casi te quedas huerfanito, Antontxo.

Paula

1

—¿Cómo era papá?

El silencio se espesó en la habitación del hospital. Mi madre se había dejado la merluza porque, según ella, estaba tiesa y eso no era merluza. A mí me pareció buena señal que protestara, que mostrara su mal humor, volvía a ser la de siempre. La enfermera se había llevado la bandeja, una penumbra agradable invitaba a la siesta, pero mi madre no tenía sueño porque llevaba toda la mañana dormitando. Primero reaccionó como si no le hubiera hecho una pregunta. Luego me miró con un punto de sorpresa y de irritación.

—Nos abandonó, se fue con otra. Eso es todo lo que tienes que saber.

—¿Quién era su amante? ¿La conocías? —Ya estaba cansada de esa manera suya de aplastar cualquier conversación sobre el pasado.

—Una comunista que hacía documentales. Guapita de cara, solo la vi un día. Estaba tomando un café con ella en el bar de abajo.

—¿No te oliste nada al verlos juntos?

—Desde el minuto uno. Bájame la cama, anda, a ver si duermo un poco.

Zanjó la cuestión de esa forma y, mientras buscaba la postura para dormir, compuso una mueca de dolor que muy bien podría haber originado mi curiosidad.

—Te dejo dormir, mamá. Me voy a tomar algo.

Antes de salir, oí su voz cansada, ronca, que salía del fondo de una caverna:

—¿No me vas a preguntar por el reloj?

Me giré hacia ella. Claro que no le iba a sacar ese tema, no quería arriesgarme a otro infarto. Pero mi madre actuaba como si me debiera una historia. Un relato, una confesión, no lo sabía.

—No quiero que te alteres.

—Lo tuvimos colgado muchos años. Vosotros no lo recordáis porque erais unos críos. No funcionaba, pero a tu padre le encantaba. Era un recuerdo de su abuelo.

Me quedé callada por si quería añadir algo. Pero no, se conformaba con ese pequeño retazo. Yo, por supuesto, quería más.

—¿Pasó algo con ese reloj? Me dio la impresión de que te asustaste al verlo.

—Simplemente me recordó a tu padre. Lo primero que hice cuando nos abandonó fue vender ese trasto, no podía ni verlo. Además, necesitaba dinero. Fueron años muy duros, hija.

Eso sí me lo había contado. Después del abandono, mi madre se puso a estudiar para conseguir una plaza de maestra de primaria.

—Ahora han cambiado las cosas, pero en esos tiempos no era fácil para una mujer...

Yo asentí con una sonrisa de admiración. Mi madre presumía a veces de lo mucho que había trabajado para sacarnos adelante. Y lo hacía porque era verdad y porque necesitaba un reconocimiento de los demás.

—Aunque tampoco creas que tu padre ganaba mucho dinero —remató.

No era nada habitual que lo mencionara, así que detecté una rendija por la que colarme.

—Nunca me hablas de él.

Vi que se le espantaba la mirada y por un momento temí que se llevara la mano al pecho. Pero no, solo me reprochaba la osadía de mencionar a mi padre con una nota de nostalgia.

—No me gusta recordarlo, hija —suspiró, se puso la mano en la frente como si le pudiera haber entrado la fiebre solo por esa mínima mención.

—No pasa nada, mamá. Descansa. Es solo que me extraña saber tan poco de él.

—Era un buen hombre. Cariñoso, divertido, culto. Jugaba mucho con vosotros, os hacía cosquillas, os bañaba y yo oía vuestras carcajadas mientras preparaba la cena.

Abrí los ojos ante la novedad: mi madre estaba hablando de mi padre y lo hacía en términos positivos. Era la primera vez que yo vivía algo así. Me entraron ganas de llamar a una enfermera para que le ajustara la medicación.

—Hacía reír a todo el mundo, era un payaso. Contaba chistes, anécdotas divertidas. La mayoría se las inventaba, pero solo quería aportar su granito de arena para mejorar el humor de la gente. Y dibujaba muy bien.

Noté que se le humedecían los ojos. Acababa de abrir una compuerta que llevaba muchos años cerrada, y creí que ahora estaba dispuesta a desahogarse. Pero no lo hizo. Al contrario: plegó los labios y me pidió que me marchara.

—Por favor, hija. Quiero dormir un poco, estoy molida.

—Está bien, mamá. Descansa.

El Incomprendido funcionaba. Mi hermano lo había arreglado, aunque le había llevado más tiempo que meterles mano a los relojes flamencos del Palacio Real, que, según él, son los que tienen un mecanismo más complicado. A mí me intrigaba su trabajo de relojero en ese lugar tan suntuoso. Me lo imaginaba paseando por los salones entre tapices, antigüedades y lámparas de araña, pisando alfombras mullidas, acercándose a un reloj inglés del siglo XIX o a uno de pie que fue testigo de la Revolución francesa, cuadrándose en señal de respeto y asintiendo al verificar que todo estaba en orden, que ninguno se había parado, que todos seguían marcando el tiempo.

El pico de estrés de Emilio se presentaba dos veces al año, cuando tenía que cambiar la hora de los más de doscientos relojes para ajustarla al horario de verano o al de invierno. Tardaba tres días en hacerlo. A mí no me parecía una experiencia tan exigente, nada que ver con mis agobios en el hospital, pero seguro que su vida tranquila sufría una sacudida, como cuando los reyes ofrecían una comida en el palacio y él debía comprobar que todos los relojes estaban en hora. El Candil, el más antiguo de todos, encargado por Felipe II en 1583, se paraba con frecuencia. El Esqueleto, que dejaba ver su movimiento interno a través de la esfera, atraía muchas miradas y no podía estar retrasado. Los Autómatas, que tanto gustaban al público que visitaba el recinto, tenían manecillas un tanto caprichosas y había que andar muy pendiente. Eso me contaba cuando mostraba mi curiosidad por su día a día.

En realidad, me intrigaban todos los oficios. ¿Qué hace la gente ocho horas al día metida en una oficina? Mi psicóloga dice que no visualizo el trabajo de los demás porque solo me otorgo relevancia a

mí misma. Debo de ser una narcisista de libro. Pero en casa de mi hermano, al mirar el Incomprendido en funcionamiento, me imaginaba al viejo relojero de Lasarte estrechando la mano a su bisnieto por haber rescatado aquel aparato del olvido. No me quedaba más remedio que admirar su habilidad con las manos, yo que soy una patosa incorregible.

También envidiaba la relación de mi hermano con sus hijos, la capacidad de generar una conversación con dos jóvenes que muy bien podrían haberse rebelado hace tiempo contra la autoridad siempre un tanto impostada de los padres. Cuando tuvo a su segundo hijo, yo estaba buscando quedarme embarazada. Como no lo conseguíamos, Luis, mi exmarido, se preguntó si alguno de los dos tendría un problema de infertilidad. Mi ginecólogo no encontró nada grave por mi parte, ni endometriosis, ni quistes ováricos. Luis llegó un día a casa exultante por el resultado de un seminograma: sus espermatozoides no eran vagos y los había puesto a entrenar duro para que llevaran a cabo su misión. Fueron días inciertos, también felices. Poco después me entró un ataque de celos, y luego otro. Nos terminamos separando.

Ya no me da pena haber renunciado a ser madre, pero durante muchos años mantuve una tensión casi angustiosa con ese anhelo. Lo cierto es que después de Luis solo tuve amantes sin cuento y poca vida sentimental. Me volqué en el trabajo, quizá demasiado, me ilusioné un poco con Alberto y también salió mal. Mi psicóloga tendrá que admitir que, para ser narcisista, soy bastante crítica conmigo misma.

—¿Qué has hecho con la nota del reloj? —me preguntó Emilio.

Le conté que se la había llevado a un experto en claves cifradas.

—¿Existen expertos en claves cifradas?

—Existen expertos de cualquier cosa.

—Parece un poco de película. Me muero de la curiosidad.

—Yo también, Emilio. Y ¿sabes qué? Creo que ese mensaje es importante.

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé, tengo un pálpito.

Mi hermano quiso saber de dónde había sacado al experto y le conté que Alberto, que tenía amigos hasta en el infierno, conocía a uno. Había algo asombroso en la perfección de ese hombre, en la infinidad de recursos que desplegaba para sacarme de cualquier apuro. Era como si la vida me estuviera susurrando todo el rato que ese cardiólogo mujeriego era mi pareja perfecta, que, sin su compañía, yo sería un poco más náufraga que capitana de mi propio barco.

Esa noche cené con él. Me había prometido a mí misma no sacar el tema de los celos. Sin embargo, caí en algo que también hubiera querido evitar, el intercambio de confidencias personales, pues genera mucha intimidad y yo pretendía marcar distancia. No hubo manera: a los dos minutos, justo después de las primeras frases insustanciales, ya le estaba contando la extraña actitud de mi madre, que se había referido a mi padre con una dulzura inaudita.

—No lo ha olvidado. Eso es bonito, Paula.

Claro, le complacía la imagen de la cornuda enamorada. Me mordí la lengua para no incumplir mi propósito de mantener una conversación agradable. Él lo puso fácil, porque me contó los problemas que tuvo con su padre durante muchos años. Trataba mal a su madre, la despreciaba por su incultura, por su mentalidad provinciana. Alberto la defendía, y una tarde lo llamó maltratador, terrorista emocional y no sé cuántas cosas más. Se dejaron de hablar. Eso no le importó, pero siguió sufriendo, porque su madre no quería separarse de ese monstruo. Era su elección, pasar la vida con

él; y la mayor parte del tiempo, según decía, la convivencia era satisfactoria. Le pedía que respetara su decisión, aunque no la entendiera. Me miró con ojos acuosos y sufrí una leve sacudida. Yo ni siquiera me había imaginado que la vida de Alberto pudiera contener una experiencia tan espantosa.

Me gustó mucho cenar con Alberto. Si me hubiera invitado a subir a su casa, habría subido, pero prefirió portarse como un caballero. O tal vez no le apetecía, o esa noche no me deseaba, cualquiera sabe. No soy adivina. La gente es rara y es imposible conocer el mecanismo interno de cada uno. Somos como relojes flamencos.

2

Al día siguiente, al hacer la ronda en el hospital, me encontré vacía la cama de Genoveva. Había sufrido un infarto y la habían bajado al quirófano. La enfermera me contó que había celebrado reuniones por videoconferencia desde su cama. Se había puesto a trabajar, hablaba a voces, se irritaba, incluso había amagado con arrancarse la vía para vestirse y salir con el alta voluntaria. Los problemas del rodaje del anuncio reclamaban su presencia.

—¿Quién le ha traído el ordenador? —pregunté al verlo sobre la mesilla.

—Su marido.

Encontré a César en la sala de espera, mirando su móvil con el pulso tembloroso. Le afeé su conducta. Genoveva necesitaba descansar, el estrés le había provocado una desconexión de la realidad. Ahora se imponía una baja larga, de varios meses. ¿Es que no le entraba en la cabeza? El hombre no sabía dónde meterse. Reaccionaba como si soportara sobre sus hombros el peso del mundo entero. Se ruborizó, pero no mostró arrepentimiento.

—Usted no lo entiende, con Genoveva es imposible plantear una baja laboral.

—¿La tengo que atar a la cama con correas? —le pregunté, ya harta de tanta tontería.

—Se las quitaría a mordiscos. Su vida es el trabajo. No va a parar.

—Eso será si sale del quirófano.

Me arrepentí al instante de esa frase, pero ya era tarde. César me miró con pavor. Le entró un sudor frío, vi que los labios, y hasta las

mejillas, le temblaban.

—¿No va a salir?

—No se preocupe, discúlpeme. Seguro que sale. Pero tiene que cambiar de vida. Ya sé que es difícil, pero no puede trabajar tanto. Su cabeza no lo soporta. Su corazón tampoco.

Él sufrió un mareo, se sentó y rompió a llorar. No podía con tanta tensión. Le pasé la mano por el hombro.

—Tranquilo, César. Ya verá como todo se arregla. Pero tiene que proponerle un cambio de vida. Trabajar menos, simplemente. La vida está llena de cosas.

Él hizo un puchero, como los niños pequeños. Y luego se serenó y pronunció la frase definitiva:

—No va a parar.

El amigo de Alberto ya tenía una conclusión sobre la nota del reloj. Se la había transmitido a él y no a mí, cosa que me irritó. Me encontró en el cuarto en el que daba cabezadas durante los descansos de las guardias. De hecho, estaba cogiendo un sueñecito agradable cuando Alberto se sentó en el borde de la cama.

—El informe de mi amigo. ¿Te lo cuento o quieres dormir?

Me incorporé de golpe.

—¿Qué ha dicho?

—Que no está escrito en clave. Es una taquigrafía básica que se usaba en Inglaterra. Dada la aversión del régimen franquista a todo

lo que venía de ese país, aquí no podían entenderla.

—¿Qué dice la nota?

—El mensaje dice: «Está lloviendo y te quiero».

—Está lloviendo y te quiero —repetí—. ¿Y qué significa?

—Mi amigo no llega a tanto, Paula. —Alberto abrió las manos en señal de disculpa.

Yo me puse a repetir la frase varias veces, como si fuera un mantra. Está lloviendo y te quiero, está lloviendo y te quiero...

—Parece un poema, o una canción —dijo él.

—¿De qué año es la nota? ¿Lo sabe?

—Más o menos. Está escrito con la taquigrafía Teeline.

—¿Qué coño es eso, Alberto?

—Un sistema alfabético, no fonético. —Sacó una libreta para repasar unos apuntes—. Suprime vocales intermedias y letras mudas y convierte en símbolos los grupos consonánticos. La taquigrafía Teeline se empezó a usar en los años setenta.

Me dejé caer en la cama. Me quedé mirando al techo, haciendo mis cuentas, dejando que las primeras conjeturas se abrieran paso dentro de mi cabeza.

—Pero entonces esa nota es de mi padre.

—¿Por qué? Tu madre vendió el reloj, puede ser de cualquiera, un juego de niños... No lo sabemos, Paula.

Le di la razón con un gruñido. Esa nota podía ser una bromita tonta de alguien. Pero las tripas me decían que no, que ese mensaje era

importante y que lo había escrito mi padre.

El caricato

1

El río Oria se había desbordado por las lluvias de la última semana, y la riada arrastraba todo lo que encontraba a su paso, cultivos, tablas de las fábricas madereras, algún manzano joven y hasta las vacas del prado vecino, a las que Julia y Socorro, que se habían subido al tejado, veían cabecear con pavor. La casa se había inundado a media mañana. Pasaron casi una hora achicando agua sin desmayo hasta comprender que el esfuerzo era inútil, que entraba más de la que salía, así que optaron por guardar los objetos de valor en una maleta y refugiarse en el lugar más alto.

Allí las encontró Andoni, sentaditas sobre las tejas irregulares, bajo un paraguas enorme que las guarecía a las dos. Trepó por la escalera que habían apoyado en el alero, se ajustó la capucha del impermeable y se sentó junto a ellas.

—Veintiún muertos en un accidente de autobús por las lluvias —dijo Julia, que sentía una atracción irresistible por las malas noticias—. Lo han dicho en la radio.

—Y han rescatado a tres personas del río, no se han ahogado de milagro —dijo él.

—¿Vecinos de dónde? ¿Conocemos?

—No me he enterado.

—La fábrica Michelin está anegada. Imposible trabajar allí, no sé si vamos a poder volver algún día —aportó Socorro.

Así eran muchas de sus conversaciones, una sucesión de desgracias que cada uno iba alimentando. Era el registro en el que mejor se movían. De vez en cuando, algún reproche provocaba una pequeña cesura en la enumeración catastrófica.

—¿No has salido con paraguas? —preguntó Julia al verlo chorreando.

—Llevo capucha, *ama,* no te preocupes.

—Mira la que está cayendo, qué poco fundamento tienes.

El aguacero parecía dividido en columnas de lluvia que se retorcían por el viento. Los chopos del camino destacaban como una hilera de pingajos, las hayas se estremecían. El Hipódromo era una charca. La inclinación del tejado provocaba torrentes que caían en cascadas aquí y allá. En cada casa del pueblo se luchaba contra la avenida, el agua le llegaba a la gente por debajo de las rodillas. Andoni pensaba que era exagerado subirse al tejado, pero conocía muy bien el lado tremendista de su madre, así que no le extrañaba demasiado. Además, los terrenos del Hipódromo, donde vivían, estaban en una vaguada.

—¿No tenéis frío? ¿Os traigo un buen abrigo?

—No, estamos bien —dijo Socorro—. ¿Tú tienes frío, Julia?

—Yo estoy bien.

Andoni sonrió. Dos mujeres recias. Empapadas, ateridas y seguro que muertas de miedo. Pero no se quejaban. Quien tenía más razones para quejarse era él, que pensaba hacer la maleta esa misma tarde para mudarse a Valladolid. Iba a ser imposible con ese temporal, las carreteras estaban cortadas. Y no podía marcharse ahora y dejar a su madre y a su tía solas, enfrentándose a los estragos del diluvio. Le tocaba empantanarse unos cuantos días, arrimar el hombro, prolongar un poco más su vida en ese valle que lo había visto crecer. No le importaba. Adoraba a su madre y a su tía, lo habían criado en condiciones terribles, juntos habían pasado los años del hambre.

—A ver cómo te vas tú ahora, con este tiempo —dijo Julia, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Yo no me voy a ninguna parte, *ama.* Primero hay que dejar la casa en condiciones. Luego hay que comprobar que no os habéis pillado una pulmonía. Y luego me iré.

—A ver si la pulmonía te la vas a coger tú —dijo Julia, que lo veía frágil y enfermizo, pese a que había sorteado durante su infancia todas las enfermedades que golpearon a los niños españoles en la década de los cuarenta.

—Esperemos que no.

—En Valladolid hace más frío que aquí. Ya te puedes abrigar.

—Me abrigaré.

—¿A quién se le ocurre irse a estudiar a Valladolid? —masculló Socorro, como hacía siempre que salía ese tema de conversación—. En Pamplona hay una universidad estupenda, y está más cerca.

—Socorro, ya está, no seas cansina —la regañó Julia—. Bastante que el niño va a estudiar Derecho y no las tonterías que se le habían metido en la cabeza.

Andoni aspiró el aire preñado de humedad. No quería entrar al trapo de esas provocaciones. Para su madre, las carreras artísticas eran una fábrica de parados. Artes escénicas, gráficas, visuales, daba igual. Todas formaban parte del mismo saco, y pretender ganarse la vida en esos campos era propio de personas con muy poco fundamento. Había discutido mucho con ella sobre su vocación, sobre su futuro. Él quería dibujar. Se había pasado la infancia con un lápiz en la mano, pintando paisajes, animales, personas. Todo el mundo le decía que tenía talento, que debía seguir por ese camino. Pero, desde el principio, topó con un muro. Julia quería que fuera notario, soñaba con que le asignaran, andando el tiempo, una

notaría en San Sebastián o en un pueblo cercano. Y para eso había que matricularse en Derecho. Andoni forcejeó todo lo que pudo. Odiaba contrariar a su madre y a veces, solo a veces, reconocía en su fuero interno que tal vez le asustaba la incertidumbre de la vida del artista. Terminó plegándose a los deseos de Julia y se decía a sí mismo que no había ninguna flaqueza de carácter ni la menor cobardía en su decisión. Lo hacía por amor. Cuando le contó a su madre que lo habían admitido en la Facultad de Derecho de Valladolid, ella se alegró. No le importó que no fuera en Pamplona, sabía lo mucho que él estaba sacrificando.

Sacrificaba mucho más de lo que ella imaginaba. Además de su gran pasión, que era dibujar, Andoni llevaba Lasarte pegado a la piel y le pesaba alejarse del valle, de su gente, de sus costumbres. Echaría de menos a Josean, su amigo del alma, con el que jugaba a pelota todas las tardes antes de acompañarlo al bar Gure Etxea para recoger a su padre borracho. Lo llevaban entre los dos mientras el hombre arrastraba los pies y cantaba canciones en euskera. Josean le chistaba porque estaba prohibido hablar en esa lengua, se arriesgaba a una detención y a un par de noches en el calabozo. Ya había pasado varias allí, después de cenar coreaba canciones vascas con sus parientes, y cuando la Guardia Civil hacía la ronda y escuchaba los cantos en euskera irrumpía en la casa y acababan todos en el cuartelillo. Pero él no escarmentaba.

Josean había salido a su padre. En la escuela de la fábrica Michelin, donde habían sido compañeros de pupitre, el profesor le entregaba una pelotita roja a un niño que escogía al azar. Lo hacía antes de que salieran todos al recreo. Ese niño se la pasaba al primero que estuviera hablando en euskera. Y así todo el rato. Durante el recreo, la pelotita pasaba por muchas manos. Cuando sonaba el timbre anunciando el regreso a las aulas, el alumno que tuviera consigo la pelotita roja sufría el calvario de la palmeta. Andoni nunca olvidaría el día en el que Josean salió con la pelotita roja al recreo y no hizo el menor intento de desprenderse de ella.

«¿Qué haces? Te van a castigar», le advirtió.

«Me da igual. El euskera es mi lengua. Yo no soy un apestado».

Eso dijo Josean con once años. Esgrimió un orgullo que impresionó a Andoni. ¿Dónde estaba el niño que se divertía haciendo girar la ruleta del Tío Bigotes, el barquillero del pueblo? Siempre le tocaban más barquillos a él, pero le dejaba a Andoni darles un mordisco a los suyos, eso sí, siempre poniendo un dedo como límite infranqueable. Un día Andoni le mordió el dedo en su ansia por atrapar más barquillo, y Josean lo persiguió por la plaza entre aullidos y carcajadas. Era un niño divertido, de rodillas siempre sucias, que bromeaba y andaba todo el rato proponiendo juegos. Y de pronto se había hecho mayor. Eso le pareció a Andoni cuando se empeñó en retener la pelotita roja y terminó con la mano despellejada por la palmeta.

El maestro se ensañaba en el castigo. También Andoni recibía lo suyo, pero por otro motivo. Aprendió enseguida a leer y a escribir, le fascinaba la caligrafía que le querían inculcar, un poco barroca, con esas bes que subían tanto y esos arabescos que describía la erre, pero se distraía dibujando cualquier cosa y eso irritaba mucho al maestro, que sacaba la palmeta y se despachaba a gusto con él. El día que lo pilló dibujando una caricatura suya junto a la pizarra, con la papada enorme, el bigote grotesco y las gafas torcidas, le dio una buena tunda. Así que los dos amigos se sentían unidos por los castigos, y con esas manos callosas aprendieron años más tarde a jugar a pelota.

Andoni se alejaba de esa infancia, del colegio de los marianistas en San Sebastián, donde estudió la secundaria, de las carreras de Fórmula 1 en el circuito de Lasarte, de las películas que proyectaba el padre Rosendo en un aula de la parroquia. Aquello se acabó con la jubilación del cura, porque su sucesor, don José, consideraba que el cine era un enemigo de la moral pacata que la dictadura impuso en los años cincuenta. A Andoni lo amonestó por montar obritas de

teatro en la Congregación de las Hijas de María; resultaba indecente que actuaran juntos los chicos y las chicas. Él se divertía con las hermanas Zurita, Bixenta y Encarna, y siguió con los ensayos y con las funciones teatrales a espaldas del cura. Pero no siempre conseguía burlar su vigilancia. Parecía que la Iglesia tenía ojos en todas partes.

Ahora le tocaba iniciar una nueva etapa. El verano anterior había estado en Inglaterra, en un campamento internacional, y allí conoció a una joven canadiense. Le contó que vivía en un pueblo de dos mil habitantes que ni siquiera tenía autonomía municipal. Era un barrio, una aldea, una pedanía. Sus vecinos se divertían en competiciones de versos, o con deportes rurales que consistían en levantar piedras o en segar kilos y kilos de hierba. Cantaban en un idioma de origen incierto, pero lo hacían a escondidas. La canadiense no se creía que en un lugar tan pequeño y tan recóndito hubiera un hipódromo con carreras internacionales y un circuito de Fórmula 1 en el que participaban las mejores escuderías del mundo.

«Es que Lasarte es un territorio mágico», le dijo Andoni.

Y al contemplar la riada barriendo las calles, junto a su madre y su tía en el tejado de la casa, le parecía que esas lenguas de agua embravecida marcaban su transición a la edad adulta, un rito de paso incierto y aterrador.

Andoni había calculado que limpiar el barro y dejar habitable la casa les llevaría una semana. Fueron tres. Pero al fin llegó el momento de preparar la maleta. La víspera del viaje, Julia supervisaba entre suspiros la elección de la ropa.

—Pero ¿cuántos jerséis vas a meter? Qué barbaridad.

—Bueno, igual me sobra este —concedió Andoni. Pero luego, cuando ella no miraba, lo volvió a meter.

—¿Esos zapatos viejos te vas a llevar?

—Son los más cómodos, *ama.*

Socorro, entretanto, lloraba en la mesa camilla mientras terminaba de tejer unos calcetines que se iba a llevar su sobrino.

A Julia le daba pena verla tan conmovida, pero no quería mostrarse frágil.

—Parece que no soportas la idea de quedarte a solas conmigo —le restregó a su hermana.

—Qué remedio me queda —contestó Socorro sin levantar la mirada de la labor.

Así estaban todo el rato: se lanzaban pullas y se metían en discusiones de las que salían sin un rasguño. Era su forma de quererse.

—¿Qué pasa, que te vas a marchar sin despedirte?

Todos se giraron hacia la voz del recién llegado. Era Josean, con la intención de arrastrar a Andoni al Gure Etxea a tomar unos chiquitos.

—No me lo distraigas, que mañana tiene que madrugar —rezongó Julia.

—A las diez lo tienes en casa, te prometo que te lo devuelvo borracho como una cuba —bromeó Josean.

—Anda, anda, menudo crápula estás hecho.

En el bar se tomaron sus últimas cervezas juntos. El Gure Etxea se fue llenando de amigos de la cuadrilla. Todos querían darle un abrazo a Andoni. Y él se explayó con imitaciones de personajes del pueblo, con su batería habitual de chistes y con anécdotas que todos celebraban con carcajadas. Le gustaba hacer reír a la gente, se sentía querido por todos sus vecinos. Ese era el paraíso que iba a dejar atrás. Sonaron las doce. El padre de Josean andaba ya muy perjudicado con los vinos.

—Voy a acompañar a Andoni a casa, *aita.* Ahora vengo a buscarte.

Caminaron hacia el Hipódromo en silencio, lo que resultaba extraño en ellos, por lo general locuaces. Era como si ambos comprendieran que las bromas habituales no le convenían a la despedida. Flotaba entre ellos algo de congoja, porque no avistaban un futuro compartido. Josean no había terminado los estudios, sus planes pasaban por entrar de aprendiz en la ferretería de su tío. Al llegar a la casa de Andoni, vieron a Julia asomada a la ventana.

—Bueno, amigo, mucha suerte. Ven a verme, ¿eh? —dijo Josean.

Lo abrazó con fuerza y después se alejó a paso vivo. Había dejado a su padre borracho en el bar y su prisa podía estar justificada, pero a Andoni le pareció que acortaba el adiós para que no lo viera llorar. Su madre lo recibió con una reprimenda de las gordas. Era muy tarde, no había terminado de hacer la maleta y tenía que madrugar.

Al día siguiente no quedaba nada de su mal humor. Preparó el desayuno, se lo tomaron los tres juntos y charlaron animadamente. Socorro le entregó los calcetines de lana.

—Para que no te olvides de tu tía.

Julia lo llevó con misterio a su habitación, abrió el armario y sacó de un cajón una carpeta y un saquito de tela.

—Esto era de tu padre. Quiero que te lo lleves —le dijo con la voz entrecortada y lágrimas en los ojos.

En el saquito había una corbata roja y un reloj de pulsera con una correa de oro.

—Lo tenía puesto la noche que se lo llevaron.

Andoni se quedó mirando los dos objetos. Le temblaba un poco el pulso. Olió la corbata y la desdobló para verla bien. Luego la guardó con mimo en la maleta. El reloj se lo puso en la muñeca con orgullo.

La carpeta contenía papeles, un diario breve con algunas reflexiones y anécdotas que Pío escribió durante unos pocos meses. Algunas fotografías. Y un papel con una frase que leyó en voz alta: «Está lloviendo y te quiero».

—¿Esto qué es?

—Un poema que le escribió a una lagarta francesa.

Él sonrió. Le apetecía mucho leer con calma el diario, asomarse un poco a la vida de su padre, al que no conoció y del que su madre casi nunca le hablaba. Su mutismo no era natural, parecía enmarcado en un bloqueo correoso, en una promesa terca de pasar página y seguir viviendo sin el agobio de ese recuerdo traumático. La entrega de esos papeles tenía algo de ofrenda, de reparación.

Cuando subió al autobús, se moría por revisar los escritos de su padre. Disimuló la impaciencia porque primero quería decirles adiós a su madre y a su tía, que lo habían acompañado: dos figuras negras, enjutas y desvalidas bajo el sirimiri, las dos moviendo la mano a la vez, como si hubieran ensayado la coreografía.

2

—Con todos ustedes, el caricato Andoni Yarza.

Se oyeron algunos aplausos débiles de los jubilados que habían acudido al Hogar del Pensionista. Estaban acostumbrados a que las tardes del sábado las amenizara un vecino de Olmedo con su violín, pero esa semana la artrosis le impedía actuar.

Tino, que además de ser compañero de Andoni en Derecho vivía en ese pueblo, lo había propuesto como sustituto. Conocía su vena cómica, se le daba bien contar chistes, anécdotas, imitaba a los profesores con gracia. Lo había visto en acción en alguna fiesta navideña y en otras ocasiones, improvisando números divertidos que hacían reír a todo el mundo. Era el tipo más popular del Colegio Mayor Santa Cruz y, ahora que estaba en cuarto de Derecho, se había convertido en el payaso oficial de la facultad.

En cuanto Andoni subió al escenario de ese lugar desangelado, entre viejecitos, Tino lanzó varios bravos y aplaudió con ganas. Ahí estaba su amigo de Lasarte a punto de debutar como artista fuera de los muros universitarios.

Andoni saludó a los asistentes en varios idiomas. No hablaba nada más que español, pero sabía imitar los acentos con mucha propiedad. Algún jubilado soltó una carcajada con el alemán exagerado con gestos grotescos. También era gracioso el italiano, que le quedaba amanerado, el francés que soltaba con arrogancia, y finalmente el inglés, compuesto en su imitación por palabras españolas que terminaban con apariencia anglosajona, una chapuza que remató con una frase que hirió de muerte la tarde:

—Este es el inglés que habla Franco.

Tino tragó saliva. Se hizo el silencio en el auditorio. Un joven que trabajaba de conserje en ese centro social salió a toda prisa de la sala. Andoni seguía desgranando su número, que él había bautizado como el de la ONU. España había ingresado en esa organización el año anterior, en 1955, y el tema estaba de actualidad. Pero había que salir de allí a toda prisa. Tino subió al escenario y le habló al oído:

—Nos tenemos que ir, vamos.

—¿Por qué? —preguntó Andoni. No entendía nada. Estaba disfrutando, llevaba varios *sketches* preparados.

—¡Ahora! —lo apremió Tino.

Lo arrastró del brazo hasta la salida. Un coche de la Guardia Civil bajaba por la calle del cuartelillo. Aparcó junto al Hogar del Pensionista. Tino y Andoni apretaron el paso y, al doblar la primera calle, corrieron como locos en busca de un escondite. Se refugiaron en el zaguán de una casa señorial abandonada.

—¿Cómo se te ocurre meterte con Franco? ¿Estás loco?

—Era una broma sin importancia. Delante de unos cuantos jubilados.

—Te pueden meter en la cárcel por menos. Joder, a ver cómo salimos de aquí.

—¿Por qué no vamos a casa de tus padres?

—Es el primer sitio al que van a ir. Saben que eres mi amigo, en Olmedo me conoce todo el mundo, esto es muy pequeño.

—No creo que hagan una batida por una broma, ni que fuera un criminal.

Tino lo agarró de los brazos y clavó su mirada en él.

—La van a hacer, Andoni. Van a sacar a los perros si hace falta. Nos tenemos que ir del pueblo ya.

Callejearon hasta llegar a las afueras. Cruzaron un viñedo y alcanzaron la carretera comarcal. Era peligroso quedarse allí, a la intemperie, en cualquier momento podía aparecer el coche de los picoletos. Pero Tino había descartado la estación de autobuses, que a buen seguro iban a vigilar, y la única forma que se le ocurría de volver a Valladolid era parando un camión. Había poco tráfico a esas horas de un sábado. Se ocultaban en un talud con un ojo puesto en la curva que trazaba la carretera. Por fin avistaron un camión. Tino le hizo un gesto aparatoso al conductor. Tuvieron suerte. Era un transportista de frutas que se dirigía a la ciudad. Se alojaron en el remolque, entre cajas de manzanas, peras y melocotones.

—Nada de chistes políticos. Nunca más —le recriminó Tino—. Lo entiendes, ¿verdad?

Andoni asintió. En la oscuridad del remolque, mecido por el traqueteo, recordó el día en que se marchó de Lasarte camino de Valladolid. El autobús hizo una parada en Miranda de Ebro, muy cerca de los restos del campo de concentración franquista. Un pasajero le contó que fue el último que se cerró de todos los que se levantaron durante la guerra. Lo construyeron en un solar de la empresa Sulfatos Españoles, entre las instalaciones ferroviarias y el río Bayas, y albergó a presos republicanos y después a exiliados de la Segunda Guerra Mundial y a prisioneros del Ejército nazi. Andoni se quedó mirando el lavadero, el depósito de agua, una caseta de guardia, lo único que quedaba en pie de aquel lugar. Era un paraje tranquilo, mecido por el viento y refrescado por una lluvia suave, pero impresionaba imaginar las atrocidades que habían cometido allí, los lamentos que habían encerrado esos muros y las lágrimas que habría arrastrado ese río caudaloso. Le dio por pensar en la importancia del humor para abrir grietas de luz en la mole triste y gris que era España en aquellos años. De nuevo acudía a la misma convicción: el efecto balsámico del humor. A él le gustaba hacer reír

a la gente, tenía ese don. También amaba el cine, evocaba con nostalgia el cineclub que había montado el padre Rosendo en su pueblo y buscaba cuando podía el consuelo que le proporcionaban las historias de ficción. Le permitían escapar por un rato de la ferocidad del mundo. Su vida también era ficticia. Estudiaba una carrera que odiaba, solo por contentar a su madre. Él quería ser cómico, artista, pero no eran tiempos buenos para el humor.

—Nada de política —admitió Andoni.

Ese era uno de los consejos más habituales de Julia. «No te signifiques», le advertía siempre. También en sus actuaciones humorísticas era mejor agachar la cabeza y callar. Le resultaría fácil, eso era lo que hacía con su madre.

Declinaba la tarde cuando el camión llegó a Valladolid. Durante varias semanas, Andoni y Tino temieron la aparición de la Guardia Civil en la facultad, que preguntaran por ellos, y cuando se abría la puerta en medio de una clase imaginaban los tricornios en el umbral, las miradas severas, la detención inexorable. Pero nada de eso sucedió y poco a poco los dos fueron recuperando la tranquilidad.

No hubo más chistes políticos en el repertorio de Andoni. Esa Navidad, en una fiesta que se celebraba en el vestíbulo de la facultad, se subió a un escenario a declamar algunas de *Las mil peores poesías de la lengua castellana,* del libro de Jorge Llopis, que se había hecho muy famoso.

El que más se reía en sus actuaciones, siempre sentado en primera fila, era Lorenzo el Sordo, un alumno de treinta años al que todo el mundo evitaba. Cuando estalló la guerra, era monaguillo en la iglesia de su pueblo. Los franquistas lo acusaron de tocar las campanas para avisar a los republicanos de su presencia. En el cuartel, durante la detención, le metieron la varilla de un paraguas por los oídos y lo dejaron sordo. Tras pasar unos años en un

reformatorio, consiguió acabar los estudios y se matriculó en Derecho. Si pretendía ejercer la profesión con su sordera a cuestas era un misterio para todos, pero allí estaba, el alumno más veterano de la facultad, leyendo los labios de los profesores, estudiando los tochos y presentándose a los exámenes. Iba sacando tres o cuatro asignaturas cada curso, lo cual tenía mérito, pues sus compañeros pensaban que, además de sordo, era tonto. Se situaba cerca de la tarima, con la boca muy abierta, de la que a veces resbalaba un hilo de saliva, y hacía caricaturas de los alumnos. Tenía buena mano con el lápiz.

Le gustaba mucho ver a Andoni danzando alrededor de un vaso lleno de agua, al que se subía con los dos pies sin derramarlo. Era el suletino, un baile vasco. Cuando terminaba el espectáculo, y a veces entre número y número, el Sordo subía al escenario y daba palmadas en la espalda al cómico. Un día, cuando Andoni estaba jugando al mus en el bar de la facultad, notó que alguien lo tironeaba del jersey. Lorenzo quería enseñarle un cuaderno lleno de viñetas, un cómic que había dibujado.

—Ahora no puedo, Lorenzo. Luego me lo enseñas.

Como pronunció la frase sin mirarlo a la cara, el Sordo no entendió lo que decía. Puso el cuaderno sobre la mesa, trastornando los amarracos, y se ganó la reprimenda de los *musolaris.* Tino lo expulsó del bar sin contemplaciones.

—Joder con el loco —exclamó mientras cogía de nuevo sus cartas.

Andoni ya no pudo concentrarse en la partida. Cuando lo sacaban a empujones del bar, el Sordo le lanzó una mirada de súplica que él quiso obviar. Pero se le quedó dentro. Más tarde lo vio cruzar el campus bajo la lluvia, en busca de un techo. Como tenía fobia a los paraguas, cada vez que llovía terminaba hecho un espantajo.

—¡Lorenzo! —Andoni corrió a su encuentro. El Sordo lo miró con desconfianza y se protegió el rostro con los codos, como temiendo

un tortazo—. Enséñame esos dibujos.

Él se desabrochó la trenca y sacó el cuaderno empapado. Parecía que se iba a deshacer en sus manos.

—Esto hay que secarlo bien. Vamos a mi habitación.

En el colegio mayor, Andoni frotó cada página del cuaderno con una toalla. Eran viñetas a lápiz, muy expresivas, en las que Lorenzo contaba su experiencia en el reformatorio. Vivencias dramáticas teñidas de humor y de ternura. Y con un acento crítico que era imposible encontrar en ninguna manifestación artística en la España de esos tiempos. Andoni, que era lector de *Roberto Alcázar y Pedrín* y de *El Guerrero del Antifaz,* quedó fascinado con ese cuaderno poblado de monstruos y de perdedores con apariencia ridícula que, de manera milagrosa y paradójica, mantenían una enorme dignidad. Nada que ver con las historietas naif que él consumía.

—Esto es maravilloso, Lorenzo.

Él se encogió de hombros.

—Eres un genio.

Soñó varias veces con esas imágenes, con los rostros deformados de los carceleros y los ojos grandes de los pobres reclusos. Envidió el talento de ese hombre que había sufrido torturas espantosas y que se había convertido en objeto de burlas en la facultad. Era un apestado que se refugiaba en sus dibujos, o más bien dibujaba para vengarse secretamente de esa sociedad violenta y deshumanizada.

Un periódico de Valladolid le hizo una fotografía a Andoni en uno de sus números cómicos, en la que aparecía con los dos pies sobre un vaso. El pie de foto rezaba: «El caricato Andoni Yarza en un momento de su actuación». Le hizo ilusión, guardó el recorte y se lo enseñó a su madre cuando volvió a Lasarte para pasar las vacaciones de verano.

—¿Caricato? ¿Cómo caricato? —bramó Julia al ver la fotografía.

—A veces hago actuaciones. Una chorrada, *ama.*

—Pero ¿estás tonto o qué? Tú tienes que estudiar y dejarte de hacer el ganso. ¿Quién se va a fiar de un notario que hace chistes y bobadas?

Él tomó aire.

—No sé si quiero ser notario.

Julia dio un golpe en la mesa.

—¿Qué quieres ser? ¿Cómico?

—No lo sé. Pero no me gusta el derecho.

—¡Socorro, ven a oír esto! Me va a dar un infarto, hijo.

Socorro se acercó secándose las manos con un trapo.

—Dile lo que me has dicho —ordenó Julia.

—Que no me gusta el derecho. Y no quiero ser notario.

Socorro se santiguó. Julia meneó la cabeza en señal de reproche, esperaba una reacción más indignada por parte de su hermana.

—¿Tú sabes el esfuerzo que nos cuesta pagarte la carrera? ¿Tú te crees que somos ricas? Llevamos quince años deslomándonos en la fábrica Michelin, ahorrando como hormigas, para que tú puedas estudiar en la universidad. ¿Y ahora vienes con esto? Pero qué poco fundamento tienes. ¿Así de mal te hemos educado?

Esa noche, Andoni buscó en los altillos sus viejos dibujos, los que hacía de niño. No eran tan buenos como los del Sordo, pero gracias a él había conectado de nuevo con esa vocación. Sonrió al ver los

monigotes que dibujaba, las caricaturas del maestro, las aventuras que pergeñaba su imaginación incipiente. Del otro lado de la pared le llegaba el llanto de Julia. Odiaba hacerla sufrir, pero le parecía que esa rebeldía era crucial en su desarrollo y pensaba que el Sordo se sentiría orgulloso de él. Le hacía gracia pensar que todo el mundo lo tenía por un idiota y para él, en cambio, se había convertido en un referente, un ejemplo de libertad en un mundo pacato y triste.

Al día siguiente, Julia no se levantó de la cama. Dijo que se encontraba mal y mandó llamar al médico. Socorro lanzaba a Andoni miradas acusatorias. Esa tarde, Andoni se sentó en la cama junto a su madre y le acarició el pelo.

—Voy a acabar la carrera, *ama.* Te lo prometo. Y voy a pensarme bien lo de las oposiciones. A lo mejor las hago.

Julia asintió emocionada. Dejó caer un par de lágrimas de gratitud. Y Andoni pasó todo el verano sintiéndose un cobarde.

En la inauguración del nuevo año escolar se montó una buena fiesta en la Facultad de Medicina, y allí estaba él junto a Tino, al que había reclutado como compañero cómico. Iban los dos en pijama. El Sordo, como siempre, se reía en primera fila. Su vecino de asiento le recriminó el volumen de sus carcajadas y le pidió que se cambiara de sitio. Lorenzo no entendía. Nunca le habían afeado que se divirtiera, que expresara su alegría a pleno pulmón, pero el joven molesto se había levantado y lo miraba con malas intenciones.

Andoni siguió con su actuación, pero no perdía ojo de lo que estaba sucediendo en la primera fila. Lorenzo comprendió que debía buscar otro sitio, pero la sala era pequeña y estaba abarrotada. No tenía donde sentarse. Una joven le hizo gestos desde la sexta fila, había una silla libre junto a ella. Retiró su abrigo para hacerle hueco y él se sentó agradecido. Andoni respiró con alivio al verlo a salvo, pero algo le pasaba en la tarima: se distraía, perdía el hilo, olvidaba el guion. Tino le arreó un codazo para que le diera la réplica. Andoni

no podía apartar la mirada de la joven que le había tendido una mano al Sordo. Era bellísima. El pelo negro, corto, el flequillo breve, la sonrisa de arrobo con la que acompañaba las bromas del escenario, los ojos grandes, oscuros y brillantes. Le pareció que se paraba el tiempo y que se había creado una burbuja en la que solo cabían ellos dos. Ni siquiera oía ya las carcajadas del Sordo.

Años después, cuando se estrenó *West Side Story,* pensó que Robert Wise había plagiado su enamoramiento al contar el de Tony y María en aquella película que se convirtió en su favorita durante unos años. Porque fue así. De pronto el mundo dejó de importar, solo existía esa mujer y su pobre resolución de conocerla, de estar siempre con ella. Ni siquiera fue consciente de sus pasos bajando del escenario y encaminándose al punto de luz que lo llamaba, ni se dio cuenta de que el Sordo se levantaba para darle unas palmadas de felicitación, como hacía siempre, convencido de que Andoni se estaba dirigiendo a él y no a la joven que temblaba a su lado con una media sonrisa que abría las puertas del cielo.

3

En casa de los Tobalina se respiraba un ambiente opresivo. El cabeza de familia era el alcalde de Valladolid, un franquista irredento que despachaba con altos cargos del Gobierno. En esa casa, por poner un ejemplo, se conocieron las ayudas del Plan Marshall mucho antes que en el resto de España. La madre era de mantilla y rosario, ni se atrevía a hablar delante de su marido, pero se desahogaba en su ausencia y ya no callaba ni debajo del agua. Sacaba a relucir un sentido del humor sorprendente, aplastado por la rigidez de las normas familiares.

Los hijos, Carlos, Piluca y Anabel, habían crecido entre niñeras y personal doméstico. Una familia como Dios manda en la que nunca, ni en la posguerra más aguda, había faltado de nada. Si acaso, algo de libertad. Cada salida a la calle estaba programada, las amistades eran sometidas a un escrutinio minucioso, las visitas al cine debían ser consentidas por la autoridad paterna. Y, en ausencia del padre, por el hermano, como pudo comprobar Anabel en un baile benéfico en el que un joven la sacó a bailar. Carlos no quitó ojo a la pareja y le pareció que una mano del bailarín descendía más de la cuenta por la espalda de su hermana. Irrumpió en la pista, sacó al sobón de la fiesta a empujones, y cuando Anabel acudió en su rescate, se encontró con una estampa terrible: Carlos empuñaba una pistola y la mantenía apoyada en la sien del desgraciado, que lloraba entre súplicas.

—Vuelve a tocarla y te mato —decía con las venas del cuello a punto de reventar.

Anabel se quedó estupefacta. Su hermano estudiaba en la Academia de Policía, pero no sabía que salía a la calle con una pistola, como un matón de película americana.

La semana siguiente, cuando Piluca la arrastró a una fiesta en la Facultad de Medicina, agradeció que Carlos no las acompañara. En un escenario, dos cómicos en pijama hacían payasadas. Ella se fijó en uno de ellos, en la mímica que desplegaba al imitar acentos extranjeros, en lo bien que bailaba claqué. No paró de reír. Le hizo hueco a su lado a un hombre al que un bestia le estaba recriminando por reírse muy alto.

—¿Qué haces, Anabel? Ese tío está loco, lo evita todo el mundo —le susurró Piluca.

Su hermana conocía el ambiente de los colegios mayores porque estaba saliendo con un estudiante de Medicina y la invitaba a muchas fiestas. Pero a ella le daba pena ver a ese pobre diablo buscando un lugar donde sentarse, expulsado de la primera fila solo porque se reía con ganas.

—Aquí tienes sitio —le dijo al hombre.

—No te entiende, está sordo —replicó Piluca con el gesto torcido.

—Gracias —dijo Lorenzo en voz alta, lo que provocó varios chistidos del público.

A él le daba igual no caer bien a la gente. A los diez segundos ya estaba soltando carcajadas. Piluca meneaba la cabeza en señal de desaprobación, pero Anabel solo tenía ojos para uno de los cómicos. Quedó deslumbrada con su gracia, con su desparpajo. Y le pareció que la reconocía entre el público, o por lo menos la miraba una y otra vez. Debía de estar confundiéndola con alguien. Le empezaron a temblar las piernas cuando, al acabar la actuación, el joven se acercó a ella. El Sordo se había levantado, lo recibió con un abrazo. El cómico se plantó ante ella y la miró con una sonrisa arrobada que incluía un puntito de descaro.

—¿Cómo te llamas?

—Se llama Anabel y está conmigo —se apresuró a contestar Piluca.

—Yo me llamo Andoni. ¿Os ha gustado el *show*?

—Mucho —dijo Anabel.

—Te reías mucho. Más que tú. —Andoni señaló a Piluca—. ¿Sois hermanas?

—Somos hermanas y nos vamos ya.

—Es muy pronto —suplicó Anabel en voz baja.

—Voy a saludar a Francisco —anunció Piluca—. En tres minutos nos vamos.

Francisco se abría paso hacia ellas entre el gentío. Andoni disponía de tres minutos y los aprovechó. Le preguntó a Anabel cuál de los números le había gustado más, cuántos años tenía, dónde estudiaba, dónde vivía, si venía mucho a las fiestas de la facultad. Las respuestas de ella eran cortas, el pudor le imponía brevedad. Vivió esos tres minutos entre dos deseos opuestos, el de salir corriendo y el de abandonarse a una conversación con ese joven tan guapo que la miraba como no la había mirado nadie: con una sonrisa pícara, juguetona y feliz, el tipo de gesto que no se estilaba en su casa. Él la invitó a dar un paseo al día siguiente y ella le dijo que mejor dentro de una semana, que iría a buscarlo a la facultad. No le explicó por qué, pero ella solo tenía dieciséis años y no la dejaban ir sola a ninguna parte, así que tenía que elegir para sus escapadas el día de la semana de menor vigilancia familiar. Piluca la obligó a salir de la fiesta, pues tenían comprometida la hora de llegada, y Anabel se alejó entre suspiros y sudores, pensando en cómo reaccionarían su padre y su hermano Carlos ante un pretendiente como ese, al que había conocido en pijama.

Higinio Tobalina era muy estricto y no concebía un noviazgo hasta que su hija fuera mayor de edad, así que se encontraban a escondidas. Ella contó en casa que le daba clases particulares de matemáticas a la hija de una vecina, y esa excusa le permitía reunirse con Andoni un par de horas. Piluca la cubría a regañadientes algunas tardes para que pudieran ir al cine. Y él empezó a ir a misa los domingos para verla en la iglesia e intercambiar miradas y sonrisas. Se veían muy poco, pero Andoni la había alojado en su corazón y la llevaba consigo a todas partes. El último pensamiento cada noche, antes de acostarse, era para ella. El primero del nuevo día, también. Parecía mentira que una relación con tan poco roce lo pudiera colmar de felicidad.

No entendía por qué, pero siempre que pensaba en Anabel le entraban ganas de dibujar. Se le daban bien los caballos, las vacas, los paisajes de Lasarte. En cambio, el rostro de ella le resultaba esquivo. Delineaba el mentón, la nariz, la boca, pero no lograba plasmar la expresión de la mirada. La escrutaba en cada encuentro, tratando de fijar las pupilas en su memoria, la chispa que nacía en sus ojos cuando se reía con alguna de sus payasadas. Era, en realidad, una mirada de amor, y su modestia le impedía dibujarla. Cuando ella cumplió diecisiete años, le regaló un retrato en el que sí brillaba el amor en sus ojos. A ella le impresionó verse dibujada.

—Eres buenísimo —le dijo, y le plantó un beso en la mejilla.

Ese beso era el paso más atrevido que habían dado. En alguna fiesta de la universidad bailaron muy pegados, sintiendo la respiración del otro muy cerca, el contacto de las mejillas y de los cuerpos. Pero era una relación casta, más imaginada que vivida. Paseaban, se cogían de la mano, iban al cine.

Él acabó la carrera de Derecho y empezó a estudiar las oposiciones a notarías. El temario era exigente, se veían todavía menos. Pero se

seguían buscando, se mantenían fieles a una fantasía de futuro, como si hubieran firmado un contrato o como si no tuvieran más remedio que hacerlo.

A Andoni no le hacía feliz preparar las oposiciones. Se distraía constantemente, pensaba mucho en ella y no pocas tardes apartaba los apuntes de un manotazo y se ponía a dibujar. No quería ser notario. Pero la sola idea de enfrentarse a su madre le revolvía las tripas. Tampoco le había hablado a su madre de Anabel, porque intuía que iba a desaprobar la relación. Julia era una mujer rústica que nunca había salido de Guipúzcoa. Cada vez que la visitaba se ponía a lanzar comentarios sobre algunas jóvenes del pueblo, guapas chicas, como ella decía, que iban a durar muy poco como solteras. Acompañaba su discurso con un gesto de apremio que hacía con la cabeza, como un pajarito, animándolo a actuar cuanto antes. Eran dos nudos que se le formaban en el estómago: su futuro profesional y su vida amorosa. Cuando Anabel cumplió los dieciocho años, decidió que había llegado el momento de presentársela a su madre.

La llevó a Lasarte. Julia estudió a Anabel como si estuviera en una feria ganadera comprando un burro. Solo le faltó mirarle la dentadura. Pareció aprobar a la candidata, pero en la comida, enardecida por la sidra, dijo delante de ella:

—Con la de majas chicas que hay en Lasarte y tú te ennovias con una de Valladolid. Qué poco fundamento.

—Las de Valladolid no estamos tan mal —se defendió Anabel risueña.

Socorro empezó a cabecear como si hubiera escuchado una barbaridad. Andoni no daba crédito a esta resistencia terca.

—Terminarán queriéndote —le dijo cogiéndole la mano.

Le mostró los lugares de su infancia: el Hipódromo, la iglesia, el aula parroquial en la que el padre Rosendo había montado un cineclub, la pared en la que jugaba a pelota. También quiso presentarle a su amigo Josean. Quedaron en el Gure Etxea para tomar algo. Los amigos tenían mucho que contar para ponerse al día, y Anabel observaba el intercambio de historias con curiosidad. Quiso aportar algún relato de su vida, penetrar en la burbuja de los dos amigos, y al referirse a su padre la atmósfera se enrareció.

—¿Te vas a casar con la hija de un alcalde franquista? Manda huevos, compañero —exclamó Josean.

Se hizo el silencio en la mesa. Anabel enrojeció.

—Pídele perdón —dijo Andoni.

Josean vació su sidra de un trago, apartó la silla con un ruido tremendo y se marchó.

—Lo siento —se disculpó Anabel avergonzada—. Yo no tengo la culpa de que mi familia sea así.

—Tu familia está bien, el problema lo tiene él —contestó Andoni, que se quedó mirando la puerta un buen rato, como aguardando el regreso de su amigo.

Estaba dolido, furioso. Caminaron en silencio hasta la casa. Julia y Socorro habían salido a dar su paseo de cada tarde. Él agradeció un rato de soledad; tampoco ellas estaban acogiendo a su novia con los brazos abiertos. Seguía enfadado, necesitaba relajarse, sacó sus lápices y un cuaderno y se puso a dibujar junto a la ventana. Anabel se sentó en la mecedora, a su lado, le apetecía leer en silencio. El Incomprendido dio las siete de la tarde y ella se quedó mirándolo con un punto de sorpresa.

—¿Te gusta? —le preguntó Andoni.

—Sí, es bonito. Un poco ruidoso.

—Lo fabricó mi padre. Bueno, fue mi abuelo, pero mi padre lo ayudó. Te acostumbrarás al ruido.

Ella saboreó las implicaciones de esa frase. No era más que un trasto viejo, pero la idea de estar con Andoni y tener hijos le parecía preciosa.

—¿Voy a convivir mucho tiempo con ese reloj? —se atrevió a preguntar.

Era una pregunta muy audaz para el nivel habitualmente pacato de sus conversaciones. La timidez convertía su sonrisa en una mueca temblorosa. Estaba despeinada y llevaba unas gafas de concha que se ponía para leer. No sabía que en ese momento estaba desprovista de belleza, y lo miró como si la mantuviera. A él nunca le pareció tan encantadora. La besó en los labios por primera vez y ella respondió cubriéndole las manos de besos, con una ternura de enamorada.

El encanto se evaporó con el regreso de Julia y Socorro. Venían de mal humor, como si hubieran discutido durante su paseo. Julia se acercó al cuaderno de Andoni. Estaba dibujando el viejo chiscón de su abuelo el relojero, convertido en un cobertizo.

—¿Ya estás con tus tonterías?

Andoni tomó aire. Conocía muy bien a su madre y lo mejor en esa situación era medir las palabras.

—¿No te gusta el dibujo, *ama*?

—Deberías estar estudiando, tienes las oposiciones a la vuelta de la esquina.

Esa frase apretaba el nudo en el estómago un poco más. Pero no iba a airear sus dudas delante de Anabel.

—Me he cogido dos días de descanso, me estaba volviendo loco. ¿Quieres que tu hijo se vuelva loco?

—Quiero que mi hijo sea serio.

—El lunes me encierro a estudiar, no te preocupes.

El nudo empezaba a ser asfixiante. Esa noche padeció una migraña que no le dejó dormir. Tenía muchas últimamente. Empezaba a pensar que era una señal de su cuerpo para que escogiera bien su camino, que hasta que no diera un golpe de timón en su vida tendría que soportar dolores de cabeza y esa angustia en las entrañas, los nervios a flor de piel.

Antes de coger el autobús para volver a Valladolid, Andoni fue a buscar a Josean. Quería hacer las paces con él, darle un abrazo. La mirada de Josean había cambiado. Ya no era cariñosa, era una mirada amnésica de tantos años compartidos.

—No te hagas mala sangre, chaval —le dijo—. Lo tuyo es hacer reír, es importante eso. Lo mío es otra cosa.

Andoni regresó a su casa pensando en esa frase un tanto críptica. Parecía invocar una cruzada misteriosa. Anabel lo esperaba con el equipaje preparado. Julia y Socorro la despidieron con un beso cariñoso. Aunque a veces hablaran con gruñidos, a Andoni le pareció que estaban dispuestas a quererla.

En la parada del autobús, lo saludó Encarna, una de las hermanas Zurita. Se alegraba mucho de verlo.

—Qué poco te dejas ver por aquí —lo regañó.

Andoni le presentó a Anabel.

—Es mi novia.

—Ah, encantada —dijo Encarna con sequedad.

Anabel pasó el viaje de vuelta preguntando por esa mujer, por qué la había tratado con ese desprecio. ¿Había tenido una relación con ella? Andoni le dijo que no, que solo eran amigos, participaba en unas obritas de teatro que él escribía. Poco a poco, Anabel se fue tranquilizando. Sin embargo, a Andoni le dio la sensación de que los celos la estaban comiendo por dentro, que ese ángel lleno de dulzura, al que había besado en los labios por primera vez el día anterior, a la que había defendido de las iras de su mejor amigo y a la que había metido en la casa familiar, una especie de campo de minas, podía tener un lado oculto. No era nada grave, apenas una intuición, pero pensó que en ese fin de semana intenso se había producido el fin de la inocencia, y enseguida notó el nacimiento de otra migraña.

4

—Ni se te ocurra decir que dibujas. Eso para ellos es ser un artista.

Andoni sonrió ante la advertencia de Anabel. Estaba nerviosa por la comida que había organizado en su casa para que conocieran a su novio.

—No va a ser una conversación. Va a ser un interrogatorio.

Él se mostraba tranquilo. Estaba acostumbrado a ganarse a la gente con su buen humor. Por muy estirados que fueran los padres de ella, bastaba con hacerles reír un par de veces para ponerlos a su favor.

—¿Y qué hay de malo en ser un artista?

—Para mí, nada. Pero para ellos es lo peor del mundo. Te tendrían por un bohemio.

—Soy un cómico. Y dibujo en mis ratos libres. Soy un bohemio y estás enamorada de mí exactamente por eso.

—Muy bien, pero desde que entres en mi casa y hasta que salgas eres un futuro notario. Y no se te ocurra contar chistes.

—Estoy harto de tener que disimular mi vocación.

—Solo en esta comida. —Una mirada suplicante zanjó el asunto.

—A la orden, mi sargento. —Andoni le hizo el saludo militar para burlarse de ella.

El piso de la familia Tobalina, junto al Campo Grande, era lujoso en todos sus detalles. Muebles de madera noble, lámparas de araña, alfombras mullidas, jarrones de porcelana y espejos de marco

dorado. Techos altos con molduras que formaban arabescos, lienzos con escenas de caza, libros con lomo de cuero en estanterías que intimidaban por su tamaño. Para Andoni, que se había criado en las estrecheces de su casa de Lasarte, era como ingresar en un ambiente de aristócratas.

Higinio Tobalina lo recibió vestido con chaleco y corbata. Inmaculada, la madre, llevaba un collar de perlas y pendientes de jade. Carlos calzaba botas altas, como si viniera de montar a caballo. Piluca se había puesto un vestido elegante y desprendía un fuerte olor a perfume. Anabel iba de blanco, virginal, como una joven que iba a ser ofrecida a los dioses. Antes de pasar al comedor, tomaron una copa de jerez en el salón. Allí comenzó el escrutinio del pretendiente.

—Así que estás opositando a notarías —rompió el hielo el padre—. Conozco a mucha gente en el tribunal, te podrían echar una mano.

—Papá, eso es ilegal —protestó Piluca.

—Pamplinas, lo hace todo el mundo.

—Todavía me quedan meses para examinarme —dijo Andoni.

—Son unas oposiciones durísimas. Pero te vas a colocar de maravilla —afirmó Inmaculada.

La conversación giró enseguida hacia la familia de Andoni. Él contó que su madre trabajaba en la fábrica Michelin. Anabel se puso pálida; una operaria no era el perfil más favorable, pero a su padre no le pareció mal.

—Esa fábrica la declaramos de interés nacional, por el gasauto. Hizo una contribución esencial durante los años cuarenta.

—Así fue. Pero ahora está enfocada en los neumáticos.

—¿Y tu padre a qué se dedicaba?

—Era jefe de personal en Michelin. Pero lo mataron en la guerra. Yo no lo conocí.

—Maldita guerra —dijo Inmaculada.

—¿Quién lo mató? —preguntó el hermano de Anabel.

—¡Carlos! —Anabel le dio un codazo por pasarse de indiscreto.

—¿En qué bando luchaba? —preguntó Higinio, que no quería soltar la presa.

—No luchó en la guerra. Lo mataron los anarquistas.

—Hijos de puta —masculló el señor Tobalina.

De nuevo se hizo el silencio. Andoni tenía ganas de decir que su padre había militado en las Juventudes Socialistas, y que no eran unos hijos de puta. Que todo se desquició en aquellos años. Pero se mordió la lengua. Anabel le cogió la mano. Se había prometido no hacerlo, pues en su familia no estaban bien vistas las muestras de cariño, pero notó su incomodidad y le quiso transmitir su apoyo.

El interrogatorio continuó durante la comida. Andoni tuvo que explicar la ideología de su familia a lo largo de las generaciones y describir el ambiente que se respiraba en su pueblo. Tenía ganas de salir de allí, se sentía cada vez más ahogado por la prepotencia de los dos hombres y la condición de comparsas de las tres mujeres. No encontró el menor resquicio para deslizar una broma.

—¿Te gusta cazar? —preguntó el señor Tobalina.

—No, no me gusta.

—¿No te gustaría venirte a alguna montería conmigo?

—No es lo mío, gracias.

—¿Y qué te gusta hacer en tus ratos libres?

Anabel, que acababa de dar un sorbo de agua, dejó el vaso en la mesa y tomó la palabra:

—Le gusta dibujar. Y es buenísimo, tenéis que ver sus dibujos. Hace historietas como las de Roberto Alcázar y Pedrín, pero más divertidas.

—¿Haces tebeos? —preguntó el alcalde limpiándose el bigote con una servilleta.

—Viñetas sueltas, más bien —matizó Andoni.

—Y caricaturas —añadió Anabel.

Él se giró hacia ella con una sonrisa temblorosa que parecía pedirle que parara el chorreo de revelaciones vergonzosas. No entendía por qué estaba sepultando sus opciones de pretendiente bajo esas paletadas de arena que caían sobre el mantel.

—Y también hace comedia. Tiene un dúo cómico que es muy famoso en la Facultad de Derecho.

—¿Un dúo cómico?

—Sí, son buenísimos, todo el mundo se parte de risa con ellos.

—¿Alguien quiere postre? —interrumpió Inmaculada.

Andoni aspiró con fuerza al salir de esa casa. Se había despedido de la familia con la ceremonia obligada, las frases de agradecimiento, los elogios a la comida, y a Anabel, que lo acompañó hasta la puerta, le dio un beso en la mejilla sin saber aún si estaba enfadado con ella por haberlo puesto a los pies de los caballos o si, por el contrario, la amaba más que nunca. A la primera bocanada de aire

comprendió que era lo segundo: la amaba más que nunca por enfrentarse a sus miedos y a los prejuicios de su familia.

Esa tarde había quedado con el Sordo para contarle qué tal le había ido la comida. Le había cogido cariño a ese hombre, al que consideraba responsable de su enamoramiento. A fin de cuentas, se fijó en Anabel gracias a sus carcajadas estruendosas. El Sordo se interesó por sus dibujos y, una tarde, Andoni se los llevó.

—Son mejores que los míos.

—No exageres, Loren.

—Tú te tienes que dedicar a esto. —Y repitió, cada vez a mayor volumen, hasta que casi gritó—: Prométemelo, prométemelo, prométemelo.

—No te lo prometo. Pero te voy a dar una exclusiva: no pienso ser notario. Me horroriza la idea.

El Sordo lo abrumó con un abrazo de oso.

Andoni viajó a Lasarte para comunicar su decisión a Julia, que reaccionó como si ese fuera el gran disgusto de su vida. Le parecía un atropello, un agravio irreparable, una ignominia. Había presumido por todo Lasarte de que su hijo sería algún día el notario de un pueblo importante de Guipúzcoa, o incluso de San Sebastián.

—¿Ahora qué digo yo a esas en la iglesia o en el mercado?

—Diles lo que te parezca, *ama.* Pero no quiero ser notario. Me parece horrible.

—¿Y qué quieres ser?

—Quiero dibujar. Voy a estudiar Artes Visuales en Madrid.

—No, hijo, eso no te lo consiento.

Julia puso en marcha a las fuerzas vivas del pueblo. El cura lo llamó a capítulo. Aprovechó un encuentro casual para abordarlo.

—Sí, padre, me voy a matricular en la Escuela Nacional de Artes Gráficas.

—Escuela de Vicio, Antontxo —lo corrigió—. Escuela de Vicio.

Una tarde vio que su madre estaba llorando en la mecedora, mientras miraba la lluvia por la ventana. En la habitación quedaba apenas un rectángulo de luz mortecina, el que ocupaba ella. Era una estampa delicada y triste. Se acercó por detrás y le acarició las sienes, que ya empezaban a estar plateadas.

—*Ama,* no llores, que me partes el corazón.

Ella lo cogió de la mano.

—No lo puedo evitar. Lo siento.

—Estoy eligiendo lo que creo que me va a hacer más feliz.

—Una madre quiere que los hijos le den alegrías. Pero los hijos son egoístas y desagradecidos.

—Los hijos tienen que hacer su camino. Esa es la vida. ¿Lo entiendes?

—Claro. Pero me pongo triste. Déjame sola, anda.

Cómo le habría gustado a Andoni asumir una parte de esa tristeza para aliviar a su madre. Pero tenía que aceptar la tragedia de que no siempre podemos hacer felices a los que nos rodean.

Tampoco en casa de los Tobalina cayó bien el viraje de Andoni. Cuando el alcalde se enteró, llamó a Anabel a su despacho.

—Esto es un asunto muy serio, hija. Hemos aceptado a Andoni en la familia, a pesar de que sea de pueblo, porque iba a ser notario. Pero ahora han cambiado las cosas.

—No veo en qué han cambiado, padre.

—En que va a ser un muerto de hambre. Y tú no te vas a casar con un muerto de hambre.

—Me voy a ir con él a Madrid —afirmó Anabel apretando los labios.

Su padre le dio una bofetada.

—Tú harás lo que yo te diga. ¿Está claro?

Anabel le mantuvo la mirada con orgullo.

—¡Contesta!

—Nada ni nadie me va a apartar de Andoni. Es el amor de mi vida.

Lo dijo sin un solo temblor, sin el menor titubeo y sin apartar la mirada de su padre, que no se esperaba esa rebeldía.

Higinio sacó un puro del bolsillo interior de la chaqueta, se lo encendió y la miró a través de la espesa humareda.

—Tú sabrás lo que haces, hija. Pero si te vas con él a Madrid, no vuelves a entrar en esta casa.

Después de esa frase, que la mandaba al exilio, se puso a chupar el cigarro con ferocidad.

5

Anabel se quedó en casa, pero no lo hizo por sumisión. Se lo pidió Andoni, que no tenía nada que ofrecerle en Madrid. Los primeros días, Higinio trató de compensar su severidad con algún que otro gesto de cariño, inusuales en él. Ella se dejaba querer y simulaba haberlo perdonado, pero paladeaba en silencio su terquedad, la decisión inquebrantable de pasar su vida con Andoni. Estudió Magisterio y cultivó el arte de la paciencia, del amor a distancia, de la maravillosa emoción de los reencuentros cuando uno de los dos visitaba al otro, o de leer una carta de Andoni, o de abandonarse a una conversación telefónica en la que se contaban su vida y se juraban amor eterno. Él le hablaba del clima político que se respiraba en la Escuela Nacional de Artes Gráficas.

El comunismo se había convertido en una obsesión para la Policía franquista. La Brigada Político-Social tenía fama de maltratar a los detenidos en los calabozos de la Puerta del Sol. Julián Grimau, el dirigente comunista, fue apresado a finales de 1962 y, en el interrogatorio, lo tiraron por la ventana. Al menos eso se comentaba en los corrillos de su facultad. Pero no murió en ese momento. El ministro de Información, Manuel Fraga, declaró que Grimau se había defenestrado inexplicablemente, pues estaba recibiendo un trato exquisito. Meses después fue condenado a muerte por un jurado militar y fusilado, pese al clamor internacional. Fue un juicio sin garantías, un ajuste de cuentas no con un hombre, sino con un partido político que operaba en la clandestinidad.

Cada tropelía cometida en los calabozos de la Puerta del Sol, en la sede de la Dirección General de Seguridad, añadía simpatizantes al comunismo, eso advertía Andoni al pulsar la rabia general en las aulas. Hablaban de torturas, de palizas, de compañeros que habían declarado de rodillas sobre un lecho de garbanzos, de sesiones de

descargas eléctricas, de ahogamientos en barreños de agua helada, de testículos retorcidos con alicates.

Andoni intentaba mantenerse lejos de los comités organizadores, de las manifestaciones que terminaban siempre con porrazos de los grises. Se pasaba el día dibujando. Sentía la vocación hasta en la médula, intercambiaba impresiones con otros compañeros, recibía influencias. El mundo de la edición se abría paso en esos años; editar libros ilustrados era un camino prometedor. Decidió especializarse en Tipografía y en Grabado.

Trabó amistad con Caco, un tinerfeño muy cinéfilo que era socio del Hogar Canario, donde había un cineclub. Estaba al lado del cine Victoria, en la calle Francisco Silvela. Anabel lo acompañaba en alguna de sus visitas a Madrid y veían películas italianas, francesas, wésterns de John Ford. Andoni propuso proyectar *Roma, ciudad abierta,* de Roberto Rossellini. La había visto en el Festival de San Sebastián en 1958, pero estaba prohibida en España. Quizá la admitieran en el circuito de cineclubs, ahora que se había relajado algo el Régimen. Caco pidió los permisos.

Al cabo de un par de meses, llegó la respuesta de la censura: «Es una pura inmundicia, del primer al último rollo. Ofrece transcendencia política de consecuencias insospechadas». La película retrataba una Roma arrasada por la guerra, algunos personajes pertenecían a la Resistencia, y mostraba la lucha de los parias por un mundo mejor.

Aun así, los cineclubs proyectaban joyas europeas del neorrealismo italiano y de la *nouvelle vague.* Andoni amaba el cine y le gustaba sentir que le había transmitido esa pasión a Anabel. Su sueño era dibujar carteles de sus películas favoritas y publicar un libro con ilustraciones y reseñas de cada una. Al terminar los cursos de Artes Gráficas, encontró trabajo en los Estudios Moro. Ilustró las *Rimas* de Bécquer con doce grabados en color.

De vez en cuando viajaba a Valladolid, y siempre encontraba un rato para ver al Sordo, todavía varado en la carrera de Derecho. La leyenda del eterno estudiante seguía creciendo, hasta que por fin aprobó la última asignatura y los compañeros del Colegio Mayor Santa Cruz le prepararon en el bar de la facultad una merienda con cervezas y picoteo que amenizó la tuna. Para sorpresa del Sordo, Andoni hizo su aparición en un pequeño escenario y le dedicó un espectáculo con sus números favoritos. Había ido con Anabel. El Sordo se emocionó. Andoni remató su *show* con un baile de claqué y un truco de magia en el que sacaba un paquetito del sombrero. Se lo dio al Sordo con una indicación:

—Es para Anabel.

Lorenzo se lo entregó a la joven, que desenvolvió el paquete, nerviosa. Intuía lo que había dentro: un anillo de compromiso. Su novio le pedía que se casara con ella a su manera. Ella dio un brinco y se le subió encima. Ninguno advirtió las palmadas de felicitación que les propinaba el Sordo, sin medir del todo la fuerza, ni la canción con la que se arrancó la tuna para adornar el momento. Estaban dentro de una burbuja, aislados del alborozo, y lo único que escuchaban eran los «Te quiero» que se decían el uno al otro.

6

—Han detenido al Sordo.

Anabel escuchó la voz temblorosa de Andoni al otro lado del teléfono.

—¿Qué ha pasado?

—Me acaba de llamar Tino. Por lo visto, llevó sus viñetas a una tienda de impresión, nos las quería dar encuadernadas como regalo de boda. Al impresor le parecieron historias antifranquistas y lo ha denunciado. Está en el calabozo, en Valladolid.

—¿En qué comisaría?

—¿Qué vas a hacer, Anabel?

—Voy a hablar con mi padre, igual lo puede ayudar.

—Tu padre no va a mover un dedo por Loren, ni lo intentes.

—Igual sí. Tú déjame a mí. Lorenzo tiene que venir a la boda, nos conocemos gracias a él.

No era una empresa fácil. Anabel intuía que su padre necesitaba congraciarse con ella, pues su relación se había vuelto muy fría desde la tarde del bofetón. Esa era su baza, pero tenía que jugarla bien. Decidió hablar primero con sus hermanos, exponerles la cuestión desde una óptica sentimental: Lorenzo era una persona muy importante para ella.

—El Sordo es un loco —dijo Piluca, que ni siquiera dejó a su hermana terminar el relato—. ¿Cómo pretendes que lo ayudemos?

—Déjala terminar —pidió Carlos—. Te está diciendo que le tiene cariño.

—Tiene un retraso, no hablo solo de la sordera —añadió Piluca—. Y es un tío muy raro. Nunca he entendido la relación que tenéis con él.

—No ha hecho nada, Piluca. —Anabel la miró con ojos suplicantes—. Solo quería hacernos un buen regalo de boda.

—Metiéndose con el Régimen. Cuéntaselo a papá, ya verás lo que te dice.

—Papá no tiene por qué enterarse —dijo Carlos—. ¿En qué comisaría está? Puedo hacer un par de llamadas.

Carlos era policía en la comisaría de Centro. Tenía contactos. Otra cosa es que quisiera manchar su expediente intercediendo por un pobre hombre que ya había pasado por el reformatorio acusado de simpatías republicanas.

—¿Harías eso por mí?

Anabel no había contado con la adoración que su hermano sentía por ella. En su estrategia, bastaba con poner a Piluca y Carlos de su lado antes de abordar al padre, el verdadero escollo. Pero no había caído en que él podía actuar por libre.

—Veré qué se puede hacer.

Cuando Higinio llegó a casa, Piluca le contó lo que se estaba cociendo a sus espaldas. El alcalde se frotó el bigote, un gesto que anunciaba una explosión de ira. Irrumpió en la habitación de Carlos.

—No se mueve un dedo por el sordo ese —anunció a modo de saludo.

—¿Cómo?

—Espero que no se te haya ocurrido ayudar a ese rojo, un enemigo del Régimen. ¿Tú no eres policía? ¿Qué clase de carrera vas a hacer con esa ambigüedad moral?

—Es ayudar a un amigo de Anabel. Simplemente eso.

—Tu nombre suena para irte a Madrid. Céntrate y no la cagues, hijo.

Higinio abandonó la habitación. Piluca asomó solo para mirar a Carlos con una expresión triunfal.

—Qué hija de puta eres, Piluca.

Ella le hizo un gesto de burla y se marchó.

Al Sordo le cayeron dos años de prisión y le confiscaron los dibujos. Una pena, hubiera sido un regalo bonito. A la boda tampoco pudo asistir Josean, pese a que había confirmado su presencia, porque lo habían detenido por un fuerte altercado con la Guardia Civil.

«Menudo pájaro, tu amigo —le había dicho Julia a Andoni—. Se mete en todas, ese acaba mal».

A la celebración acudió una representación de la buena sociedad vallisoletana y una pequeña muestra de la de Lasarte. Julia, tan austera como siempre, no se había prodigado con las invitaciones, pero allí estaban las hermanas Zurita con su madre, algunos primos y también sor Juana, que salió del convento para achuchar al hijo de Pío, al que hacía muchos años que no veía.

—Estos son los besos que yo le daba a tu padre —le dijo a Andoni mientras lo abrumaba con sus gestos de cariño.

Socorro se pasó toda la tarde llorando de felicidad, y Julia parecía haber aceptado el camino que había elegido su hijo. Su regalo de boda fue un sobre lleno de billetes que le entregó en un aparte, con mucha ceremonia.

—Administra bien este dinero, que la vida está muy complicada.

Era una frase que habría dicho en cualquier época; para ella, el camino era siempre cuesta arriba. Pero en ese caso tenía razón. 1966 fue un año de crisis económica. Y, para los recién casados, el inicio de unos tiempos difíciles, de pocos ingresos, de felicidad pese a todo por el nacimiento de sus hijos Paula y Emilio.

Las algaradas en la calle, la represión, eran un eco lejano que no penetraba en su hogar, un ático en Ventas que un amigo les alquilaba por poco dinero. Aunque era pequeño, podían hacer vida en la azotea. En verano ponían una piscina inflable a la que daban mucho uso, tanto para jugar con los niños como para refrescarse ellos.

En la pared del salón, Andoni colgó el Incomprendido. Lo había llevado a arreglar a un taller de la calle Arenal que regentaba Luis María, el relojero donostiarra ya sesentón que había conocido a su padre. Las manecillas con forma de manzana le recordaban a su tierra, a su madre, a su amigo Josean, perdido en sus cruzadas revolucionarias.

Andoni dibujaba mucho, iba al cine casi todos los días, preparaba su libro. No estaba comprometido con ninguna editorial, pero Anabel lo animaba a continuar.

—Me encanta el cartel de *La diligencia* —le dijo al repasar las láminas ya terminadas.

Mostraba a John Ford sentado en una silla de cineasta en medio del Lejano Oeste. La carroza apenas se distinguía en esa inmensidad.

—¿A que es bonito? —La reacción de euforia dio paso al desaliento —. Pero igual estoy perdiendo el tiempo. No sé si algún día lo publicaré.

—¿Por qué dices eso?

—He hablado con un par de editoriales de libros de cine. No lo ven claro.

Ella lo notó triste. Esa noche se desveló y, al levantarse para beber agua, encontró a Andoni dibujando en el salón, a la luz de un flexo, con la pequeña Paula en su regazo, sorbiendo el chupete y tratando de dormir.

—¿Qué haces ahí?

—Se ha despertado, tenía miedo.

—Ven aquí, Paula —dijo Anabel cogiendo a la niña en brazos.

La metió en su cama y le acarició la cabeza hasta que la niña se durmió. Regresó al salón. Andoni estaba dibujando el cartel de *Casablanca.*

—Es precioso.

—¿Te gusta?

—Mucho.

Le dio un beso.

—No te acuestes muy tarde.

Volvió a la cama, pero ya no pudo conciliar el sueño. Le daba pena ver a su marido tan embebido en su proyecto, robándole horas a la noche para terminar un libro de ilustraciones y reseñas que no era fácil de publicar. Temía que a Andoni se le pudiera amargar el carácter por culpa de esa aspiración truncada.

Ese sábado invitó a cenar a su hermano Carlos a casa. Lo habían ascendido en la Policía, lo habían trasladado a Madrid, ahora ocupaba un alto cargo en la Brigada Político-Social. Mientras tomaban un *whisky* después de cenar, ella sacó el tema del libro.

—A ver esos dibujos, enséñamelos.

Andoni se sentía incómodo con la intromisión de su cuñado, que en lugar de pedir las cosas las exigía. Era autoritario hasta jugando con sus hijos. Le mostró el cuaderno con los carteles de cine con el aire tembloroso del que se desnuda en público.

—Pero esto es cojonudo, Antonio —exclamó Carlos, que nunca lo llamaba por su nombre vasco.

—¿Te gusta?

—Esto hay que publicarlo. Deja que mueva mis hilos.

—No, no, no hace falta que hagas nada. Yo me encargo de moverlo.

—Échame una chispa de ese *whisky*, anda, que está rico de cojones.

Puso a un lado el cuaderno, se encendió un puro y ya no hablaron más del asunto. Dos semanas después, Andoni recibió una oferta de una editorial.

—Esto hay que celebrarlo —dijo Anabel—. Vámonos a cenar por ahí. Le digo a Laurita que se quede con los niños.

Laurita tenía una peluquería en el cuarto piso y a veces cuidaba a Paula y Emilio.

Andoni torció el gesto. No le gustaba la mediación de su cuñado. Era un bruto, un hombre tosco que conseguía las cosas por medio de amenazas.

—¿No vas a decir nada? —le sonrió ella—. ¡Encima que te ayudo!

—Te agradezco la ayuda, cariño. Pero no tengo ganas de cenar fuera, me duele la cabeza.

—Pues vaya...

—Pero estoy contento. —La abrazó—. Me alegro de que el libro vea la luz.

—Vale —dijo ella con un mohín resignado.

El libro gustó, se vendió razonablemente bien y el nombre de Andoni Yarza circuló por el constreñido mundo cultural de esos años. En Lasarte se organizó una exposición con sus caricaturas, algo que le hizo mucha ilusión. Estuvo en la inauguración y le gustó ver que Julia, tan crítica con su afición a dibujar, se sentía orgullosa de él. Con los ingresos del libro, y con los primeros ahorros que iban juntando, le compró un Seiscientos a su mujer, pues él no sabía conducir.

Una tarde, Caco le dijo que cerraba el cineclub del Hogar Canario. A Andoni le dio mucha pena: aunque ya iban menos al cine, debido a los niños, en esa sala espartana había visto un montón de películas que lo habían fascinado.

—No pasa nada, compañero, hay muchos cineclubs en Madrid. Si quieres te pongo en contacto con alguno.

—Los conozco todos, Caco. Pero a mí me gustaba el tuyo.

—No conoces todos —dijo con una sonrisa pícara.

—¿Qué me estoy perdiendo?

—¿Quieres ver películas prohibidas por la censura? ¿De las que no llegan a España?

—Claro que quiero.

—Lo suponía. Vente mañana a los bajos del cine Victoria. En un reservado de la sala de baile hay tertulias los jueves.

Caco era un hombre orondo, bonachón, que acunaba las palabras en su acento canario. Pero había un toque de misterio en la propuesta que le hacía, un aire aventurero que no parecía encajar en su personalidad.

A la tertulia del Victoria acudieron seis personas, contando a Andoni y a Caco, al que saludaron con el nombre de Fritz.

—Me llaman así —explicó el canario—. Por Fritz Lang.

Le presentó a los tertulianos. Uno era Vladimir, junto a él había una joven que se hacía llamar Ilsa. Otro era Buster, otro Dreyer. Él se presentó como Andoni.

—¿Es tu nombre real?

—Sí.

—Nada de nombres reales, invéntate un seudónimo. Aquí nadie puede saber cómo se llama cada uno.

—Tampoco cuentes nada personal —añadió Caco—. Ni direcciones, ni si estás casado, ni si tienes hijos, ni nada.

—Joder, qué restricciones. ¿Y de qué hablo?

Vladimir lo miró como si estuviera loco.

—De cine —le contestó.

Y hablaron de cine durante dos horas. A Andoni se le pasó el tiempo volando. Eran cinéfilos de los pies a la cabeza, lo habían visto todo. Lo citaron a un pase de la última película de Pasolini, *El Evangelio según san Mateo,* la lectura marxista de la Biblia que había provocado un gran escándalo en Italia.

—Es una maravilla —dijo Vladimir—. Y tengo opciones de traerla aquí.

El lugar de la proyección no se lo dijo Caco hasta que llegó el día. Un local clandestino en la calle Andrés Mellado, que no estaba inscrito en el registro de cineclubs.

—¿Puedo ir con Anabel?

—Claro que sí. Pero con mucha discreción.

A Anabel le gustó la idea de ver esa película. Reaccionó como si se fuera a embarcar en una gran aventura. Pasolini era comunista y eso añadía un toque de transgresión al plan. Todo se estropeó por la tarde. Laurita, que se iba a quedar con los niños, les falló a última hora. Y encima Emilio se puso malo. Tenía mucha fiebre.

—Ve tú, cariño, que te apetece más que a mí.

—Ya iremos otro día. No pasa nada —dijo Andoni.

No le gustaba la idea de dejar a Anabel sola con el niño enfermo y con Paula reclamando atención. Era una niña muy activa y siempre había mostrado celos por su hermano. La cita en la sala de Andrés Mellado era a las once. A esa hora, la fiebre de Emilio había remitido y los dos niños estaban dormidos.

—Venga, vete a ver la peli, que igual llegas todavía —insistió Anabel —. Así mañana me la cuentas.

Andoni se dejó convencer. Cogió su cazadora de ante y paró un taxi en la calle Alcalá. No sabía cómo organizaban estos pases secretos, si tomaban algo primero, si charlaban de la película antes de proyectarla. Si era así, la podía pillar desde el principio.

Al llegar a la calle Andrés Mellado, vio las luces de un coche de policía y de un furgón. La puerta del número 22, la dirección que le habían dado, estaba cruzada por un precinto.

—No se pare —dijo Andoni al taxista—. Siga.

Pasaron junto al portal. Caco estaba esposado junto a la trasera del furgón. Un policía salió del portal con dos bobinas. Se las tendió a un hombre que arrojó el lote al suelo y empezó a pisotearlo con sus botas tachonadas. Andoni reconoció al hombre que parecía bailar sobre esos rollos de película, como si estuviera ejecutando un ritual: Carlos Tobalina, su cuñado, tenía un puro en la mano y parecía estar cantando para disfrutar más del momento.

7

Le contó a Anabel la redada de la que se había librado por los pelos, pero el baile terrorífico de Carlos se lo guardó para él. Y empezó a mirar a su mujer bajo una nueva luz, como si la culpara de tener ese hermano. Contemplaban la evolución de una sociedad que empezaba a divertirse y a salir de la oscuridad. Las universidades bullían de protestas, la calle gritaba libertad. Los grises aporreaban a los huelguistas, a los estudiantes, a los que se reunían para reclamar un mundo mejor. Se palpaba en el aire la muerte de Franco, el final de la dictadura parecía cerca. Pero nunca llegaba. Y el Régimen, en lugar de difuminarse en la inercia de los días, hacía lo imposible por fijar su impronta, exageraba las formas, dibujaba contornos con trazos gruesos.

Casi todos los cineclubs sufrieron redadas, la mayoría cerraron. De los favoritos de Andoni, quedaba el René Clair, en la calle Marqués de la Ensenada. Iba solo. A Anabel le desagradaba el clima político que se respiraba en esas tertulias, en las que cada vez se hablaba más de política y menos de cine. Tampoco le gustaban a Andoni, él solo quería hablar de las películas de Howard Hawks o de *Cantando bajo la lluvia.* Pero eran tiempos turbulentos y resultaba muy difícil aislar las tertulias del ruido exterior.

En el René Clair, en una sesión doble de Chaplin, se encontró una tarde con Caco. Había adelgazado, su mirada se había vuelto huidiza y desconfiada. Lo saludó en el descanso entre las dos películas. El canario sonrió con victimismo.

—No te acerques, no te vaya a contagiar.

—¿Por qué dices eso?

Caco le contó que ninguno de los tertulianos del Victoria lo saludaba, desde su detención se había convertido en un apestado.

—Tienen miedo de que los haya delatado, o de que me haya convertido en un soplón de la policía.

—Pregunté por ti en el Hogar Canario, nadie sabía nada de ti.

—No volví por allí. Cuando te detienen, vigilan a todo tu entorno. No quería joderle la vida a nadie.

En la redada de la calle Andrés Mellado solo había caído él. Vladimir escapó por una puerta trasera, los demás no habían llegado todavía. Lo interrogaron, querían nombres, datos. Por eso era tan importante funcionar con seudónimos y no saber nada de los demás.

—Pasé dos noches en los calabozos de la Puerta del Sol. Fue muy duro, ¿sabes? Pero te juro por Dios que no delaté a nadie. —Le apretó la muñeca con fuerza, como para transmitirle a Andoni su lealtad, su increíble resistencia.

—¿Qué te hicieron, Caco?

Los ojos del canario cobraron una intensidad de loco.

—Me pasaron por el barreño, por las corrientes eléctricas, me dieron varias palizas. Hasta que me soltaron.

—Es horrible, lo siento mucho.

—Vieron que a mí lo único que me gustaba era el cine. Y es la verdad. Lo único que hago todo el día es ver películas.

Daba la sensación de que había perdido el juicio desde aquellas noches de pesadilla.

—¿Y las tertulias? ¿Dónde las hacen ahora? Un día fui a los bajos del cine Victoria y ya no estaban.

—Ahora no sé por dónde andarán. Habrán encontrado otro sitio.

La conversación quedó interrumpida porque comenzaba *La quimera del oro.* Después del relato del canario, de las torturas que había padecido, era un bálsamo dejarse acariciar por el humor de Chaplin. Cuando acabó la película, Andoni buscó a Caco para despedirse de él, pero ya se había ido.

Volvió a casa arrastrando una migraña de las terribles. Anabel le puso compresas de agua fría en la frente y trató de mantener la casa en silencio, lo que no siempre era fácil. Paula y Emilio se peleaban con frecuencia y ella ponía paz a gritos, o quitándose la zapatilla para amenazarlos con unos azotes. A veces se los daba. De noche, con la casa en calma, se abrazaba a su marido y le acariciaba el pelo como si así pudiera deshacer las migrañas para siempre. Volvían con frecuencia y lo mortificaban. A veces dejaba caer el lápiz sobre el papel porque no se veía capaz de seguir dibujando.

Un profesor de la Escuela de Artes Gráficas le ofreció dar una charla magistral a sus alumnos sobre la técnica del grabado. Andoni aceptó. La clase fue bien, se le quedaron cortas las tres horas. Al salir se topó con una manifestación de estudiantes en plena algarada con la policía. En medio de las carreras, los gritos, los empujones y la confusión, vio a una joven filmando imágenes con un pequeño tomavistas. La reconoció al primer vistazo. Era una de las participantes en las tertulias del Victoria, se hacía llamar Ilsa, como Ingrid Bergman en *Casablanca.* En una de las cargas, terminó en el suelo. Aunque se arriesgaba a recibir un porrazo, Andoni se abrió paso entre la muchedumbre para recoger su cámara, que estaba recibiendo puntapiés de unos y otros. Después le tendió la mano y la arrastró fuera de la barahúnda.

—Gracias, a ver la cámara. —La cogió, examinó sus daños, comprobó las imágenes que había grabado—. Menos mal, me quedo sin esto y me muero. Es una Super-8, es muy buena. —Hablaba con acento andaluz.

—¿No me reconoces? —le preguntó Andoni.

Ella arrugó la nariz mientras estudiaba su rostro.

—Sí, tú eres el que no se puso un nombre de guerra. ¿Por qué has dejado de venir a las tertulias?

—Fui a los bajos del Victoria, pero ya no estabais.

—No, claro, ¿sabes que detuvieron al gordo? Nos tuvimos que cambiar de sitio.

—¿Dónde estáis ahora?

Ella pareció dudar un instante. Pero se retiró la melena cobriza de la cara y se acercó a su oreja.

—Calle Irún, en una bodega chiquita. Gracias por rescatar esto, es mi vida —dijo señalando su cámara.

Luego se fue a paso vivo hacia la multitud y se puso a grabar los disturbios.

Aunque no le había dicho qué día se reunían, Andoni supuso que seguirían haciéndolo los jueves. No le costó nada encontrar la bodega en la calle Irún, que era muy corta, discreta, a los pies del parque del Oeste. El bodeguero, un hombre enjuto que masticaba un mondadientes, le señaló el fondo del bar con la cabeza. Allí, bajo una nube de humo, diez personas discutían acaloradamente sobre la última película de Éric Rohmer, *Mi noche con Maud.* La habían visto en un cineclub, pues la censura consideraba subversivas las conversaciones de un intelectual católico con una librepensadora, que formaban el eje de la historia. Aun así, la habían aceptado para

el circuito restringido de los ratones de cineteca. Ilsa lo reconoció a través de la humareda y salió a recibirlo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó para ponerlo a prueba.

—Monsieur Hulot —contestó Andoni muy serio.

—Jacques Tati —sonrió ella, que mencionó al famoso director y actor para demostrar que sabía de dónde venía el personaje—. Un nombre perfecto.

Ilsa hizo las presentaciones. A Vladimir, a Buster y a Dreyer ya los conocía. Los otros fueron soltando sus apodos, todos relacionados con el mundo del cine, y enseguida retomaron la tertulia. Andoni no había visto la película, pero le gustó que estuvieran hablando de Rohmer. Y como su seudónimo gustó mucho a todo el mundo, se pusieron también a hablar de Tati y de su inolvidable personaje, ese hombre inadaptado que solo se siente bien entre locos y niños. Muchas veces él se sentía también así, le entraban ataques de misantropía y necesitaba aislarse del narcisismo de los adultos, de la arrogancia y la hipocresía que lo contaminaban todo.

Andoni pensó que Anabel se estaba perdiendo buenas sesiones de cine y de conversación. La política no aparecía en la trastienda de esa bodega. Se sentía cómodo. Una tarde llevó su libro de cine para enseñárselo a sus compañeros. Ilsa le dijo que era un paso imprudente, pues en la cubierta figuraba su nombre real. Se fueron pasando el libro y esa tarde hablaron de las grandes películas de la historia del cine que él había dibujado. De *Lo que el viento se llevó*, de *Los pájaros*, de *El tercer hombre*, de *Cantando bajo la lluvia*, que era su cartel favorito.

—Muy bien editado —dijo Vladimir.

Y entonces todo cambió. Se alzó un murmullo en la sala, un batiburrillo de bromas que Andoni no conseguía descifrar.

—Aprende —le dijo Dreyer dándole un codazo.

—Aprende tú, no te jode.

Se pusieron a discutir. Ilsa ilustró a Andoni sobre la disputa. A Dreyer le parecía que la propaganda comunista que repartían era muy cutre. Pegatinas hechas a mano o con imprentilla de goma. Buster defendía a Vladimir, no tenían medios para hacerlo de otra forma. Uno al que llamaban Donald dijo que se podía hacer mejor, con tipografía.

—Para eso hace falta una imprenta —dijo Vladimir.

—Evidentemente —contestó Donald.

—¿La montas tú?

—Yo no tengo cómo montarla.

Jezabel, una mujer sesentona que fumaba en cadena y tenía voz de cazallera, dijo que había que dar un paso al frente, que no podían seguir funcionando como una pandilla de gamberros.

—Ya hemos hablado de esto mil veces —dijo Ilsa—. Y siempre llegamos a la misma conclusión. Es muy difícil montar una imprenta.

—No es difícil.

Todos se giraron hacia Monsieur Hulot, el que había hablado, porque Andoni no tenía la impresión de haber pronunciado esa frase. Su *alter ego* había cobrado vida propia.

—Yo he estudiado Tipografía, está claro que un buen texto hay que componerlo con tipos móviles de imprenta.

—¿Tú lo harías? —lo interpeló Vladimir.

—Yo os puedo enseñar a hacerlo.

Dreyer y Buster intercambiaron una mirada de aprobación.

—¿Os imagináis imprimir *Vanguardia Obrera*? —preguntó Ilsa.

—Monsieur Hulot. —La voz rasposa de Jezabel se elevó desde el fondo de la sala—. Usted ha estudiado Tipografía y acude a estas reuniones. ¿Por qué no se deja de gilipolleces y monta una imprenta casera para que podamos hacer la propaganda en condiciones adultas, y no de parvulitos?

—Tiene razón —confirmó Vladimir—. La tienes que hacer tú, Monsieur Hulot. —Le sirvió un vaso de *whisky* y se lo tendió para sellar el pacto.

Andoni notó la primera punzada de una nueva migraña. Vació el vaso de un trago.

—Gracias, amigo. Pero no quiero líos...

Notó la mirada de decepción de Ilsa. Comprendió que sobraba en esa bodega, que ya nadie quería cuentas con él, así que cogió su libro de las manos de Donald, que lo estaba hojeando. Se mascaba un silencio tenso.

—¿Donald por Donald O'Connor? —le preguntó Andoni. Se refería al actor de *Cantando bajo la lluvia*, que bailaba claqué como nadie.

—Donald por el Pato Donald —contestó él.

Andoni salió de la bodega sin saber si la respuesta iba en serio o era una forma de mandarlo a la mierda por no colaborar con ellos. Cuando llegó a su casa, la migraña estaba en todo lo alto. No quiso cenar, se acostó tras saludar a Anabel y darles un beso a sus hijos.

Ese fin de semana lo pasó con Anabel y los niños. Le gustaba sentarse en la alfombra con ellos, hacer rompecabezas, jugar a

cualquier cosa. Como cada domingo, llamó a su madre para charlar un rato con ella.

—Han detenido a Josean —le dijo Julia.

Andoni sintió un sudor frío que le atravesaba el cuerpo.

—¿Otra vez? ¿Qué ha pasado?

—No sé, dicen que anda con ETA. Han cogido a muchos, hasta a dos sacerdotes.

Los periódicos se hicieron eco de la noticia con notas triunfales. La policía franquista había desarticulado a la cúpula de ETA. Los acusaban de haber matado al jefe de la Brigada Político-Social, Melitón Manzanas, además de a un guardiacivil y un taxista. Los dieciséis detenidos se enfrentaban a un consejo de guerra que se iba a celebrar en Burgos. En las Navidades del 70 no se hablaba de otra cosa en Lasarte. Andoni, Anabel y los niños pasaron allí la Nochebuena con Julia y Socorro. El día 28 de diciembre se dio a conocer la sentencia. Seis penas de muerte y quinientos diecinueve años de cárcel para el resto, con la excepción de una de las procesadas, que fue absuelta. Josean era uno de los condenados a muerte.

Nubarrones negros presagiaban lluvia y un aire frío recorría el valle de lado a lado. Al salir a pasear por el pueblo, Andoni notó un silencio preñado de rabia. En Gure Etxea, donde tantas noches había alternado con Josean, ni siquiera había parroquianos jugando la partida de mus o de dominó. El taburete en el que siempre se emborrachaba el padre de su amigo parecía el mismo. Allí se encontró con un par de compañeros de su vieja cuadrilla. Lo miraron con los ojos húmedos, le dieron un abrazo y lo invitaron a un vino. «No podemos hacer nada», mascullaban. Esa era la sensación dominante, por encima del luto. La de estar atado de pies y manos. La obligación penosa de resignarse, de callar. Volvió a casa caminando bajo el aguacero, empapándose del sentir general de los

vecinos, de su lamento y su desamparo. Pero llevaba mucho tiempo fuera y dudó de si podía hacer suyos esos sentimientos.

La presión internacional para que Franco conmutara las penas de muerte por otras de reclusión fue tremenda. Richard Nixon pidió clemencia, el papa Pablo VI también. Las manifestaciones de protesta recorrían España y el extranjero. El día 30 de diciembre, Franco, poco dado a rectificar sus decisiones, dio su brazo a torcer. Andoni respiró con alivio. Su amigo esquivaba la pena de muerte, pero le caían treinta años de cárcel, el máximo tiempo de reclusión permitido. La imagen del Régimen quedó muy manchada por el proceso de Burgos, pero el dictador, consumido por la ancianidad, resistía.

Después de las Navidades, Andoni volvió a las tertulias de la bodega de la calle Irún. Nadie parecía guardarle rencor por su espantada. Esa tarde hablaron de *El gato con botas*, un cortometraje de Walt Disney de los años veinte. Era gracioso ver a esos revolucionarios barbudos discutiendo de dibujos animados. A Andoni le habría gustado trabajar en esos estudios dibujando películas que sacaban fácilmente al niño que había en él. Cuando la discusión agonizaba, dijo que había estado pensando varios meses en el tema de la imprenta y que había tomado una decisión.

Lo iba a hacer.

8

Tardaba ocho horas en componer y ajustar una página de *Vanguardia Obrera.* La imprenta funcionaba bien, pero resultaba muy laborioso sacar adelante el periódico, y además le encargaban también la impresión de carteles y de algún libro. La había montado en un chalet de San Agustín del Guadalix, un pueblo situado al norte de Madrid. El propietario era un viejo comunista que vestía pantalones holgados y camisetas de tirantes, incluso en invierno, que dejaban al aire sus pellejos. Fumaba Celtas cortos, bebía sol y sombra y se pasaba el día mascullando insultos a un perro cojo que había recogido de una perrera en Alcobendas. Su nombre de guerra era Tximi.

Lo ayudaba con la imprenta, le hacía compañía y de vez en cuando, en un descanso, le servía una copa y repasaba con él la actualidad política, las protestas callejeras, las huelgas cada vez más frecuentes. Era un comunista de la vieja escuela, ya setentón. Contaba batallitas de su paso por la cárcel y se rascaba constantemente una cicatriz que lucía en el costado, una herida causada por un mortero. Carraspeaba incluso en medio de una frase que, embarrada y todo, terminaba saliendo de su boca. A Andoni le parecía un tipo peculiar, que amaba y odiaba a su perro y amaba y odiaba la vida.

Andoni había dejado ya de trabajar en los Estudios Moro, pero tenía otro proyecto entre manos: dibujar cien grabados en blanco y negro para el poemario *Cien sonetos de amor*, de Pablo Neruda. El libro estaba prohibido en España, pues Neruda era comunista, pero un editor le había encargado el proyecto porque a Franco le quedaba poco y confiaba en que tras su muerte se podría publicar. Andoni adoraba los versos del poeta chileno y ponía en su trabajo tanto entusiasmo como años atrás en el libro de cine. Pero la imprenta le absorbía mucho tiempo. Dedicaba a los grabados las horas

nocturnas, los fines de semana, los ratos perdidos. Fue un año duro, de dormir poco y trabajar mucho, de desatender a la familia. Le costaba justificar sus ausencias ante Anabel. Ella le preguntaba dónde andaba todo el día, si no tenía oficina. Él le explicó que un amigo le prestaba un estudio para dibujar. Eso cuando no contestaba con evasivas. Pero un día ella se plantó.

—¿Dónde está ese estudio?

—Por el centro.

—¿En qué calle?

—En la plaza del Conde de Barajas.

Al cabo de unos días, ella le dijo que había paseado por esa plaza, que allí no había ningún estudio de dibujo.

—¿Has preguntado en cada portal? Está en un tercer piso, Anabel.

Ella se quedó callada, con los brazos en jarras.

—Ven aquí, mi amor —dijo él. Le hizo un hueco a su lado en el sofá —. Estoy trabajando mucho, por eso paso menos tiempo en casa. Aquí, con los niños, no me puedo concentrar. ¿Te enseño lo que llevo? —Sacó su carpeta y le mostró los grabados de los poemas de Neruda.

—¿No son en color?

—Me los han encargado en blanco y negro. Pero tienen fuerza, a mí me gusta lo que estoy haciendo.

—Son preciosos.

—Cuando acabe este proyecto tendré más tiempo para vosotros. Si quieres, nos hacemos un viaje los cuatro. ¿Te apetece ir a Canarias?

—Claro que me apetece. —Le dio un beso, apoyó la cabeza en su hombro y se acurrucó en sus brazos.

Permanecieron así hasta que Paula y Emilio, que estaban jugando en su habitación, rompieron el momento con un alarido de uno y un llanto de la otra. Sus peleas siempre arrancaban a lo grande. Anabel se desesperó.

—Yo me levanto —dijo Andoni, y se fue a poner paz.

Ese verano se fueron a Lanzarote y los dos consiguieron descansar un poco de su rutina, por lo menos mentalmente. Las vacaciones con niños no dejan de ser agotadoras, ninguno de los dos se engañaba al respecto. Pero Andoni notó que su relación con Anabel salía fortalecida después de esa semana de playa.

A la vuelta, se le había acumulado el trabajo en la imprenta. Lo más urgente era imprimir octavillas sobre el VIII Congreso del PCE, que se había celebrado ese mes de agosto en París. Santiago Carrillo se había mostrado favorable al ingreso de España en la Comunidad Económica Europea. El discurso había causado sorpresa en los mentideros comunistas. Tximi estaba sublevado.

—¿Qué cojones le pasa a este hombre? ¿Entrar en el Mercado Común? ¡Venga ya! Eso es una organización de monopolios que solo quieren explotar a los trabajadores. ¡Más de lo que ya están!

Andoni afirmaba con la cabeza, pero no por lo que el viejo pensaba. Él mismo se sentía explotado, y no precisamente por los monopolios; por los mismos comunistas que deploraban la esclavitud laboral. Antes de imprimir las octavillas, había leído el discurso de Carrillo. Sostenía que a la muerte de Franco regresaría a España la democracia. Que el Partido Comunista no tardaría en ser legalizado. Y que para pintar algo en el mundo, era imprescindible que el país dejara de estar al margen de la política internacional. Una opinión defendible. Pero ya había visto en las tertulias supuestamente

cinéfilas que dentro del comunismo habitaban sensibilidades de todo tipo.

Cuando llegó a casa, Anabel lo sorprendió con un plan inesperado. El sábado habían quedado a cenar con su hermano Carlos y su mujer para celebrar que lo habían ascendido a jefe de la Brigada Político-Social en Madrid. No le apetecía nada compartir mesa y mantel con ese hombre, y menos por un motivo así. Esgrimió la débil excusa de que ponían en la Filmoteca *Mi tío*, su película favorita de Tati. Ella consultó la cartelera.

—La ponen a las seis, te da tiempo a llegar. Hemos quedado aquí a las ocho y media para tomar una copa. Después nos vamos al restaurante.

—Vale —aceptó sin el menor entusiasmo.

—No pongas pegas, que invita él. Para una vez que se retrata, no la vamos a desaprovechar.

Anabel se quejaba de las visitas inesperadas que les hacía Carlos. Se tomaba una copa y se quedaba a cenar como si no tuviera a su mujer esperándolo en casa. Intuía que las cosas no marchaban bien en su matrimonio, pero su hermano nunca hablaba de temas personales. Y la única persona con la que podía desahogarse era ella. Su querida hermana, como la llamaba. Con Piluca no mantenía buena relación.

Andoni se levantó el sábado con el estómago revuelto. Pasó la mañana con sus hijos en el parque. Se echó una cabezada en el sofá para aplacar un principio de migraña. Por la tarde se fue al cine. Allí Ilsa lo saludó con una sonrisa.

—Sabía que me iba a encontrar contigo en esta película.

—No era muy difícil.

La vieron juntos. En la penumbra de la sala, Andoni notaba que ella lo miraba de vez en cuando, como si quisiera registrar los momentos exactos en los que se reía. Le ponía nervioso ese escrutinio, pero consiguió disfrutar de la historia y, por primera vez en todo el día, se sintió relajado. Ella propuso tomar algo. Él aceptó. No disponía de mucho tiempo, pero un instinto de rebeldía le insinuaba que había que llegar un poco tarde a casa.

—¿Sabes que me han seleccionado el documental para un festival de cine en Toulouse? —dijo Ilsa.

—¿En serio? ¡Pero es un notición! ¿Es el que estabas grabando aquel día con la Super-8?

—Sí, ese. Salvaste mi tomavistas del desastre, así que eres parte importante de todo esto.

Se habían sentado en una terraza de Manuel Becerra, hacía calor esa tarde y, cuando Ilsa levantó su cerveza para brindar, él vio que sudaba, seguramente por los nervios.

—¿De qué trata el documental? ¿Imágenes de disturbios policiales?

—¿Crees que me habrían seleccionado solo con porrazos?

—No sé, aquel día estabas grabando eso.

—Es un documental sobre la soledad del individuo en la sociedad de masas. Se llama *Alienados.* Llevo tres años grabando imágenes de todo tipo.

—Enhorabuena, Ilsa. Tiene muy buena pinta. Qué ganas de verlo.

—Ojalá lo veas. ¿Tú en qué andas?

Él le contó que ya había terminado los cien grabados para el libro de Neruda.

—¡Pero eso es fantástico! Neruda es muy grande y tú también. Qué buena pareja vais a hacer.

—Primero se tiene que morir Franco.

—Al viejo carcamal le queda poco.

—Llevamos diciendo eso cinco años.

—No puede ser inmortal, tío. Se tiene que morir.

Entonces se acercó un tipo con gafas de sol que les estaba señalando. A Andoni le costó reconocer a Vladimir.

—No me lo creo. ¡Monsieur Hulot! Pero ¿qué hacéis aquí?

Se sentó a tomar una cerveza con ellos. Intercambiaron frases banales. A Andoni le admiró que no le preguntaran por la imprenta clandestina. Quedaba claro que eran profesionales, no se arriesgaban a que alguien en una mesa cercana pudiera pegar la oreja.

—Te habrás enterado, claro —soltó Vladimir clavando los ojos en Andoni.

—¿De qué?

—Carlos Tobalina es el nuevo jefe de la BPS. —Lo dijo así, con las iniciales.

—Se veía venir, ¿no? Lo habían ascendido hace poco. Una carrera meteórica.

—Meteórica, sí —dijo él mojándose los labios de espuma—. ¿Qué te parece?

—A mí, nada. ¿Qué me va a parecer?

—No sé, algo te parecerá. Es tu cuñado.

Andoni miró un instante a Ilsa, que se mostraba tensa. Tenía razón cuando le dijo que era peligroso llevar el libro de cine a la tertulia. Su nombre real en la cubierta. Así que habían rastreado su nombre y sabían quién era su mujer. Anabel Tobalina. Un apellido demasiado sonoro para un comunista en la clandestinidad.

—¿Qué más da eso? Me da igual ese tío, no es mi amigo.

—Es un monstruo, Hulot. El policía más sádico que te puedas imaginar. Sus torturas superan con creces a las que hacían los muchos hijos de puta que lo han precedido en el cargo.

—Fue el que entró en Andrés Mellado. Destruyó los rollos de Pasolini. Los pisoteó y los quemó en medio de la calle. Hizo una hoguera con ellos —contó Ilsa.

—¿Sabes lo que le hizo a Caco? Le arrancó los testículos con unas tenazas. Primero uno, y como no hablaba, luego el otro.

—Me miráis como si yo tuviera la culpa de eso.

—Al contrario, Hulot, tú no tienes la culpa. Tú eres una bendición para nosotros.

—¿Por qué?

—Porque es tu cuñado.

—No pienso hacer nada con mi cuñado. Ya os ayudo bastante.

—Chsss —le chistó Vladimir—. De eso no se habla.

—No tienes que hacer nada —dijo Ilsa—. Solo abrir bien los oídos. Igual te enteras de algún operativo que estén preparando. De alguna redada.

Andoni comprendió que el encuentro con Ilsa no había sido casual. Todo era una pantomima, sus sonrisas en la oscuridad de la sala, la propuesta de tomar algo, el encuentro con Vladimir. Le habían preparado una encerrona.

Consultó su reloj. Eran casi las nueve, llegaba tarde.

—Me tengo que ir.

Se alejó calle abajo después de una despedida más bien fría. De nuevo tenía mal cuerpo. Y todavía le tocaba soportar las bravuconadas de su cuñado. El sádico. El monstruo.

Lo primero que oyó al entrar en casa fue una carcajada de Carlos. Seguramente se estaba riendo de un chiste que había contado él mismo. Anabel lo recibió con un mohín de reproche, iban a llegar tarde al restaurante por su culpa. Marisol, la mujer de Carlos, ocupaba un extremo del sofá, como si le diera vergüenza invadir más espacio. O como si supiera que a su marido había que dejarle anchura para sus gestos ampulosos. Andoni saludó a Laurita, que se quedaba con los niños. Su hijo Emilio estaba sentado en las piernas de Carlos Tobalina, que le hacía cosquillas en el sobaco, debajo del cuello, en la cintura. El niño se reía con ganas, y ni siquiera dejó de hacerlo al ver la seriedad con que su padre miraba la escena.

9

Se sentía incómodo. Paseaba por la calle con vergüenza, como si todo el mundo lo señalara por ser el cuñado de Carlos Tobalina. En el chalé de San Agustín del Guadalix, Tximi se puso a hablar del terrible Tobalina, de las torturas que infligía en la Puerta del Sol, y Andoni lo miraba con recelo, pero no parecía conocer su parentesco. No sabía nada de él, de su vida familiar, así debía ser o así le decían que era. ¿Lo estaba provocando o soltaba pestes del jefe de la policía porque su nombramiento estaba de actualidad?

—Se está creando una oposición de izquierdas al Partido Comunista —dijo Andoni por cambiar de tema—. ¿Has oído algo de eso?

Había dado otra clase magistral en la Escuela y en los corrillos se comentaba ese rumor: era imperioso combatir la derechización del PCE y sus ansias de europeísmo.

—No he oído nada, pero me parece muy bien. Hay que dar la batalla. —Y volvió a la carga con Tobalina—: Me han dicho que el FRAP quiere matarlo.

Andoni se quedó callado. De pronto le parecía absurdo estar imprimiendo propaganda comunista. Él era un hombre sencillo, un ilustrador y un cómico, su activismo era el sentido del humor. Le gustaba verse como una persona que alegra la vida de la gente en tiempos grises. Esa era su contribución a la sociedad. Le parecía suficiente. Y, sin embargo, ahí estaba, con los dedos manchados de tinta, entre matrices, buriles y ácidos. Embarcado en una aventura en contra de su naturaleza y que, además, se podía considerar desleal a la memoria de su padre. Lo habían matado los anarquistas en la guerra. Eso era todo lo que le había contado su madre. Él quiso saber más, pero siempre que la abordaba, ella se refugiaba en el silencio. «Hay cosas que es mejor no remover», era todo lo que

decía. Pero fueron los anarquistas, eso sí se lo contó. Así que él estaba arrimando el hombro a la causa que defendían los asesinos de su padre. Sintió una corriente oscura dentro de él. Detestaba la falta de libertad, por supuesto, y también la pelotita roja que le pasaban en el recreo, las torturas, el consejo de guerra arbitrario que sufrió su amigo Josean; odiaba que el libro de Neruda, tan hermoso, estuviera prohibido en España. El sentido del humor era muy saludable, pero no sofocaba algunos tormentos del alma.

—¿Tú conoces a Ilsa y a Vladimir? —preguntó Andoni.

—Solo de oídas.

—Ellos me dijeron que viniera aquí para montar la imprenta. Pensé que los conocías. —Andoni seguía con su paranoia. Estaba seguro de que todo el mundo sabía quién era.

—Mi único contacto es Pedrito. Ese es su nombre de guerra. Un tipo de total confianza. Él me pidió que cediera mi casa para montar este tinglado y me dijo que ibas a venir tú. Ya está. No quiero conocer a nadie más.

—Me conoces a mí.

—*Oui,* Monsieur Hulot, pero no sé quién eres. Me jode ver tu alianza, ni siquiera necesito saber que estás casado.

—¿Y si Pedrito te delata?

—Estoy jodido. Y si me delatas tú, también estoy jodido. Pero qué le vamos a hacer, al final tienes que confiar en alguien.

Así de frágil era la situación. Había que confiar en gente a la que no conocías de nada. Que podía derrumbarse al primer tortazo en un interrogatorio y dar tu nombre, o tu descripción, o cualquier dato que tuviera a mano. Una alianza en el dedo, por ejemplo.

Cuando salió del chalé había atardecido. Los días se iban haciendo más cortos. Incluso en la oscuridad se distinguían densos bloques de nubes negras. Esa noche no pegó ojo. Anabel, como siempre que él se removía en la cama luchando contra el insomnio, se le arrimó. Creía en las propiedades mágicas de su abrazo para convocar el sueño. No funcionaba, pero a él le gustaba sentir su calor.

Al día siguiente salió a dar un paseo bajo la lluvia. Le gustaba caminar con el paraguas, el olor a tierra mojada le recordaba a Lasarte. Todas las paranoias que luchaba por enterrar en lo más profundo de su ser emergieron de golpe al ver a Ilsa cruzando la calle, sin capucha, empapándose. La llamó. Ella se giró, corrió a su encuentro y se refugió bajo el paraguas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—Pasear.

—¿Con este tiempo?

—Me encanta. ¿Y tú?

—Vengo de hablar con mi productor. Tengo noticias que te interesan. Te invito a un café.

Se metieron en un bar y ella meneó la cabeza para sacudirse el agua, como los perros. Andoni pidió un café con leche, ella un chocolate caliente. Él la miraba con una sombra de duda, de nuevo preguntándose si el encuentro era casual o un nuevo hito en la vigilancia a la que Vladimir y ella lo sometían.

—Últimamente nos encontramos mucho. Qué casualidad —dijo él con intención.

—Lo del otro día no fue casual, lo confieso. Fue un error, no mezclemos lo personal con el trabajo.

—¿Y el encuentro de hoy?

—Pura casualidad. Te lo juro. Mi productor tiene la oficina al lado de la plaza de toros. ¿Te cuento las novedades?

Andoni se conformó con su explicación, aunque la inquietud seguía palpitando. Con un gesto, la animó a continuar.

—Mi productor conoce al editor que publica a Neruda en Francia. Dice que igual le interesa sacar una edición con tus ilustraciones.

—Un momento, no entiendo nada. ¿Por qué le has hablado de mi proyecto?

—Ay, no sé, porque me encanta. Se lo he contado y le ha parecido que ese libro hay que publicarlo. Te tienes que venir a Toulouse, el editor va también al festival. Así lo conoces.

—Pero si no ha visto mis grabados.

—Pero yo le he dicho que son buenísimos. Y confía en mí.

El editor español no le había pagado nada por los grabados, estaba esperando a que la dictadura se terminara por fin. Pero no se terminaba. Boqueaba, boqueaba y seguía boqueando. Andoni le había pedido un anticipo para ir tirando. «Las cosas están mal ahora, ten paciencia», le dijo. Las excusas de siempre. Ya no confiaba en él.

—Este editor ha publicado a Juan Ramón Jiménez —siguió Ilsa cada vez más emocionada—. Tiene un *Platero y yo* con ilustraciones, dice que tu libro encajaría muy bien en su catálogo.

—¿Por qué me ayudas, Ilsa?

—Porque eres como yo, un creador en un país de mierda. Tenemos que ayudarnos. ¡Vente, no seas tonto!

—¿Cuándo es ese festival?

—Dentro de dos semanas. A principios de octubre.

Andoni tomó aire, abrumado por la invitación. Se quedó mirando la lluvia al otro lado del cristal. Y de pronto, bajo un paraguas morado, reconoció a dos figuras familiares. Anabel y su hija Paula caminaban sorteando los charcos. Se levantó y salió corriendo a la puerta del bar.

—¡Anabel!

Ella se giró. Paula lo saludó con la mano y con mala cara.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Tú no tenías que estar en el cole?

—Me han llamado, se ha puesto mala, tiene fiebre —explicó Anabel.

—Tengo treinta y ocho y medio —precisó la niña.

—A ver... —Andoni le puso la mano en la frente. La tenía caliente.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó Anabel.

—Estoy con una amiga.

—¿Con quién?

—Una de las tertulias de cine. Hace documentales. Le han seleccionado uno para el Festival de Toulouse.

—¿Me la presentas?

—Si quieres...

—Mamá, vámonos —imploró Paula—. Es que tengo frío.

—Bueno, da igual, nos vemos en casa —dijo Anabel esbozando una sonrisa nerviosa. Pero retrocedió unos pasos para escrutar el rostro

de esa directora de documentales. «Joven, mona», pensó. Alarma roja.

—Subo enseguida —dijo Andoni, pero ella ya tiraba de la mano de Paula y no oyó la frase.

Cuando volvió a su mesa, lo esperaba una taza de café con leche.

—Se te va a enfriar —le dijo Ilsa.

—Mi mujer y mi hija, tenía que saludarlas.

—Nada de datos personales, Hulot. No lo olvides.

—Es verdad, solo profesionales. —Miró a un lado y al otro del bar, se inclinó hacia ella y habló en voz baja—: Tenemos una entrega lista. En Salitre.

—Dime que vendrás a Toulouse.

Andoni bebió un trago de su café.

—Me tengo que ir.

La dejó allí, con el pelo empapado y los labios teñidos de chocolate.

Anabel lo ametralló a preguntas esa misma tarde. Quería saberlo todo sobre esa mujer con la que su marido quedaba a tomar café. Andoni insistió en que se la había encontrado por casualidad, pero ella no se lo creía. Le preguntó cómo se llamaba y él advirtió de pronto que no lo sabía y que era ridículo contestar eso, aunque fuera la pura verdad.

—Luisa —mintió.

Anabel asintió, furiosa, como si el nombre de pila constituyera un agravio imperdonable. Él comprendió que no era el momento de hablarle de Toulouse, de la vaga posibilidad de encontrar un editor francés para su proyecto de Neruda. Esa noche ella durmió en el cuarto de los niños, con la excusa de que la niña estaba mala. Andoni se dio cuenta de que solo quería marcar su disgusto.

Al día siguiente se mantuvo fría con él.

Por la noche recibieron una visita inesperada de Carlos. Venía fuera de sí, había discutido con su mujer. No era la primera vez que su cuñado irrumpía en su casa medio borracho, nervioso, con los nudillos enrojecidos.

Anabel le sirvió un *whisky* y charlaron un rato en presencia de Andoni, hasta que ella le pidió que los dejara a solas. Andoni se refugió en su cuarto y ellos subieron a la azotea para tener más intimidad. Las sillas estaban todavía un poco húmedas por las lluvias recientes. Ella cogió una toalla, pero cuando quiso secar la silla de Carlos, él ya se había sentado.

—No la soporto, Anabel. No puedo con ella.

—¿Qué ha pasado?

—Yo qué sé, se enfada por todo. Discutimos a gritos, es un espanto. No se puede vivir así.

Ella se fijó en las rojeces de los nudillos.

—¿Se te va la mano con ella?

—Jamás le he puesto la mano encima, Anabel. Te lo juro.

—Esto viene de lejos, Carlos. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Ir tirando.

—Las cosas pueden mejorar, míralo así.

—Es una histérica. No van a mejorar.

Ella tomó aire.

—Yo también estoy mal.

—¿Qué te pasa?

—Creo que Andoni me es infiel.

—No me jodas. ¿Por qué lo crees?

—Está siempre fuera, no me cuenta nada. Y hoy lo he visto con una mujer en un bar.

—¿Qué hacían? ¿Estaban acaramelados? ¿O solo se estaban tomando una cerveza? Porque puede ser una amiga, Anabel. No te vuelvas loca tú también.

—No lo sé, Carlos, pero tengo un pálpito. ¿Tú podrías mandar a alguien que lo siga durante un tiempo?

—No, hermana, eso no me lo pidas.

—Necesito saber si tiene una amante.

—Es mejor mirar para otro lado, hazme caso. Siempre y cuando se porte bien contigo. ¿Es así?

—Sí, sí, se porta bien. Aunque últimamente está menos cariñoso.

—Eso es normal. No te preocupes.

—Yo no aguanto esta incertidumbre. Me voy a volver loca. No sé si ir al psiquiatra...

—¿Para qué vas a ir al psiquiatra?

—Para que me recete unas pastillas, no puedo con esta ansiedad.

—Son celos. No necesitas a un psiquiatra.

Ella suspiró. Él dio un trago al *whisky* y los hielos tintinearon en el vaso.

—Ayúdame con esto, por favor.

Lo agarró de las manos. Él no las retiró. Dos lágrimas resbalaban por las mejillas de Anabel.

—Vale, hermana. Le pediré a uno de mis secretas que lo siga de vez en cuando.

10

—No debería estar contigo —le dijo Ilsa.

Andoni atribuyó su tensión a los nervios por el estreno de su película en el festival.

—Yo tampoco.

Ella no le pidió explicaciones y él se ahorró el relato de la discusión que había tenido con Anabel. Cuando le contó que se iba a Toulouse para reunirse con un editor francés interesado en sus grabados, ella no pensó en el horizonte profesional que se le abría a su marido. Tampoco le pareció que la suerte por fin acudía en su ayuda, después de unos años duros, y que por fin podía hacer realidad su sueño: publicar el poemario de Neruda que había dibujado con mucho esfuerzo y que no le había reportado ni una peseta. No se alegró por él ni le dio por imaginar la proyección internacional de su prestigio como ilustrador. En su cabeza solo danzaba un pensamiento: Andoni quería retozar un fin de semana con su amante.

La conversación se llenó de reproches, de malentendidos atizados por la desconfianza. Ambos elevaron la voz. Andoni se terminó marchando de casa para alejarse del conflicto. Necesitaba dar un paseo y poner sus ideas en orden. No iba a dudar de la conveniencia del viaje. Tenía que propiciar esa reunión, luchar por un buen contrato. Su carrera no terminaba de despegar, era el momento de darle un empujón.

Esa mañana, antes de salir hacia el aeropuerto, se acercó a Anabel, que estaba cosiendo unas rodilleras en el pantalón de Paula, y le dijo que ya se iba. Ella no levantó la mirada de su tarea. Intentó darle un

beso en la mejilla y ella apartó la cara. Le dijo adiós y no recibió respuesta.

Ilsa rumiaba sus propias preocupaciones. Había llegado a Toulouse dos días antes que él, había tenido un encuentro con la prensa especializada. La noche anterior su productor había organizado una fiesta para celebrar que la película participara en el festival. Todo iba bien, por la tarde se proyectaba el documental y ella ardía de impaciencia por comprobar la acogida del público y de la crítica. No contaba con recibir una llamada de Dreyer, que el recepcionista le pasó a la habitación.

—Han detenido a Vladimir en una reunión del FRAP —dijo, y colgó.

No hacía falta más para entender que se había encendido la luz roja. Ahora se imponía extremar las precauciones. Lo primero, esconderse durante un tiempo. Los encuentros personales pasaban a ser muy peligrosos. Andoni, que todavía no había subido su equipaje a la habitación, se vio arrastrado por Ilsa hasta la suya. Necesitaba transmitirle las novedades.

—¿Cómo lo han detenido?

Ella le tuvo que explicar lo que era el FRAP, el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota, una organización auspiciada por el Partido Comunista. Su intención era acabar con la dictadura e instaurar una república marxista-leninista.

—¿No es lo que busca cualquier comunista clandestino?

—Sí, pero hay una pequeña diferencia. El FRAP aboga por la violencia.

—Entonces es un grupo terrorista.

—Insurreccional, que suena mejor —matizó Ilsa.

—Eso es un eufemismo. No sabía que Vladimir era tan bestia.

—Ni yo. Sabía que se estaban montando reuniones para definir las líneas de actuación. Pero no tenía ni idea de que él participaba.

—¿Tú no has ido a ninguna?

—Yo no.

Andoni resopló. Se puso a dar paseítos por la habitación, dejando que el terremoto se asentara dentro de él. Al otro lado de las cortinas se divisaba la catedral, con las paredes oscurecidas por la exhalación de los siglos.

—Es buena noticia que lo hayan detenido en esa reunión. Significa que no lo ha delatado nadie de las tertulias.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Andoni.

—Porque no han detenido a nadie más, ni a Dreyer, ni a Buster, ni a Jezabel, ni a Donald. Tiene que haber sido por un operativo contra el FRAP, nosotros no tenemos nada que ver con eso.

—¿Y si es Vladimir el que nos delata?

—No sabe nada de nosotros.

—Sabe cómo me llamo, sabe que he montado una imprenta.

—Pero no sabe dónde está la imprenta. Contactó con un enlace y él se ocupó de todo.

—¿Pedrito?

—Ese es su nombre de guerra, sí.

—Puede delatar a Pedrito y caemos todos en cascada.

Andoni se sentó en una butaca azul turquesa y empezó a masajearse la nuca.

—Es muy importante que mantengamos la calma, Hulot. Vladimir va a aguantar, pongo la mano en el fuego. No va a delatar a nadie.

—Dicen que nadie aguanta las torturas de Tobalina.

—El canario las aguantó.

—Y aun así le arrancaron las pelotas. ¿Y si Vladimir no es tan fuerte como piensas? —La miró buscando una grieta en su seguridad, pero no la encontró.

—Ya no podemos vernos, basta con que salte un nombre para que monten una vigilancia —dijo Ilsa.

—¿Cómo te digo dónde recoger la propaganda?

—No lo sé, pero no podemos vernos.

—¿Por teléfono?

—No es seguro. A un compañero le pincharon el teléfono y cayeron con él siete personas.

No parecía fácil encontrar un sistema de comunicación en ese mundo de vigilancias, de policía secreta, de traiciones. Andoni dijo que pensaría en algo. Necesitaba darse una ducha y quería pasear un rato por la ciudad antes de la reunión con el editor. Habían quedado en la cafetería del hotel. Andoni chapurreaba un poco de francés, pero no sabía si lo suficiente para entenderse con él. Sonrió al pensar que en el número cómico de la ONU soltaba frases inventadas en francés y la gente se reía mucho. Le entró una oleada de nostalgia al acordarse de las actuaciones con Tino en su dúo cómico. Aquellas reuniones creativas, el subidón de arrancar carcajadas al público, el viaje aquel a Olmedo, el pie de foto en un

periódico en el que lo llamaban «el Caricato», lo que provocó la indignación de Julia... ¿Era del todo consciente, mientras los vivía, de que esos eran los años felices? ¿En qué momento se había vuelto tan seria su vida?

El editor francés era un hombre alto, despeinado, con una nariz enorme que sostenía sus gafas. Vestía un traje que le quedaba grande, pero no llevaba corbata. Hablaba un español correcto que mezclaba con algunas palabras en su idioma. Casi todas las que pronunció eran adjetivos laudatorios, *magnifique, merveilleux, précieux,* que Andoni recibía con un poco de pudor y con mucha emoción. Había investigado la carrera de Andoni, conocía su libro sobre cine y había visto sus caricaturas en la exposición de Lasarte. Iba mucho a San Sebastián, amaba esa ciudad, afirmaba que no existía en todo el mundo una bahía más bonita que la de la Concha. Anunció su intención de publicar los *Cien sonetos de amor* con esos grabados. Brindaron con un *whisky* escocés. A Andoni le parecía un poco temprano para apretarse un copazo, pero no quería desentonar con la alegría del otro.

Se sentía eufórico. Ardía en deseos de contarle a Anabel su entrevista, pero le daba la sensación de que no iba a recibir bien su llamada. Estaba muy enfadada y ella, en los desencuentros, lo perdonaba despacito. El editor tenía una agenda apretada de reuniones, una comida de trabajo y una tarde intensa. Se despidieron con un apretón de manos que prometía una relación fecunda. Andoni caminó hasta el hotel y preguntó por Ilsa. No estaba en su habitación, tendría que comer solo. Se fue a buscar un sitio tranquilo. Le gustó un bistró en una plaza recoleta adornada por una fuente renacentista.

Allí, sentado junto a la ventana, se dejó hipnotizar por los guiños del sol en el agua y paladeó el buen sabor de boca que le había dejado la reunión. Pablo Neruda y Andoni Yarza en la cubierta de un libro. Imposible desear algo más grande que eso. Después de beberse media botella de vino, notó que la detención de Vladimir le

preocupaba algo menos que cuando se enteró de la noticia. La valoraba como un contratiempo que obligaba a ser más cauto, pero no había que ser alarmista.

Antes de volver al hotel, visitó la catedral y se quedó fascinado por los vitrales, por el órgano, por la misteriosa belleza que la impregnaba. La portada era preciosa y lamentó no tener una cámara de fotos para mostrársela a Anabel. Le gustaba mucho el rosetón, pero lo que atraía su mirada era la torre con el reloj. Y en ese instante, de la forma más simple, se le ocurrió un modo sencillo y seguro de mantener la comunicación con Ilsa. Podía usar el Incomprendido. Meter un mensaje en el mecanismo, llevarlo al taller de la calle Arenal y decirle a Luis María que vendría una mujer a preguntar por el reloj. Ilsa podía coger el mensaje y marcharse como si nada. Él recogería el reloj al cabo de unos días y se lo llevaría otra vez al amigo de su padre cuando fuera necesario comunicarse de nuevo. Solo faltaba crear un código cifrado por si acaso la policía descubría el sistema.

A Ilsa le encantó su idea. La vio por la tarde en el hotel y ella sonrió ante su ingenio.

—Tienes soluciones para todo.

Andoni notó que seguía preocupada. Ella dijo solo estaba nerviosa por el estreno de su documental.

—Pero ni a ti ni a mí nos pueden detener —añadió—. Sabemos nuestros nombres reales.

—¿Crees que te delataría?

—¿Y tú? ¿Me delatarías tú a mí?

—Yo ni siquiera sé cómo te llamas.

—Pero lo vas a saber, la película la firmo con mi nombre.

—¿Cuál es?

Era absurdo ocultarlo por más tiempo, pero le daba la sensación de que se deshacía el misterio entre ellos. Revelar su nombre resultaba prosaico y ella soltó el dato como el que firma una rendición:

—Sofía Pérez Luengo. ¿Te gusta?

—Me gusta más Ilsa Lund.

El público ovacionó el documental *Alienados* durante cinco minutos. Ilsa saludaba con la mano en el pecho en señal de gratitud, o para contener su corazón desbocado por la calurosa acogida. A Andoni no le gustó mucho, le pareció enfático y pedante en su empeño de mostrar la vida cotidiana como una cárcel. Varios planos de rejas, hombres llevando peso, un canasto con cemento, un saco de arena, una maleta, un portafolios, como metáforas de las cargas que arrastra el ser humano en su paso por el mundo. Defendía la tesis de que el modelo económico que todos abrazamos aliena al individuo y lo deshumaniza. Durante la proyección, Andoni se preguntó si su vida le gustaba. Se había embarcado en una cruzada que no era suya, no compartía la rabia de Ilsa, ni la de Vladimir, ni la de Tximi. Había conseguido dedicarse a lo que le gustaba, sí, pero la vida era rácana y él pensaba que le debía algo, que todo su esfuerzo no recibía una recompensa justa. Pero amaba a Anabel, seguía enamorado de ella. Y amaba también a sus hijos. Suponía que la vida no era más que un carrusel de amor y decepciones, de caminos equivocados y algunas noches embriagadoras. No se sentía alienado ni llevando una gran carga a cuestas, pero allí estaba el público francés entregado a la obra de esa mujer española que vivía bajo la bota de una dictadura interminable. Abrazó a Ilsa y le dio la enhorabuena. Aunque no le hubiera gustado la película, se alegraba por ella.

El productor había reservado mesa para ocho personas en un restaurante del centro. Fue una cena divertida, en la que Andoni conoció al montador del documental, a un socio del productor y a tres franceses que trabajaban en la organización del evento. Aunque no hablaba francés, contó varias anécdotas con su gracia habitual y se sorprendió al ver que todos se reían. Había perdido la costumbre de divertir a la gente, pero su vis cómica seguía ahí, dentro de él. Era como si despertara después de la hibernación. Calculó cuánto tiempo hacía que Anabel no se reía con sus payasadas. Ella se enamoró de él al verlo en pijama sobre un escenario, pero después de casarse el hombre formal sustituyó al payaso. Se había convertido en un hombre serio lleno de responsabilidades y migrañas. ¿Era esa la evolución natural de la vida? ¿Tenía razón Ilsa en la tesis de la película y el sistema capitalista aplastaba la risa y la broma, el espíritu lúdico de cada uno?

Durante esa cena hubo un golpe de Estado dentro de él. El payaso se rebeló contra la tiranía del serio. Imitó acentos extranjeros, contó la conversación con el cura de Lasarte que le dijo que la Escuela de Artes Visuales era una escuela de vicio. Todos se rieron mucho con esa anécdota. Después de cenar se fueron a tomar unas copas y Andoni encontró el momento de bailar unos pasos de claqué. Era su noche, se sentía transportado por una ligereza olvidada. Ilsa también estaba desinhibida, bailaba con unos y con otros.

Volvieron al hotel cuando ya casi amanecía, sus pasos resonando en los adoquines de las calles desiertas. Ilsa se doblaba de risa con las cosas que él decía, con los chistes finales que a esas horas, con el cansancio y la embriaguez, sonaban más graciosos que nunca.

Ella se descalzó en el ascensor y, con los zapatos colgando de un dedo, lo intentó besar.

—Ilsa, no.

—¿Por qué no? Ha sido una noche maravillosa. Yo no quiero que se acabe.

—Me lo he pasado muy bien, pero no quiero ser infiel.

Ella lo miró desde algún rincón de su borrachera.

—Ya no nos vamos a ver más. ¿No crees que esto se merece una despedida a lo grande?

—La hemos tenido.

—Pero falta el broche, no seas aguafiestas.

—Estoy casado. Lo siento.

—Vaaale.

Se abrieron las puertas del ascensor. Enfilaron el mismo pasillo y cada uno se detuvo junto a su puerta.

—Espera —dijo Ilsa—. Dame un abrazo.

Él accedió. Ilsa intentó convertir el abrazo en un beso y Andoni le paró los pies.

—Tenía que intentarlo —se disculpó con una mueca de picardía. Luego le sonrió con tristeza y se metió en su habitación.

11

Anabel lo abrazó nada más verlo entrar por la puerta y él comprendió que ya lo había perdonado. Aspiró el olor de su hogar y vio a los niños sonrientes, esperando el momento de los besos de su padre. La noche de Toulouse había sido divertida, un recordatorio del espíritu festivo que lo había acompañado durante su vida de estudiante, pero su felicidad era el abrazo de Anabel y la alegría de sus hijos. Lo tenía claro.

Pasó una semana de nervios, aguardando la llamada o una carta del editor francés. Buscaba en los periódicos noticias sobre el operativo policial contra el FRAP. Pero no había nada.

Su cuñado apareció una noche con su necesidad habitual de compañía familiar y *whisky*. Él le preguntó qué tal el trabajo. Una pregunta normal, casi típica de esas situaciones, pero que estaba impregnada de una vibración inquieta. Carlos despachó su curiosidad con una respuesta perezosa. No le apetecía hablar de eso, si acudía a su casa a deshoras era para desahogarse con Anabel de sus problemas conyugales. Andoni sabía que sobraba en esas conversaciones, se quedaba un rato por cortesía y después los dejaba solos. Sin embargo, esa noche se hizo el remolón en el salón por si el *whisky* le soltaba la lengua al policía. Pero era arriesgado estar demasiado tiempo con ese hombre. Quizá hubiera notado su turbación, o le hubiera parecido sospechosa su pregunta... O algo peor: ¿se fijaría en que en la pared justo enfrente del sofá faltaba el Incomprendido?

Lo había llevado al taller de la calle Arenal con un mensaje dentro, el punto de recogida de la propaganda. Un mensaje en clave, no era tan tonto como para delatarse con algo textual. Pero esa operación la tenía que repetir varias veces, era el sistema de comunicación pactado con Ilsa. Si Carlos era observador, podía notar que ese reloj

salía y entraba de la casa demasiadas veces. Por fortuna, era un narcisista y caprichoso que invadía su hogar solo para hablar de sí mismo.

Por suerte, Emilio ya estaba durmiendo. Su hijo lo había acompañado hasta el taller el día que llevó el reloj a reparar y le podía dar por soltar algún comentario inocente. Aquella mañana tenía hora en el oculista, porque no veía bien, y Andoni aprovechó el viaje para dejarle el reloj a Luis María. Al donostiarra le gustó conocer al niño. Le preguntó si iba a seguir los pasos de su bisabuelo Domingo Yarza.

—Tu bisabuelo ponía en hora el reloj de la iglesia de Lasarte. Era un fenómeno. Y tu abuelo siguió sus pasos.

—¿Y por qué tú no, papá?

—A mí me dio por otro lado.

Luis María le mostró al niño un reloj de cuco. Emilio sonrió con la aparición del pájaro por el ventanuco.

—¡Otra vez!

El relojero manipuló las manecillas para que el cuco cantara de nuevo. Y Andoni observó el brillo en la mirada de su hijo. Estaba hipnotizado por ese mecanismo y de pronto su curiosidad se extendió a todos los relojes que abigarraban el taller. Le pidió a su padre que lo llevara más veces. Pero Andoni fue solo a recoger el reloj. Comprobó que el mensaje ya no estaba, lo que solo podía significar que Ilsa había pasado por allí. Semanas después, cuando ya tenía otro lote de propaganda preparado, repitió la operación.

—¿Otra vez se ha estropeado? —le preguntó Anabel.

—Sí, no sé lo que le pasa.

—Que está viejo. Tíralo.

—No pienso tirar el Incomprendido. Es una joya.

—Pues déjalo como objeto decorativo, aunque no funcione. Porque ir todo el rato a que lo reparen es un infierno.

—Un reloj parado da mala suerte —zanjó él.

El fin de semana lo pasaron en Lasarte con Julia y Socorro. Hacía mucho que no iban por allí, su madre ya le estaba afeando lo poco que veía a sus nietos. Ella nunca salía del valle, como si estuviera anclada a ese lugar. Lo primero que hacía por las mañanas era leer las esquelas del periódico, y comentaba con Socorro los muertos del pueblo o de los sitios cercanos. Esa mañana la publicación de una esquela la había dejado pesarosa. Había fallecido sor Eufemia a los noventa y seis años. El entierro era al día siguiente. Pese a que andaba resfriada, mostró interés en ir al cementerio.

—*Ama*, vas a coger frío. ¿Qué se te ha perdido en ese entierro? —le dijo Andoni.

—Tú quédate con los niños. Yo tengo que ir.

—¿Quién era esa monja?

—Una de las madres brígidas. Desactivó una bomba que cayó en el convento, se hizo famosa por eso.

—La monja artificiera —se mofó él.

—Tú búrlate, pero era una bellísima persona. A tu padre lo cuidó cuando enfermó de viruela. Si no llega a ser por ella, tú no hubieras nacido.

Parecía enfadada de verdad. Se levantó para remover las alubias de Tolosa que estaba preparando.

—La llamaban la Jorobadita —explicó Socorro.

—Ayudó a tu padre. Igual deberías ir al entierro —dijo Anabel.

Pero Andoni quería visitar a Juana, la hermana de su abuela Sabina, que estaba hospitalizada en San Sebastián. Tenía ochenta y cinco años, era el último pariente que le quedaba de esa generación. Como plan de domingo, le parecía un poco tétrico encadenar el hospital y el cementerio.

Pasó el sábado pateando Lasarte con sus hijos. Le enseñó al niño el taller de relojería, el negocio de la familia a principios de siglo. Ahora se había convertido en un cobertizo. El niño era vivo, avanzaba dando saltitos, se acercaba a una piedra y se subía, lo observaba todo. Paula, en cambio, caminaba agarrada al brazo de Andoni, como si solo así se sintiera segura. Anabel les señaló un caserío. Cada vez quedaban menos en el valle, se estaba extinguiendo un modo de vida tradicional. Lo contó con propiedad, como una vasca más, y Andoni se sintió enamorado de esa mujer que hacía suya su cultura y sus costumbres.

A la mañana siguiente, los cuatro se desplazaron a San Sebastián y recorrieron el paseo de la Concha de un extremo al otro. Luego visitaron a Juana en el hospital. Había sufrido una angina de pecho y, según Julia, se le había ido la cabeza. No tardaron en advertir que así era. La monja no tenía ni idea de quiénes eran esos visitantes.

—Soy Andoni, el hijo de Pío. ¿Te acuerdas de mí?

Los ojos de la anciana se humedecieron.

—Pío, Pío, qué alegría verte —musitaba. Pero lo decía mirando al niño.

—Son mis hijos, tía —explicó Andoni—. Y ella es Anabel, mi mujer. Estuviste en nuestra boda hace seis años. En Valladolid, ¿te acuerdas?

Ella agarró de la mano a Anabel y asintió.

—Valladolid, qué bonito.

Como los niños se aburrían, se sentaron en un sofá de la habitación a leer cuentos.

—Tía, ¿tú conocías a una monja que se llamaba sor Eufemia? —preguntó Andoni.

Juana se quedó mirando a un punto indeterminado del techo. Puso cara de terror, como si allí, por las molduras, caminara algún ser espantoso.

—La llamaban la Jorobadita —insistió Andoni.

Anabel le pellizcó el brazo por mortificar a la enferma. Parecía presa de un extraño temblor.

—Angelitos —dijo de pronto Juana.

—¿Cómo?

—Tenía una casa llena de angelitos.

—¿Hablas de la Jorobadita? ¿Coleccionaba angelitos?

La anciana empezó a llorar como si fuera un bebé. ¿Estaba imitando ese llanto o era un episodio de regresión a la infancia?

—¿Eran bebés? —preguntó Anabel. Qué pronto había pasado del reproche a la curiosidad.

—En los tornos del convento abandonaban muchos bebés —dijo Andoni—. En la guerra, y antes.

Juana suspiró. Ahora sonreía y un hilo de saliva resbalaba por su barbilla. Andoni se lo limpió con un pañuelo.

—La Jorobadita —dijo ella en voz baja.

Luego cerró los ojos y permaneció así un buen rato, con aire beatífico. Andoni le dio un beso en la frente y llamó a sus hijos para que también la besaran.

Volvieron a Lasarte. Mientras daban buena cuenta de las alubias, Julia rememoró a esa monja misionera que se dedicó a recoger y criar a los bebés que aparecían en el torno del convento. Les conseguía familias de adopción, les daba una buena vida. Era una santa. Socorro dijo que se había encontrado en el cementerio con María, la viuda de Zurita.

—Te presta su abono para ir al partido de la Real, si te apetece —le dijo a Andoni.

—¿Con quién juegan? —preguntó Julia. Y cuando Andoni le dijo que se enfrentaban al Zaragoza, que no había empezado bien la Liga, ella lanzó su pronóstico—: Pierden.

Andoni asistió al partido en Atocha y después le restregó a Julia su pesimismo, pues la Real ganó tres a cero. Pero no volvió a casa directamente desde el estadio. Fue a casa de María a devolverle el abono y aceptó el café que le ofreció. Se quedó charlando un rato con ella y con su hija Encarna, y les dio por evocar las obras de teatro que montaban en Lasarte a espaldas del cura.

Se lo contó a Anabel al llegar a casa.

—¿También estaba Encarna?

—Sí, vive con su madre.

—¿Esa no es la que estaba enamorada de ti?

—Nunca ha estado enamorada de mí. ¿Por qué dices eso?

—Cuando me la presentaste me trató con un desprecio horrible. Me miró de arriba abajo, con asco. Todavía no se me ha olvidado.

—Yo ni me acordaba.

—Pues bien que te has callado que te ibas a ver con ella.

—No tenía ni idea de que la iba a ver.

—¿No sabías que vive con su madre? Si vas a su casa, lo normal es que esté.

—¿Estás celosa?

—¡Pues sí! Me mientes, me dices que te vas al fútbol, y resulta que terminas con una amiga del pueblo. Te vas a Toulouse con una tía del cineclub, no sé dónde te metes el día entero porque no das señales de vida...

—Cariño, tienes un ataque de celos. Ya está.

—¡Y una mierda, un ataque de celos! Sé que en Toulouse pasó algo. Sé que tonteas con otras mujeres.

—¿Qué coño voy a tontear? Si estoy todo el día trabajando. ¡No tengo tiempo para tontear!

—Ah, menos mal. Si tuvieras tiempo, sí que tontearías.

Andoni estaba enfadado. Había pasado una tarde estupenda y de pronto toda la experiencia se agriaba por los celos de Anabel. Ella sacó las uñas y le restregó sus ausencias cada tarde.

Paula irrumpió en la habitación para preguntarles qué pasaba, los gritos se oían en toda la casa. Andoni se moría de vergüenza. Cogió a su hija de la mano y la llevó a la cama.

—Papá y mamá están discutiendo, pero no te preocupes. Las personas a veces discuten, pero enseguida nos haremos amigos otra vez.

—Vale —dijo ella.

Se abrazó a su padre, le transmitió su calor. Cuando Andoni regresó a la habitación, Anabel estaba llorando.

—Me muero de celos, no lo puedo evitar.

—Cariño, no dudes nunca de mí, tú eres mi vida.

Ella asintió. Se acostaron. Él la abrazó por detrás. Su cuerpo daba pequeñas sacudidas, ella seguía llorando, era como un manantial imparable.

—Te he mandado seguir —confesó. Él se quedó callado, una corriente fría empezó a recorrerlo—. Le dije a mi hermano que te pusiera un secreta para ver si me eres infiel. Soy un desastre, no logro confiar, me muero si me dejas. Es que me muero.

Se volvió hacia él buscando su abrazo. Él se lo dio. La acogió con fuerza mientras pensaba en las implicaciones de lo que acababa de escuchar. Un policía había estado buscando una infidelidad que no existía, pero podía haber encontrado algo mucho más gordo: la imprenta clandestina. Si lo había seguido hasta San Agustín del Guadalix, estaba en peligro. Y Tximi, el viejo comunista, también. Y todos los demás, porque si caía uno, podía producir un efecto dominó. Anabel lloraba en sus brazos mientras en la cabeza de Andoni se iban encendiendo todas las alarmas que no lo dejaron dormir esa noche ni un solo segundo.

12

Llegaron a Madrid muy tarde. Los niños se habían quedado dormidos en el coche y los subieron a casa en brazos. Entre Anabel y Andoni deshicieron el equipaje, prepararon algo de cenar y tejieron con esfuerzo una conversación de palabras amables. Atravesaban la resaca emocional de la mano, con atenciones mutuas, con gestos de cariño, una armonía delicada, de cristal, como la que construyen en los momentos finales las parejas que ya han decidido separarse. Ninguno de los dos quería llegar a eso. La tristeza de Anabel era palpable, pero pasajera. Eso esperaba Andoni. A él se le había anudado la angustia en el estómago. Confiaba en que ella no notara su agitación. En su rostro crujía una sonrisa y luego otra, se sentía el personaje de una mascarada.

Nada había más urgente en su vida que avisar a sus compañeros del peligro. Para ello, debía esconder un mensaje cifrado en el reloj y llevarlo al taller de la calle Arenal. Pero faltaban muchas horas para que ese chiscón abriera sus puertas. ¿Cómo entretener la espera? Tampoco esa noche consiguió dormir. Anabel dio muchas vueltas en la cama, pero terminó cediendo al cansancio y él notó que su respiración profunda acompasaba el silencio del dormitorio. Se levantó sin hacer ruido, se dirigió al salón, descolgó el reloj y abrió el compartimento trasero. Escribió el mensaje con un lápiz, en letra clara, la frase que nunca pensó que iba a emplear: el aviso de que todos corrían el máximo peligro.

—Papi, ¿qué haces?

Andoni dio un respingo. En el umbral estaba Paula, con cara de sueño.

—Nada, hija. Acuéstate. Ahora voy a verte.

—Tengo hambre.

Era normal, habían metido a los niños directamente en la cama. No habían cenado.

—Ya es muy tarde, mañana te preparo un desayuno de reina. Ahora tienes que dormir.

Ella se acurrucó en la cama. Andoni la arropó.

—¿Te quedas un rato conmigo?

La voz de Paula, somnolienta, frágil, impedía negarse.

—Claro, mi amor.

Se tumbó a su lado y le acarició el pelo.

—¿Me cuentas un cuento?

—Cuéntame tú. ¿Qué es lo que más te ha gustado de Lasarte?

—Mmm... No sé. El convento.

—¿El convento? ¿Vas a ser monja?

—Nooo. ¿Cómo voy a ser monja?

—Como te ha gustado tanto el convento...

—Pero solo por fuera. Bueno, me ha gustado más el Hipódromo.

—Eso está mejor. ¿Y te ha gustado ver a tu abuela y a la tía?

—Sí. Pero Socorro me da miedo. Hace ruidos con la boca. Y escupe.

—Carraspea mucho porque tiene un problema en la garganta. Pero es una bellísima persona y me ha criado ella con tu abuela.

—Mamá es muy buena, ¿a que sí? —dijo Paula.

—Sí.

—¿Y por qué discutíais tan fuerte?

—Porque las personas se enfadan a veces. Pero ya hemos hecho las paces.

—A mí no me gusta que te enfades.

—Ni a mí, pero yo no me enfado casi nunca.

—A mí me gusta cuando me haces reír.

—Eso le gusta a todo el mundo.

Andoni pensó que ahora le iba a pedir que le contara un chiste, como hacía muchas veces en las sobremesas. Pero Paula no se lo pidió.

—¿Todos los padres son iguales?

—¿Todos los niños de tu clase son iguales que tú?

—No, hay alguna niña tontísima.

—Pues los padres tampoco son iguales. Los hay más serios y los hay menos serios.

—El padre de mi amiga Elena no la hace reír.

—A lo mejor no sabe cómo hacerlo.

—No sabe.

—Porque no es tan fácil. Pero si sabes hacerlo, lo tienes que hacer. No hay nada mejor que darle alegría a la gente.

—¿Y si no sabes?

—Hay otras formas de hacer feliz a los demás. Los puedes ayudar, los puedes escuchar, los puedes entretener... No sé, cada uno puede aportar su granito de arena.

—El padre de Elena no hace nada de eso. Siempre que voy a su casa, está enfadado.

—Pero no estás siempre allí. Igual tiene sus momentos cariñosos o divertidos... No lo sabemos.

—Yo hacer reír no sé. Pero soy buena. A Elena le presto mi goma de borrar. Y le corregí una resta, la había hecho mal.

—Eso está muy bien.

—¿Me haces cosquillitas en la espalda?

—Vale, pero solo un rato, que es muy tarde.

Ella se levantó el camisón y él le hizo cosquillitas durante unos minutos. Paró cuando creyó que ya estaba dormida.

—Todavía estoy despierta, pero ya puedes parar.

Él siguió un rato más y luego le dio un beso en el pelo y la dejó dormir.

A la mañana siguiente, había una carta en el buzón. Era del editor francés. Estaba decidido a lanzar una edición de los *Cien sonetos de amor* con sus grabados. La oferta era muy buena. Ardía en deseos de contarle a Anabel las novedades, pero había salido para llevar a

los niños al colegio. La alegría por esa novedad jugueteó con la angustia y le generó una extraña sensación de euforia.

Llevó el Incomprendido al taller de Luis María. Le dijo que se había estropeado otra vez. El relojero le guiñó un ojo. Hablaron del partidazo que había jugado la Real en Atocha. Salió del taller, caminó hacia la Puerta del Sol y se paró en un kiosco para comprar el periódico. Allí lo detuvieron. Eran dos jóvenes vestidos de paisano. Primero le preguntaron si se llamaba Andoni Yarza, él dijo que sí, uno de ellos le enseñó una acreditación policial, el otro lo cogió del brazo y enfilaron hacia la sede de la Dirección General de Seguridad.

Era un día frío y nublado por el que se colaba a veces un rayo tímido de sol. En la plaza reinaba el ajetreo de siempre: paseantes con gabardina, una vendedora de flores, niños camino del colegio, un tráfico en todas direcciones favorecido por la desaparición de los tranvías, que solo unos meses antes surcaban el centro de Madrid. Antes de entrar en el edificio, aspiró el olor de las castañas asadas, que siempre le resultaba muy agradable.

Lo condujeron a una sala lúgubre en la que apenas había una mesa con un teléfono, un cuaderno y bolígrafos, y dos sillas, una a cada lado. Un cuadro de Franco presidía la pared principal. Y en un rincón, un grifo, un toque siniestro que remitía a la tortura del barreño. Le pusieron las esposas, lo dejaron sentado y salieron de la habitación. Andoni anticipó la llegada de Carlos Tobalina, el terror de la Brigada, el azote de los comunistas. Su cuñado. Pero quienes entraron al cabo de media hora eran los mismos policías que lo habían detenido. Uno de ellos se sentó muy cerca de él. El otro se movía por la sala con andares de orangután y aire chulesco.

El primero sacó una carpeta del cajón y de ella unas fotografías que le tendió a Andoni. No era fácil pasar las fotos con las manos esposadas, pero pudo reconocerse. En varias de ellas salía con Ilsa en Toulouse. En otras, él solo entrando en el chalé de San Agustín

del Guadalix. En la última, quizá la más difícil de justificar, aparecía junto a Tximi cargando paquetes en una furgoneta.

—¿Reconoces a estas personas? —le preguntó el que estaba sentado. Balanceaba las piernas como un niño.

—Esta es una amiga.

—Y el señor mayor, ¿quién es?

—Un amigo, lo ayudé con un porte.

No vio venir el primer puñetazo. Se lo dio el otro, en la oreja izquierda. Cayó hacia un lado como un fardo. El agresor lo pateó varias veces hasta que su compañero le pidió que parara.

—Primer aviso. El siguiente va a ser peor. ¿Quién es ese hombre?

Andoni no respondió. Habían hablado muchas veces de los detenidos que eran incapaces de soportar el interrogatorio y delataban a los compañeros. Él no iba a ser de esos. Pero el oído le ardía por dentro, un pitido lo estaba mortificando y parecía que no iba a cesar nunca. Era como si se hubiera soltado un cable dentro de su cabeza.

—Levántalo.

El orangután lo cogió de los sobacos y lo colocó en la silla.

—¿Quién es el viejo de la foto?

«Si puedes hacer reír, hazlo —pensó Andoni—. Si puedes ayudar, ayuda. Si puedes callarte, te callas». Él podía callarse. Solo tenía que aguantar un poco, intentar evaluar hasta dónde eran capaces de llegar esos dos matones. Esta vez el golpe lo descargó el que hacía las preguntas. Un puñetazo en la cara que impactó en la nariz y la boca. Se cayó de espaldas. En un segundo, tenía al tipo encima. Se había sentado a horcajadas sobre su pecho y encadenó varios

puñetazos seguidos en el mismo punto. Dos dientes navegaban dentro de su boca en un riachuelo de sangre. Se concentró en no tragárselos, en alojarlos en un moflete, como una ardilla que guarda un poco de comida para más tarde. Había perdido la conexión con la realidad en algún momento de la tunda, por eso se sorprendió al notar que ya no lo golpeaban. Oyó un chasquido de dedos. El chulo salió de la habitación y regresó al cabo de unos minutos con un barreño que llenó de agua. Bien, contaba con ello. Ahora le tocaba resistir las torturas.

El policía lo levantó cogiéndolo de la pechera. Lo sentó como pudo en la silla, la acercó hasta la mesa y le puso una hoja de papel y un bolígrafo al alcance de la mano.

—Escribe el nombre del viejo.

Andoni meneó la cabeza. No sabía cómo se llamaba Tximi, solo conocía su nombre de guerra. Pero ni siquiera eso quería darles. Era como reconocer que él se movía en un mundo clandestino, de escondites, de velos, de apodos. Le parecía más inteligente soportar un poco más. ¿Ignoraban esos dos mastuerzos que Carlos Tobalina, el jefe de esa brigada, era su cuñado? ¿Lo estaban torturando con su aprobación o actuaban por libre con una presa cualquiera?

Ninguna experiencia por la que había pasado en su vida se podía comparar a la del barreño. En las primeras inmersiones tragó un poco de agua, pero casi agradecía el efecto cauterizador sobre sus heridas. En las siguientes lo tuvieron sumergido más tiempo, y se preguntaba si podía aguantar tanto sin respirar. Prolongaba el esfuerzo más allá de lo humano cuando todavía le quedaba un buen rato allí dentro. Sentía un dolor agudísimo en el pecho, los pulmones iban a reventar en mil pedazos, como un globo que alguien pincha con un alfiler. Lo sacaron del barreño y le pidieron el nombre del viejo. Como no se lo dio, pasaron a la tercera fase del barreño. El hecho de que hubiera una fase todavía más sádica resultaba inconcebible. En esa inmersión se le encharcaron los pulmones y ya

no podía respirar. Era un cuerpo sin vida que se hundía en el océano, que ahuyentaba bancos de pececillos, que topaba en su caída con un pecio y terminaba junto a las cuevas abisales. Su nariz golpeaba el fondo del barreño porque el policía le estaba apretando la cabeza con saña.

Un patadón retiró el recipiente y los ruidos metálicos retumbaron en la habitación. El cuerpo de Andoni quedó tumbado en posición fetal, de su boca salía agua en pequeñas cascadas. No era capaz de hablar ni de razonar. Seguramente había sufrido daños cerebrales por la falta de oxígeno. Pero al cabo de unos minutos, cuando de nuevo lo levantaron y lo sentaron en la silla, comprendió que se había recuperado. O, al menos, comprendía la crueldad de lo que le estaban diciendo. Sabían perfectamente quién era el viejo que cargaba paquetes en la furgoneta. Se llamaba Ángel Adalid, se hacía llamar Tximi, lo habían detenido antes que a él. Habían encontrado la imprenta camuflada en el interior del chalé. Habían incautado seiscientas copias de un discurso comunista pronunciado en Albania, algún ejemplar de *Vanguardia Obrera*, octavillas y panfletos con propaganda. Además, linóleo para grabados, ácidos y lámparas de insolación. Y ahora se metían por fin en el interrogatorio, en lo único que de verdad les interesaba.

La mujer.

¿Quién era esa mujer con la que aparecía en las fotos? La de Toulouse, ¿cómo se llamaba?

«Si puedes hacer reír, hazlo. Si puedes ayudar, ayuda». La gente se reía con sus actuaciones, con sus chistes, con las imitaciones de tantos acentos extranjeros. Le salían muy bien. Tenía talento para eso. El dúo cómico con Tino. El Sordo riéndose en primera fila. Qué tiempos aquellos, qué bonita era la vida, pese a todo.

El policía le manejó la mano derecha, como si él fuera un muñeco de trapo, para que sostuviera el bolígrafo.

—Escribe el nombre de esa mujer.

Él dejó caer el bolígrafo. No era rebeldía, simplemente no tenía fuerzas para sostenerlo. Un patadón en la silla lo mandó al suelo. El rumor del agua le hizo comprender que estaban llenando de nuevo el barreño.

13

Anabel estaba preocupada porque eran las diez de la noche y Andoni no había vuelto a casa. Nunca llegaba tan tarde, bajo ningún concepto. Y resultaba inconcebible que no diera noticias. A esas horas, y sin saber nada de él en todo el día, no podía sino imaginárselo con otra mujer, retozando en algún picadero, olvidado del tiempo y de su familia. Entraría por la puerta oliendo a perfume y esgrimiendo alguna excusa tonta.

Cuando sonó el timbre, apretó los labios en un gesto de enfado. Pero luego tomó aire, hizo acopio de paciencia y se dispuso a recibirlo con una sonrisa de preocupación. Se quedó desconcertada al ver a su hermano Carlos en el umbral. Ya se había hecho a la idea de que la espera angustiosa había terminado y no pudo disimular una mueca de decepción. Pero el otro se limitó a entrar en el piso, en busca de su ración de *whisky* y de afecto, y ella advirtió que ni siquiera se había limpiado el barro de los zapatos en el felpudo.

—Papá se está muriendo —dijo dándole la espalda, para que Anabel no lo viera llorar.

—¿Qué dices?

Carlos se limpió una lágrima y se volvió hacia ella. Asintió varias veces, como una marioneta.

—Pero si la última vez que lo vi estaba bien...

—Llevaba varios días con ahogos y con mareos. He estado con él todo el fin de semana. No respiraba bien. Anoche lo llevé al hospital y me han dicho que tiene un enfisema pulmonar, que no saben si va a salir.

—¿Con quién está?

—He llamado a Piluca, tú no me cogías.

—He estado en Lasarte con los niños.

—Pues infórmame, coño, te he estado llamando todo el fin de semana.

—Fue un viaje improvisado.

—Me he tomado el día libre hasta que llegara Piluca, pero ya no podía quedarme más.

—Anda, siéntate, Carlos, y quítate eso, que estás empapado. Te voy a preparar una copa.

Le sirvió un *whisky* generoso. Cuando regresó al salón, Carlos estaba inclinado hacia delante, con las manos en el rostro. Se balanceaba suavemente.

—Ya solo me quedas tú, hermanita —dijo entre hipidos.

—No digas eso. Tienes a tu mujer, y a Piluca.

—Ninguna de las dos me aguanta.

Anabel se preparó para una sesión larga, espesa y lacrimógena. Ya la vivió cuando falleció su madre, unos años atrás. Carlos parecía un hombre duro, acorazado, pero con la familia se convertía en un sentimental. La falta de su madre lo afectó mucho. Ella llegó a proponer que buscara un psicólogo, pero él rechazo la sugerencia. Ir al psicólogo era cosa de locos, y él solo estaba triste. A Anabel le parecía que atravesaba una depresión, más que un episodio de tristeza, pero no quiso decir nada. Ahora, si se consumaban los presagios, se temía un brote mucho más agudo. Para Carlos, su padre era el referente que había guiado sus pasos. Una figura de autoridad y un ídolo al que admiró desde pequeño. Tarde o temprano, los hijos desligan las ataduras familiares y derriban al

farsante que siempre es un padre, pero su hermano no lo había hecho. Seguía unido a él como por un cordón umbilical que jamás había cortado.

—Mañana intentaré ir a Valladolid —dijo Anabel—. A ver si Andoni se queda con los niños.

—¿Están dormidos?

—Los niños, sí.

Él la miró, intrigado. Había detectado una nota de amargura en su entonación.

—¿Y tu marido?

—No sé dónde está. No ha vuelto a casa en todo el día.

—¿No te ha llamado?

—No. —El semblante de Anabel se llenó de sombras. Ahora era ella la que sentía ganas de llorar.

—Ya sé lo que estás pensando.

—¿Qué sabes de lo que te pedí? ¿No ibas a poner un secreta a seguirlo unos días?

—Todavía no me ha pasado el informe. Pero seguro que tu marido es fiel, hazme caso.

—¿Y dónde está? ¿Por qué no ha venido?

—Y yo qué sé.

Sonó el teléfono.

—Ahí lo tienes —dijo Carlos.

Anabel se abalanzó sobre el teléfono.

—¿Diga? ... Hola, Marisol.

Carlos compuso una mueca de disgusto. Le dio un buen trago al *whisky* antes de coger el auricular que le tendía Anabel con su mujer al otro lado.

—Dime, cielo.

Anabel notó que algo pasaba. Estaba acostumbrada a los gestos de fastidio de Carlos cuando su mujer lo interrumpía. Pero esto era diferente. Una sombra de gravedad, una sugestión de desastre. Se puso tenso, resoplaba como un bisonte.

—¿Quién ha llamado? —dijo Carlos, y tras una pausa, añadió—. Vale, no me esperes despierta. —Colgó.

—¿Qué te ha dicho? Sonaba muy nerviosa.

—Me tengo que ir a Sol. Ha pasado algo, no me ha sabido explicar.

Vació de un trago lo que quedaba en el vaso, le dio un beso en la mejilla a Anabel y cogió su abrigo. Ella admiró su cambio de actitud; lo reclamaban en el trabajo y en un santiamén adoptó el personaje del policía duro.

Cuando se marchó, Anabel sintió una soledad enorme. Un escalofrío la recorría. Se puso una chaqueta de lana y se sentó en el sofá. Allí se quedó como una estatua, mirando el teléfono, invocando una llamada que no se produciría.

Carlos Tobalina entró en el edificio de la Dirección General de Seguridad y subió las escaleras de dos en dos. Vio a Ganso en el

pasillo, paseando como un león enjaulado. La cazadora de ante marrón, la media melena, las patillas. Era uno de sus ayudantes. El otro, Toribio, aguardaba en la antesala del despacho. Llevaba un brazo en cabestrillo. Tobalina chasqueó los dedos y entró. Lo recibió un olor a cerrado y un desorden de papeles. Encendió un flexo. Se sentó y puso las piernas sobre su mesa. Prendió un cigarrillo. Los dos policías lo miraban desde el umbral, no se atrevían a entrar. Tras dar un par de caladas, los llamó con un gesto.

—¿Para qué cojones me sacáis de mi casa a estas horas?

—Tenemos un problema —anunció Ganso.

Tobalina los miraba en silencio tras el humo que soltaba por la nariz, que subía hasta el techo creando volutas.

—Se nos ha ido la mano con un detenido. Un comunista.

—Se os ha ido la mano.

—Está muerto —dijo Toribio.

—¿Hemorragia masiva? ¿Un infarto? ¿O lo has matado a hostias y te has roto la mano? —Señaló el brazo de Toribio.

—Ahogamiento. En el barreño.

—Putos animales. ¿Dónde está el cuerpo?

—Lo hemos bajado al calabozo —dijo Ganso.

Los dos se lanzaban miraditas furtivas. Estaba al caer la pregunta que iba a provocar el terremoto.

—¿Quién era? ¿Alguno de la lista negra?

Toribio no dijo nada. Ganso meneó la cabeza en un gesto escueto. Se sintió mareado. Llevaba vomitando desde que, al rastrear la

identidad del muerto, se había enterado de quién era. El nombre y la dirección venían en su documento, pero había que investigar un poco más, era fundamental adelantarse a las protestas de la familia, saber de dónde venía el desgraciado.

El dato clave lo había obtenido en el Registro Civil. Estaba casado con Anabel Tobalina. Le tembló el pulso al leer el nombre en el papel. Se quiso morir allí mismo. Toribio, por lo general más vehemente, descargó un puñetazo en una farola y se rompió la muñeca.

Tobalina aplastó el cigarrillo en el cenicero y se inclinó hacia ellos.

—¿Quién cojones es el muerto?

No se atrevían a decirlo. Parecían a punto de llorar. Sobre todo, cuando el jefe se levantó y la luz del flexo proyectó una sombra gigantesca en la pared del fondo.

—Es..., bueno, era... Andoni Yarza. Tu cuñado.

Un sudor frío se apoderó de Tobalina. Las sienes le palpitaban como si llevara dentro de la cabeza un instrumento de percusión. Por un momento pensó que se iba a desmayar. Apoyó la mano en su mesa y arrugó lo primero que encontraron sus dedos, un papel con la declaración de un detenido.

—¿Quién ha sido? ¿Quién de los dos?

Un par de ojos escrutadores, inflamados de rabia, bailaban del uno al otro. Tras unos segundos, se oyó la voz Toribio, lastimosa como un quejido:

—Yo.

Tobalina le echó la mano al cuello, lo levantó en vilo y lo arrojó al suelo. Se tiró sobre él y le reventó la cara con una secuencia

frenética de golpes: cinco, ocho, diez puñetazos mientras gritaba como un loco en una hoguera. Ganso intentó detener la paliza.

—¡Para, jefe, que lo vas a matar!

Lo separó de Toribio, cuyo rostro era una masa informe. El cabestrillo estaba salpicado de sangre, como la camisa de Tobalina. Un codazo mandó a Ganso contra la mesa. No le dio tiempo a ver la aparición de la pistola, pero notó el tacto frío del cañón sobre su nuca. Oía los resoplidos en su oreja, la sed de sangre y venganza de la bestia que se le había echado encima. De Toribio, nada, no se oía ni un quejido.

—¿Por qué lo habéis traído hasta aquí? Habla o te mato.

—Vino Rupérez. Nos dijo que estaba siguiendo a un hombre, que se lo habías encargado tú. Que entró en una casa pensando que dentro estaría con una dama. Y no había dama, pero había una imprenta clandestina. Y propaganda comunista.

—¡Mientes! Le dije a Rupérez que solo podía hablar conmigo.

—No estabas. Te estuvo llamando todo el día, pero no estabas. Y le pareció que lo de la imprenta había que contarlo. Nosotros también te intentamos localizar, pero no había forma.

—¿Cómo se os ocurre montar un operativo sin consultármelo?

—Era importante. Hemos detenido al dueño de la casa, ha cantado, tenemos nombres. No sabíamos que el detenido era tu cuñado, joder, no le habríamos puesto la mano encima.

—¿Él no dijo nada? ¿No pidió que me llamarais?

—No dijo nada.

—Menudo gilipollas —exclamó Tobalina mientras se guardaba la pistola.

Ganso, todavía muerto de miedo, se colocó bien la cazadora. Se arrodilló junto a Toribio: todavía respiraba.

—Hay que llevarlo al hospital.

Tobalina estaba rebuscando en el cajón de su escritorio. Sacó una botella de *whisky* y dio un trago.

—Jefe, ¿me oyes?

—Sí, que se lo lleven. Y tráeme a Rupérez.

—¿A estas horas?

—Sácalo de la cama si hace falta. Lo quiero aquí en media hora. Y lo que ha pasado con mi cuñado queda entre nosotros. ¿Está claro?

Ganso asintió. Tobalina salió del despacho y bajó las escaleras hasta el calabozo. El hombre que custodiaba las celdas se cuadró en su presencia.

—¿Dónde está?

El centinela cogió las llaves. Abrió la número seis. Allí, cubierto por una manta, yacía el cadáver. Tobalina lo destapó. Encendió el mechero para verle bien la cara. Estaba hinchada y cerúlea. Era su cuñado.

14

El suelo del despacho estaba manchado de sangre. A Toribio ya se lo habían llevado. Carlos bebió de la botella, se sentó y apoyó la cabeza en la mesa, como un hombre desmoronado. Todo se iba a la mierda, su matrimonio, su padre y ahora esto. Su relación con Anabel, su hermana querida. Nunca más le dirigiría la palabra. Se acabaron las visitas a su casa para encontrar algo de compañía y de consuelo, ya nunca más vería a sus sobrinos. Solo le quedaba su trabajo en la policía, su prestigio, pero también eso pendía de un hilo. La salud del dictador flaqueaba, se decía que no iba a durar mucho. No quería imaginarse qué sería de él cuando el Régimen se viniera abajo.

Tenía ganas de dormir durante varios días, desaparecer durante un tiempo. Pero no podía. Tal vez cerrar los ojos un rato le vendría bien. Solo unos minutos. Pero era peor. La cara de Andoni se le aparecía en la oscuridad, su mueca de espanto congelada lo iba a perseguir a todas partes. Se encendió un cigarrillo, abrió una rendija de la veneciana con dos dedos y contempló el tráfico de la Puerta del Sol, escaso a esas horas de la noche. La luz anaranjada de las farolas atravesaba débilmente la niebla. No sabía cómo le iba a contar a su hermana este desastre.

Meditó durante media hora los pasos a seguir, las ventajas e inconvenientes de cada idea que se le ocurría. Ninguna era buena. Estaba pringado hasta las cejas.

Ganso tocó en la puerta con los nudillos y acto seguido asomó Rupérez, el secreta al que le había encargado el seguimiento de Andoni.

—Déjanos solos, Ganso.

El detective se sentó frente a Tobalina. Se había repeinado y llevaba el nudo de la corbata torcido. En su regazo sujetaba una carpetita.

—¿Quieres hacer el favor de contarme qué ha pasado?

Rupérez movía una pierna como si estuviera sufriendo espasmos.

—Es culpa mía, no tenía que haber entrado en esa casa. Es culpa mía.

—Déjate de gilipolleces y cuéntamelo todo.

—Lo vi entrar en un chalé varias veces. En San Agustín del Guadalix. Un poco lejos de su domicilio para ser su estudio, me pareció a mí. Pensé que era su picadero. Pero siempre entraba solo, así que la mujer tenía que vivir allí. Y un día vi una ventana abierta y entré.

—Eso es un allanamiento, ¿qué pasa si estaba la mujer dentro? ¿No lo pensaste?

—Sí, pero ya llevaba unas semanas siguiéndolo y no encontraba nada. Un café con una joven, un paseo con ella, pero nada de besos ni arrumacos... Sabía que usted me iba a pedir resultados, y quería dárselos.

—Un informe diciendo que mi cuñado no tenía ninguna amante. Eso es lo que quería, para que mi hermana se quedara tranquila.

—Bueno, pues... me colé en la casa. Buscaba ropa femenina, objetos de tocador, quería saber si allí vivía una mujer.

—Y no era así, según me han contado.

—Pero encontré esto.

Abrió su carpeta y sacó fotografías de una imprenta clandestina y de varios ejemplares de *Vanguardia Obrera.*

—Joder, con mi cuñado. ¿Quién cojones lo iba a decir? Un puto comunista.

—Me pareció que esto era el premio gordo. Se lo tenía que contar. Pero usted no me cogía el teléfono, así que hablé con sus ayudantes.

—¿Por qué no les dijiste que era mi cuñado?

—Porque usted me pidió discreción absoluta.

—Pero ¿no te dabas cuenta de que lo iban a detener y de que lo podían torturar?

—Pensé que iban a hablar con usted. Lo urgente era montar una vigilancia en ese chalé para pillar comunistas. Eso es lo que pensé.

Tobalina lo miró unos segundos. Era un hombrecillo ridículo, con su bigotito escueto y el pelo engominado. Un buen perfil para no llamar la atención. Un tipo gris, escuchimizado. Podría aplastarlo como a un insecto. Con gestos nerviosos, Rupérez deslizó varias fotografías por la mesa. En ellas aparecía Andoni con una mujer joven.

—Esta es la mujer. Los vi dos veces en Madrid.

Tobalina contempló las fotografías durante unos segundos. Se encendió un cigarrillo y fumó en silencio. Rupérez aguardaba, nervioso. Sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el sudor de la frente.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó Tobalina.

—No lo sé. A ella no la he seguido, no sé ni dónde vive.

—La quiero aquí. Encuéntrala.

—Pero no sé cómo encontrarla.

—¿Nunca la acompañó a su casa?

—No. Se despedían en la calle y cada uno tiraba para un lado. Yo lo seguía solo a él.

—Cuéntame a qué sitios iba.

—Iba mucho a un cineclub.

—Ya tenemos una pista, seguro que esa mujer también iba. Puedes husmear por ese cineclub por si acaso pasa por allí. ¿Qué más?

—Iba a la Escuela de Artes Gráficas a dar clases de vez en cuando.

—Más.

—Poco más. Al chalé de Guadalix, a su casa...

—Piensa, quiero más sitios, aunque te parezcan irrelevantes. ¿Adónde ha ido Andoni en estas semanas?

—A llevar a su hijo al oculista. A visitar a su madre a Lasarte. A comprar el periódico, a tomar un café a un bar de su barrio... Y a arreglar un reloj de pared. Uno antiguo. Lo ha llevado un par de veces a una relojería de la calle Arenal.

Tobalina lamentó que la vida de su cuñado fuera tan escueta. Nada de alegrías, ni prostíbulos, ni cabarés, ni timbas, ningún ambiente sórdido en el que indagar.

—Te puedes marchar, deja las fotos aquí.

Rupérez se levantó. Parecía con ganas de decir algo, siento lo que ha pasado, o unas palabras de pésame, pero no dijo nada. Tobalina se encendió el enésimo cigarrillo, cogió una de las fotos de la mujer y se quedó pensativo.

15

Se produjeron varias detenciones en cascada. De Tximi llegaron a Pedrito, de Pedrito a Dreyer, y de este a Buster, a Jezabel y a Donald. Este último fue el que mencionó el nombre de Ilsa y la reconoció en la fotografía que le mostró Tobalina. Ofreció la pista clave para encontrarla: que había dirigido un documental. No les resultó difícil dar con su nombre verdadero, Sofía Pérez Luengo. La detuvieron esa misma tarde en su domicilio.

Aguantó bien el interrogatorio, era dura de pelar. Afirmó conocer a los detenidos por las tertulias del cineclub. No admitió ser comunista y, por supuesto, no tenía ni la menor idea de que Andoni hubiera montado una imprenta clandestina en un chalé. Se mantuvo firme pese a los golpes y las torturas, como había hecho Vladimir en su día. Pero sus compañeros la señalaron como una comunista radical, y Donald la consideraba parte integrante del FRAP. Podía ser suficiente. Pero Tobalina quería más pruebas en su contra. Le pidió a Ganso que dejara algo de propaganda comunista en su domicilio. Pedirían una orden de registro al juez e incluirían en el expediente de Ilsa el hallazgo de octavillas y panfletos en un cajón con doble fondo, por ejemplo.

—Coloca también una pistola de las que hay en el almacén, de las requisadas.

Eran pistolas de delincuentes comunes, se las quedaban para trabajitos al margen de la ley. En ciertos operativos, no podían pillarse las manos usando el arma reglamentaria. Con esas pruebas y con los testimonios de los comunistas que sí se habían derrumbado en los interrogatorios, tenía más que suficiente para mandarla al juzgado. Con toda seguridad, el juez decretaría prisión sin fianza. La mera posibilidad de que perteneciera al FRAP elevaría la condena, incluso le podía caer un delito de terrorismo. Pero,

aunque no fuera así, solo por ser comunista esa mujer iba a pasar muchos años en la cárcel.

Esa noche iría con Ganso a la fundición de aluminio de Leganés para deshacerse del cadáver de su cuñado. Pero primero tenía que pasar por el trago más doloroso, hablar con Anabel. La visitó a la hora de la cena de los niños. Necesitaba que estuviera ocupada para ponerse a buscar el pasaporte de Andoni.

Ella lo recibió con el rostro desencajado y unas ojeras que daban miedo. Había pasado el día entero llorando. La falta de noticias la tenía de los nervios, pero en presencia de los niños afectaba normalidad. Les había dicho que su padre estaba de viaje, por un trabajo que le había salido. Carlos le anunció que tenía noticias, pero que se las contaba luego, cuando los niños estuvieran en la cama. Resultaba aterrador el aire cotidiano que se respiraba en ese ático, los niños comiendo sopa y peleándose por cualquier tontería. Paula se había maquillado y se le notaba un poco el carmín de los labios. Emilio tenía en las manos un tigre pequeño y lo paseaba por el borde del plato, lo inclinaba hacia la sopa para que comiera un poco y de vez en cuando emitía un rugido que a su madre la desquiciaba. Cuando Anabel se levantó para freír las croquetas, Carlos dijo que necesitaba usar el baño. Se metió en el dormitorio y buscó en los cajones de las mesillas primero, y después en los del armario hasta encontrar el pasaporte de Andoni. Estaba dentro de una carpetita, en una caja de plata que contenía otros documentos. Se lo guardó en el bolsillo interior de la cazadora.

Cerró la puerta del armario y en ese instante vio a Paula en el umbral, mirándolo. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí, ni lo que había visto. La niña se acercó a la mesilla, sacó el set de maquillaje de su madre, cogió una barra de carmín y se pintó los labios. Sonrió con picardía y le pidió silencio a su tío. Quería su complicidad. Cuando Anabel colocó sobre la mesa la bandeja con las croquetas, vio que en su servilleta había un beso rojo grabado. Paula se empezó a reír.

—¡Paula, te he dicho que no me cojas el maquillaje! ¡No obedeces, hija! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

Carlos se tomó una cerveza mientras los niños cenaban. Después, Anabel los acostó. Regresó al salón enseguida.

—Todavía están despiertos, tenemos que hablar en voz baja. ¿Qué ha pasado?

—Se ha ido.

Anabel lo miró estupefacta.

—¿Cómo que se ha ido?

—Tenías razón, había una amante. Tu querido marido llevaba una doble vida.

Sacó un sobre de la cartera y le enseñó las fotografías de Andoni con Ilsa. Ninguna demostraba una infidelidad, pero aparecían juntitos, sonrientes. En una imagen se veía una caricia de ella. Poca cosa, le estaba quitando algo de la cara o tal vez era un simple gesto de burla, pero una mujer celosa podía convertir ese instante en una prueba evidente.

—¿Esta es... la del documental?

—El detective los ha seguido en coche hasta la frontera con Francia. Se han fugado.

—No me lo creo. No puede ser, Carlos. ¿Dónde está ese detective? Quiero hablar con él.

—Acaba de volver a Madrid, ha conducido quince horas, está descansando. Pero me ha dado el informe. Y hay algo más.

Le tendió una carta escrita con una caligrafía nerviosa, picuda. Anabel la leyó para sí:

«Querido Rubén. Me voy. Me he enamorado de otro hombre. Gracias por estos años. Lo siento mucho».

Se quedó con la carta en la mano y, al levantar la mirada, era la viva imagen de la desolación.

—¿Quién es Rubén? ¿Qué es esto, Carlos?

—La putita que se ha ido con tu marido se despide de su novio, parece.

La carta cayó al suelo oscilando suavemente, como una hoja desprendida de su rama.

—Creo que se comunicaban por medio del reloj —dijo Carlos—. Andoni lo llevaba a arreglar y metía un mensaje. Supongo que proponiendo el lugar de una cita.

—Es verdad que lo reparaba muchas veces. No funcionaba bien.

—¿Dónde está el reloj, hermana?

El hueco en la pared, levemente descolorido, parecía proclamar a gritos el adulterio.

—Lo llevó a arreglar el otro día.

—Yo creo que le escribió el mensaje final: fuguémonos. He estado en el taller preguntando por el reloj. Dice que se lo llevó una mujer.

Tobalina ignoraba que sus mentiras sobre el reloj se acercaban mucho a la verdad. Se le había ocurrido incluir esos detalles para que la historia de la fuga resultara más verosímil.

—Ahora vengo —dijo Anabel.

Se metió en el dormitorio y Carlos intuyó que estaba buscando el pasaporte de Andoni. Lo palpó en el bolsillo de su cazadora.

—No se ha llevado su ropa. Pero sí el pasaporte —dijo Anabel.

—Ven aquí. —La abrazó. Ella empezó a llorar—. No te voy a dejar sola. Te voy a ayudar con los niños, vamos a salir de esta juntos. ¿Me oyes?

—No lo entiendo —dijo Anabel todavía dentro del abrazo.

—¿El qué no entiendes?

—Esta mañana busqué el pasaporte de Andoni, al volver del colegio. Tenía celos, me temía lo peor, y fui a buscarlo. Y estaba. Estaba en la cajita de plata, como siempre. Y ahora no está.

—Eso significa que ha entrado en casa para cogerlo.

—Pero yo solo he salido un momento a comprar yogures y fruta. Eran las doce. Y si Andoni ha entrado justo a esa hora, el detective que los ha seguido hasta la frontera no puede estar de vuelta. No hay tiempo material.

—Estás destrozada, hermana, no ves las cosas con claridad. ¿Seguro que has visto el pasaporte esta mañana?

—Lo puedo jurar.

—Toda esta situación te está volviendo loca. Igual tu mente necesitaba ver el pasaporte para calmarse un poco.

—No sé...

—Es la única explicación, Anabel.

Ella lo miró aturdida.

—Sí, puede ser. Es verdad que estaba desquiciada.

Se volvió a refugiar en el abrazo de él. Paula, desde el pasillo, presenció el gesto oscuro de su tío. Había captado retazos de esa conversación extraña en la que mencionaban a su padre. Pero fueron pasando los años, con mil vicisitudes, y ese fragmento aterrador de su infancia se fue desdibujando en la memoria y quedó aplastado bajo el peso del tiempo.

Paula

1

Empiezo a pensar que tengo un principio de alzhéimer, porque cada vez se me olvidan más cosas. Alberto dice que es normal, que me estoy haciendo mayor. Con mi hermano Emilio es mejor no hablar de esto, porque conserva una memoria portentosa de sucesos muy remotos. Asegura que recuerda la última vez que vio a papá con vida. Estaba desayunando y la taza de café le temblaba en la mano de forma muy llamativa. Le preguntó qué le pasaba y él salió del paso con una de sus payasadas: estaba representando a un personaje de una obra de teatro, Manolo el Tembleques. Le tiró de una oreja, le acarició el pelo y le cubrió la cara de besos exagerando sus temblores. Emilio dice que yo estaba presente, pero no me acuerdo de nada. Me sorprende que se le haya grabado ese momento y no fijara en su memoria que el Incomprendido adornaba la pared del salón.

Ojalá fuera yo la dueña de ese recuerdo, que me parece clave para entender lo que sucedió aquella mañana de 1972. Mi padre estaba nervioso. Por las fechas, calculo que ese fue el día en que se fugó. Mi madre me había suministrado pocos datos, pero tenía algún cabo del que tirar. ¿Merecía la pena meter la nariz en el pasado? Mi hermano opinaba que no, pero no por el temor de que pudiera encontrar alguna revelación horrible, sino porque él no percibía ningún misterio que esclarecer.

Alberto, que me conocía bien, volvió a mostrarme su lado práctico.

—De nada sirve decirte que te estás obsesionando con ese reloj. Vas a hacer lo que te dé la gana.

Uno me decía que no había nada que investigar. El otro señalaba mi tendencia a obsesionarme con tonterías. Les podría haber hecho caso, y creo que estaba a punto de hacerlo, de dejar de enfocar en

ese tema y continuar viviendo con la ausencia de mi padre, algunas veces dulce y casi siempre dolorosa, pero lo que pasó la última noche en el hospital lo cambió todo.

Mi madre volvió a hablar del reloj. Estaba dormida y de sus labios brotaron unas frases de manera espontánea. Esa tarde yo le había mencionado el mensaje que había dentro del mecanismo: «Está lloviendo y te quiero». Pero la reacción de ella, un agarrón fuerte en mi muñeca izquierda, una mirada suplicante y una frase ronca: «Olvídate del reloj», me dio a entender que lo mejor era aparcar el tema. La entretuve hablando de tonterías, hojeé una revista y le fui comentando los cotilleos, eso le encantaba. Y por la noche, mientras buscaba una postura en el sillón para echar una cabezada, la oí bisbisear unas palabras que llegaron a mis oídos con una claridad misteriosa:

—Se comunicaba con su amante dejando mensajes en el reloj.

Mi madre tenía los ojos cerrados y parecía estar dormida. Todavía pronunció una frase más:

—Nos abandonó.

Retomó la respiración pesada, la del que se ha entregado al descanso profundo. Me pareció que estaba fingiendo, que unas frases que emergen del sueño no podían sonar tan precisas y coherentes. Y además entreví una media sonrisa, como si estuviera jugando conmigo.

—Mamá...

No se inmutó, pero despertó de nuevo mi obsesión. Como psiquiatra, sé algo del subconsciente. Aflora muy rara vez. Y, cuando lo hace, no es para apuntalar una verdad consabida. Mi madre estaba repitiendo lo que tantas veces nos había contado. No era la confesión intempestiva del moribundo en el duermevela, que remueve conciencias y trastoca testamentos. Por eso me dio la

sensación de que se estaba aferrando a una mentira. Y, lo más maravilloso, me pedía que la destapara, que practicara un exorcismo y sacara de su cuerpo esa mentira que tanto la hacía sufrir.

Dos días después, cuando viajaba en un tren camino a Conil de la Frontera, pensé en la alusión que mi madre hizo a los mensajes en el mecanismo como forma de comunicación de los amantes. Si era cierta la versión que me había contado sobre el reloj, que lo había vendido porque necesitaba dinero, ¿cómo supo que ocultaba ese mensaje? Pensé también en la media sonrisa que dulcificó su rostro. Para mí, el toque maestro de su actuación, misterioso, genial.

Viajaba hacia Conil porque allí vivía la documentalista con la que se fugó mi padre. No me costó mucho encontrarla. En internet solo aparecían dos mujeres españolas que dirigían documentales en los años setenta. Una estaba muerta. La otra se llamaba Sofía Pérez Luengo y vivía en un pisito de la costa gaditana, mirando al mar.

Allí me dirigía, para hablar con esa mujer y practicar un exorcismo.

2

Sofía tenía ochenta años y los aparentaba. La cara surcada de arrugas y la piel llena de manchas, la mirada acuosa, la sonrisa ajada, algo patética, y el paso lento e inseguro de los que solo a duras penas y con mucha terquedad se tienen en pie. Vivía en un primero de la calle Amargura, sobre el taller de alfarera en el que tantos años había trabajado. Cuando salió de la cárcel, gracias a la amnistía del 77, regresó a su tierra y aprendió el oficio de ceramista. Era una figura conocida en el mercadillo del paseo marítimo, pero se había jubilado hacía ya diez años. Todo esto me lo contó su hija Antonia, que había heredado la vocación y el negocio. Ella había sido mi contacto y me había citado en un bar cercano para tomarnos una caña antes de subir al piso de su madre.

Yo habría preferido hablar a solas con Sofía, pero la hija no estaba dispuesta a quitarse de en medio. Nos sentamos en el sofá, con las ventanas del balcón abiertas de par en par.

—Antonia me ha enseñado el taller. Es usted una maestra, Sofía —le dije para ganármela, aunque sus obras no me habían dicho gran cosa.

—Ella es mejor que yo —contestó señalando a su hija.

—Qué tonterías dices, mamá. Yo soy una aprendiz a tu lado.

—¿Por qué dejó de dirigir documentales? —Lancé la pregunta a bocajarro, para centrar la conversación cuanto antes.

—Pufff, qué lejos está aquello. Solo dirigí uno. Tuvo éxito, pero ya no hice más.

—¿Por qué?

—La vida te va llevando. Me metieron en la cárcel, me dieron palos, y al salir el cuerpo me pedía una vida más tranquila. Por eso volví al pueblo. Y ¿sabes lo que te digo? Es lo mejor que he hecho en mi vida.

—Te lo advierto, Paula. Como se ponga a contar batallitas de la cárcel, nos dan las uvas —me advirtió Antonia.

—¿Por qué la metieron en la cárcel?

—Por comunista, como a todos en esa época.

—Y te acusaron de terrorismo, mamá —añadió Antonia.

—Sí, pero eso era mentira. Me pusieron pruebas falsas en mi casa, para que no me escapara en el juicio.

Carraspeé para marcar una cesura en la conversación.

—Su hija le habrá contado que me llamo Paula Yarza. Hija de Andoni Yarza. Creo que usted conoció a mi padre.

Una sonrisa de nostalgia se dibujó en los labios de Sofía.

—Monsieur Hulot —dejó caer con dulzura.

—¿Cómo?

—El nombre de guerra de tu padre. Hulot. Es un personaje de Jacques Tati, que era uno de sus directores favoritos. Yo me hacía llamar Ilsa...

—Perdone un momento. ¿Mi padre tenía un nombre de guerra?

—Todos lo teníamos.

—¿Por qué?

—Porque éramos comunistas. Y en los años de la dictadura, los comunistas estábamos perseguidos.

Yo no podía creer lo que esa mujer estaba diciendo.

—¿Mi padre era comunista?

—Bueno, menos que otros. Era un cinéfilo, venía a las tertulias de los cineclubs a comentar películas. Pero en esos tiempos no se hablaba de otra cosa que de política. Así que el pobre se fue dejando enredar, me parece a mí. Montó una imprenta clandestina.

—¿Qué? —dije abriendo mucho los ojos. Eso ya me parecía demasiado. Mi padre había estudiado Artes Gráficas, seguro que sabía cómo montar una imprenta, pero se ganaba la vida como ilustrador. Me daba la sensación de que esa mujer hablaba de otro hombre y que muy pronto se iba a desvelar el malentendido.

—Y lo pillaron. Pobrecillo.

—¿Lo pillaron haciendo qué?

—Imprimía propaganda comunista. Yo era su enlace. Me decía dónde la dejaban y pasábamos a recogerla. Primero me lo contaba en cualquier momento de las tertulias. Pero luego todo se complicó y tuvimos que idear un método de comunicación más secreto.

Adoptó una expresión de picardía y yo supe que venía, como un alud, la información que buscaba. Sin necesidad de ametrallarla a preguntas, esa mujer me lo iba a contar todo.

—El reloj. El Incomprendido —dije.

—¿Ya lo sabías?

—Lo suponía.

—¿Y sabes también el código que usábamos?

Hurgué en mi bolsillo y saqué el viejo papel amarillento con el último mensaje que guardó ese reloj. Se lo tendí.

—Más o menos. ¿Qué dice aquí?

La hija se asomó a la nota y vio que estaba escrita en clave.

—Pero si no dice nada. Son signos sin sentido.

—«Está lloviendo y te quiero» —dijo la vieja sosteniendo el papel con firmeza.

—Exacto —dije yo—. ¿Qué significa esa frase? Me muero de la curiosidad, Sofía.

Ella tomó aire y todo su rostro adquirió un barniz de ternura por los buenos recuerdos de su juventud.

—Esta frase significaba alarma roja, nos han descubierto. Tu padre era muy listo. Decía que, por si acaso interceptaban el reloj, tenían que parecer mensajes de amor. Así podíamos sostener en un juicio que eran frases para una amante.

Me quedé mirándola extasiada. Mi padre fue un hombre listo, astuto, comprometido. Un hombre al que yo no conocía. Nada nuevo bajo el sol, es imposible conocer bien a nadie. Apenas podemos arañar la superficie de los demás, pero de sus complejos, traumas y anhelos secretos no sabemos nada. En mis sesiones de terapia hablo mucho de esta idea, de que somos incognoscibles. Y lo somos de una forma radical.

—¿Recuerda alguna frase más?

—Me parece a mí que le pides mucho a mi madre —dijo Antonia—. Han pasado más de cincuenta años.

Pero la anciana se puso a recitar frases como si las hubiera aprendido esa misma mañana:

—«Me pierdo en tu mirada». Eso indicaba que la propaganda la dejaba en un almacén de la calle Toledo. Había otro: «Necesito tu piel». Eso marcaba la carbonera de la calle Salitre. Y el tercer escondite, en la trasera del mercado de la Teja, era: «Echo de menos tu olor».

—Joder, qué sofisticado.

—Supongo que tu padre activó la alarma roja porque habían descubierto la imprenta. Lo que nunca supe es cómo la descubrieron; tuvieron que seguirlo, pero no estaba fichado ni figuraba como un comunista en ninguna parte. ¿Tú lo sabes?

Me lanzó la pregunta y clavó sus ojos transparentes en los míos.

—Yo ni siquiera sabía que era comunista. A mí siempre me han contado que mi padre se fugó con usted.

—¿Conmigo? —Se dio una palmada en el pecho, que sonó hueco como un botijo.

—Mamá, ¿tienes algo que contar? —dijo su hija meneando la cabeza en señal de reproche.

Ella enarcó una ceja. Volvió a parecerme que iba a arrancar una confesión, pero alguna precaución de última hora la frenaba.

—Tu padre me rechazó. Nunca le propuse una fuga, qué cosa más melodramática... Pero sí intenté besarlo una noche, en Toulouse. Allí se estrenó mi documental con gran éxito.

—¿La rechazó? —pregunté con brusquedad, temiendo una divagación sobre su noche de gloria con el documental.

—Sí. Y además dos veces. Me dijo que quería ser fiel a su mujer. Yo no daba crédito, eran años de liberación sexual, incluso en un país como España.

—Pero entonces, si no se fugó con usted, ¿adónde se fue? Se largó de casa cuando yo tenía cinco años y nunca volvió.

—Bueno, eso no lo sabemos, pero lo podemos imaginar. Si mandó el mensaje que mandó, de alarma total, es porque habían descubierto la imprenta. Seguramente lo detuvieron y lo mataron en las dependencias policiales de la Puerta del Sol. No sé si con intención o porque se les fue la mano, como pasaba tantas veces.

Lo que esa mujer decía era terrible. Demasiado duro para poder aceptarlo. El viento ondulaba las cortinas y de la calle llegaba olor a pescado frito. Que mi padre hubiera sido asesinado me resultaba inconcebible. No porque esas cosas no pasaran, sino porque entonces tenía que edificar de pronto toda mi vida sobre esos nuevos cimientos. Si de verdad se había producido un desenlace tan espantoso, yo debería haber crecido con un sentimiento de rabia, tal vez de venganza, y la inocencia habría saltado por los aires a una edad temprana. Sentía que me habían hurtado las emociones que me correspondían y que, por tanto, mi vida era una pura ficción. Mi educación sentimental, mis opiniones sobre la violencia o sobre la libertad de expresión, deberían haber sido otras. Delante de Sofía, que era la dueña del secreto y que hablaba con una mezcla de fragilidad y desparpajo, sentía incomprensión, injusticia y un vacío inmenso.

—Mi tío era el jefe de la policía política. No puede ser que lo mataran —aduje como defensa—. No puede ser...

—Tobalina me visitó en el 77, cuando salí de la cárcel. Me amenazó de muerte si contaba algo. Yo le pregunté a qué se refería, y me partió un dedo con sus propias manos. Me hizo un gesto de silencio

y se marchó. Nunca más lo volví a ver. Ese era tu tío. El peor de los torturadores de Franco.

Sofía me miró con severidad. La dulzura se había batido en retirada. Y a los pocos segundos empezó a llorar suavemente. Antonia la cogió de la mano. En medio de esa nueva atmósfera, supe que había llegado el momento de marcharme.

Antes de subir al tren di un paseo por la playa, como una sonámbula. Tenía mucho que colocar en mi cabeza. Durante el viaje de vuelta, miraba por la ventanilla del tren intentando ensamblar todas las piezas: la cinefilia de mi padre, las tertulias en los cineclubs en las que se hablaba de política, el contacto con comunistas, la imprenta clandestina... La detención, las torturas y la muerte. ¿Podía ser esa la secuencia maldita de los acontecimientos?

Tampoco se me olvidaba lo último que me dijo Sofía, o Ilsa, como me dijo que se hacía llamar, cuando ya me despedía de ella. Le pregunté por qué no buscó a mi padre al salir de la cárcel, por qué no denunció nunca su desaparición.

—Preferí hacer borrón y cuenta nueva. Tu padre no fue la única víctima. Hubo otros compañeros desaparecidos, y muchos que murieron en la cárcel o en el exilio.

Le soltó la mano a su hija y cogió la mía para transmitirme su testimonio con más calidez, para que entendiera mejor que no era una cuestión de cobardía. Su juventud se llenó muy pronto de duelos y de tristezas. Y se acostumbró a vivir con esas heridas en el alma.

3

A mi madre la volvieron a ingresar una semana después y esta vez Alberto no se mostró optimista. Me dijo que su corazón se había debilitado y que no soportaría una nueva operación, así que no quedaba más remedio que prepararse para lo peor.

Desde mi regreso de Conil de la Frontera, no había encontrado el momento de compartir con ella mis descubrimientos. Siempre andaba con mareos o con ahogos, a veces una opresión en el pecho. La pobre se encontraba mal y no podía atormentarla con mis preguntas, por mucho que me abrasaran. Me resigné a que la desaparición de mi padre quedara como un misterio sin resolver.

Emilio y yo nos alternábamos para cuidarla. Yo le ponía discos, le leía poemas, la peinaba. Si se le resecaban los labios, se los humedecía con una esponja. Ella sonreía desde un lugar muy lejano, y de cuando en cuando dejaba caer palabras sueltas, de gratitud o de queja principalmente. La segunda tarde que pasé con ella, bajé al bar a tomarme un café. Cuando volví a la habitación, nada más empujar la puerta, vi un abrigo negro y una bufanda verde en el sofá. Mi tío Carlos, pese a ser tres años mayor que ella, se conservaba muy bien. Me saludó con un susurro y me besó en la mejilla. Sentí repugnancia, como si me hubiera besado un sapo.

—¿Qué tal se encuentra? —me preguntó.

—Ya lo ves.

Él asintió con emoción. Mi madre estaba dormida y un pelín despeinada. Imaginé que mi tío le había acariciado el pelo. Se sentó en el borde de la cama y le cogió una mano a la enferma. Yo me acomodé en el sofá y fui la espectadora de una escena extraña: un viejecito encorvado murmurando palabras de afecto a una

moribunda, bajo la luz declinante que se filtraba por la ventana. Parecía una figura difuminada, o un fantasma que justo en ese momento estuviera desapareciendo.

—Tío, ¿qué pasó con mi padre?

No sé por qué le lancé esa pregunta tan de sopetón. Supongo que el destino me estaba brindando la última oportunidad de conocer la verdad y decidí aprovecharla. Pero no recuerdo que hubiera la menor premeditación por mi parte. Las palabras me salieron de dentro sin ningún control, como un géiser que emerge de la tierra volcánica.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Quiero saber la verdad. Para mí es muy importante.

—Se fue, ya lo sabes.

—No, tío. No lo sé. Por eso te lo pregunto.

—Se fugó con la comunista esa. Ya está, Paula. No hace falta saber más.

—¿Cómo lo sabes? Siempre me ha intrigado esto, ¿dejó una carta de despedida?

—No dejó ninguna carta. Pero ella sí, a su novio de entonces. Le decía que se había enamorado de otro.

—Eso no lo puedes saber. A menos que la investigaras a ella.

Mi tío se quitó las gafas. Se le habían empañado. Sacó un pañuelo del bolsillo y limpió los cristales.

—No sé a qué viene remover eso a estas alturas.

—Tío, estás esquivando la pregunta.

—Vale, está bien. Uno de mis hombres siguió a tu padre hasta la frontera. Por eso sabemos con quién se fue.

Se colocó las gafas y me miró meneando la cabeza. No descifré ese gesto. ¿Era un reproche o una súplica? Dejé pasar unos segundos antes de soltar el bombazo:

—He hablado con la comunista. No se fue con mi padre. Es mentira.

Él me miró asombrado. Después resopló con pesadez.

—Paula, ha pasado mucho tiempo. Por favor, déjalo estar.

—Lo mandaste seguir porque sospechabas que era comunista.

—No, no es verdad.

—Entonces, ¿por qué lo vigilabais?

Carlos esbozó una sonrisa que se le quedó congelada. De pronto, parecía un mecano averiado. Se le había descosido ese gesto en la máscara que era su rostro y no era capaz de modificarlo. Un silencio ominoso se adensó en la habitación. Lo rompió mi madre con un hilo de voz:

—Fue culpa mía.

Me sorprendió que estuviera despierta y me sentí culpable al comprender que la podía estar mortificando. Carlos se inclinó hacia ella, le susurró algo al oído. Pero mi madre siguió hablando:

—Creía que me la pegaba con otra y le pedí ayuda a mi hermano.

—Paula, por favor, no digas nada —rogó él.

—¿Le pusiste un detective?

Mi madre asintió con un suspiro.

—Pero ese detective no encontró a ninguna amante —le dije—. He hablado con esa mujer, mamá, me ha dicho que papá era un hombre fiel. Que incluso la rechazó dos veces porque no quería hacerte daño. ¿Por qué me has engañado toda la vida?

—Yo no te he engañado.

—¡Se fue con la comunista! —bramó mi tío cortando el aire con el brazo. Un gesto autoritario, anacrónico, que tal vez lo transportaba a los años de la Brigada Político-Social.

—No, tío. Descubristeis la imprenta que mi padre había montado. Lo detuvisteis y lo matasteis. Eso fue lo que pasó.

—Deja de remover el pasado. Te lo pido por favor, Paula —dijo él.

—¿Dónde están sus restos?

—Hija...

—¿Dónde están los restos de mi padre?

Carlos Tobalina se levantó.

—No aguanto más, Anabel. Me voy.

—¿Tú lo sabías, mamá? ¿Sabías que lo habían matado?

Mi madre no me miró, pero él sí. Sus facciones estaban marcadas por el espanto. Parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas. Mientras se despedía de mi madre, vio que estaba llorando y, con el pulso tembloroso, le limpió las lágrimas con el mismo pañuelo que había usado para desempañar sus gafas.

Cuando salió de la habitación, mi madre me contestó:

—Te quiero mucho, hija. He sufrido demasiado para sacaros adelante. Os he dado todo mi amor.

Me daba mucha pena percibir su dolor, pero era una respuesta más esclarecedora que ninguna otra. Siempre lo supo todo, que lo habían matado, que se habían deshecho del cadáver. Lo supo o lo intuyó. Da igual. También yo me tengo que conformar con intuir y, sin embargo, lo sé.

Sé que mi madre prefirió abrazar la versión de la fuga, la que le ofrecía su hermano, porque el otro camino era mucho más aterrador.

Mi madre volvió a casa para pasar allí sus últimos días. Contratamos a una interna, pero yo la visitaba casi a diario. Nunca más hablamos del reloj ni de mi padre. Las horas se llenaron de canciones, de poemas, de gestos cariñosos y miradas indulgentes. Estuvo siempre muy bien cuidada, y yo solo deseo que no haya notado en el tramo final de su vida una resistencia por mi parte a perdonarla.

Mi hermano Emilio no se creía que papá hubiera sido comunista, y lo de la imprenta le parecía un camelo. Le hablé de mi visita a Conil, de la conversación con Sofía. Pero él no quería modificar la idea que tenía de su padre, y creo que hay que respetar estas preferencias, sobre todo cuando tienen connotaciones tan sentimentales.

Aquella noche cené en su casa y hablamos de mamá, pero sin entrar demasiado en el tema conflictivo. Nos quedamos un buen rato en silencio mirando el Incomprendido. El tictac sonaba áspero y seco, las manecillas avanzaban con ruidos ancianos y yo me dejé acariciar por la sensación de que ese ritmo me estaba transportando al pasado, hacia la memoria de mi familia. El péndulo agotado barría los malentendidos y también los agravios, y a lo mejor poseía la facultad mágica de aliviar el alma. Así me lo imaginaba. Justo mientras los dos lo estábamos contemplando, el reloj se paró. Emilio empezó a quejarse del mecanismo averiado, no había forma de que

funcionara correctamente, y yo saqué mi teléfono porque me estaban llamando.

Era la interna para comunicarme la muerte de mi madre. Su corazón se había parado, sin más. No hubo ahogos espantosos, ni dolores, ni agonía final. Me contó que, minutos antes, mi madre le había pedido un papel y un bolígrafo. Me había dejado una nota en la mesilla.

«Lo siento».

Eso decía.

Así comprobé una vez más las ventajas del laconismo, porque ese mensaje fue suficiente para mí.

4

Suelen decir que el tiempo restaña las heridas, pero en mi caso las reavivó. Tantos años pensando que mi padre nos había abandonado y resulta que no era así. No quiero creer, y sin embargo creo, que ese trauma ha marcado mi personalidad. Que la desconfianza hacia los hombres y mi propensión a los celos tienen que ver con el hecho matriz de que mi padre, el primer héroe para cualquier niña, se fugó con otra. ¿Puedo culpar a mi madre de mi desastrosa vida sentimental? Cualquier psicólogo me daría un capón por eludir mi responsabilidad, por no hacerme cargo de mis propios errores.
Y como psiquiatra, no debería incurrir en un escaqueo tan lamentable. Y, sin embargo, incurro. Hacerse mayor es convivir con las contradicciones.

Enterramos a mi madre en Valladolid, en el panteón de su familia. Allí estaba mi tío Carlos. Le dije que me daba asco y que no quería verlo nunca más. Días después me pedí una semana de vacaciones y viajé a Lasarte para revisar la historia de mi padre. No me refiero a husmear en archivos y hablar con testigos de sus andanzas. Lo que yo quería era más bien una revisión personal. Sentía la necesidad de recorrer sus lugares, aspirar sus olores, contemplar sus arroyos y sus montañas, ahora que había cambiado mi mirada hacia él.

Durante varios días paseé por las calles del pueblo sabiendo que buscaba algo que no existía ya: el eco de sus risas y de sus llantos. Sobre todo de sus risas, porque mi padre predicaba el buen humor como forma maravillosa de estar en el mundo. Me lo imaginaba en la plaza del Ayuntamiento entre un corrillo de curiosos, observando a un grupo estrafalario de cómicos, unos payasos haciendo tonterías, un gitano haciendo bailar a un mono o un hombre orquesta tocando cinco instrumentos a la vez. Ojalá pudiera captar el instante preciso en el que prendió en su espíritu ese deseo de hacer reír a la gente.

Me planteé pedirle a Alberto que viniera conmigo, y creo que él deseaba que lo hiciera. Pero me di cuenta de que prefería viajar sola. Al tercer día me empezó a acariciar una ligereza que hacía muchos años que no sentía. Me sorprendió que un simple recorrido sentimental por los rincones que cobijaron la vida de mi padre pudiera ejercer ese efecto en mí. Había pensado que esos lugares ya no existían porque no estaba él para llenarlos con su presencia, y que mi propósito de encontrar a mi padre en ellos era un empeño de lunática. Y, sin embargo, de una manera mágica, lo estaba encontrando.

Caminé hasta el Hipódromo, y no me costó nada imaginar al niño que fue mi padre disfrutando de las carreras. Me parecía increíble advertir que mi sonrisa era casi palpable, como si ese niño asombrado con el galope de los caballos, un poco asustado y a la vez feliz, fuera yo. También me acerqué a Villa Mirentxu, el temible cuartel franquista que se había convertido en un centro social. Visité la iglesia, en cuyas paredes él jugaba al frontón, y también el convento de las Madres Brígidas, donde encontraron un obús durante la guerra y donde fue monja una tía abuela de mi padre. Y, por supuesto, me tomé unos chiquitos en el Gure Etxea, el bar que frecuentaba cuando era joven. Todos esos merodeos me removían por dentro con una extraña dulzura.

Me gustaba estar sola en Lasarte, la vida en Madrid me reclamaba con sus mil exigencias, pero en ningún momento me planteé acortar el viaje. Pensé que todo sucedía por algo, que quizá necesitaba parar el ritmo una semana para conectar conmigo y hacer las paces con el pasado. Yo había crecido con una mentira, es cierto, pero mi madre había vivido más de cincuenta años con un terrible remordimiento de conciencia. Cada cual arrastra su pena negra y sus penitencias.

La sensación de ligereza que me acompañaba se fue transformando en una paz interior casi desconocida a la que me quise agarrar con

todas mis fuerzas. Quería prolongar mi estancia, disfrutar de esa paz, dejarme llevar por el paso lento de los días.

Pero sabía que el tiempo es engañoso, que a veces transcurre entre bostezos, como ejecutando un baile lánguido, y de repente se acelera en una exhalación de tren ante los ojos asombrados de un pastor.

El último día no me apetecía nada volver a casa, a mi rutina, al estrés del trabajo. En ese viaje había ido en busca de mi padre y solo había encontrado su ausencia, que se fue haciendo más y más presente dentro de mí. No sé si es posible sentirse llena de una ausencia, en lugar de vacía, pero a mí me pasaba algo así. Y una voz misteriosa me susurraba que era el momento de llenarme de ese vacío, y me decía también que para eso necesitaba más tiempo. Parar el tiempo, nutrirme de lo que ya no existe, llenarme de lo que no puedo tener.

Oigo la voz de mi psicóloga protestando: «¿Por qué buscas cosas imposibles?». Le diría que tiene razón en su queja y me callaría lo mucho que me repatea su lógica odiosa. Pero no se puede parar el tiempo, el tiempo pasa y pasa y sigue pasando, y esa es la gran desgracia de la vida. Podemos caer en la sugestión de haberlo detenido durante un rato y de repente, zas, se pone en marcha de nuevo, como el viento que había dado una tregua y ya está meciendo las hayas al otro lado del Oria.

NOTA DE AUTOR

Esta es una historia de ficción. Algunos hechos que se cuentan son reales, o al menos lo parecen, pero el autor se ha tomado las licencias que ha considerado necesarias para la eficacia narrativa. Ciertos acontecimientos (como la carrera del medio millón de pesetas o el accidente de aviación en el hipódromo) sucedieron unos años después de lo que muestra esta novela.

Los nombres de algunas familias de Lasarte sí son reales, o están ligeramente deformados, por mantener la verosimilitud del paisanaje del valle del Oria, pero no hay ninguna intención de relatar episodios reales.

Mi tatarabuelo fue el relojero de Lasarte, pero el personaje, de trazo francamente negativo, es una invención. Espero que lo que quede de él no se remueva en la tumba.

También es inventada la vida de las generaciones más cercanas, por mucho que algunas personas (familiares y allegados) puedan reconocer ciertos elementos.

Sumergirme en la historia de Lasarte, el pueblo de mi padre, ha sido emocionante. Imaginar las vidas de sus vecinos y mirar lo que él veía por su ventana o cuando salía a pasear se ha revelado un ejercicio imposible. Pero no he dejado de intentarlo en ningún momento del proceso.

Así que, además de una historia de ficción, esta novela es un viaje sentimental.

AGRADECIMIENTOS

A mi padre, que me prestó el título de la novela y el poemita que un niño enamorado le escribe a una niña. Aquel guion, que no tiene nada que ver con mi novela, se quedó inédito. Habría sido una gran película.

A José Luis Navarro, que me ha ayudado a conocer la historia de Lasarte. Su libro *Retazos de la vida de Lasarte y Oria del siglo XX a través de la prensa* me ha sido de gran utilidad.

A Mariló Mercero, lasartearra orgullosa, que me transmitió el amor por su pueblo.

A mi madre, que me contó un montón de historias familiares. La mayoría no están en el libro, pero sí en mi corazón.

A Silvia, que leyó el manuscrito, me hizo observaciones preciosas, salvó unas patatas del fuego y al autor de un naufragio.

A mis editores y correctores, que siempre hacen un trabajo increíble con el texto.

A Justyna, mi agente. No la hay mejor.

A Jorge y Agustín, por el cariño y la inspiración.

A mis hijas, que me ayudan sin darse cuenta de que lo hacen. Algo me dice que esa es la mejor manera de ayudar.

Está lloviendo y te quiero

Antonio Mercero

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del diseño de la portada, Lidia Vilamajo

© de la imagen de la portada, Silas Manhood / Lee Avison / Trevillion Images / FamVeld / vitaliy_73 / Shutterstock

© Antonio Mercero Santos, 2025

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

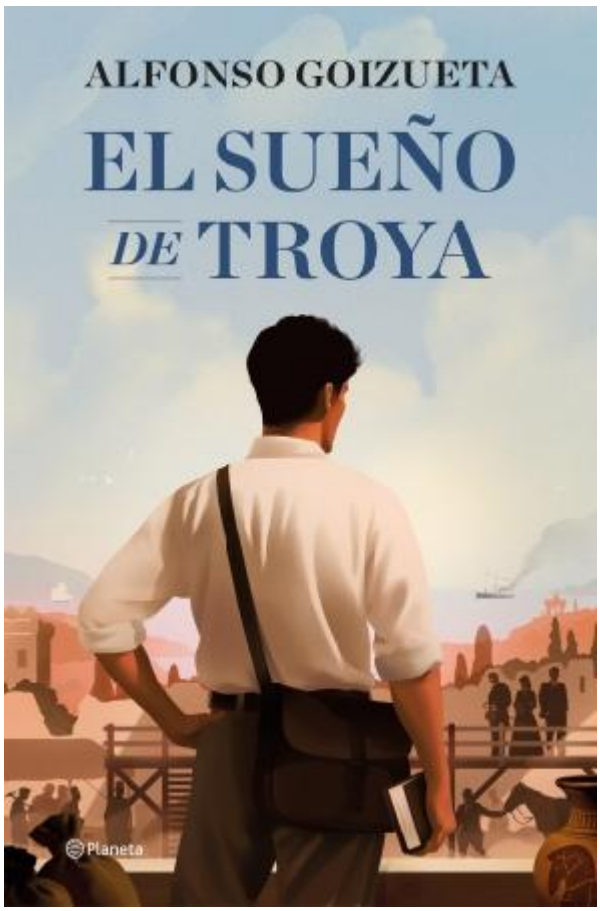
www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2025

ISBN: 978-84-08-30885-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



El sueño de Troya

Goizueta, Alfonso

9788408308874

464

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

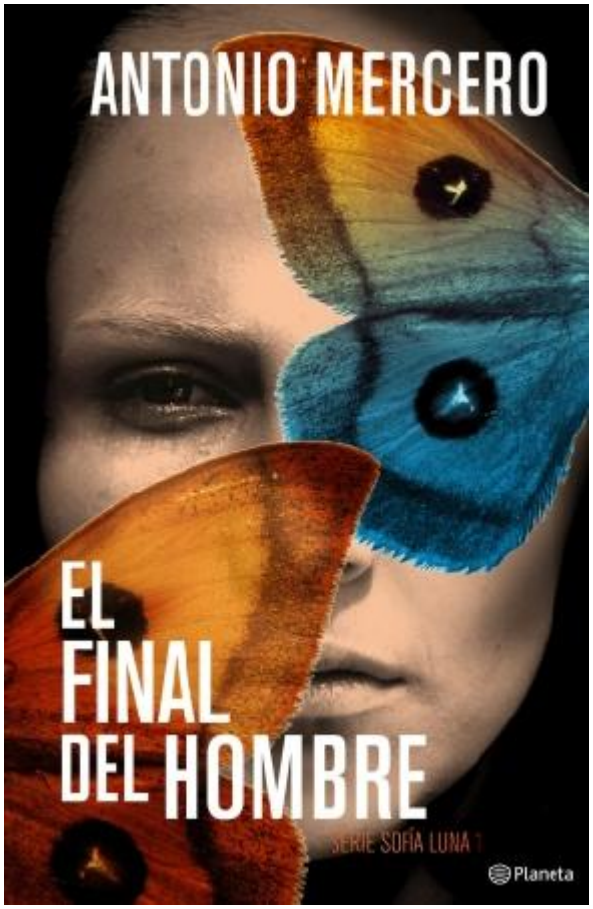
Una ciudad perdida. Un arqueólogo obsesionado. Una historia jamás contada.

En un intento por escapar de la vida vacía que le aguarda en Atenas, el joven Nicholas Yannikis se aventura en una **expedición**

arqueológica en la colina de Hisarlik, en el corazón del moribundo Imperio otomano. Allí es donde el ambicioso millonario **Heinrich Schliemann** y su mujer, la brillante Sofía, afirman haber encontrado las ruinas de la mítica **ciudad de Troya**, perdida desde la Antigüedad.
Bajo el calor sofocante del Egeo, lo que en un principio parece una simple excavación no tarda en revelarse **una venganza obsesiva y peligrosa** en la que se rebasarán todos los límites de la cordura. Yendo tras los **tesoros de la *Ilíada*,** Nicholas comprenderá que algunos sueños acaban condenando a quienes los persiguen.

Hay descubrimientos que cambian la historia; y otros que pueden destruirla.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El final del hombre

Mercero, Antonio

9788408309857

162

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El mundo es de las mujeres.

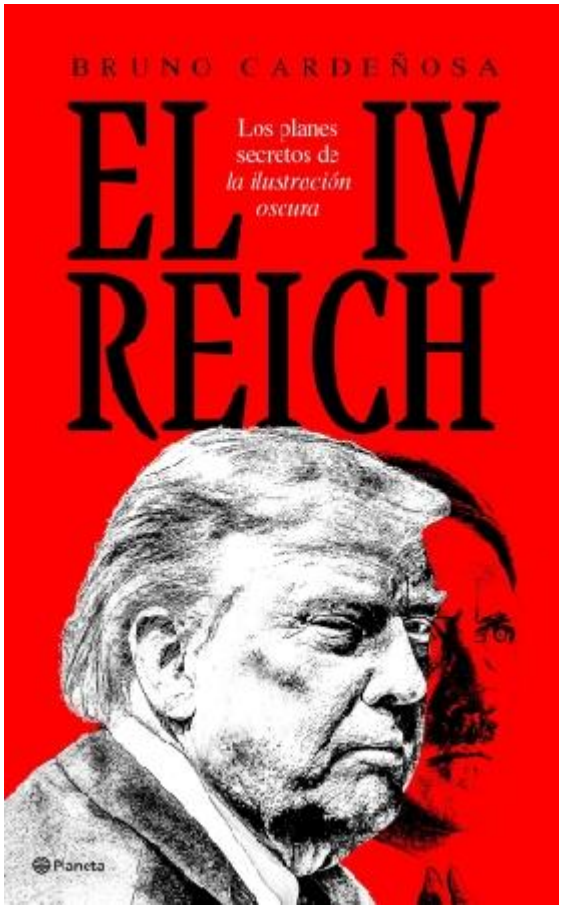
Sofía Luna se enfrenta a su primer caso tras ser reconocida legalmente como mujer: Jon Senovilla, hijo de un famoso escritor, ha aparecido muerto en el columpio de su jardín con un cuchillo medieval clavado en el abdomen.

Mientras investiga el crimen junto a Laura, compañera y antigua amante, la inspectora Luna descubrirá un complejo entramado de secretos, mentiras y conflictos enquistados en el entorno de la víctima, al tiempo que deberá lidiar con el rechazo de sus compañeros, los prejuicios sociales y las heridas abiertas en su propia familia.

«Una protagonista original e insólita que merece una saga.» **Paco Camarasa**

«Un policial estupendo, bien planteado y escrito, con protagonistas y secundarios perfilados y diferenciados y un fundamento ideológico o social profundo y, por fortuna, nada maniqueo: el mundo es de las mujeres y los hombres deambulan como dinosaurios añorando los días antes del meteorito.»
Carlos Zanón, *El País*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El IV Reich

Cardeñosa, Bruno

9788408310617

256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Antes de suicidarse, Hitler dijo que habría un IV Reich... ¿Ha llegado ese tiempo? ¿Es Donald Trump el líder de esa nueva Ilustración oscura?

En abril de 2025, Trump puso en marcha el mayor ataque al comercio desde la Segunda Guerra Mundial. Aunque se ha echado atrás en algunas cosas, ya ha sembrado lo que será una gran crisis a todos los niveles.

Vivimos en un tiempo distópico. El mundo está girando hacia el autoritarismo y el fascismo. Se utilizan la mentira y la posverdad para lograr que la sociedad acepte el engaño. Bruno Cardeñosa, periodista de largo aliento, ha documentado esta obra con las voces más autorizadas. El resultado es un libro comprometido que interpela al lector.

No es historia, no es pasado, no es otro tiempo: es el asalto al mundo y está ocurriendo ahora.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Los secretos de los asesinos del emperador

Posteguillo, Santiago

9788408123606

162

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Cuál fue el papel que desempeñó la esposa de Domiciano en la conjura contra su marido?

¿A quién se contrató para intentar asesinar al mismísimo emperador?

¿Por qué Roma decide elegir como emperador a Trajano, un hispano no nacido en Roma?

¿Existieron las gladiadoras?

¿Por qué Domiciano se volvió tan paranoico?

Santiago Posteguillo nos desvela en estas páginas todos los secretos de *Los asesinos del emperador*, su nueva novela.

¿Qué es ficción y qué realidad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Cocina para todos

Arguiñano, Karlos

9788408310037

704

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El nuevo recetario de Arguiñano, que nunca defrauda. Con los mejores platos del programa. El regalo indispensable para las fiestas navideñas

El cocinero más querido y popular vuelve a sorprendernos con un libro que anima a cocinar a todos los públicos. Karlos Arguiñano, que sigue cosechando las mejores audiencias televisivas de toda su

carrera, celebra su universo culinario con esta obra que nos ayudará a encontrar recetas fáciles, ricas y saludables. Como siempre, son platos para elaborar menús variados. Incluye entrantes, aperitivos, primeros, segundos y postres con todo tipo de ingredientes: carnes, pescados, pastas, arroces, legumbres… El resultado es esta obra muy visual, a todo color, con 560 posibilidades en las que inspirarse. Incluye consejos y trucos para que el éxito esté asegurado. Y, como ya ocurrió en su anterior recetario, también hay algunas elaboraciones de su hijo Joseba, quien semanalmente le acompaña en muchos de sus programas.

Un libro que volverá sin duda al número 1 de la Navidad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)